

Jean-Luc Bannalec

DESAPARICIÓN EN TRÉGASTEL

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



Lectulandia

El comisario Georges Dupin se enfrenta a la misión más difícil de su vida: descansar durante dos semanas enteras. Pero odia estar inactivo y aprovecha la mínima oportunidad para merodear por los alrededores, de modo que su incansable curiosidad no tarda en verse recompensada. Primero desaparece una estatua de la capilla del puerto, más tarde una diputada es agredida durante una manifestación y poco después una mujer se esfuma sin dejar rastro. Pero el golpe que perturba definitivamente la tranquilidad de Dupin es el hallazgo de un cadáver. La tentación es demasiado fuerte y el comisario empieza a investigar a escondidas.

Parece que los casos criminales persiguen al comisario Dupin incluso en vacaciones. ¿O es al revés?

Una investigación llena de ingenio y deliciosas descripciones de la vida en el hotel, del extraordinario paisaje de la costa de granito rosa y de las maravillas culinarias de la zona desfilan por las páginas de esta novela.

Lectulandia

Jean-Luc Bannalec

Desaparición en Trégastel

Comisario Dupin - 6

ePub r1.0

NoTanMalo 11.12.2018

Título original: *Bretonisches Leuchten: Kommissar Dupins sechster Fall*
Jean-Luc Bannalec, 2017
Traducción: Marta Mabres Vicens

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

à L.
à Elisa.

Evel-se emañ ar bed A-dreuz hag a-hed.

Así va el mundo, dando tumbos de un lado a otro.

Dicho bretón

Domingo

La Bruja, la Tortuga, la Paleta del Pintor, el Caos, la Calavera... No hacía falta ser bretón, gente dotada por naturaleza de una imaginación portentosa, para identificarlas. Igual que el Castillo del Diablo, las Fauces del Tiburón, la Botella, la Bota al Revés, la Bastilla o el Sombrero de Napoleón que habían visto ayer. O la Seta, el Pie, la Liebre...

Por lo menos ayer pasearon.

Hoy, en cambio, se habían quedado tumbados en la playa. El comisario Georges Dupin y su novia, la jefe del servicio de cardiología Claire Lannoy, contemplaban desde su toalla las magníficas formaciones graníticas de color rosa. Más tarde, al caer el sol, esas rocas empezarían a brillar y refulgir de un modo sobrenatural, como si no fueran de este mundo. Era un caos de formas curiosas; unos bloques de granito gigantescos, solos o en grupos desordenados, que en ocasiones se amontonaban hasta alcanzar una gran altura. Estaban por todas partes a su alrededor: dentro del mar, emergiendo del agua, en el pequeño islote que tenían delante y también en la playa y a sus espaldas, en la solitaria península de Renote a la que pertenecía la extensa línea de arena sobre la que se encontraban ahora.

Esos peñascos se podían admirar por todo el litoral comprendido entre Trébeurden y Paimpol. «Costa de granito rosa» era el poético nombre de aquella famosa zona del norte de la Bretaña. Con aquel tipo de granito se habían construido símbolos nacionales como el Ayuntamiento de París, el enorme monumento a Charles de Gaulle en Colombey-les-deux-Églises o la famosa Cruz de Lorena. También en Los Ángeles, Budapest y Sevilla había edificios construidos con esta piedra legendaria. Incluso los hombres del Neolítico habían levantado obras imponentes con esta curiosa roca ígnea, que en ningún otro lugar asomaba de forma tan destacada en la superficie de la tierra como allí, en la zona canadiense de Ontario, en Córcega, Egipto y China.

Parecía como si aquellas rocas extrañas hubieran caído literalmente del cielo. Como si unos insólitos meteoritos se hubieran precipitado de forma

aleatoria. Maravillas de piedra rosa, testimonios y signos enigmáticos. Aunque macizos, a la vez resultaban livianos, casi ingrátidos, suspendidos. Daba la sensación de que la siguiente racha de viento podría llevárselos. Era un paisaje mágico. Cualquiera podía entender al instante por qué grandes escritores y pintores, entre ellos muchos amigos de Gauguin, se quedaban embelesados con ese rincón de la tierra.

Desde tiempo inmemorial, las localidades situadas a lo largo de la costa de granito rosa rivalizaban entre ellas por la extravagante cuestión de quién tenía la piedra más extraña y las formas y los tonos rosados más espectaculares.

De las doce playas de Trégastel, la de Toul Drez, en la que se encontraban en ese momento, era la que estaba más al norte. Era una playa salvaje en forma de hoz rodeada de promontorios y extrañas formaciones rocosas. Al oeste estaba la llamada Tête de Mort, un saliente en forma de calavera sobre el cual, a su vez, se podía admirar una de las formaciones más divertidas, el Tas de Crepes, el montón de crepes, cuya presencia compensaba un poco el espanto que provocaba la calavera.

Los dos islotes de delante, la Île du Grand Gouffre y la Île de Dé, la protegían del ímpetu del oleaje y, con la marea baja, creaban una laguna fascinante, una especie de gran piscina natural. En aquella zona incluso la arena era de color rosa. De tono claro y textura fina. Dentro del agua, la playa descendía poco a poco. El mar ahí no solo era transparente, sino totalmente translúcido. Al principio presentaba un delicado color verde turquesa y después adquiría una tonalidad azulada que el rosa del fondo intensificaba de un modo especial. Solo muy adentro el Atlántico adquiría un profundo color azul. Desde allí se divisaban las más grandes de las legendarias siete islas, las Sept-Îles, situadas a cinco millas náuticas de la costa.

Claire y Dupin habían llegado dos días antes por la tarde y se habían encontrado un ambiente de pleno verano. Durante el día la temperatura permanecía constante en torno a los treinta grados y lucía un magnífico cielo azul. Sin nubes ni neblina. El aire era nítido gracias a la ligera brisa atlántica. Los colores predominantes combinaban de forma exquisita: el azul intenso del cielo, el turquesa del mar y el rosa de la arena y las rocas.

Era de una belleza impresionante. Surrealista.

Esos días veraniegos, animados y sin preocupaciones, eran para muchos *la douceur de vivre*, la dulzura de la vida. Los bretones lo llamaban *la vie en roz*, la vida en rosa.

Para Georges Dupin aquello era una condena.

Ir de vacaciones.

A la playa.

No podía haber nada peor.

Claire soñaba con pasar el día tumbados en la playa. Sin compromisos, ni citas, ni trabajo. Había insistido en llegar a un acuerdo y jurarse mutuamente que durante esos cuatro días no se ocuparían, bajo ninguna circunstancia, de nada relacionado con la comisaría de Concarneau ni con el hospital de Quimper. Fuera lo que fuese.

—Solo descanso y tranquilidad —había dicho con un suspiro de felicidad.

Pero no eran «cuatro días». Para nada. Eran dos semanas. Quince días completos.

Eran las vacaciones más largas que Dupin se había tomado en toda su carrera. El asunto fue motivo de comentarios en Concarneau; incluso la edición local del *Ouest-France* había publicado una nota breve, absolutamente ridícula e innecesaria, titulada «Georges Dupin en Trégastel: el comisario se va de vacaciones».

Claire había elegido pasar esos días en una «zona de baños con solera» que estuviera «bien situada, que fuera romántica y que tuviera mucho encanto»; un lugar donde no necesitaran el coche y se pudiera ir a pie a todas partes. Un hotel pequeño y agradable. Y lo más importante, quería llevar un «auténtico ritmo de vacaciones», lo que en su opinión significaba dormir hasta tarde —a Dupin le gustaba madrugar—; desayunar a última hora y con tranquilidad en la terraza —los desayunos prolongados no eran precisamente del agrado del comisario—; ir a la playa con ropa ligera —Dupin no soportaba el pantalón corto— y comprar por el camino bocadillos y bebida —en este aspecto, él no tenía objeciones—. En cambio, sí las tenía para el último punto: acomodarse en una toalla ancha y blanda y, salvo los breves momentos dedicados a nadar, no abandonarla hasta bien entrada la tarde.

Un auténtico infierno.

Para Dupin no había nada más insoportable que la ociosidad. Y nada le exasperaba más que el descanso obligado. Necesitaba estar activo, ocupado. La actividad constante era su estado natural; lo demás, una tortura. Claire, por supuesto, lo conocía lo bastante como para ser perfectamente consciente de ello. Y se había tomado ese asunto en serio. Mucho. Cuando tuvo la desafortunada idea de esas vacaciones no solo había pensado en ella, sino «sobre todo había pensado en él».

Claire tenía la teoría, funesta en opinión de Dupin, de que esa «alarmante necesidad de acción» estaba provocada por un exceso de actividad, en particular «por el exceso insano de desasosiego interno y externo de los últimos años», es decir, como a ella le gustaba expresarlo, «por todos esos casos demenciales». Por eso estaba convencida de que había llegado un punto en que la situación se había vuelto «crítica» y él necesitaba «descansar de verdad». «¡Una cura radical! ¡Olvidarse absolutamente de todo!». Por desgracia, el médico de cabecera de Dupin, el doctor Pelliet, compartía con vehemencia esa opinión. Él también le había diagnosticado «síntomas prototípicos de fatiga patógena»: estómago delicado, problemas de sueño, adicción a la cafeína...

A Dupin todo aquello le parecía abstruso. Sin embargo, cuando Nolwenn, su irremplazable secretaria, empezó también a hablar de la conveniencia de un «período de descanso» —y solo porque en alguna ocasión él había reaccionado de forma arisca—, la suerte del comisario quedó sellada. Tampoco facilitó mucho las cosas el hecho de que los tres «solo querían lo mejor para él». Para entonces ya se había rendido.

Luego todo ocurrió muy rápido. El año anterior, Nolwenn y su marido habían pasado las vacaciones en la playa de Trégastel, en un «hotel muy bonito», y habían trabado cierta amistad con el matrimonio propietario del establecimiento. Antes de que Dupin pudiera darse cuenta ya tenía una reserva allí. Una habitación doble de lujo. Con vistas al jardín y balcón.

Así fue como comenzó su infortunio, que había desembocado en esa gran toalla de color lila.

Dupin estaba convencido que esa cura de descanso solo podía tener un efecto: provocarle una tremenda desazón interior. Con todo, a él quien le preocupaba era Claire. Desde que había aceptado la dirección del servicio de cardiología del hospital de Quimper trabajaba casi sin descanso. Ella, al contrario que él, estaba agotada. En los últimos meses no habían sido pocas las ocasiones en las que Claire se había quedado dormida en el sofá antes de cenar. Ella sí necesitaba un descanso. Y, para su desgracia, unas vacaciones en la playa eran lo más adecuado. Desde que llegaron, Claire parecía recuperarse a cada minuto.

Y si estar tumbado en esa toalla en la playa era ya, de entrada, una pesadilla para Georges Dupin, había otras circunstancias que agravaban aún más la situación.

El sol quemaba tanto que no se podía salir sin gorra o sombrero. Dupin odiaba ambas cosas y no tenía ni lo uno ni lo otro. Por eso el día anterior, de

camino a la playa, Claire le había comprado, sin consultarle, una gorra de color azul marino con la inscripción I LOVE BRITTANY. Él se la puso de mala gana. Había además otra cosa cuyo uso continuado también era imprescindible: la crema solar. Dupin se negaba en redondo. Dijera lo que dijese el envase, ese potingue era pringoso y hacía que la arena se le pegara al cuerpo. Una arena que, por causas desconocidas, iba a parar siempre a su lado de la toalla. En el lado de Claire no había nunca ni un solo granito. Con todo, lo peor de la crema solar era que, por mucho cuidado que tuviera, llegaba un momento, casi siempre muy pronto, en el que se le metía en los ojos. En ambos. Eso le provocaba un escozor tan intenso que incluso se le nublaba la vista y le impedía leer u observar lo que ocurría en la playa. Y, por desgracia, desde la toalla no había otra cosa que hacer más que leer y observar a la gente.

Su único consuelo era la cena. El restaurante del hotel era estupendo y servía cocina local, sobre todo especialidades del norte. Solo unos minutos después de su llegada, hacía ya dos noches, los acomodaron en una terraza, con unas vistas extraordinarias. Tenían un hambre canina. A Dupin le encantaba que Claire tuviera ese apetito tan voraz. Les sirvieron *tartelettes de Saint-Jacques*, unas vieiras de la rada de Brest, sin duda las más exquisitas, y a continuación unas alcachofas Cardinal —una variedad local, de color morado pálido, sabor suave y algo dulce— con vinagreta de hierbas. El vino también fue espléndido, un pinot noir joven del valle del Loira que se bebía muy fresco y que se había convertido en su nuevo deleite para los días de verano. Aquel caldo combinaba a la perfección con la carne de cordero de pasto asado con *cocos de Paimpol*, unas delicadas judías blancas que Dupin simplemente adoraba.

Por desgracia, por fabulosa que fuera la comida —la segunda velada en el restaurante había confirmado la primera y fantástica impresión—, un día de vacaciones no solo era la cena. Le quedaban por delante muchas, muchísimas, horas de los doce días restantes.

Dupin se había bañado ya seis veces y había recorrido la playa de un extremo al otro en más ocasiones aún. Una y otra vez.

Antes de ir a la playa —Claire ya estaba allí porque «no quería perder el tiempo»—, él se acercó al quiosco de prensa que había en el apacible centro de Trégastel para comprar los periódicos del fin de semana. Se tomó su tiempo. A esas alturas ya se los había leído todos a fondo. El *Ouest-France*

había iniciado el gran especial de verano con el tema «El bretón, ¿nace o se hace?». Uno de los temas favoritos, más divertidos y también más serios, de los bretones. La respuesta era simple, simpática y, a la vez, enternecedora (además de tranquilizar mucho a Dupin): «Para ser bretón no hacen falta ni papeles ni documentos, solo la voluntad de serlo». Por lo tanto, en el fondo, según se desprendía de aquel encendido alegato, era más una disposición, una actitud interna. Ante la vida, el mundo, las personas y, lo más importante, ante uno mismo. Para las cuatro semanas siguientes el periódico había ideado un entretenimiento divertido: «Sabes que eres bretón cuando...». A continuación se señalaban varios indicios infalibles, palmarios: «Para ti la hora del aperitivo empieza de manera oficial a las once de la mañana y a partir de entonces todo está permitido. / Cuando para suicidarte entras en un bar muy concurrido de un rincón apartado de Finisterre y proclamas a gritos que eres de París. / Cuando toleras mejor que otros el sonido de la gaita. / Cuando para ti el año 1532 significa algo (no necesariamente bueno)». (Es el año en que la Bretaña fue «anexionada» a Francia).

Claire había extendido la toalla exactamente en el mismo lugar que el día anterior, un gesto con el que dejaba claro que aquel iba a ser su territorio para el resto de las vacaciones.

—Tengo que ir a enjuagarme los ojos —masculló Dupin con una mueca—. Con agua limpia. En el hotel.

Se puso de pie.

No se le había ocurrido nada mejor para abandonar otro rato la toalla. Pero además, se ajustaba bastante a la verdad.

—Cuando vuelvas, trae otro de esos *pans bagnats*.

—Por supuesto.

Dupin había descubierto no muy lejos del hotel una pequeña tienda cuyo propietario, Rachid, de Niza, preparaba esos bocadillos de pan de pita típicos del sur de Francia, con atún, tomate, aceitunas y mayonesa. Para acompañarlos vendía un vino rosado de la Provenza que se podía llevar a la playa con una nevera portátil.

Eran las tres y media.

Claire dormitaba tumbada bocabajo. Llevaba un sencillo biquini de color negro que le favorecía mucho y un enorme sombrero de paja que a Dupin no le gustaba demasiado. Era viejo y había sido de su abuela.

—¿Te apetece alguna otra cosa? No me importa traértela.

—No, gracias, cariño.

Se puso el polo azul descolorido, los tejanos y luego se calzó las zapatillas desgastadas en cuyo interior encontró una sorprendente cantidad de arena. Esa era también una especialidad suya. Dupin era capaz de transportar enormes cantidades de arena. Al coche, a la habitación del hotel e incluso, aunque pasase antes por la ducha, a la cama.

La siguiente toalla se encontraba a unos veinte metros de ellos. Una familia con tres hijos, un niño y dos niñas, que se alojaban en su mismo hotel. Muy alegres. Muy agradables. Por desgracia, con unos padres horribles. No paraban de gritar: «¡Aquí sentados y en silencio!». «¡No tires las migas del bocadillo!». «Nos gustaría poder estar tranquilos por lo menos una vez al año». El aire traía hasta ellos el lamento infinito de esos padres. Espantoso. A la hora del desayuno sus voces solo habían sido superadas por las de una pareja —un hombre recién entrado en los cincuenta y su mujer, una rubia oxigenada a la que Dupin le había echado unos treinta años o poco más— que se había pasado el rato discutiendo acaloradamente.

Esa era la agradable vida de hotel.

—Hasta luego, Claire.

—No tardes mucho. —Ella se giró y cogió un libro.

Dupin sorteó a la familia dando un amplio rodeo.

El hotel estaba cerca. El estrecho camino que discurría junto al mar, con altas hierbas de la playa que brillaban a ambos lados, brindaba una visión panorámica del paisaje granítico y el Atlántico.

El hotel L'Île Rose se encontraba en lo alto de una colina plana, al resguardo de unos enormes bloques de granito rosa entre cuya maraña sobresalían aquí y allá enormes pinos doblados por el viento. La entrada principal estaba al final del paseo marítimo, que se elevaba sobre la playa de Coz Pors. El paseo, toscamente asfaltado, conducía a un pequeño aparcamiento público en el que se encontraba también la entrada para coches del hotel. Ahí había además cuatro casetas de madera, estrechas y de un intenso color blanco, en las que podían comprarse los pasajes para visitar en barco las Sept-Îles. De no ser por su aprensión insalvable a los paseos en barco, a Dupin le hubiera encantado ir. En las Sept-Îles habitaba un ave conocida como el «pequeño pingüino». Por lo que sabía, esas aves no eran pingüinos en realidad, sino alcas, una especie perteneciente a la familia de los álcidos. En cualquier caso, su aspecto y su forma de moverse era similar a la de los pingüinos. La profunda pasión que sentía Dupin por esos animales bastaba para incluir en ella a las alcas; aunque, pese a la proximidad de las islas, observar a aquellas aves era una utopía para él.

Dupin ya había alcanzado el jardín del L'Île Rose, del que Claire se había enamorado desde el momento en que llegaron, en particular de los dos parterres de hortensias de intenso color azul y violeta. Los propietarios del hotel habían creado un pequeño paraíso botánico: un césped cuidado, aunque no en exceso; tres palmeras de troncos anchos expuestas al viento; eucaliptos majestuosos, camelias, rododendros, agaves, lavandas aromáticas y grandes arbustos de salvia, tomillo, romero y hierbabuena. Todo dispuesto en una mezcla desordenada. El ejemplar más destacado era un olivo viejo y retorcido. De cara al océano, los magníficos bloques de piedra y la vegetación frondosa creaban una vista impresionante.

El edificio era antiguo, del siglo XIX, y estaba enlucido en gris claro, mientras que en los bordes de las ventanas lucía el granito original. Una de las privilegiadas construcciones situadas junto al mar, uno de los pocos y sublimes edificios que podían admirarse en ese tramo de costa. Era una mansión encantadora, restaurada con primor y decorada con mucho gusto, con sobriedad y en tonos claros. El mobiliario era sencillo y bonito, de madera natural, y en las habitaciones destacaban las telas coloridas. Además, y eso era decisivo para Dupin, los dormitorios disponían de una máquina de café expreso fácil de manejar. Al igual que el centro de esa pequeña localidad de costa, aquel era un refugio de los primeros calores del verano.

Dupin atravesó el jardín y se encaminó hacia la escalera de piedra que conducía a la puerta de entrada.

—¿Ya lo ha oído, señor comisario?

Rosmin Bellet, el propietario del L'Île Rose, un hombre de aspecto bonachón y algo entrado en carnes, acababa de asomar por detrás de una palmera. Era una persona muy cordial. Demasiado locuaz para el gusto de Dupin. Saltaba a la vista que le encantaba atender a sus huéspedes con un estilo muy personal.

Dupin se detuvo de mala gana. Los ojos aún le escocían por la crema solar. No estaba de humor para chácharas.

—No. —Sin pretenderlo, su respuesta sonó algo desabrida—. Quiero decir, ¿qué se supone que debería haber oído?

—Anteayer alguien robó la figura de santa Ana de su capilla. No se sabe quién fue, ni cómo lo hizo.

Dupin se frotó la sien.

—Me figuro que la gendarmería local ya se está ocupando del asunto.

—Sí. Alan e Inès... —El señor Bellet sonrió—. Sí, lo harán...

Dupin supuso que ese era el nombre de los gendarmes.

Dos abejorros gordos —el jardín estaba plagado de abejas y abejorros— pasaron volando con un zumbido grave peligrosamente cerca de la nariz de Dupin.

—Es una figura muy antigua. —El señor Bellet no parecía dispuesto a abandonar con facilidad.

—Vaya —murmuró Dupin.

Le daba igual. No estaba dispuesto a ocuparse de ese asunto. Nada de objetos antiguos desaparecidos, y menos aún religiosos. Su último gran caso había girado en torno a ello y a estas alturas aún seguía dándole vueltas. Era como una sombra oscura y misteriosa. Una parte se había quedado sin resolver.

—Además, el miércoles de la semana pasada alguien entró a robar en la casa de Gustave Eiffel —insistió obstinado el señor Bellet. Dupin se encogió de hombros—. En 1903, el arquitecto de la torre Eiffel construyó aquí una casa. De estilo escocés. Está en venta. ¡Tiene una hectárea y media de terreno!

Por su modo de hablar, parecía como si el señor Bellet quisiera vender esa propiedad por su cuenta.

—Es una casa a cuatro vientos, con tres fachadas con vistas al mar. De ahí su nombre, Ker Avel. Está muy cerca de la roca que llaman Sombrero de Napoleón. Albert, el hijo de Eiffel, creó un laberinto entre los bloques de granito.

—Pues qué bien. —Dupin hizo ademán de seguir avanzando.

—En 1906, Gustave Eiffel hizo instalar en la casa varios aparatos, revolucionarios para la época, que servían para medir valores meteorológicos. La meteorología le debe varios descubrimientos importantes. Por cierto... —El señor Bellet levantó la voz—. ¡La casa Eiffel estaba cerrada!

—Mi... esposa. Ella espera su *pan bagnat*.

Desde su llegada, hacía dos días, el señor y la señora Bellet siempre se dirigían a ellos como «esposa» y «marido»; al principio Dupin y Claire les habían corregido, pero habían acabado por desistir.

Bellet asintió y siguió hablando:

—¿Sabe usted que el Sombrero de Napoleón jugó un papel histórico decisivo? —Una pregunta puramente retórica—. A las 18 horas del día 3 de abril de 1943 la BBC envió a los combatientes de la Resistencia francesa un código que decía: «¿El Sombrero de Napoleón sigue aún en Perros-Guirec?». Aquella fue la señal de que la batalla había empezado. ¡Una orden directa de De Gaulle!

Había empleado un tono de voz apasionado. Aunque Dupin no tuviera ganas de conversar, el entusiasmo del señor Bellet le pareció adecuado. Aquello había sido algo importante de verdad.

—Lo extraño es que en la casa Eiffel no falta nada. De todos modos, está casi vacía. Apenas hay unos pocos muebles viejos sin valor alguno. Lo que yo me pregunto, señor comisario, es quién entraría a robar en una casa como esa.

Dupin subió por la escalera hasta la puerta de entrada del hotel, que estaba entreabierta.

—Por aquí no ocurren grandes cosas —oyó decir a sus espaldas. Dupin vaciló y se dio la vuelta—. Excepto hace siete años, ¿sabe? Encontraron un cadáver en una cantera de por aquí. Era de una empleada de la cantera, una chica que trabajaba en administración. Se precipitó cincuenta metros al vacío y se estrelló contra el granito rosa. Lo más probable es que no fuera de forma voluntaria. A día de hoy, todavía no se sabe si aquello fue un accidente o un asesinato. Se hicieron muchas pesquisas, pero sin resultado. Un misterio siniestro. Aquí la llamamos «la Muerta rosa».

Bellet levantó sus cejas pobladas con un gesto teatral, dejando ver así unas arrugas profundas en la frente. Tenía una cabeza redonda sorprendentemente uniforme, lo cual iba en consonancia con su forma oronda, y llevaba el cabello cano muy corto.

—Tengo algo de prisa, señor Bellet.

¡Aquello era exasperante!

—El último asesinato en Trégastel fue hace treinta y siete años. —Por lo visto, aquel hombre llevaba una especie de crónica sobre los crímenes locales—. Tampoco se resolvió. La víctima también fue una mujer, una panadera. Murió estrangulada después de nuestra *fest-noz* tradicional, la *Gouel an Hañv*. Solo tenía veintidós años. Por aquí se la conoce como «la Dama blanca».

—Ya veo.

—Por cierto, este año se celebra el cuarenta aniversario de nuestra fiesta más alegre. La organiza la asociación de ocio y cultura de Trégastel, la AOCT. Será el sábado próximo. Tienen que ir. Habrá crepes con verdura de cultivo ecológico de la región, y cervezas y sidra locales. Y, por supuesto, vino y todo lo demás. TiTom, Dom Jo y los Frères Guichen nos deleitarán con su música. No se lo pueden perder. A su esposa le encantará.

Dupin abrió la puerta con gesto decidido.

—Hasta luego, señor comisario. —Bellet le dirigió una sonrisa amable.

Dupin musitó unas últimas palabras de despedida y desapareció a toda prisa.

Dentro del antiguo edificio reinaba un frescor agradable. Al final del corredor estrecho estaba la escalera; a la izquierda, el pequeño salón, con tres sofás cómodos y muy mullidos y una mesita antigua con una pila de libros manoseados. En un rincón había un escritorio con un ordenador. El salón daba paso al pequeño restaurante que se abría a una terraza extraordinaria. Justo a la derecha, detrás de la puerta de entrada, estaba la recepción y, al lado, la cocina.

La empinada escalera que conducía a su dormitorio del tercer piso convertía cada ascenso en una pequeña escalada. Dupin entró en su habitación. Era una estancia algo más grande de lo habitual en los hoteles franceses. También ahí los muebles eran de madera natural, sencillos y de tono claro. Tenía una *chaiselongue* sobre la que tumbarse. Pero lo mejor era el balcón, que albergaba además una mesita y dos tumbonas muy cómodas, una del color verde de la verbena y la otra del intenso color rojo de los pimientos. Entre ambas había un enorme parasol amarillo miel. A Claire le encantaba esa combinación de colores.

Fue al baño a enjuagarse los ojos y luego se hizo un café, salió al balcón y se sentó en una de las tumbonas.

Tomó el café a pequeños sorbos. Su mirada se perdió en el horizonte azul oscuro.

De repente estalló un estruendo ensordecedor. Unos sonidos agudos y penetrantes que poco a poco se fueron volviendo graves y sordos hasta dejar de oírse, para, al cabo de un momento, explotar de nuevo con estridencia, acompañados del rugido de unos motores.

Dupin necesitó un momento para identificar lo que estaba oyendo.

Eran tractores. Bocinazos de tractores. Y no dos o tres. Tenían que ser al menos una docena. El ruido procedía de la izquierda, posiblemente de la calle que había justo detrás de la playa y llevaba al pequeño aparcamiento y a la entrada de coches del hotel.

Se levantó y se inclinó por encima de la barandilla del balcón en un gesto un tanto temerario.

Desde ahí no podía ver la calle. Tenía que tratarse de una acción de protesta de los agricultores, aunque él no había oído nada al respecto. Este tipo de protestas eran cada vez más frecuentes en la Bretaña durante los últimos años.

Volvió a entrar en la habitación y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. También estaba lleno de arena. A pesar de ser un modelo todoterreno y robusto, Nolwenn le había puesto una funda nueva llamada Defender. Al

parecer era indestructible y, sin embargo, sorprendentemente fina. Era un producto militar. «Ideal para usted y la playa», había afirmado su secretaria.

Pulsó el último número marcado.

Sonó varias veces.

—¡Señor comisario!

El tono de voz parecía severo en exceso.

—Solo quería saber si va todo bien.

—Señor comisario, esta es la quinta vez que llama desde anteayer a última hora. ¡La quinta! —Nolwenn estaba muy molesta, aunque su tono era más severo que sus palabras—. Y aunque ocurriera alguna cosa durante las próximas dos semanas, no sería, de ningún modo, asunto suyo.

—Solo quería asegurarme. —Una respuesta lamentable.

—¿Se da cuenta de lo mal que está usted? Sea sincero: ha llegado al punto de que casi desea que pase algo: un caso complicado e interesante, un asesinato refinado y extravagante. ¡Al final, en su delirio, acabará viendo casos donde no los hay! —Nolwenn no se esforzaba en disimular su disgusto—. Pero, en fin, es normal durante los primeros días. —Su voz ahora parecía la de un terapeuta experto—. El doctor Pelliet ya nos avisó. Que en cuanto usted no pudiera satisfacer su «hiperactividad patológica», aparecerían los síntomas de un auténtico síndrome de abstinencia. Incluso a nivel físico. Sin embargo, también nos dijo que debíamos mantenernos firmes.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Lo del descanso obligado era una ocurrencia estúpida. Era evidente que él no se sentía bien, de acuerdo, pero eso no tenía absolutamente nada que ver con las tesis ridículas de Claire, Nolwenn y el doctor Pelliet. De hecho, a nadie le inquietaba ni lo más mínimo que un concertista de piano se pusiera nervioso e insufrible si no podía tocar. ¡Nadie se escandalizaba por eso! Al contrario. En esos casos no se hablaba de «dependencia» sino que todo el mundo se admiraba por esa «pasión absoluta». En una ocasión, Dupin había leído acerca de un pianista famoso que hacía transportar su enorme piano de cola de un lado a otro, fuera a donde fuese, a pesar de la fortuna que eso le costaba. ¿Por qué en su oficio las cosas tenían que ser distintas? ¿Acaso no podía gustarle lo que hacía? ¿No podía sentirse nervioso e infeliz por no poder dedicarse a ello?

—Y justo eso es lo que vamos a hacer: mantenernos firmes. —La voz de Nolwenn le dejó muy claro que hablaba en serio. ¡Qué perspectiva tan halagüeña!—. Queremos que descanse. Y ahora, voy a colgar.

Dupin dejó escapar un profundo suspiro mientras volvía a meter el móvil en el bolsillo lleno de arena del pantalón.

Poco después salía del hotel.

Encontró al señor Bellet arrancando algunas hojas de una enorme salvia. Dupin no estaba seguro de que hubiera advertido su presencia.

—Esa estatua que robaron... —El comisario se interrumpió un instante. Había muchos motivos por los que no debía formular esa pregunta—, ¿era valiosa?

En el rostro del señor Bellet se dibujó una expresión complacida.

—No. A pesar de su antigüedad, no tiene un valor material significativo. —Sonrió—. No es de oro, ni de nada parecido. —Dupin captó al instante la alusión a su último caso—. Solo es una talla de madera cromada. Pero sí tiene un valor espiritual. No está nada bien que la prensa ni lo haya mencionado. Ni que tampoco se haya escrito nada sobre el intento de robo en la casa Eiffel.

El señor Bellet no se molestaba en ocultar su decepción.

—De hecho, el valor espiritual no deja de ser algo destacable.

El propio Dupin no tenía ni idea de qué había pretendido decir con eso.

—Ahí mismo, en recepción, encontrará un folleto sobre la iglesia. En él podrá ver también una fotografía y...

—Gracias, señor Bellet.

—¿Sabe usted lo que es realmente curioso?

Dupin no dijo nada.

—Comparada con la iglesia de Sainte-Anne, que se encuentra justo al otro lado —dijo señalando con un gesto vago de la cabeza—, la capilla de Sainte-Anne carece de importancia. Me refiero desde el punto de vista histórico y artístico. Igual que las estatuas que contiene. En cambio, la iglesia de Sainte-Anne es del siglo XII. Es un templo románico que más tarde fue reformado en estilo gótico. Es sensacional. Ahí sí hay muchos objetos valiosos, pero no en la capilla.

—Bueno, yo... —Dupin se interrumpió. Inspiró y espiró profundamente—. Creo que debo marcharme.

—Oh, no se asuste si los tractores vuelven a hacer ruido dentro de un rato. —El señor Bellet se giró de nuevo hacia la salvia—. Los agricultores se están concentrando en el paseo marítimo. Protestan contra la competencia desleal de las grandes superficies. —Hizo una pausa significativa—. ¡Y con razón! Este mediodía se han dedicado a colocar carteles de EN VENTA delante de las residencias particulares de los diputados regionales. Han organizado más acciones para los próximos días.

Los agricultores bretones, y en general los franceses, no solían andarse con contemplaciones. Ya durante la Revolución demostraron ser un poder

especialmente expeditivo.

El señor Bellet apartó la vista de su salvia.

—Aquí en el norte todo el mundo habla ya del «verano de la crisis». La leche, la carne... Esta locura de los precios bajos tiene que acabar.

Empleó un tono de voz que dejaba entrever que a continuación llegaría una larga perorata.

Dupin no estaba de humor, aunque sin duda el señor Bellet tenía toda la razón del mundo. Por otra parte, se dijo, la culpa era suya, pues era él quien había iniciado la conversación.

—El norte de la Bretaña vive de la agricultura. Antiguos suelos volcánicos, un suelo fértil y arcilloso, la corriente del golfo... —El dueño del hotel levantó la mandíbula con orgullo—. Por ejemplo, los famosos *cocos de Paimpol*, esas menudas perlas blancas envueltas en una hermosa vaina roja marmoleada. Desde 1998 cuentan incluso con el sello de denominación de origen. ¡La primera judía de Francia!

Dupin no podía más que asentir con vehemencia. No solo él, toda la Bretaña adoraba esas judías. Cada año la nueva cosecha era motivo de gran expectación.

El señor Bellet sonrió satisfecho.

—Debería usted probar sin falta las *petits violets*, una de las tres variedades de alcachofa de la zona, más pequeñas y alargadas que las Camus, que son chatas. Y no se olvide tampoco de la coliflor de flores blancas, las variedades únicas de tomates y patatas, las zanahorias, el puerro, las cebollas Roscoff rosadas... Y luego está la raza especial de cerdos, sobre todo los de Saint-Brieuc, que se alimentan de linaza. Los cocidos, las salchichas, los patés...

—Lo probaremos, señor Bellet. Todo.

Ese era el plan.

Dupin se giró dispuesto a marcharse.

—¡Que siga disfrutando de la playa!

No hablaba con ironía.

El comisario pasó junto a las hortensias y salió del jardín.

De nuevo volvió a sacar su móvil.

Llevaba varias semanas ocupado en un asunto que podría considerarse de importancia y al que llevaba dando vueltas todo el año. Aún quedaban por aclarar un par de cuestiones. Luego se lo pediría a Claire.

Lunes

Con la misma pasión con la que el comisario adoraba los rituales que él mismo escogía, odiaba los que le prescribían. Aquellas vacaciones eran toda una retahíla de estos últimos. También ese día se habían levantado tarde. Tras el desayuno habían deambulado «tranquilamente» hacia la playa y se habían tumbado en la toalla sobre la arena sin que nada pudiera evitarlo. Al menos, de camino hacia allí se habían provisto de una abundante cantidad de alimentos en la tienda de Rachid, el nuevo amigo de Dupin: unas minipizzas de chorizo y sardinas hechas en casa con pinta de estar exquisitas y medio melón, todo metido en la nevera portátil compacta que Rachid les había prestado para las vacaciones, y una botella de vino rosado que llevaban aparte en su propia bolsa refrigerada.

Por desgracia, no había prensa. Los agricultores habían paralizado el tráfico desde las cinco de la mañana. No habrían podido asestar un golpe más duro a Dupin. Con todas las vías de acceso a Trégastel bloqueadas, los periódicos se habían quedado en el camino. Después de que los buscara en vano en la mesa del hotel donde solían estar, el señor Bellet se había limitado a encogerse de hombros con indiferencia.

Un cuarto de hora más tarde, Dupin ya se había levantado de la toalla para ir a dar un paseo hasta un islote de piedras conocido como Île du Grand Gouffre. Durante la bajamar, y sobre todo en esos días de grandes mareas, cuando el agua se retiraba mucho más de lo habitual, se podía ir caminando hasta allí sobre la arena. Le había preguntado a Claire si quería acompañarlo, pero ella se limitó a murmurar que acababan de llegar.

Fue un paseo corto y agradable que consiguió alegrar el ánimo de Dupin. Al comisario le encantaba la marea baja. Era ideal para paseantes y cada poco tiempo ofrecía nuevos y asombrosos paisajes. Un panorama extraordinario en tonos rosados que parecía la fantasía de un pintor; algunos bloques de granito tenían la apariencia de haber sido moldeados con plastilina, plegados, retorcidos y aplanados. Era un escenario embriagador.

Dupin se encaramó al montículo de piedras más alto y dio una vuelta alrededor del islote. En el lado que daba hacia tierra descubrió una pequeña franja de arena blanca y finísima. Se dijo que luego le preguntaría a Claire si le apetecería tumbarse allí para variar. Era un rincón más solitario y agreste, pero Dupin no terminaba de entender por qué esa islita tan hermosa era conocida como el Gran Abismo. Debía de haber, sin duda, una historia espeluznante detrás del nombre.

Durante aquel largo día de playa, Dupin salió a nadar más veces que el día anterior; aproximadamente cada cinco minutos, una frecuencia similar a la que aplicó a sus paseos por la playa. Acudió en dos ocasiones al establecimiento de Rachid para comprar bebidas frías, agua y cola. Y una vez, poco antes del mediodía, regresó al hotel, igual que había hecho el día anterior. Se cruzó de nuevo con el señor Bellet, quien le relató otros dos crímenes ocurridos en Trégastel: según contó, el día anterior, alguien había robado una cámara fotográfica en el Festival Moules-lard-frites; además, al panadero le habían desaparecido tres sacos de harina, aunque ese incidente había tenido lugar hacía dos semanas. Todo apuntaba a que aquel aparente remanso de paz albergaba cierta energía delictiva.

Por fortuna, a primera hora de la tarde Dupin tuvo una ocurrencia feliz: aunque no hubiera periódicos, se dijo, sin duda el quiosco de prensa era una buena excusa para abandonar la playa. Así que decidió comprarse un libro. La lectura lo mantendría distraído. Semanas atrás, Claire ya había pensado qué libros iba a leer durante las vacaciones. La mezcla no podía ser más dispar: un libro sobre realidad oculta y universos paralelos; dos gruesos volúmenes de Proust; un ejemplar, aún más grueso, sobre técnicas de intervención para cateterismos cardíacos; la nueva novela de Anna Gavalda y un libro de cocina de Éric Fréchon. Dupin, en cambio, hizo las maletas por la mañana antes de partir. Y no tenía pensado llevarse ningún libro.

Pasó una hora maravillosa en el quiosco de prensa. Al final, después de hojear docenas de libros, compró uno más bien fino que contenía rutas de paseo por la zona. *Les incontournables. Balades à pied: Trégor-Côte de Granit Rose*. Con propuestas tremendamente agradables, como cuatro excursiones que hacer en el entorno inmediato: la llamada *Couronne du roi Gradlon*, corona del rey Gradlon, que era un paseo para admirar las formaciones de piedra más curiosas y las playas más bellas; la excursión Île Renote, que exploraba la península que se abría detrás de la playa en la que se encontraban y que era una reserva natural; la excursión por el valle del Traouïéro, que prometía ser espectacular; y la GR 34, una ruta panorámica

que discurría por la costa del granito rosa entre Trégastel y Perros-Guirec. Parecía muy interesante. Por otra parte, cualquier excursión significaría sobre todo una cosa: no tener que estar tumbado en la playa.

Casi como un acto reflejo, Dupin había estado a punto de hacerse con una libreta roja Clairefontaine y unos cuantos bolígrafos BIC, el equipo clásico que utilizaba durante sus investigaciones. No empezó a utilizar esas libretas en sus primeros años como policía de París, como antes había hecho su padre, sino que las llevaba usando desde niño. Lo que nadie sabía es que fue su padre quien le regaló su primera Clairefontaine. Entonces Dupin la usó para inventarse complicados casos criminales; unas fantasías que, para él, eran casi reales y que en ocasiones lo habían mantenido ocupado durante semanas. En el último momento, Dupin devolvió la libreta a la estantería y cogió otra de color azul, más discreta. Claire, por supuesto, conocía a la perfección el significado de las libretas rojas.

Tal vez podría dedicar el tiempo que pasaba en la playa a imaginar casos, como antes. Así tendría algo en lo que ocuparse.

De todas formas, seguro que la libreta le serviría para elaborar una lista de excusas para ausentarse de la toalla durante los próximos once días. Iría variando los pretextos con habilidad. El día anterior ya se le habían ocurrido un par de opciones, como la de tener que cortarse el pelo con urgencia; eso era algo que nunca conseguía hacer en Concarneau. Las vacaciones eran una excelente oportunidad para ello.

Mientras charlaba con la simpática cajera del quiosco, una mujer algo fornida, se le escapó una pregunta. En concreto, una sobre el incidente de la capilla. El asunto de la estatua robada. En realidad, su intención no había sido preguntar. La mujer, que según dedujo de la conversación era la propietaria del establecimiento, ya había elaborado sus propias sospechas. En su opinión, la autora «más probable» tenía que ser una «misteriosa coleccionista de arte» de Londres que trabajaba para una casa de subastas y que era originaria de Paimpol. A principios de año se había comprado una casa en Trégastel, su segunda residencia. Sin embargo, su conclusión final resultó ser muy vaga: «Tal vez no fuera ella —reconoció—. ¿Quién sabe? De todos modos, parece que prefiere comprar la prensa en otra parte».

La quiosquera tenía también una opinión sobre la autoría del allanamiento de la casa Eiffel: «Unas bandas internacionales perfectamente organizadas». Dicho eso, al momento lo relativizó: «Aunque también podría tratarse de una gamberrada». En cualquier caso, le dijo que los dos gendarmes, a los que se refirió como «Alan e Inès», se habían hecho cargo de la investigación.

La capilla de Sainte-Anne se encontraba prácticamente delante del quiosco. Dupin dio una vuelta alrededor del edificio de granito rosa y con un estupendo tejado de pizarra para examinarlo con detenimiento. Así estrenó la nueva Clairefontaine azul. La capilla con el anexo tenía tres puertas. Por desgracia, en ese momento el acceso estaba cerrado por ensayo del coro.

Hasta entonces Claire no había comentado nada sobre las pequeñas escapadas de Dupin; de hecho, apenas parecía darse por enterada. Se había limitado a asentir con un breve gesto o había dejado oír un «ajá» despreocupado. Para Dupin era muy posible que aquella actitud indiferente obedeciera a una especie de estrategia terapéutica consistente en permitirle un poco de «acción» durante un tiempo y luego intervenir de forma tan concienzuda como decidida.

—Esta mañana —había comentado Claire como quien no quiere la cosa— me han llamado del hospital. Pierre tiene gripe y no va a poder trabajar durante unos días. —Pierre era el médico jefe del servicio de cirugía cardíaca—. Me han preguntado si me podía pasar por ahí unos días. Incluso me ha llamado el director en persona, el señor Lepic. —Enfatizó mucho esta parte de la frase y continuó tras una pausa dramática—. Por supuesto, les he dicho que no, y ahora están intentando encontrar a alguien en Rennes. ¿Lo ves? Se las pueden arreglar sin mí.

Claire había sonreído. Él, en cambio, suspiró en voz baja.

Después del sermón del día anterior, Dupin no había intentado volver llamar a Nolwenn. En cambio, había llamado varias veces a Le Ber, aunque solo consiguió contactar con él en una ocasión. Su inspector se había mostrado extrañamente parco. Era evidente que Nolwenn lo había instruido, hecho que se vio corroborado por una prueba espontánea a la que lo sometió. Dupin preguntó a Le Ber sobre el asunto del código y la Resistencia francesa. «¿El Sombrero de Napoleón sigue aún en...?». En circunstancias normales, eso habría derivado en una larga perorata histórico-bretona. Pero ese día no. Aquella era la demostración definitiva. No sin esfuerzo, Le Ber se limitó a murmurar un «qué interesante» y luego pasó a hablarle de un tema burocrático que debía resolver con urgencia. Con Labat, su segundo inspector, ni siquiera lo intentó; ese habría seguido al pie de la letra, incluso más que Le Ber, las instrucciones de Nolwenn.

Por otra parte, seguro que Labat estaría muy ocupado atendiendo a los numerosos correos electrónicos del prefecto, quien, en unas circunstancias casi de chiste, se había roto la mandíbula comiendo un bocadillo de pollo a principios de la semana anterior. Su superior se había librado por los pelos de

una operación quirúrgica, a condición de no hablar durante tres semanas. Desde entonces, se dedicaba a escribir mensajes electrónicos a cada minuto. Dupin se había negado en redondo a mirar siquiera esos correos. Pero durante las próximas dos semanas no tendría que preocuparse por recibirlos, porque Nolwenn había desviado la cuenta de Dupin a la suya propia. De no ser por esas vacaciones tan deplorables, librarse durante un tiempo del prefecto habría sido motivo de enorme júbilo.

Las ocho. Hora de cenar.

El acontecimiento que Dupin había anhelado durante todo aquel largo día.

Desde la terraza elevada la vista se extendía más allá del jardín para mostrar las extrañas formaciones rocosas dentro del agua y en tierra, que destellaban con su encanto rosado. Un paisaje onírico que surgía bajo la luz crepuscular, entre un par de pinos de color verde oscuro y despeinados por el viento, un cielo inmenso, el Atlántico, que ahora había adquirido un profundo tono azul, y las Sept-Îles, que se erguían orgullosas sobre el mar. Por el lado del mirador más orientado hacia el océano, una pequeña escalera bajaba hasta el jardín.

Dupin había contado catorce mesas en la terraza, tantas como en el interior del restaurante. Las que no eran ocupadas por los huéspedes del hotel estaban muy solicitadas; había lista de espera. El chef —un hombre de barba cana de tres días y ojos brillantes y apasionados, con el que Claire y Dupin charlaron un momento en su primera noche allí— había resultado ser un verdadero artista. Su esposa Nathalie, de sonrisa cálida y carácter alegre, se encargaba del servicio con mucha energía y la ayuda de dos camareras jóvenes y amables. El cocinero elaboraba cada día un menú sublime. Cuatro platos. Una combinación siempre fabulosa. Nathalie lo anunciaba por la mañana, entre las diez y la once, en una pizarra grande que colgaba en el pasillo, cerca de la puerta. Con suerte, él y Claire lo leían al salir hacia la playa y de este modo se deleitaban pensando en él durante todo el día. Sin duda, era un elemento de motivación clave para Dupin.

Desde la primera noche, los Bellet les asignaron una de las mesas privilegiadas, con una vista extraordinaria, situada junto a la barandilla que daba al mar, en primera fila. Dupin se había sentado de espaldas a la pared de piedra del edificio.

En la mesa de al lado había una familia muy simpática con su hija, Elisa, a la que Dupin calculaba unos dieciséis años. La última mesa de la primera fila,

en el rincón de la terraza, la ocupaba la pareja que no dejaba de discutir. Junto a ellos, y se lo tenían bien merecido, estaba la familia formada por esos padres horribles y sus dulces hijitos. Al otro lado de Claire y Dupin se sentaba una parejita joven, elegante pero aburrida, que viajaba en un descapotable caro y rojo. De entre los demás comensales llamaba la atención un hombre con aspecto de estar siempre furioso; parecía rebasar de largo la treintena y se sentaba solo en una mesa diminuta en el extremo derecho de la terraza.

—¿No te parece de ensueño? —le preguntó Claire sacándolo de su ensimismamiento.

Tenían una mesa amplia para dos y ella estaba sentada frente a él. Llevaba un vestido azul marino, informal pero elegante, y la media melena de color rubio oscuro recogida en un moño despeinado. Sostenía en la mano derecha una copa de Sancerre bien frío, igual que Dupin. El calor del día se había desvanecido y había dejado paso a un suave y fabuloso atardecer de verano.

Claire posó la mirada en la bahía.

—Es perfecto. El hotel, la habitación, el restaurante, el mar, la arena fina... El sitio donde extendemos la toalla. El tiempo. Estas vacaciones no pueden ser mejores. ¿No te parece?

—Creo —respondió Dupin con tono vacilante— que tal vez debería cortarme el pelo. Cuando hace tanto calor como hoy es más cómodo llevar el pelo muy corto. Además, en Concarneau nunca tengo tiempo para ir.

Claire no pareció haberle oído. Nathalie acababa de aparecer con los entrantes.

Millefeuille de tomates saveurs d'antan. Tomates de color amarillo, verde y rojo; unos sensacionales cultivos antiguos.

—Recién cogidos de la huerta del hotel. En estas últimas semanas, la variedad corazón de buey está en el punto máximo de sabor.

Con esa afirmación orgullosa, la camarera dejó los platos delante de ellos y desapareció de inmediato. Ese día no había tiempo para charlar.

Claire ya tenía el tenedor en la mano. Él también.

—Mañana me pasaré por la peluquería. —Dupin se esforzó por adoptar un tono despreocupado.

—Genial. —Claire masticaba despacio, saboreando la comida—. Sí, hazlo. ¿Verdad que la peluquería...?

Claire fue interrumpida de pronto por una voz airada y grave:

—¡Estoy harto!

A esta le siguió una voz aguda y agresiva:

—¡No! ¡Yo sí que estoy harta! ¡Imbécil!

Era la pareja que siempre discutía. Las voces resonaron por toda la terraza; hasta ese momento habían permanecido extrañamente silenciosos. Dupin, por lo menos, aún no los había oído.

Claire retomó al instante el hilo de la conversación:

—La peluquería no está muy lejos de la capilla, ¿no? —Le pareció que la pregunta tenía un soniquete—. Ahí fue donde robaron la figura de santa Ana.

Ahora ese retintín se había acentuado de forma notable.

¿Cómo era posible que Claire estuviera enterada de ese suceso? Seguramente por el señor Bellet. Había sonado un poco como una advertencia, pero tal vez Dupin se estuviera confundiendo.

—Una nimiedad, ya que lo comentas.

—Un incidente muy curioso. —Claire mojó un trozo de tomate en el sabroso aceite de oliva y se lo comió con un poco de pan de baguete.

Volvió de nuevo la mirada hacia la bahía.

—¡Una morsa! ¡No hay duda!

Dupin distinguió al momento la formación de piedra a la que ella se refería.

Durante el paseo que dieron el primer día de las vacaciones comenzaron una competición que consistía en identificar formas, animales y objetos nuevos en el granito, más allá de las figuras conocidas que ya tenían un nombre. De hecho, el juego surgió solo: la singularidad de las rocas estimulaba de forma automática la imaginación del observador. Los diferentes puntos de vista al pasear y, algo aún más decisivo, la posición cambiante del sol y las sombras que lo acompañaban, permitían descubrir constantemente nuevas formas. De pronto podía distinguirse un pato, el orificio de una nariz, un champiñón, una sartén, una tostadora, una carpa, el gorro de un gnomo e incluso —Dupin, claro está, era quien lo había detectado— ¡un pingüino!

—Un punto para ti. Yo hoy he visto el mejillón, la nariz del gigante y el dinosaurio. —Dupin hablaba en serio.

—Eso tengo que comprobarlo —respondió Claire riéndose—. Si no, no tendrás los puntos.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! —Un grito estridente estalló por encima de las mesas. La misma voz agresiva femenina de antes. Esta vez acompañada de un gran estrépito.

Todas las miradas —incluida la de Dupin— se clavaron sin querer en la pareja.

La rubia de pelo oxigenado se había levantado de un salto y había tirado la silla al suelo.

La mujer agarró el bolso, se quedó quieta un instante y luego se marchó a toda prisa. Pasó junto a las mesas de los comensales, que la miraban desconcertados, y se dirigió a la escalera que conducía al jardín. Sin volverse ni siquiera una vez, alcanzó los escalones y desapareció al momento. Una salida dramática.

Su acompañante permaneció sentado; parecía menos avergonzado que resignado. Se encogió de hombros con un gesto ostensible y luego volvió su atención, también de forma ostensible, a la comida.

—Ya volverá —masculló con un gruñido a media voz cuando todos, incómodos, apartaron la mirada de él.

Dupin apuró de un trago el vino que le quedaba en la copa y volvió a llenarlas. Vano intento. La botella estaba vacía.

La conversación regresó poco a poco a las mesas. Pronto se oyeron de nuevo voces alegres.

Claire también reemprendió su charla.

—El señor Bellet me ha hablado del programa de espectáculos de verano de Trégastel para esta semana y la próxima. Y también de la *fest-noz* del sábado. Puede que haya alguna cosa interesante.

Lo cierto era que a Dupin no le gustaban mucho los programas de actividades turísticas, aunque siempre cabía la posibilidad de que alguna se celebrara de día. A la hora de la playa.

—Mañana se inaugura el *Salon des vins*, la feria de vinos, en el Palacio de Congresos. Durará hasta el domingo.

Eso no sonaba nada mal.

Una de las jóvenes camareras les sirvió el entremés, langosta al *Kari Gosse*, la versión bretona del curri.

—Me ha pasado este folleto. —Claire lo sacó del bolso—. Veinte viticultores premiados vendrán de toda Francia a presentar sus vinos. También algunos del Loira.

Aquello tenía cada vez mejor pinta.

—Además, habrá puestos con terrinas de *foie gras*, quesos, embutidos y chocolate. Habrá una parada solo con patés de la zona grandes como cestos, con setas, algas o panceta. Según el señor Bellet, todos son productos excelentes.

Aquello era simplemente perfecto. Al menos las vacaciones serían una fiesta para el paladar.

—Podríamos ir por la tarde, o a comprar provisiones para la playa.

—Pero... es muy agradable pasar la tarde aquí. Y no quiero perderme ningún menú.

—Nolwenn nos recomendó probar al menos otro restaurante.

Dupin tenía la consternación escrita en el rostro.

—En Ploumanac'h. La Table de Mon Père. Junto a la playa. Al parecer, esa bahía es una de las más bonitas de la costa rosa. Además, Ploumanac'h fue elegido por los franceses como el lugar más bello del país en ese programa de la tele.

Él, por supuesto, sabía a qué se refería. *Village préféré des Français*. El pueblo favorito de los franceses. Todos los años, tras una preselección realizada en todas las regiones del país, se presentaba a concurso una ciudad o un lugar de cada una de ellas y millones de personas votaban. Como no podía ser de otra manera, desde la existencia del programa la Bretaña encabezaba la clasificación general.

—¿Qué tal algún mediodía?

Dadas las circunstancias, a Dupin le apetecía mucho acudir a ese restaurante.

Claire respondió a la propuesta con una mirada de desdén.

—De todos modos, deberíamos visitar Ploumanac'h. Tienes razón. —Era el momento oportuno para sacar el tema. Se había llevado a propósito el libro que había comprado en el quiosco y lo colocó sobre la mesa—. He encontrado este fantástico librito con consejos sobre excursiones y paseos por la zona. Hay cosas espectaculares que ver.

Claire lo cogió con un escepticismo notorio.

—Mientras no sea durante nuestro rato de playa... —dijo, aunque terminó con un tono más conciliador— sería fantástico. Es mejor que primero nos concentremos en Trégastel; aquí hay muchas cosas que ver.

¿Cuándo se suponía que era el rato no dedicado a la playa? ¿Por la mañana, en lugar del desayuno?

—El jueves a primera hora de la mañana —continuó Claire— habrá una recogida de huevos de tiburón en la arena. Y a continuación, una charla en el acuario sobre estos escualos. ¿Qué te parece?

Nolwenn ya les había aconsejado la visita a ese acuario «tan peculiar». Se encontraba detrás de la playa Coz Pors, embutido entre las piedras de granito rosa. Era un edificio que antes había sido una capilla; durante la Segunda Guerra Mundial sirvió de depósito de municiones, fue un refugio tras la guerra y, finalmente, había alojado el museo de historia. En él se podía

admirar la flora y la fauna marina de la zona, y uno de los aspectos destacados era el variado fenómeno de las mareas.

—¿Cómo? ¿Huevos de tiburón? ¿Hay tiburones por aquí?

Dupin hizo la pregunta con cierta inquietud. No sabía nada de la fauna propia del norte de la Bretaña. Hasta el momento solo había tenido un encuentro con tiburones, en concreto con un tiburón peregrino llamado Kiki, el cual, como estaba científicamente demostrado, solo se alimentaba de plancton.

—Tiburones como las tintoreras, las pintarrojas, las mielgas o el cailón. Según el señor Bellet, es posible que haya algunos más. —Se detuvo al ver la expresión en el rostro de Dupin y añadió—: Todos ellos inofensivos, hasta cierto punto.

—¿Son tiburones pequeños?

Llevaba días bañándose con frecuencia en el mar y le gustaba mucho nadar fuera de la bahía.

—Bueno, una tintorera puede llegar a medir hasta tres metros y medio.

—Así que no son pequeños.

—La tintorera, de hecho, es el tiburón más habitual en el Atlántico, pero no suele acercarse a la costa. Lo he buscado a propósito. Por otra parte, no formamos parte de su dieta.

Claire se echó a reír.

A Dupin le vino a la cabeza el chiste manido de si el tiburón lo sabía también.

—¿Se tiene noticia de ataques de tintoreras contra personas?

—Algunos casos excepcionales. Y fueron por error. Oye, como esto te interesa tanto, deberíamos ir el jueves.

—¿Qué otras actividades hay? —Dupin intentó cambiar de tema.

—Durante toda esta semana el Breizh Tattoo Studio ofrece por las tardes tatuajes pequeños gratis. —Él no dijo nada y ella continuó—. Los dueños de Les Triagoz —Claire dejó el folleto sobre el libro de Dupin y leyó— «han convertido su restaurante en una tienda de las grandes marcas bretonas: Armor Lux, Saint James, Guy Cotten, Hoalen». Se puede comer y comprar entre plato y plato. —Dupin no estaba seguro de que aquella fuera una propuesta seria. Por prudencia, prefirió no indagar más en ese asunto—. Además, el sábado por la tarde se celebrará una carrera de fondo a Perros-Guirec por el famoso camino de la costa. Pero no creo que eso sea adecuado para las vacaciones.

Dupin suspiró aliviado.

—Por otro lado —continuó Claire—, el ayuntamiento ha organizado una serie de conferencias. Hay una sobre medicina tradicional china. Es en el gran salón, caben trescientas personas. No está mal. —En su tono de voz se adivinaba una sincera admiración—. Pero la mayoría de las charlas se centran en los atractivos históricos y culturales de la zona. Sobre la geología del granito rosa, la iglesia de Sainte-Anne y sobre ese castillo de cuento de hadas neogótico que hay en esa pequeña isla. Y también sobre la casa de Gustave Eiffel.

—¿No te parece que sería mejor visitar la casa Eiffel por nuestra cuenta? Como te he dicho, hay un camino que conduce hasta allí. Me gustaría mucho verla. —Dupin se interrumpió—. Y ese castillo también.

—¿No hubo un robo hace poco en la casa Eiffel?

En cuanto Claire terminó de hablar, Dupin temió que hubiera sido un error mostrar de forma tan evidente su interés por ese lugar. Ella estaba muy bien informada. Y en todo caso, él debería habérselo figurado; de hecho, Claire siempre estaba al corriente de todo.

El comisario ignoró la pregunta.

—También me gustaría hacer un par de excursiones de verdad. —Volvió a intentarlo—. Por ejemplo, para visitar la reconstrucción de la famosa aldea gala de Pleumeur-Bodou.

Le Ber le había hablado hacía poco de ella. El inspector la había visitado con su hijo, que había empezado a andar hacía muy poco. En opinión de Dupin, una excursión como aquella era un poco prematura, pero Le Ber había refutado de plano esa objeción: «Nunca es demasiado pronto para que conozca sus raíces celtas».

Claire le dirigió una sonrisa.

—No quiero perderme la visita a una de las canteras de las que se extrae el granito rosa. Esa roca tiene millones de años de antigüedad y salió del interior de la tierra hace solo trescientos mil años.

Claire, la científica inquieta. La que adoraba ir de tiendas. Y a la que le encantaba todo lo relacionado con la comida.

—Creo —siguió diciendo ella— que deberíamos empezar por el entorno más cercano y explorarlo con excursiones cortas. Entre el desayuno y la playa. Y entre la playa y la cena... Luego, ya veremos. —Esa concesión tenía toda la pinta de ser una artimaña táctica benevolente—. De hecho, aún no hemos visto todas las playas de Trégastel y tenemos que ir sin falta a las famosas Grève Rose y Grève Blanche. Así podremos ver esas piedras tan extrañas. Aquí hay marcada una ruta para ir. De algún modo —añadió ella

con una sonrisa—, algunas de esas raras formaciones de piedra me recuerdan a ti.

Aunque era evidente que el comentario era bienintencionado, Dupin se molestó.

—Lo que quería decir es que tú...

La interrumpió un ruido repentino de sirenas. Un coche patrulla y una ambulancia. Se aproximaban a toda prisa procedentes de la playa Coz Pors.

De pronto, las sirenas enmudecieron.

Las conversaciones en las mesas se extinguieron al instante. Los comensales se cruzaron miradas de inquietud.

En un acto reflejo, Dupin tensó los músculos.

Claire, por supuesto, se percató y lo reprendió con la mirada.

Poco después, la señora Bellet se asomó a la terraza. Con una voz potente que contrastaba en gran medida con su estatura pequeña y delicada, anunció:

—Alguien ha arrojado una piedra contra la ventana de la diputada Rabier. La señora Rabier se encontraba justo detrás, junto a su escritorio. Los cristales la han herido de gravedad. ¡Una persona tan magnífica! —Inspiró profundamente y miró a su alrededor—. En todo caso, no hay ningún motivo de alarma para ustedes. La residencia de la diputada se encuentra en la calle del hotel, pero a casi cien metros de distancia. —Consciente de la perturbación que se reflejaba en el rostro de sus huéspedes, añadió—: Sin duda, el ataque está relacionado con las acciones de protesta de los agricultores. ¡Por mucha simpatía que me merezca esa causa, esto es algo absolutamente inaceptable!

Su mirada recorrió a los comensales uno por uno, como si estuviera comprobando si entre ellos se hallaba el malhechor.

—Ahora, sigan disfrutando de la cena —concluyó de forma brusca—. En un instante se servirá el segundo plato.

En cuanto hubo pronunciado esas palabras, Nathalie y las dos camareras se abrieron paso junto a ella balanceando con habilidad unas grandes bandejas. Asado de cerdo a la sidra.

Esa visión reanimó al momento el ambiente en la terraza. Al cabo de unos segundos, su aroma exquisito había inundado el ambiente, alcanzando también a Claire y Dupin.

—Es tremendo. —Claire se esforzó por impregnar sus palabras de compasión, algo difícil a la vista de aquel asado de cerdo—. Un suceso muy desafortunado. ¿Y si fue intencionado?

—¿Intencionado? ¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, los políticos tienen enemigos. Eso tú lo sabes muy bien. No importa. Seguro que la gendarmería averigua muy pronto quién ha sido. Para ser una pequeña y modesta zona de veraneo, aquí ocurren muchas cosas.

Dicho eso, Claire se dedicó en cuerpo y alma a saborear esa carne de cerdo infinitamente delicada. En verdad, la linaza obraba auténticos milagros en el sabor de la carne.

Dupin sopesó por un instante si debía añadir algo, pero prefirió no hacerlo.

También él se concentró en su asado.

Entretanto, el sol ya se había puesto. El rosa fulgurante, que en muchas piedras había adquirido un intenso color violeta, teñía también el mar. Los pinos, el cielo... Todo parecía ser de color rosa. La naturaleza no entendía de cursilerías.

Martes

Por cuarta vez en esa tarde sofocante Dupin había necesitado tomarse con urgencia una bebida fría. Por supuesto, un refresco de cola bretón, la Breizh Cola. Ni siquiera Claire había objetado nada al respecto, y eso que por lo general ella nunca tomaba refrescos de cola. El modernísimo rótulo publicitario del quiosco marcaba ya unos increíbles treinta y cuatro grados a las once de la mañana.

La prensa —por suerte el suministro se había restablecido; de no ser así, Dupin en persona les habría cantado las cuarenta a los agricultores— todavía no se había hecho eco de la ventana destrozada. En cambio, a primera hora de la mañana, mientras tomaba su primer café en la terraza y Claire aún dormía, el señor y la señora Bellet lo habían puesto al día. La diputada había sufrido dos cortes de gravedad: uno en la muñeca izquierda y otro en el hombro, el izquierdo también. La hemorragia fue tan abundante que derivó en un *shock* hipovolémico. Al parecer, había estado a punto de perder la vida porque un cristal grande le había seccionado la vena de la muñeca. Fuera o no una lesión intencionada, la pedrada había sido un ataque contra una diputada del Parlamento regional bretón de Rennes, una destacada personalidad pública. Tal y como repitió varias veces la señora Bellet con expresión horrorizada, había sido «un intento de asesinato en nuestra vecindad».

Menos sorprendente era que nadie se responsabilizase de la agresión. Los agricultores, que habían convertido la residencia de la diputada en un objetivo de su protesta —también allí se podía ver el cartel de EN VENTA y habían bloqueado el acceso día y noche con dos tractores—, manifestaban su indignación y negaban su participación en el incidente. Los agricultores sospechaban de una conspiración para hacer fracasar su protesta. No cabía duda de que los Bellet estaban bien informados.

No había testigos. A primera hora de la mañana se inició la reconstrucción de los hechos en casa de la diputada para averiguar, entre otras cosas, dónde se encontraba exactamente la persona que había arrojado la piedra. Hasta el momento no se había hallado ninguna huella en ese suelo cubierto de

guijarros secos. Como era de esperar, el comisario de Lannion se había encargado del caso personalmente. El señor Bellet lo había definido como «un mono engreído».

El proyectil ya había sido recuperado la noche anterior: nueve centímetros de largo por cuatro de ancho. De granito, por cierto, aunque no rosa. Granito gris. Un color que también se daba en la zona, aunque era menos abundante. La piedra era irregular y tenía tierra seca incrustada en sus pequeños orificios. En un punto liso, la policía científica había localizado una huella parcial desdibujada. Nada más. Dupin sabía que con eso no se podía hacer gran cosa. Y aunque así fuera, cualquier niño podría haber sostenido la piedra en la mano. Era imposible hacer un llamamiento a todos los vecinos y turistas del pueblo para tomarles las huellas. Habían enviado la piedra a Rennes a primera hora de la mañana, donde la someterían a pruebas más precisas.

—Amazonita.

Claire había pronunciado esa palabra sin venir a cuento. Llevaba horas tumbada bocabajo, más o menos en la misma posición, sin mover la cabeza.

—¿De qué hablas?

—Del color del mar a lo lejos. Donde está tan plano. Tiene el color de la amazonita. Como mi collar, el nuevo. Es un mineral verde azulado difícil de describir. La mujer que me lo vendió me aseguró que aliviaba los dolores de las vértebras, los problemas de la nuca, la osteoporosis, las contusiones, los esguinces y los quistes sinoviales. —Dupin recordó entonces que lo habían comprado en Concarneau a una vendedora que parecía muy seria, nada esotérica—. Ah, y también es bueno para los problemas cardíacos, nerviosismo, inquietud interna, alteraciones del sueño y de los estados de ánimo e hiperactividad. Es la piedra perfecta para ti. —Al cabo de unos instantes añadió un comentario en un tono marcadamente neutral—: La amazonita protege el aura y estabiliza el cuerpo etérico.

Claire era sin duda una mujer de ciencia, pero de vez en cuando tenía momentos de asombrosa irracionalidad que a Dupin, por lo general, le parecían fantásticos.

—Por cierto, ¿qué piensas del ataque a la diputada? —le preguntó en un brusco cambio de tema.

Dupin vaciló. No sabía adónde quería llegar Claire. Lo mejor, se dijo, sería responder con cautela.

—Tal vez fuera solo un accidente. Quizá alguien quiso romper el cristal y no vio a la diputada sentada detrás.

—Pero debería haberla visto. —La voz de Claire sonaba rara. ¿Acaso lo estaba poniendo a prueba?—. Acabo de leer una entrevista con uno de los agricultores de la protesta acerca de las acciones de estos días. Muy reflexivo y analítico. Lleva razón en todo. —Claire hablaba con énfasis—. ¡El mundo se está volviendo loco! ¡A todos los niveles! —No parecía resignada, sino, al contrario, dispuesta a luchar—: ¡Hay que ofrecer resistencia!

Ese modo de hablar le recordaba a Nolwenn.

—Lanzar piedras —objetó Dupin— es y sigue siendo un delito de violencia. —Le respondió un gruñido algo desabrido—. Ah, por cierto, esta mañana había un sobre para ti en recepción. Tamaño folio.

El señor Bellet se lo había dicho a Dupin, pero se le había olvidado.

—Sí, gracias. Ya lo tengo —respondió Claire con un tono muy vago. Luego su voz se volvió suave, reflexiva—. ¿Te has dado cuenta de que aquí se puede admirar el rosa en todas sus tonalidades? Rosa pálido, rosa intenso, rosa coral, rosa fucsia, rosa morado, rosa purpúreo, rosa naranja, magenta, rosa antracita... Todo está en función de si las rocas están mojadas o secas, si son lisas o si hay vegetación en ellas. —Dejó que sus palabras calaran—. ¡Y otra cosa! Tu madre acaba de llamar. Tenías el teléfono ocupado.

Claire hizo una pausa, que en realidad pretendía ser una pregunta. Cuando Dupin fue a comprar bebidas había hecho una llamada, brevísima, a Nolwenn. Lo había intentado también con Le Ber, pero este no le había contestado, ni tampoco al mensaje de texto que le había enviado ordenándole devolverle la llamada. Además, ya de regreso con las bebidas, Dupin había tenido que hacer dos llamadas para el tema «Claire y él». Las perspectivas eran buenas. Una cosa en la que no había reparado hasta entonces, pero que resultaba interesante, era que Claire se llevaba el móvil a la playa.

—Era mi casero. —A Dupin no se le ocurrió nada mejor—. Ya sabes que de vez en cuando el calentador no funciona bien. Le pedí que me lo arreglara durante las vacaciones.

—Pues no me había dado cuenta.

—Es cosa de hace dos o tres semanas.

—Bueno, no importa. Tu madre quiere que te diga que ya ha llegado a Kingston.

Dupin suspiró con fuerza. Esa historia era absolutamente descabellada. De hecho, conociendo a su madre, resultaba inconcebible. Por eso procuraba no pensar demasiado en ello. Su madre, una burguesa estirada y de alta cuna de París, estaba ahora en Jamaica, la isla de los *hippies* y los rastafaris. El día de su setenta y cinco aniversario conoció a un caballero de apenas setenta años

que vivía en un pueblecito de mala muerte cerca de Cognac, es decir, lo opuesto a la gran ciudad. Tras muchos años comerciando con el coñac, el hombre se dedicaba ahora con éxito al negocio del ron, y cinco años atrás había establecido su residencia en Jamaica. ¡Ron!

Era amigo de uno de los mejores amigos de su madre, y este lo trajo sin más a la fiesta de cumpleaños, algo que al principio no le sentó muy bien a Anna Dupin. Sin embargo, de ahí había surgido una relación formal a una velocidad asombrosa. El señor Jacques empezó a frecuentar París, hasta que en algún momento le propuso pasar unos meses en lo que él llamaba «su paraíso caribeño». Ella aceptó en el acto. Era una historia increíble; de hecho, una de esas que definían la vida. En muy poco tiempo, la de Anna Dupin había dado un vuelco. Y ella era feliz.

—¿Tengo que llamarla?

—No. Dice que no te preocupes si durante las próximas semanas no recibes noticias suyas.

Dupin se frotó la nuca.

—Estoy algo cansada.

Con estas palabras Claire puso fin a la conversación, al menos por el momento.

Dupin intentó ponerse cómodo en la arena. Aunque era fina, no era del todo cómoda.

Hojeó el periódico de forma mecánica.

La pregunta del día del test «¿Eres bretón?» en el *Ouest-France* decía: «Sabes que eres bretón cuando: Defiendes que el bretón no es un dialecto, sino un idioma con mil quinientos años más de historia y cultura que el francés. / Calzas botas de lluvia desde que naciste. / Solo usas el agua para limpiar patatas. / Para el aperitivo no terminas de decidirte entre el Hénaff (la marca bretona de paté hecho con deliciosos cerdos bretones) y el *foie gras*».

Dupin se dio cuenta de que él también se sentía un poco adormilado. Tal vez debería echar una cabezadita. Luego iría a nadar.

El señor Bellet se acercó a ellos a paso rápido.

Pero no iba solo. Le seguían dos gendarmes uniformados.

Dupin se incorporó al instante. Se había quedado profundamente dormido y se acababa de despertar. Se puso de prisa el polo, justo antes de encontrárselos delante de su toalla.

Claire y él estaban tumbados espalda contra espalda.

—¿Qué pasa, Georges?

Se volvió.

—¡Oh!

Se levantó y fue a coger su vestido playero.

—Señor comisario. —El señor Bellet parecía muy alterado—. Nuestros dos gendarmes quieren hablar con usted.

Dupin estaba de pie. Se sentía ridículo en bañador.

Los dos agentes, un hombre de unos treinta años y una mujer no mucho mayor, se encontraban a derecha e izquierda del señor Bellet.

—¡Comisario Dupin! —Sin duda eso era un saludo. Todo indicaba que ella llevaba la voz cantante—. Me llamo Inès Marchesi, y este —dijo señalando a su colega— es Alan Lambert. De la gendarmería de Trégastel. Perdone que le molestemos durante sus vacaciones —aquello sonó como una mera fórmula de cortesía—, pero necesitamos su ayuda.

Dupin la miró atónito.

—Como testigo.

—¿Testigo?

—Sí, como testigo.

—Pero ¿de qué? Quiero decir, ¿de qué asunto se trata?

—Una huésped del hotel L'Île Rose ha sido denunciada como desaparecida este mediodía. Se trata de Alizée Durand. La esposa de Gilbert Durand. Un matrimonio de París.

La gendarme hizo una pausa. Dupin seguía sin entender de qué le hablaba.

—El señor y la señora Durand pasan las vacaciones en el mismo hotel que ustedes. En la cena se sientan a dos mesas de la suya. Ayer por la noche discutieron de forma acalorada; Alizée Durand abandonó la terraza muy enojada y no regresó. Nadie la ha visto desde entonces. Ni aquí, en Trégastel, ni en su residencia en París.

—¿No ha aparecido?

Dupin había dado por hecho que en algún momento de la noche la mujer habría regresado para poder seguir discutiendo a gritos. Había parejas que discutían con frecuencia y sin descanso, como si fuera un ritual.

—No. Según el señor Durand, es la primera vez que sucede algo así desde que están casados. En el curso de la noche se fue sintiendo cada vez más intranquilo y hoy a las once se ha presentado en la gendarmería. Primero para saber si había ocurrido algo por la zona. Y luego para denunciar de manera oficial la desaparición.

—Y ahora ustedes quieren saber si nosotros, como vecinos de mesa, escuchamos algún detalle de la pelea.

—Sí, eso también. —La gendarme lo miró impasible—. Nos interesa saber sobre todo si el señor Durand abandonó la mesa inmediatamente después del incidente y, en caso contrario, cuánto tiempo permaneció en la terraza. La familia que se sentaba entre ustedes y los Durand se ha marchado a primera hora de hoy.

—¿Tienen alguna sospecha en concreto? —quiso saber Dupin.

A él no le había llamado la atención nada, no se acordaba de nada en especial.

El joven policía, que había permanecido en silencio hasta entonces, seguía sin apartar la mirada de la arena.

—Es pura rutina. Ya conoce el procedimiento.

Dupin no habría sabido decir si ella hablaba con ironía.

—Nosotros no conocíamos al señor Durand —intervino Claire, ya ataviada con su vestido playero. Se había colocado junto a Dupin y, con actitud resuelta, había escuchado con atención—. Hasta hace un instante no sabíamos ni su nombre. Dicho esto, el señor Durand no abandonó la mesa hasta que terminó la cena. Después de la discusión con su mujer se quedó sentado y afirmó que ella volvería pronto. Estuvo allí hasta las once, más o menos. Creo que discutieron sobre las ocho menos veinte. —Claire se apartó el cabello de la cara—. Tras el postre tomó un café y un licor digestivo. —Dictaba las frases como si se tratara de una historia clínica—. En ese momento no parecía inquieto ni afectado, ni mucho menos avergonzado, que es como cualquiera de nosotros se hubiera sentido. Solo estaba un poco furioso. No intercambiamos ni una palabra con la pareja, ni tampoco oímos por qué discutían esa noche. En esa pelea. Ni yo, ni mi marido.

Claire había dicho «mi marido».

—¿Acaso tú oíste algo, Georges? —Era una pregunta retórica.

—No, nada —admitió Dupin de mala gana.

—En principio, no solemos escuchar —puntualizó Claire. La frase, así formulada, parecía extraña—. Quiero decir que no somos de los que se dedican a escuchar conversaciones ajenas.

—¿Se fijó en si la señora Durand se llevó el bolso? Es lo que afirma el señor Durand —insistió la gendarme.

Claire respondió sin vacilar:

—Sí, yo lo vi.

—¿Y el señor Durand no abandonó la mesa para nada durante toda la cena? ¿Ni por un instante?

—No.

—¿Está segura?

—Lo estamos.

Dupin estaba impresionado ante la rotundidad con la que Claire contestaba. Él habría necesitado pensárselo un poco y no habría podido afirmar nada con certeza. Pero no cabía duda de que había sido como ella decía.

—¿Absolutamente segura?

—Del todo.

La gendarme dio un paso atrás y contempló a Claire con atención.

—Muy bien, señor comisario. —No se dirigió a Claire sino a Dupin, que no había tenido ocasión de decir nada—. Eso es todo. Hemos terminado.

El señor Bellet había permanecido inusualmente callado, tal vez por respeto al carácter oficial, pese a la playa y al bañador, de ese interrogatorio policial. Sin embargo, a esas alturas no pudo reprimir un comentario:

—Te lo dije, Inès. El comisario lo habría notado si hubiera ocurrido algo... fuera de lo normal.

—Pero el comisario Dupin no tiene poderes sobrenaturales, Rosmin.

La gendarme se volvió de nuevo hacia Claire y Dupin y se despidió.

—Muchas gracias, señor comisario y señora.

Y se marchó.

—Hasta la vista, señores.

Esas fueron las primeras palabras que musitó el joven policía. Dupin esperó, por su bien, que de normal fuera un poco más locuaz.

—Ahora voy, Inès. Un momento —anunció el señor Bellet. Se acercó a Dupin y le habló en voz muy baja—. A veces puede parecer un poco grosera, pero no lo es en absoluto. De hecho, Inès es una persona encantadora.

—¿Ya han hablado con los demás huéspedes?

—Hasta ahora solo con mi esposa, con Nathalie, con las camareras y conmigo. Pero también hablarán con los demás. Inès quería verlo a usted primero.

Aquel comentario quería ser un gesto de deferencia.

—¿Es la primera vez que los Durand veranean en su hotel?

—La primera.

—¿Y qué hay del señor Durand? ¿Qué va a hacer ahora? ¿Se va a quedar aquí?

—Dice que, en principio, sí. Es evidente que en este momento está muy confuso. Mi esposa está convencida de que la señora aparecerá pronto, que solo quiere jugarle una mala pasada a su marido. Yo también lo creo. Es posible que se haya registrado en otro hotel. Quizá no en Trégastel, sino en otro lugar cercano. Inès y Alan contactarán con todos los hoteles y casas de huéspedes. Inès ya ha preguntado en los hospitales de la zona. No ha ingresado ninguna paciente nueva que coincida con la descripción.

—Sin duda así será —intervino Claire con el mismo tono resuelto—. Opino igual que la señora Bellet. Y ahora, vamos a seguir descansando.

Invitó con la mirada al señor Bellet a marcharse.

—Y yo, claro está, debo irme.

El señor Bellet se dio la vuelta.

Claire se sentó en la toalla y rebuscó algo dentro de su bolsa de lino de rayas rojas y blancas.

—Una cosa, señor Bellet. —Dupin se acercó a él e intentó hablarle en voz baja—. ¿Sabe usted si después de la escena la señora Durand volvió a su habitación para recoger algunas cosas antes de desaparecer? Habría podido ir hasta la entrada principal desde el jardín y desde ahí, sin que nadie la viera...

—¡Georges! —Claire lo miraba con el ceño fruncido.

—No. —El señor Bellet le respondió también en voz baja—. Inès y Alan han revisado la habitación y no han notado que faltase nada. El propio señor Durand lo comprobó anoche. Hasta donde él sabe, todo el equipaje sigue ahí. Y el cuarto estaba como lo habían dejado antes de cenar. Incluso todas las cremas siguen en el baño. Según parece, ella no iba a ningún sitio sin sus cremas.

Aunque el señor Bellet ya avanzaba a paso normal, Dupin se mantuvo a su lado.

—¿El comisario de Lannion también lleva este caso? —Dupin se esforzó para no sonar despectivo.

—No. Por lo visto este le parece demasiado banal. Una disputa, una esposa huida... Ha dicho que no ve indicios de ningún delito y lo ha dejado en manos de la gendarmería.

—¿Ha dicho eso? Que...

—El señor Dupin está de vacaciones. —Claire apareció de repente al otro lado del señor Bellet—. No está de servicio, señor. Está de vacaciones y solo de vacaciones.

Ella sonreía. Y su sonrisa dejaba bien claro que hablaba muy en serio.

—Por supuesto, señora.

El señor Bellet no se tomó el comentario de Claire como una reprimenda.

—Señora, señor. Nos vemos esta noche a más tardar. Quizá antes, si el señor viene a enjuagarse los ojos. —Dirigió a Dupin una mirada de complicidad que no le pasó desapercibida a Claire y que no fue de gran ayuda.

A continuación, se marchó con paso apresurado.

Claire y Dupin regresaron a su sitio.

—No es más que un drama doméstico normal y corriente, Georges. —La primera frase sonó bastante neutra. La que siguió no lo fue en absoluto—: Recuerda las normas de estas vacaciones, nuestro pacto: nada de trabajo, bajo ningún concepto, ni de refilón.

Dupin estuvo a punto de objetar que ese pacto se refería, en sentido estricto, a Concarneau y la comisaría, es decir, a los posibles sucesos que pudieran ocurrir allí. Sin embargo, era consciente de que aquello era rizar el rizo.

—Y lo estoy cumpliendo a pies juntillas —se defendió Dupin, intentando que su comentario no pareciera forzado.

De nuevo habían llegado a la toalla.

Claire se inclinó hacia Dupin y lo besó.

Por supuesto, Dupin era consciente de que en esos momentos le convenía permanecer un buen rato junto a Claire en la toalla. Tras calcular cuánto tiempo sería aconsejable, decidió que una hora era un plazo bastante generoso. En algún momento sacó su Clairefontaine como quien no quiere la cosa y empezó a tomar notas.

Le pareció que eran unos incidentes realmente curiosos. Los cuatro.

Incluso el más reciente, la desaparición de la señora Durand. Sobre todo por un motivo: si los Durand eran de ese tipo de parejas que discuten por costumbre, la desaparición no se ajustaba al patrón. Según el marido, nunca había ocurrido algo así, ni una sola vez. Se apartaba por completo de lo habitual. Por otra parte, cabía la posibilidad, claro está, de que se hubiera cruzado algún límite y la situación pasase a ser insostenible. ¡Qué lástima que Dupin no hubiese oído nada de las conversaciones entre los dos! De cualquier modo, Durand había permanecido sentado en la terraza hasta el final de la cena. Dupin había comprendido al instante el sentido de la pregunta de la policía. Desde el punto de vista puramente estadístico, no era raro que una

persona desapareciera y luego, cuando se constataba que se había cometido un delito, el denunciante fuera el responsable de la desaparición.

También el asunto de la diputada era extraño. En este caso cabía la posibilidad de que a los agricultores se les hubiera ido de las manos alguna de las acciones de protesta y que quien lanzó la piedra no hubiera visto que la diputada se encontraba justo detrás de la ventana. Tal vez por culpa del reflejo intenso de la luz en el cristal. También era posible que alguien se estuviera aprovechando de las protestas. Alguien que tal vez no fuera agricultor. Alguien con otros motivos, quizá personales, o políticos, para agredir a la diputada. Algo muy concreto. Aunque en su breve búsqueda por internet esa mañana Dupin solo había encontrado comentarios positivos sobre la señora Rabier, sin duda debía tener enemigos.

Dupin se dio cuenta de que esas cavilaciones criminalísticas le levantaban el ánimo. No solo porque le entretenían, sino porque era su forma de ser. No podía evitarlo.

En cuanto al otro incidente, la estatua de madera de santa Ana que había sido robada de la capilla de Trégastel, era de aproximadamente un metro de altura y tallada en el siglo XVII. Había analizado con sumo interés unas cuantas fotos en internet. Le parecía muy poco probable que alguien que quisiera dinero fácil robara una figura como aquella. En ese caso había que sospechar de personas que, por el motivo que fuera, tuvieran un interés especial en la escultura. Por ejemplo, la coleccionista de arte que había mencionado la propietaria del quiosco, aunque ya había quedado excluida como sospechosa directa. Esa mañana Dupin había preguntado a los Bellet por ella. Ellos, cómo no, la conocían y además sabían que estaba pasando dos semanas en Nueva York.

Entretanto, el señor Bellet ya disponía de detalles más precisos sobre las circunstancias del robo; Dupin, tras preguntárselo con discreción, lo había anotado todo de forma meticulosa. Como hacía todos los días, una empleada del ayuntamiento había cerrado la capilla a las siete de la tarde. A la mujer no le había llamado la atención nada en concreto esa tarde; pero tampoco había entrado en la capilla. En cambio, por la mañana reparó de inmediato en la desaparición de la figura de santa Ana. Como no había indicios de robo —ni los gendarmes ni la policía científica, convocada a tal efecto, encontraron nada— y solo existían tres llaves que guardaban tres personas cuya inocencia estaba completamente fuera de sospecha, cabía suponer que la sustracción se había realizado el día anterior, en algún momento al final de la tarde. A las cuatro menos cuarto, una enfermera había encendido una vela para una prima

enferma y, hasta ese momento, ella parecía ser la última persona que había visto la figura. En verdad, aquel era un acontecimiento muy curioso.

Quedaba aún el último suceso: el allanamiento de la casa Eiffel, un edificio deshabitado y en el que no se echaba en falta nada. Dupin había averiguado que, aunque tenía las puertas cerradas con llave, carecía de otras medidas de seguridad.

Dupin dejó caer el bolígrafo sobre la toalla y cerró la libreta de notas.

Se frotó el lóbulo de la oreja. La pequeña euforia anterior había desaparecido de pronto y sin motivo aparente.

Tal vez, se dijo, estuviera exagerando. ¿Era posible que imaginara cosas solo para mantenerse ocupado? Quizá persiguiera quimeras.

—¿Vienes a nadar, Georges?

Claire ya estaba de pie.

Parecía haber olvidado ya la visita de los gendarmes.

—¡Vamos, ven!

Dupin no tenía nada en contra. Al revés, le venía bien refrescarse. Y distraerse.

Miércoles

La velada del día anterior se prolongó bastante; Dupin y Claire abandonaron la terraza muy tarde. Había hecho una noche fabulosa. Aunque iba refrescando a cada hora, la temperatura se mantuvo lo bastante suave como para quedarse sentados en el exterior. Se tomaron dos botellas de un excelente vino rosado de Saint-Tropez. En torno a las doce y media probaron un *whisky* bretón de Lannion que les pareció exquisito. Y sobre la una se bebieron otro en el balcón de su habitación.

Hablaron, rieron y contemplaron juntos la noche, admirando el fantástico cielo estrellado. Vieron estrellas fugaces. Miles de ellas. Hacía días que la prensa informaba de que, como cada verano, el cielo este año también «lloraría»; en su recorrido alrededor del Sol, la Tierra atravesaba la órbita de un cometa y durante unos días miríadas de meteoritos chocaban contra la atmósfera terrestre mientras se apagaban lentamente.

También aspiraron la magnífica brisa procedente del mar. Sabía un poco a sal. El delicado mar de verano. Y a ratos permanecieron juntos en silencio, sintiéndose muy dichosos. Se acostaron sobre las tres.

A pesar de eso, esa mañana ya estaba despierto a las ocho y media y, un cuarto de hora más tarde ya había abandonado el dormitorio. Se sentía completamente despejado. Primero se dirigió al ordenador que había en el salón, que disponía de una velocidad de conexión a internet pasmosa; era mucho más rápida que la de su móvil, que además tenía una pantalla odiosa. A continuación, se sentó en la terraza para tomar un primer desayuno con los periódicos bretones que había en el hotel. Dupin charló un poco con el señor Bellet, que estaba muy ocupado: acababa de recibir un pedido de vino especialmente grande cuya entrega estaba prevista para el día siguiente. Bellet le informó de que el laboratorio forense no había podido hallar más huellas en la piedra y que consideraba poco significativa la que estaba medio borrada.

Dupin estudió a fondo todo lo que encontró en internet y en los periódicos sobre el caso. El estado de salud de la diputada Rabier seguía siendo delicado: la herida del hombro se le había infectado y habían tenido que administrarle

grandes dosis de antibióticos. El *Ouest-France* y el *Télégramme* mencionaban por primera vez a la esposa desaparecida en un par de breves. Por lo demás, no había referencia alguna al intento de robo en la casa Eiffel ni a la desaparición de la figura de santa Ana.

Las llamadas, brevísimas, a Nolwenn y Le Ber habían resultado infructuosas. Dupin había sacado a colación, de un modo que a él le pareció casual, el tema de la diputada herida. Sin embargo, los dos boicotearon la conversación a pesar de que conocían la noticia. Lo mismo le había ocurrido con respecto a la desaparecida señora Durand. Sobre ese tema, Dupin solo quería saber si se había lanzado un aviso de desaparición a nivel nacional, pero Nolwenn y Le Ber tampoco se habían dejado embaucar.

La pregunta del día del test «¿Eres bretón?» en el *Ouest-France* decía: «Sabes que eres bretón si cuando llegas tarde te disculpas con una de estas frases: He venido en tractor. / Me han atacado unas gaviotas. / Me he cortado las dos manos con una lata de sardinas. / Mi cerdo favorito ha muerto».

Verdades simples, pero exactas.

Claire bajó poco antes de las diez y, tras desayunar juntos en la terraza, se fueron a la playa.

Dupin se dirigió hacia el quiosco.

A esa hora, tras la actividad agitada de la mañana y antes de la avalancha del mediodía, el ambiente era tranquilo. El aire olía a papel recién impreso.

Saludó a la señora Riou con un movimiento de cabeza. El día anterior se había enterado del nombre de la propietaria del quiosco. Élodie Riou. Pelo corto, rizado y castaño; figura compacta; una cara hermosa y de expresión tranquila. Aunque daba la impresión de ser muy amigable, al momento demostraba una gran energía.

La señora Riou parecía muy contenta de verlo y se precipitó hacia él.

—Ayer por la noche me vino a la cabeza. ¡Usted es el famoso comisario parisino de Concarneau!

—Yo... —¿Qué se suponía que debía decir?—. Soy Georges Dupin. Sí. Estoy aquí de vacaciones.

—El año pasado lo vi en televisión. Era por el caso de la cruz desaparecida. —Al menos la mujer lo dijo sin ningún soniquete especial—. Como está usted por aquí, seguro que ayudará a esclarecer el ataque contra Viviane Rabier. ¡A fin de cuentas, es usted un experto en asesinatos!

—En absoluto, señora Riou. Como le he dicho, estoy de vacaciones. Y solo de vacaciones. Y es fantástico. —Estaba hablando como Claire—. Por otra parte, no hay indicios que apunten a un atentando.

—¿De verdad va usted a ceder el caso al tibio de Desespringalle? ¿A un comisario de Lannion?

Al parecer, el comisario de Lannion no era muy apreciado en la zona.

—En efecto, señora Riou. Le compete solo a él. Yo no tengo nada que ver con esto, nada en absoluto. Ni siquiera desde el punto de vista formal. Tendría serios problemas si me dedicara a investigar aquí. —En ese instante no solo le vino a la cabeza el prefecto—. Con él, el caso está en buenas manos. No me cabe la menor duda.

Dupin se dio cuenta de que su retórica estaba siendo algo exagerada.

—Esa pedrada —empezó a decir la señora Riou sacudiendo la cabeza con indignación— no tiene nada que ver con las protestas de los agricultores. Apuesto lo que sea. ¡Alguien ha querido ajustar cuentas con la diputada!

Dupin ya estaba examinando las estanterías para completar la lista que Claire le había dado. La señora Riou seguía pegada a él.

—¿Y por qué piensa tal cosa?

Al final tuvo que preguntar, como si fuera un acto reflejo. Por otra parte, esa afirmación se ajustaba a la idea, un tanto especulativa, que él se había formado.

—En los últimos años, sus decididas acciones no solo le han procurado amigos. Y eso que lleva toda la razón en lo que hace.

—¿Piensa usted en alguien concreto?

—¡Por supuesto! Jérôme Chastagner. Un fanfarrón como la copa de un pino. —Desde luego, la señora Riou no era comedida en sus juicios—. Rico hasta aburrir. Heredó una de las canteras, la *Carrière rose*. Sin embargo, él no se preocupa de nada. Descarga el trabajo en un gerente más listo. Dirige además una fábrica bastante grande. De maquinaria agrícola. Muy especializada. Exportan a todo el mundo. Igual que el granito. Un solterón empedernido.

La señora Riou tenía la curiosa habilidad de entrecortar las frases en segmentos más cortos.

—Un mujeriego ridículo. Mujeres nuevas cada dos por tres. Nunca más de unas pocas semanas. ¡Y nunca de más de treinta! Tiene la fábrica en Saint-Brieuc. Pero él vive aquí, en Trégastel. En ese castillo de cuento de hadas de la isla que está entre Trégastel y Ploumanac'h. Tiene usted que haberlo visto. ¡Es una de nuestras atracciones turísticas más importantes! Chastagner quiso comprar el antiguo edificio de Correos de Trégastel. Hará un par de meses. Quería convertirlo en la modernísima sede de sus dos empresas. ¡Para no tener que conducir tanto! —La señora Riou se soliviantaba con cada palabra

—. Solo por eso. Viviane Rabier se opuso y dio su apoyo para que el alcalde pudiera trasladar ahí el Ayuntamiento. ¡Un alcalde excelente! Entonces la cosa se puso muy seria. Se lo digo yo.

—Entiendo.

Dupin sacó sin pensarlo la Clairefontaine azul del bolsillo trasero de su pantalón tejano. En el rostro de la señora Riou surgió una mezcla de admiración y placer.

—No investiga, pero toma notas. ¿Verdad?

—¿Ha dicho usted señor Chastagner?

Dupin apuntó el nombre.

—Así es, Jérôme Chastagner. Suele estar en Saint-Brieuc de lunes a jueves por la noche. Viene aquí los sábados sobre las diez. Siempre. A esa hora le podrá encontrar. Compra revistas. Coches, pesca, informática, casas, piscinas y, sobre todo, barcos.

—No pretendo encontrarme con el señor Chastagner.

Dupin volvió a guardar la libreta. Se encaminó hacia la caja. Ya tenía todo lo que necesitaba.

—Como quiera. Y ahora, sobre esa rubia desaparecida. Para su investigación sobre ese asunto.

Dupin iba a protestar, pero desistió.

—Ese tal Durand es un tiburón inmobiliario de París. —La señora Riou parecía estar muy bien informada—. En los últimos años ha hecho mucho dinero. Tienen un piso precioso en el Distrito XV y conducen un Mercedes carísimo. Es la primera vez que vienen por aquí. Su mujer es bastante vulgar, una muñequita tonta. No llega a los treinta y cinco. Él tiene veinte años más.

El día anterior, por la tarde, Dupin se había encontrado con el señor Durand en el pasillo del hotel. Dupin lo saludó con amabilidad y el señor Durand —alto, de cabeza grande, calvo, pómulos marcados, vestido con pantalón de tela azul y polo Lacoste de color lila— le devolvió el saludo. Parecía ensimismado, preocupado. Dupin intentó entablar una conversación amistosa —«Señor, lamentamos tremendamente lo ocurrido»—, pero el señor Durand se limitó a murmurar «Sí, sí» y siguió andando. Una reacción comprensible. De todos modos, por triste que fuera su caso, y por mucho que Dupin lo lamentara, aquel hombre le resultó muy antipático.

—¿Y cómo sabe usted todas esas cosas, señora Riou?

—Por Raphaël. Nuestro peluquero. La señora fue allí dos veces. Antes de desaparecer.

Perfecto. Otro motivo para ir a la peluquería. Los peluqueros eran centros comunicativos por naturaleza. Psicólogos, terapeutas y confesores en una sola persona.

—Y el peluquero... —La pregunta surgió sin que Dupin pudiera evitarlo—. ¿Qué más le ha contado?

De nuevo tenía la libreta en la mano y se encontraba delante de la caja, detrás de la cual estaba Élodie Riou. Ella escaneó la revista mientras hablaba:

—Despotricó de su marido. Estaba furiosa. Dijo que a veces era un tremendo idiota y un egoísta increíble.

—¿Dijo eso? ¿«A veces»?

—Yo...

El móvil de Dupin interrumpió a la señora Riou.

—Disculpe. —Había reconocido el número. Tenía que contestar. Salió a la calle sin aguardar respuesta y regresó al cabo de menos de un minuto. Tenía una sonrisa en los labios.

La señora Riou le había metido las revistas en una bolsa de papel de intenso color rojo. Junto a la bolsa había dejado el cambio.

—Nos habíamos quedado en «a veces» —dijo Dupin retomando la conversación.

—Yo solo le he dicho lo que cuenta Raphaël. Al parecer se habían peleado violentamente la mañana antes de ir al peluquero por segunda vez.

Todo lo que Dupin oía, coincidía con la idea de una pareja para la que las disputas constantes, incluso violentas, formaban parte de la relación. Algo que no tenía por qué ser indicativo del estado de la relación en sí. Era su modo de ser desdichados estando juntos. Al fin y al cabo, no se habían separado. Quién sabe. Puede que incluso fueran felices de ese extraño modo.

—¿La señora Durand mencionó algún incidente o acontecimiento especial? ¿Algo que hubiera hecho que la disputa fuera más desagradable de lo normal?

—No que yo sepa. Pero es mejor que se lo pregunte a Raphaël. Seguro que tiene alguna hora libre.

—De hecho, me urge ir al peluquero.

Élodie Riou contempló con escepticismo el pelo corto de Dupin.

—Eso es cosa suya, señor comisario. Si usted lo dice... —Se encogió de hombros con indiferencia—. Por desgracia, no puedo contarle nada nuevo sobre el allanamiento en la casa Eiffel. No he oído nada más al respecto. Puede que solo fuera una gamberrada. De todos modos, me parece que

debería usted colaborar de forma oficial con la gendarmería. Seguro que sería de ayuda. Además, aceleraría sus propias investigaciones.

—Solo es una pequeña charla, señora Riou. Yo solo converso. —Dupin sabía que eso sonaba muy poco consistente—. De ningún modo se trata de una investigación. Es pura curiosidad. Una manía, deformación profesional.

—Entiendo. —Su tono de voz dejó muy claro que no le creía.

—En fin, señora Riou, que tenga un buen día. —Se esforzó por adoptar un tono despreocupado y vacacional—. ¡Hasta mañana!

Se dirigió hacia la puerta, con la bolsa bien agarrada debajo del brazo.

—Hasta mañana, señor comisario. Hasta mañana.

Tuvo la sensación de que la señora Riou hablaba demasiado alto sin ninguna necesidad; no muy lejos, en un expositor de tarjetas de felicitación, había dos señoras algo mayores que clavaron sus miradas curiosas en él en cuanto oyeron la palabra «comisario».

—Ah, otra cosa. —La señora Riou abandonó la caja con un gesto difícil de interpretar y se le acercó de nuevo—. No me explico por qué no se me ha ocurrido antes. —Entonces bajó el tono de voz—. Hay una granjera que, según como se mire, podría resultar muy sospechosa.

Dupin hizo un gesto de rechazo, pero la señora Riou prosiguió sin amedrentarse.

—Hablo de la señora Guichard, Maïwenn Guichard. Cultiva verduras. Todo biológico. Y también cría unos cuantos cerdos. Bretones, de raza mangalica. ¡Ah! —Al parecer había olvidado decir algo importante—. ¡Y gallinas! De la raza Coucou de Rennes. La carne ideal para las comidas de domingo, jugosa y delicada, con un leve sabor a nuez. —Aquella imagen le hizo esbozar una sonrisa resplandeciente—. El caso es que esta mujer tiene una cuenta pendiente con la diputada, aunque es una cuestión personal. —La señora Riou siguió hablando entre susurros—: Al parecer, la señora Rabier mantuvo relaciones con el marido de Maïwenn. El año pasado. Y eso que —el comentario parecía ser importante— Maïwenn es, de hecho, una mujer muy atractiva. —Se interrumpió—. En realidad, solo son rumores. Pero hay muchos. Como de todos modos va a hablar con Raphaël, puede preguntarle también sobre este asunto.

—No lo haré, señora Riou.

—Y hay otra cosa sospechosa —continuó ella inspirando profundamente—. La señora Guichard también conoce a la misteriosa coleccionista de arte de la que le hablé. La granjera le compró la casa donde vive. Junto a una de

las siete entradas al valle del Traouiéro. Maïwenn vive apenas a unos cientos de metros de ahí.

Esa relación parecía a primera vista del todo arbitraria, pero el tono de la señora Riou le daba un significado oscuro.

—La coleccionista de arte lleva más de una semana en Nueva York. No ha podido tener nada que ver con la desaparición de la talla.

—Puede que tenga algún cómplice. ¿Conoce usted el valle?

Dupin negó con la cabeza.

—Es maravilloso. Unas piedras de granito especialmente salvajes. Como en la Île Renote, un bosque espeso y oscuro. Con helechos de un metro de alto. Allí todo es sobrenatural. Todo el mundo lo sabe. Lo atraviesa un arroyo susurrante. El valle tiene incluso un clima propio. Está siempre húmedo y es cálido. —Miró un momento a su alrededor—. Es una tierra de elfos, hadas y gnomos. En otros tiempos también de contrabandistas, piratas y bandidos. Ahí es donde vive ella... ¿La va a interrogar también?

—No. Desde luego que no. Como le he dicho, no se la considera sospechosa. Y aunque lo fuera, ¿qué relación le vería usted?

No debería haberlo preguntado.

—Bueno, la coleccionista de arte es sospechosa del robo de la figura de santa Ana y Maïwenn Guichard, del ataque contra la diputada. Y una le vendió una casa a la otra. No puede ser casual. A fin de cuentas, las investigaciones consisten precisamente en eso, en sacar a la luz relaciones ocultas. Aunque a primera vista resulten poco claras y misteriosas.

No se dejó impresionar por la expresión desconcertada de Dupin, que estuvo a punto de argüir que con un método como ese se abría la posibilidad a cualquier tipo de especulación, a cualquier ocurrencia, por abstrusa que fuera. Así uno podía ahogarse en un mar de posibilidades infinitas.

—Gracias, señora Riou. Y ahora tengo que marcharme. Mi mujer...

—Sí, claro. Debería usted disfrutar un poco de sus vacaciones. Le vendría bien, porque parece tenso. Por cierto, la granjera viene todas las mañanas sobre las ocho y media a comprar sus periódicos.

Élodie Riou regresó con una sonrisa a la caja junto a la que ya se encontraban las dos señoras mayores, cada una con una tarjeta en la mano.

Dupin abandonó el quiosco a toda prisa.

Había sido una visita muy larga, pero reveladora y curiosa.

Ahora debía apresurarse: pasar a toda velocidad por la tienda de Rachid —ese día Claire se había decidido de nuevo por los *pans bagnats*— y tomar,

aunque fuera de pie, un café. Además, se dijo, compraría vino rosado, una botella grande de agua y dos Breizh Cola.

También tenía que pedir cita al peluquero. Para mañana temprano.

Media hora más tarde, Dupin llegaba a la isla lila de su toalla. Por el camino se había detenido a observar el interior de la capilla y tomar algunas notas. Había visto el lugar en el que tenía que encontrarse la figura, pero no le había llamado la atención nada en particular.

Cuando llegó junto a Claire, tenía la frente perlada de sudor. No soplaba ni la más mínima brisa.

—Te has tomado tu tiempo.

Claire estaba tumbada bocarriba, abstraída en su lectura. Apenas levantó un momento los ojos hacia Dupin.

Él se arrodilló sobre la toalla y vació la bolsa de papel rojo.

—Voilà!

Philomag, Beaux Arts, Journal de la Science, Saveur —una de las revistas de cocina favoritas de Claire—, *Côte Ouest*. Todos los encargos que le había hecho, una selección realmente variada. Además de los obligados *Le Monde* y *Nouvel Observateur*.

—Y aquí tienes también los *pans bagnats* —colocó la nevera portátil sobre la toalla—, vino, agua y refrescos de cola. Todo bien fresquito.

—¡Fantástico! —Le dedicó una sonrisa resplandeciente—. ¿Has encontrado por fin un libro para ti? ¿Por eso has tardado tanto? ¿Porque les has tenido que echar un vistazo a todos antes de decidirte? —Claire sonrió con picardía.

—Sí, he encontrado uno.

—¿Cuál es? —Empleó un tono inquisitivo.

Dupin contestó sin vacilar.

—Una novela de Sherlock Holmes, *El signo de los cuatro*.

—¿Y dónde está?

—Lo compraré mañana. —Solo había que esperar que Élodie Riou tuviera ese libro—. Pero te he traído todas las revistas que querías —dijo señalando el montón—. Y he pedido hora en la peluquería. Me ha costado bastante contactar con ellos.

—Aquí, en la toalla, la conexión es excelente.

—Siempre lo olvido.

—Georges. —Claire hizo una pausa dramática y clavó la mirada en Dupin—. No estás investigando a escondidas, ¿verdad?

—¿Y qué se supone que debería investigar?

Le pareció que había hablado con convicción. Para un policía era importante expresarse con un tono convincente en situaciones críticas.

—En efecto. No hay nada que investigar.

Dicho eso, Claire se tumbó tranquilamente bocabajo.

Dupin se acomodó en una de las tumbonas de colores que había en medio del oasis verde.

A partir de ese día empezaría todas las noches con un preaperitivo en el jardín del L'Île Rose que precedería al aperitivo principal con Claire, que en esos momentos se estaba arreglando para la cena. Tenía tres cuartos de hora solo para él.

Apenas llevaba sentado un minuto cuando le sonó el móvil. Un número desconocido.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Le habla el comisario Desespringalle, de la policía de Lannion.

Eso no se lo esperaba.

—Buenas tardes.

—Ha llegado a mis oídos que está realizando usted algunas investigaciones por su cuenta. En dos casos absurdos, que de hecho ni siquiera son casos, y en un asunto que me compete, en concreto la escalada de las protestas violentas contra la diputada Viviane Rabier. No creo que deba recordarle que este es mi territorio. Y que es de mi competencia. Única y exclusivamente. Usted se encuentra en un departamento y una prefectura distintos y además no está de servicio.

El comisario de Lannion utilizaba un tono cortante e incisivo, sarcástico, pero no colérico.

—No estoy realizando ninguna investigación, señor..., colega. —Pese a su nivel avanzado de «bretonización», a Dupin los apellidos bretones le llevaban por la calle de la amargura—. Debe tratarse de un malentendido.

—No hay malentendido que valga —replicó Desespringalle—. Tengo una confianza plena en mis fuentes.

—¿Fuentes?

¿Quién podía ser? Dupin descartó a los Bellet, y también a la señora Riou. Esta última había dado a entender de forma elocuente la opinión que le merecía ese comisario. Sin embargo, no estaban solos en el quiosco mientras hablaban. Mucha gente los había visto. Había sido poco precavido.

—También he oído decir que pretende tomar más declaraciones mañana a primera hora.

—¿Se refiere a la cita que tengo con el peluquero? Es solo un corte de pelo, nada más. Siempre y cuando, por supuesto, usted no tenga reparos de tipo policial.

Uno de los amables camareros acababa de aparecer con el cóctel americano que Dupin había pedido: una mezcla de vermú rojo, Campari y ginebra. Una bebida muy apreciada en la Bretaña.

Tapó el micrófono con la mano izquierda.

—Muchas gracias. Y unas patatas fritas, por favor. —Quería unas *brets*, las patatas fritas bretonas con sal de Guérande.

—¿Hola? ¿Sigue ahí, Dupin?

—Eso parece.

—Está usted cometiendo varias infracciones. —La mínima irritación de Desespringalle desapareció con rapidez—. Eso le puede acarrear problemas muy graves.

Dupin dejó escapar un profundo suspiro.

—Señor, estoy de vacaciones. Nada más. Y en este país todo el mundo puede hablar con quien le apetezca. Sobre cualquier tema y en cualquier momento.

No estaba dispuesto a dejarse amedrentar por aquel tipo arrogante.

Le trajeron las patatas fritas.

—Dupin... —El comisario Desespringalle se interrumpió un instante cuando escuchó el crujido de la patata en la boca de su colega—. Le tengo en el punto de mira. Observo todos sus pasos, veo lo que hace, oigo lo que dice. Y si menciona en alguna conversación cualquier cosa relacionada con mis investigaciones, lo pondré al instante en conocimiento de asuntos internos y de mi prefectura.

Desde luego, eso podía ser un problema. A lo largo de los últimos siete años el departamento de asuntos internos había acumulado una serie de quejas contra él, las cuales, por el momento y para gran disgusto de la responsable de esa división, no habían tenido consecuencias para él porque la mayoría habían surgido en el curso de investigaciones que había resuelto con brillantez.

—Y esta irá dirigida directamente a su prefecto.

También eso prometía convertirse en una cuestión delicada.

De hecho, a Guennegues no le había parecido nada bien que Dupin se tomara unas vacaciones, concedidas semanas atrás, a pesar de las «circunstancias extremas en todo Finisterre». En sus palabras, precisamente

ahora, cuando él, el prefecto, el jefe supremo de los máximos defensores de la seguridad y el orden público, se encontraba «gravemente herido», los demás, «por una vez en la vida, debían rendir el doble».

—Por supuesto, señor... Desde luego, como no puede ser de otro modo, usted también tiene la total libertad de hablar con cualquier persona que le venga en gana.

Dupin se quedó escuchando el auricular. El comisario de Lannion había colgado.

Cogió su cóctel y se reclinó en el asiento.

Aquella llamada había sido ridícula. De todos modos, sería prudente sopesar muy bien el modo y la conveniencia de proseguir con sus «investigaciones privadas».

Tomó un buen sorbo.

Le apetecía tomar otro. Mientras buscaba con la vista al camarero, el móvil volvió a sonar.

Un número oculto.

—Un momento por favor —dijo al auricular. Luego se volvió con una sonrisa a la joven camarera—. Otro, por favor —pidió señalando el vaso vacío—. Aquí estoy —añadió entonces con tono desabrido.

—Buenas tardes, señor comisario. —Era una voz femenina y débil—. Soy Viviane Rabier.

Dupin se incorporó de golpe. La diputada herida.

—Disculpe la interrupción. —Era evidente que a la diputada le costaba esfuerzo hablar.

—Estaba tomando el aperitivo, señora. —Dupin seguía muy perplejo.

—Necesito su consejo.

—¿Mi consejo?

—Esta tarde he recibido una carta anónima en el hospital. —Daba la impresión de que ahora hablaba incluso con más lentitud—. Una amenaza. Esa pedrada no fue un accidente, señor Dupin.

Le temblaba la voz.

—¿Una amenaza? —Dupin tuvo que tener cuidado para no levantar la voz—. ¿Qué dice exactamente?

—Se la leo: «Diputada Rabier, vaya con cuidado. Lo sé todo. Aparte sus dedos de ahí. Y no acuda a la policía».

Estaba claro. Y a la vez era muy vago.

—Supongo que la carta no está escrita a mano, ¿verdad?

La pregunta estaba de más.

—No.

—¿Ha llegado por correo?

—La han echado al buzón de la entrada principal del hospital.

—¿A qué se refiere esta amenaza? ¿De qué debe usted apartar sus dedos?

—No tengo ni idea.

—¿Quién podría ser el remitente? ¿Tiene alguna sospecha?

Ella vaciló.

—Mi trabajo conlleva algunos conflictos. Pero no creo que ninguno de mis adversarios sea capaz de algo así.

—¿Tiene usted enemigos, señora? ¿Enemigos de verdad?

—Eso son palabras muy serias.

Se hizo un silencio.

Dupin tenía que ir con cuidado. Y ser prudente.

—¿Por qué me llama a mí?

—No sé qué hacer. Tengo miedo de comunicárselo a la policía. Mi hermana vive en Concarneau y me ha dicho que estos días usted está en Trégastel. Lo leyó en el periódico. Mi hermana habla maravillas de usted.

—¿De dónde ha sacado mi número?

—De la prefectura. Tengo mis fuentes.

—Señora Rabier, me resulta imposible llevar una investigación sobre su asunto, o participar en él de cualquier modo. Estoy de vacaciones.

Esa iba a ser la frase más pronunciada de la quincena.

—Lo sé. Pero ¿qué cree que debo hacer?

—Yo en su lugar acudiría a la policía, pese a lo que diga la amenaza. Y además de inmediato.

Dupin estaba absolutamente convencido de ello.

—¿De verdad?

—Por supuesto. La policía sabe cómo manejar estas situaciones.

—¿Usted cree? —Parecía escéptica—. ¿Acaso la policía no iniciará una investigación de la que antes o después el agresor anónimo tendría noticia?

—Actuarán con discreción. Nadie se enterará. —Ella guardó silencio—. Se lo aseguro.

Dupin deseó tener razón. La policía también cometía errores. Todo dependía del comisario.

—Muy bien. —Su voz no parecía convencida del todo—. Seguiré su consejo.

—Hará lo correcto. Permítame una pregunta, señora Rabier. ¿Quiénes son esos adversarios de los que hablaba? ¿Con quién tiene usted conflictos?

—Le he estado dando vueltas a eso. Le diré quiénes me han venido a la cabeza: un diputado de otro gran partido. Hugues Ellec. También es miembro del Parlamento de la Bretaña. Hace tiempo que libramos una batalla bastante dura. —Sus pausas constantes dejaban en evidencia que todas esas explicaciones le estaban costando un gran esfuerzo—. También en la actualidad, por unas cuantas decisiones recientes. Es un hombre sin escrúpulos. Y luego está Jérôme Chastagner. —Dupin era todo oídos. Se trataba del heredero de la cantera y fabricante de maquinaria del que le había hablado la dueña del quiosco—. Es el propietario de la cantera más grande de la zona. La está ampliando de forma ilegal y pretende obtener la autorización con efecto retroactivo. Mi oficina ha empezado a documentarlo todo. Para terminar... —Se interrumpió— No. Eso es todo.

—Iba usted a mencionar a otra persona.

—No, no.

Dupin no la creyó, pero no le pareció apropiado insistir.

—Muchas gracias, señor Dupin. Tengo que dejarle, acaba de llegar una visita.

—Entiendo. Solo una cosa: le recomiendo que no mencione a nadie esta conversación, señora.

—Yo iba a pedirle lo mismo.

—En concreto, al comisario de Lannion.

—Será nuestro secreto.

Sonó raro. Pero así era.

—Tal vez me ponga en contacto de nuevo con usted más adelante. Si me lo permite.

—Por supuesto.

—Hasta la próxima, señor Dupin.

La diputada colgó antes de que él pudiera corresponder a su despedida y le deseara una rápida mejoría.

Se reclinó en su asiento. Tomó el segundo cóctel que la camarera le había servido discretamente en la pequeña mesita que tenía al lado. De nuevo tomó un gran sorbo. Se pasó la otra mano por el pelo.

—Me he dado más prisa de lo habitual. —Dupin dio un respingo. Claire acababa de aparecer de la nada y se estaba acomodando en la tumbona que había junto a él—. Tomar el aperitivo en el jardín es una idea fantástica. Yo he pedido un *Kir Breton*.

Todavía tenía el pelo mojado de la ducha.

Dupin se esforzó en adoptar una expresión tranquila y no dejar entrever nada de lo ocurrido. Acababa de recibir dos llamadas interesantes.

Claire se puso cómoda.

—¡Qué maravilla! ¡Qué lugar tan fabuloso! Volveremos a este sitio, Georges.

Antes de que él pudiera responder algo, la camarera trajo el *Kir Breton*. Sidra con *liquer de cassis*.

—Por cierto, señora Lannoy, el mensajero acaba de pasar. ¡Ya ha salido!

—Gracias.

Claire tomó su vaso e ignoró la mirada inquisitiva de Dupin.

—*Yec'hed mat*, Georges. ¡Por unas vacaciones sin preocupaciones!

—*Yec'hed mat*. —Dupin levantó su vaso de manera mecánica. Los cubitos chocaron entre sí.

Seguía con la cabeza en las últimas revelaciones.

Aquel era un caso de verdad. No se había inventado nada.

Veinte minutos más tarde se encontraban sentados a su mesa de la terraza.

El sol veraniego inundaba con su resplandor aquel mundo rosa; todo parecía sobreexposto; el azul del cielo y el del mar formaban una superficie lisa y perfecta, pero no eran azul claro, sino casi blancos y prácticamente se habían fundido entre ellos; solo al mirar la pálida línea del horizonte se adivinaban los matices que los diferenciaban. Incluso el rosa había adoptado un tono blanquecino. Era uno de esos atardeceres en los que la luz eclipsa los colores. Nada resaltaba. Nada brillaba. Los enormes cuarzos de los gigantes de granito refulgían como fuentes de luz etéreas.

El pensamiento de Dupin giraba en torno a la conversación que había mantenido con la señora Rabier.

¿Por qué había recibido la carta con la amenaza precisamente hoy? Tal vez el remitente quisiera asegurarse de que la diputada la leería lo antes posible. Se le habían quedado muchas preguntas en el tintero.

Dupin sintió cómo le embargaba el entusiasmo, aunque en el fondo sabía que era del todo inapropiado. Al menos había un caso. Y eso le proporcionaba algo auténtico de lo que ocuparse. Por otra parte, era evidente que la situación ahora se había agravado. De pronto se había convertido en algo serio, y se sentía personalmente comprometido con la diputada. Al fin y el cabo, ella había depositado su confianza en él al consultarle, y él le había aconsejado que, a pesar de sus recelos, se dirigiera a la policía de forma oficial. Eso, en

cierto modo, implicaba cierta responsabilidad por su parte. Significaba que debía aumentar la velocidad y el calado de sus investigaciones.

Se obligó a regresar al momento presente.

Resultaba asombroso lo relajada y despreocupada que parecía Claire. El sol le había aclarado algunos mechones de pelo y tenía la cara bronceada, igual que los brazos y los hombros. Llevaba un vestido de lino negro.

Habían pedido el vino blanco de rigor; ese día, un Saumur fresco. El menú prometía ser maravilloso: de nuevo *cocos de Paimpol*, pero esta vez con ostras gratinadas; luego quiche de cebollas de Roscoff caramelizadas y alcachofas moradas; como plato principal, langosta à *l'armoricaine* y, para terminar, un sorbete hecho con las dulces y olorosas fresas de Plougastel, un pequeño enclave conocido por tener las mejores fresas del mundo, que Dupin adoraba.

De hecho, esa también podría ser una excelente velada para los planes de Dupin. ¿Qué podía ir mal? Había resuelto los últimos asuntos con un par de llamadas.

Entonces le vino a la cabeza lo que un momento antes, en el jardín, había querido preguntarle a Claire.

—¿Qué era eso del mensajero?

—He tenido que enviar una cosa a Lydia con urgencia.

Lydia era una de las amigas que había conocido nadando en Beig Meil.

—¿Algo urgente?

—Necesitaba una receta. Su médico de cabecera está de vacaciones.

—Entiendo.

El sobre era muy grande para ser una receta.

Claire tomó otro sorbo de vino y le dirigió una sonrisa resplandeciente.

—A mí siempre me apetece ir a la playa, pero quizá sea hora de hacer alguna excursión. ¿Qué te parece, Georges?

Era preferible no reaccionar con un entusiasmo excesivo y, a la vez, procurar llevar con delicadeza sus consideraciones en la dirección adecuada.

—¿Por qué no? Por mí, genial. Podríamos ir a ese valle encantado del que todo el mundo habla tan bien. Sería una bonita excursión. Remontar el torrente partiendo de la entrada del valle junto al mar.

—O visitar la zona del rey Gradlon. Desde allí hay una panorámica espectacular. Y está cerca del acuario. Para terminar, podríamos pasar a la Île Renote y ver el castillo de cuento de hadas. ¿Qué te parece mañana por la tarde?

¡Por la tarde! ¡Eso era un recorte severo de la duración de un día de playa!

—La casa Eiffel está también por ahí cerca.

Por supuesto, las prioridades de la investigación habían cambiado desde la llamada de la diputada, pero Dupin sabía que era aconsejable no descuidar los pequeños acontecimientos que, a primera vista, parecían carecer de importancia. ¿Quién sabe? Tal vez guardaran alguna relación.

—Mañana no vamos a poder verlo todo. Además, queríamos ir a Ploumanac'h. Por ese restaurante.

Claire paladeó el último sorbo del Saumur.

—Claire. —Era el momento adecuado—. Me gustaría hablarte de una cosa. —Tal vez esa entrada era demasiado fría. Debería haberla pensado un poco más. Era una decisión muy importante—. Me gustaría decirte una cosa, bueno, preguntarte algo. —Mejor así—. Yo...

—Señor Dupin. —El señor Bellet apareció a por su derecha, claramente inquieto; jadeaba y se esforzaba por articular una frase que resultara medio comprensible—: Vengan conmigo. De inmediato.

El señor Bellet intentaba hablar en voz baja a pesar de su agitación.

—¿Qué ocurre?

Dupin se levantó a toda prisa de su asiento. Claire también.

—Acompáñenme.

Bellet, seguido por Claire y Dupin, se dirigió al edificio y entró en recepción. Cerró la puerta en cuanto hubieron entrado todos.

—Han hallado un cadáver. —Al señor Bellet le temblaba la voz—. De una mujer. En la cantera. La *Carrière rose*. Es la mayor de las tres que quedan. Donde hace siete años encontraron otro cadáver, la Muerta rosa. —Estaba pálido como una sábana—. Por aquel entonces...

—¿Se sabe quién es? —intervino Dupin.

—Al parecer —farfulló el señor Bellet— el cuerpo se encuentra en un estado bastante... poco agradable. A cincuenta metros de profundidad. —Tenía la mirada fija—. Igual que hace siete años.

—¿Podría ser la señora Durand? —La pregunta tranquila pero directa de Claire se impuso en la estancia.

—La policía de Lannion ha venido a buscar al señor Durand para una posible identificación. Acaban de marcharse. Está a un tiro de piedra. Ya le han advertido de que puede ser una visión atroz, pero él ha insistido. Inès y Alan también le han acompañado.

—¿Cuándo ha pasado?

A Dupin le hubiera gustado poder ir con ellos.

—Todavía no se sabe. Los operarios de la cantera han encontrado el cadáver de casualidad, en una zona donde ahora no se está trabajando. Podría llevar un tiempo ahí. A primera vista no parecía algo reciente.

—La señora Durand —comentó Claire con el rigor de un médico experto— desapareció el lunes por la noche. Las fechas podrían cuadrar.

—Un gendarme de Perros-Guirec que se encuentra en el lugar —siguió Bellet en voz aún más baja— afirma haber reconocido a la señora Durand. Por la foto de desaparecida que tiene la policía.

—¿No sería una coincidencia demasiado extraña? Si no fuera ella, quiero decir —preguntó Claire.

—¿Se sabe algo sobre la causa de la muerte? —intervino de nuevo Dupin. El señor Bellet levantó las cejas con asombro.

—Cayó a cincuenta metros de profundidad.

—Podría haber muerto antes de caer.

Por sus gestos, el señor Bellet no parecía haber contemplado esa posibilidad.

—No han dicho nada al respecto. El forense acababa de llegar.

Durante un instante reinó un silencio apesadumbrado.

—Mierda —murmuró Dupin.

Se acercó a la ventana de ese cuarto estrecho.

El señor Bellet lo siguió con la mirada.

No podía ser cierto. Aquel giro era terrible.

Ahora todos los indicios apuntaban a la existencia de dos casos. Dos casos de gravedad. Dupin no dejaba de darles vueltas. Si realmente se trataba de la señora Durand, tenían ante sí un asesinato. Las posibilidades de que fuera un accidente eran escasas. Y, en principio, ningún indicio apuntaba al suicidio.

—¿Se trata de la cantera que heredó ese fabricante de maquinaria?

—Sí, Chastagner —asintió el señor Bellet.

Chastagner. Otra vez.

Dupin se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Nolwenn.

—¿Qué estás haciendo?

No se había dado cuenta de que Claire acababa de aparecer a su lado. Tenía la mirada clavada en él.

—Yo creía que... —Interrumpió la llamada—. Ha sido un acto reflejo. —Lo cual, además, era cierto.

—Georges, este caso no es tuyo. —Claire no empleó un tono demasiado severo, más bien parecía compasivo—. Aunque fuera la señora Durand, este caso no sería tuyo.

Tenía razón.

—Tú no tienes nada, absolutamente nada que ver con esto. Por grave que sea.

Dupin se volvió hacia el señor Bellet.

—¿El comisario de Lannion está en la escena del crimen?

—Lo más seguro es que ya esté ahí.

—¿Lo ves, Georges? Ya están en ello. El caso está en buenas manos. — Claire lo volvió a escrutar con la mirada. Luego añadió con tono decidido—: Y ahora, vamos a seguir con la cena.

Se acercó a la puerta y la abrió con un gesto enérgico.

El señor Bellet aprovechó la ocasión y se acercó a Dupin. Le susurró con una voz tan baja que apenas le entendió.

—Usted seguirá investigando. Quiero decir, ahora de verdad. Y no dejaré este asunto en manos de los de Lannion, desde luego no en las de alguien tan mediocre como ese Desespringalle. Contamos con nuestros gendarmes de Trégastel... ¡y con usted! Nolwenn dice que es usted el mejor y ahora está en nuestro equipo. ¡Es nuestro comisario!

Había un deje de súplica en sus palabras.

Dupin debería habérselo figurado: en este caso, Trégastel se enfrentaba a Lannion. Era una cuestión relacionada con el espíritu local de los bretones. De forma instintiva, algunos lugares eran considerados como más lejanos que otros físicamente más alejados. El auténtico forastero, por lo tanto, estaba más cerca que el vecino de al lado. A esto había que añadir que el señor Bellet no se molestaba en absoluto en ocultar su excitación por poder vivir de cerca un caso criminal.

Claire esperaba junto al marco de la puerta con el ceño fruncido.

Dupin se apartó del señor Bellet.

Al cabo de unos minutos volvían a estar sentados a la mesa.

El ambiente en la terraza era animado. Nadie parecía haber reparado en su precipitada marcha. Tan solo los padres horribles de esos niños encantadores volvieron la vista hacia ellos y luego intercambiaron unos cuchicheos.

—Atraes los crímenes como la luz a las polillas, Georges. —Claire estaba entregada a la última ostra gratinada—. Allí donde vas, pasan cosas.

En ese momento, esa afirmación resultaba difícil de rebatir.

—¿Qué ibas a preguntarme antes de que nos interrumpieran?

—Ya te lo contaré en otra ocasión.

Claire no insistió.

—Pobre señor Durand. Tiene que ser algo tremendo para él. —Claire, igual que Dupin, tenía la cabeza ocupada por aquel giro dramático. Tampoco ella podía ocultar sus emociones—. Y pensar que dos días atrás ella estaba sentada aquí, en la terraza, disfrutando de la cena —dijo mientras volvía la vista hacia el mar—. Por cierto, se me han quitado las ganas de hacer una excursión a una cantera.

Claire tenía el don de pronunciar frases como aquella sin que parecieran macabras.

Dupin se había quedado sin habla.

Aún estaba intentando recomponer lo ocurrido, cosa que, por otro lado, resultaba del todo inútil. Apenas tenía datos. Lo que más le preocupaba era saber si se trataba o no de dos crímenes independientes. Sería una casualidad muy remota que lo fueran. Pero eso no significaba nada. Por su trabajo, Dupin tenía una relación muy íntima con la casualidad. Precisamente lo impredecible, en todas sus variantes, era parte de su naturaleza más profunda. No había norma ni, por lo tanto, método para abordarlo. En el mejor de los casos, solo una especie de intuición.

—Deberíamos... —Su móvil le interrumpió.

Miró el número.

—Es Nolwenn. Será un momentito —dijo Dupin y luego se levantó y se fue.

En ese instante Claire estaba demasiado perpleja como para poder decir algo.

Dupin se apresuró hacia la escalera que llevaba al jardín.

—¿Diga?

—Acabo de enterarme de lo del cadáver de la cantera. Señor comisario, aunque sea la señora Durand, usted no está investigando este caso. He vuelto a dar a todo el mundo órdenes estrictas: ni Le Ber ni Labat van a decirle nada. Tendría usted graves problemas. Ya lo sabe.

—Lo sé.

—En tal caso, perfecto.

Acto seguido, ella colgó.

Dupin se encontraba en el escalón inferior de la escalera. Al cabo de un instante, volvió junto a Claire en la mesa.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Curiosamente, Claire no insistió.

¿Cómo era posible que Nolwenn se hubiera enterado tan pronto? ¿Y a esa hora? Seguro que no estaba ya en comisaría.

—Deberías probar esta quiche de cebollas...

—Señor comisario. —Otra vez el señor Bellet. De nuevo a la derecha de la mesa. De nuevo, muy alterado—. Vuelvo a necesitar su ayuda.

Dupin y Claire se esforzaron por levantarse de la mesa de la forma más discreta posible y siguieron al señor Bellet, que les precedía a paso rápido.

—Ha llamado el peluquero. Se llama Raphaël Julien. —El señor Bellet se dispuso a dar un tono dramático a sus siguientes palabras—. No lo es... No es la señora Durand. Seguro. El señor Durand lo ha afirmado de forma categórica.

Estaban en recepción, como la primera vez que los había interrumpido, pero el señor Bellet no pudo contenerse y les soltó la noticia cuando apenas habían rebasado el umbral.

—Pedirán a París el informe dental de la señora Durand, pero es solo una formalidad. ¿No es estupendo?

Aquella novedad resultaba tan impactante como la anterior.

—Sí, es estupendo. —Claire tenía el alivio escrito en la cara.

«Estupendo» no era precisamente el adjetivo que tenía en mente Dupin. A fin de cuentas, seguía habiendo una mujer muerta que había tenido un final atroz. Con todo, tenía que admitir que también se sentía aliviado. Pero ahora la confusión era, si cabe, mayor.

—¿Y quién es?

—Raphaël dice que todavía no se sabe. Es una mujer de unos treinta años. Un metro setenta de altura. Pelo largo y oscuro, aunque es difícil afirmarlo con tanta sangre. Pero la señora Durand es muy rubia. —El señor Bellet parecía satisfecho con esa importante constatación adicional—. Al parecer la cara ha quedado bastante intacta. Tejanos Armani, camiseta Ralph Lauren. Ropa discreta.

Dupin no tenía una idea muy clara de lo que podía significar «discreta» en ese contexto.

—Supongo que sin cartera, ni documentación ni móvil.

—Exacto.

Por algún extraño motivo, Claire le permitió plantear esas preguntas a pesar de su carácter indagatorio; lo más seguro era ella se estuviera planteando las mismas cuestiones y sentía curiosidad.

—¿No se ha encontrado nada que la pueda identificar?

—No, pero según la primera estimación del forense su muerte no es reciente. Cree que por lo menos hace ya un día o dos. No mucho más.

—¿Sabe algo más sobre la causa de la muerte?

—No. Y el forense dice que eso llevará tiempo.

—Pronto se llevarán el cadáver al laboratorio. —Dupin hablaba como ausente. Tenía una sensación extraña. Se sentía muy cerca y, a la vez, muy lejos. Conocía el procedimiento, todos los protocolos policiales que iban a tener lugar. Estaban pasando delante de sus narices, pero esta vez no formaba parte de aquello.

—¡Un crimen de verdad! —Una sonrisa indisimulada de satisfacción asomó en los labios del señor Bellet—. Hace tiempo que no teníamos algo así. Hablaba como si se tratara de una atracción turística.

—¿El señor Durand regresará al hotel de inmediato?

—Eso me figuro.

—Me gustaría hablar con él un momentito; al fin y al cabo, éramos casi vecinos de mesa.

Claire miró fijamente a Dupin. Parecía estar a punto de objetar algo, pero luego cambió de idea.

—Desde luego, un poco de consuelo le vendrá bien.

El señor Bellet volvió la vista hacia la ventana.

—Como le dije antes, en coche apenas se tarda unos minutos hasta la cantera. —Se acercó al escritorio y se sentó ante el ordenador. Parecía animado, solo le faltaba empezar a silbar alegremente—. Me alivia mucho que la víctima no sea la señora Durand —se apresuró a añadir en cuanto reparó en la mirada del comisario—. ¿Se imagina usted lo que habría significado para el hotel? —Se interrumpió. Dupin lo comprendía. Hasta cierto punto—. Voy a mirar en internet si ya ha aparecido algo sobre el incidente. Tal vez deberíamos informar a los huéspedes. Solo para prevenir inquietudes innecesarias.

—Lo cierto es que han salido bien parados. —Claire se había colocado junto al señor Bellet y contemplaba la pantalla.

Dupin se vio obligado a intervenir.

—La señora Durand sigue desaparecida. Hace ya dos días. Como si se la hubiera tragado la tierra. Y desde luego, la otra víctima no salió nada bien parada.

Era como si Claire y el señor Bellet no hubieran oído la frase.

—Nada —informó el hotelero un poco decepcionado—. Aunque —añadió con un poco más animado— puede que vayamos por delante porque disponemos de información exclusiva.

—Georges, nuestra quiche de cebolla sigue en la mesa. Vamos a terminar de cenar. El señor Bellet nos informará si se producen novedades importantes.

Dupin se dio la vuelta para marcharse.

—¡Ahí están! ¡Ya vuelven!

El señor Bellet se levantó de un salto y señaló hacia la ventana desde la que se divisaba una parte del aparcamiento.

Desde allí podían ver la mitad delantera de un coche patrulla. Poco después oyeron unas puertas que se abrían y se cerraban.

—Será mejor que salgamos a recibir al señor Durand.

Claire y Dupin asintieron y siguieron al señor Bellet.

Estaban casi en la puerta de entrada cuando esta se abrió de golpe.

El señor Durand entró precipitadamente.

Hasta entonces Dupin no se había percatado de la penetrante mirada de los ojos marrones de Durand. Era tan incisiva que le hacía parecer severo, a pesar de sus profundas ojeras.

—Permítanos un instante, señor Durand. Solo queremos expresarle nuestro alivio. Ha tenido que ser algo muy difícil de soportar.

Claire, como siempre, había sabido encontrar las palabras adecuadas.

El hombre se quedó de pie, vacilante.

—Discúlpenos, le hemos cogido por sorpresa —prosiguió Claire con tono firme.

—Muchas gracias. —Durand clavó la mirada en Claire, el señor Bellet y finalmente en Dupin—. Agradezco su interés. Es muy amable por su parte. Disculpen, por favor. No me siento capaz de mantener una conversación. Necesito ordenar mis pensamientos.

Claire, Bellet y Dupin se hicieron a un lado y Durand pasó junto a ellos en dirección a la escalera. A pesar de su triste situación, a Dupin ese hombre seguía resultándole antipático.

—Lo entendemos, señor. De todos modos —Dupin reconoció ese tono de voz: Claire tenía la virtud de ser insistente sin ofender—, creo que hablar le podría venir muy bien.

Durand se volvió y les brindó una sonrisa contenida.

—Como he dicho, les agradezco su compasión, pero ahora necesito estar tranquilo.

—¿Va a continuar en Trégastel esperando a su esposa? —preguntó Dupin empleando un tono especialmente amable.

Durand suspiró.

—Sí, por el momento, eso creo.

Se dio la vuelta y un instante después llegaba a la escalera.

—Señor Durand, soy médico. Si necesita alguna cosa, puede dirigirse a mí —se ofreció Claire.

—Muchas gracias —contestó sin mirar atrás.

El señor Bellet, Claire y Dupin atravesaron el comedor para dirigirse a la terraza.

—En estas situaciones —comentó Claire llena de empatía—, cada persona maneja sus emociones de forma distinta. —Tras una breve pausa añadió con un tono casi alegre—: Georges, lo más importante es que tú te desentiendas del cadáver de la cantera y de la desaparición de la señora Durand.

Jueves

En la peluquería solo habían podido darle cita con Raphaël Julien a las nueve de la mañana. Dupin sería el primer cliente del día.

El comisario había dormido poco a pesar de que se habían acostado antes de medianoche, mucho más pronto que el resto de las vacaciones. Claire se había quedado dormida al instante; Dupin, en cambio, tenía demasiadas cosas en la cabeza y le costó mucho relajarse. A las dos menos cuarto se volvió a levantar y permaneció un rato en el balcón.

Incluso sin haber descansado lo suficiente, esa mañana se sentía espabilado y de buen humor. Repleto de energía. En forma. Tanto física como psíquicamente. Como las seis y media era una hora muy temprana para tomar café en el hotel, se había acercado al pueblo y, tras acomodarse en una de las tres mesas altas de la excelente panadería situada frente a la capilla y el quiosco de prensa, disfrutó allí de sus dos primeros cafés. Sacó la Clairefontaine azul del bolsillo y anotó del modo más sistemático posible todo lo ocurrido a última hora del día anterior; además, y eso era lo más importante, había trazado un plan de acción.

En el caso de la diputada, según la lista que acababa de hacer, había que investigar al fabricante de maquinaria, a la granjera y al diputado del otro partido. En cuanto a la señora Durand, la situación no había variado y su desaparición seguía siendo un misterio. A primera vista, el hallazgo de un cadáver en la cantera, un posible asesinato, parecía un hecho independiente; en principio no se advertía ninguna relación ni con la pedrada ni con la carta con la amenaza, ni tampoco con ninguno de los demás acontecimientos. Solo el lugar donde se había localizado el cadáver permitía establecer un vínculo con un caso no resuelto que se remontaba a siete años atrás y que probablemente solo había sido un accidente. Lo único cierto es que de nuevo había tenido lugar en la cantera de Chastagner.

Le contrariaba un poco no poder estar a la vez en la peluquería y en el quiosco. Solo podría conocer a la granjera en persona al día siguiente por la mañana y a Chastagner, si quería, únicamente el sábado. Por desgracia, no

podía citarlos a ambos sin más en ningún lugar. En cualquier caso, como no les podía tomar declaración, de momento lo prioritario era recabar información sobre ellos.

Desde la panadería, dejó atrás varias casas hasta llegar a la oficina de Turismo, que abría a las siete y media. Allí compró un plano minúsculo del lugar y su entorno. Trégastel, Ploumanac'h, Perros-Guirec... En el mapa todo estaba indicado de forma precisa: el castillo, el valle, y también las canteras, la casa Eiffel, la capilla, la iglesia de Sainte-Anne... y, por supuesto, las famosas formaciones de granito rosa. Dupin se propuso marcar todo lo relevante, incluso los domicilios de los implicados en los acontecimientos.

A continuación, regresó al hotel a paso tranquilo. No podía negar que seguía de excelente humor.

Era una mañana fabulosa; el tiempo seguía siendo fresco y despejado. Apenas unos pocos habitantes del pueblo iban de un lado a otro. En el camino de vuelta observó durante un rato la casa de la diputada.

Eran las ocho. Dupin estaba sentado en la terraza del L'Île Rose.

Aunque todas las mañanas el desayuno se servía a partir de las ocho, a esa hora aún no había aparecido ningún huésped. La señora Bellet y Nathalie cuidaban de que no faltara ningún detalle: había cruasanes excelentes; unas baguettes extraordinarias —crujientes por fuera, tiernas por dentro—; un pastel de desayuno especial parecido al bizcocho *quatre-quarts* del Amiral; una miel de flores de textura cremosa, mermeladas caseras de mora y ciruela mirabel y jalea de membrillo. Había además un surtido de los quesos favoritos de Dupin, todos del norte, elaborados a pocos kilómetros de allí: el Darley, un Val-Doré suave, un Grand-Madeuc de aromas florales, y un Tomme-du-Vaumadeuc. Aquello era un pequeño paraíso.

Nathalie le había servido un café con leche perfectamente mezclado.

Se encontraba sentado en «su» sitio, de espaldas al edificio; pensó que Claire seguiría durmiendo. Deslizó la mirada por el jardín silvestre y las rocas que refulgían con un delicado tono rosa bajo el sol de la mañana y contempló el mar, que yacía allá, en calma, majestuoso, sin mostrar la menor oscilación en su superficie plateada.

—¡Ninguna novedad aún sobre la identidad de la fallecida, señor comisario! —El señor Bellet apareció como surgido de la nada junto a la mesa de Dupin. Su tono era campechano. Intrigante, conspirador—. Hasta el momento, no está registrada en la base de datos de desaparecidos de la policía.

Era increíble cómo Bellet estaba al tanto de todo. Aunque Dupin sabía que cuanto más pequeño fuera el pueblo o la comunidad, con mayor rapidez se propagaban las noticias. A mayor velocidad incluso que internet.

—Desespringalle —prosiguió el señor Bellet— ha removido tierra y cielo para averiguar algo sobre la fallecida, pero, según Raphaël, hasta ahora ha sido en vano.

—¿Y qué pinta el peluquero en todo ese asunto? ¿De dónde saca él tanta información?

—De Inès.

—¿De la gendarme?

—Sí.

—¿Cómo? —Dupin estaba estupefacto.

—¿Es que nadie le ha dicho que Inès es la sobrina de Raphaël? Inès Marchesi es hija de su hermana favorita.

—¿La gendarme es sobrina del peluquero? ¿Y así es como él obtiene la información policial?

—Seguramente no toda. Pero sí, en efecto, así es.

Aquello explicaba muchas cosas. Y además, añadía interés a la cita con el peluquero. De haberlo sabido, Dupin habría ido mucho antes a que le cortara el pelo. Sentía mucha curiosidad. ¿Por qué los Bellet no se lo habían dicho antes? ¿Y la señora Riou? No importaba: de algún extraño modo, se había creado una peculiar cadena de información de la que él ahora se aprovechaba.

—Por supuesto, también funciona a la inversa. A menudo Raphaël ha proporcionado pruebas decisivas en casos complicados de la zona.

—¿Alguna novedad sobre la causa de la muerte?

—No. Le he preguntado por ese punto. —Por el modo en que pronunció esas palabras, el señor Bellet parecía esperar un cumplido—. Me ha dicho que, según Inès, se necesita tiempo para determinarlo. De todos modos, el forense ha fijado la hora de la muerte a las diez y media de la noche del martes, con un margen de error de una hora.

Dupin se quedó ensimismado, pensando.

—Y ahora, ¿cuál será el siguiente paso en la investigación, señor comisario?

—Ya sabe usted que...

—Lo sé, lo sé. —El señor Bellet soltó una risa pícar—. Usted no investiga. Está de vacaciones. Me ciño estrictamente a esta fórmula. Puede usted estar tranquilo. Y lo mismo se puede decir de mi señora.

Aquello le hizo sentirse incómodo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? En realidad, era lo que necesitaba: un cómplice. Eso simplificaría mucho las cosas.

Entonces, horrorizado, cayó en la cuenta de que Nolwenn conocía a los Bellet.

—¿Y qué hay de Nolwenn? Ella...

—Señor comisario, Nolwenn es una amiga, por supuesto; sin embargo, nosotros tenemos un punto de vista distinto respecto a la situación. Además, mi esposa y yo sabemos guardar secretos. De hecho, es parte de nuestro oficio. Si supiera cuántos secretos guardamos...

—Está bien.

Dupin asintió para sellar el acuerdo.

—Entonces, ¿cómo vamos a proceder? Yo...

—¡Señor comisario! —La señora Bellet se les acercó nerviosa con el teléfono en la mano y lo colocó frente a la cara de Dupin—. Es para usted. La señora Riou.

—Ahora no es el momento. Yo...

—¡Es muy urgente!

Tras una leve vacilación, Dupin atendió el teléfono.

—Dígame.

—Es por lo de la desaparecida, esa rubia oxigenada. ¿Sabe usted con quién fue vista la tarde anterior a su desaparición? ¿En Paimpol? ¿En un bar? ¿En Les Valseuses? —El modo peculiar de hablar, con frases neutras y breves, de la propietaria del quiosco le daba esta vez un toque de intriga—. Con el señor Chastagner.

—¿La señora Durand? ¿La de nuestro hotel?

Dupin se incorporó en su asiento, muy tenso.

—¿Y a quién si no me iba yo a referir? —replicó ella tras una breve pausa de asombro.

—¿Con el fabricante de maquinaria?

—¡Que también es el propietario de la cantera! ¡La cantera en la que ahora se ha hallado el cadáver! ¡Ese mismo!

—¿El domingo por la noche la señora Durand estuvo en un bar de Paimpol?

—El domingo por la noche. Llegó pasada la medianoche.

La noticia era una bomba, aunque Dupin aún no alcanzaba a ver todas las implicaciones que podía tener. En todo caso, era evidente que Chastagner era un personaje clave en los dos casos.

—Parece que la señora Durand bebió un poco más de la cuenta. Luego Chastagner y ella se marcharon. A eso de la una y media.

El señor y la señora Bellet estaban delante de Dupin, expectantes. Y no se molestaban en disimularlo.

—¿Cómo lo ha sabido, señora Riou?

—Esta mañana ha aparecido la fotografía de la señora Durand en las ediciones locales del *Ouest-France* y *Télégramme* con la petición de avisar si alguien la ha visto. —Tenía los periódicos delante, pero Dupin aún no los había abierto. Ella prosiguió—: Uno de mis clientes acaba de pasar por aquí. Tiene amigos en Paimpol y frecuenta a menudo ese bar tan agradable. Y estuvo el domingo. La vio allí. De hecho, ella es una persona que, por así decirlo, se hace ver. Él asegura que es ella. Por otra parte, Chastagner es muy conocido.

—¿Está completamente seguro?

—Del todo.

—Tiene usted que comunicárselo a la gendarmería.

—Por supuesto, ahora mismo llamaré a Inès. Pero antes quería contárselo a usted.

—Señora Riou, hágame un favor. Pídale a su cliente que se lo cuente todo otra vez, con todo detalle. Si oyó de qué hablaban. Cómo se comportaron. Y también le agradecería mucho que le dijera que esa información es solo para usted, que siente mucha curiosidad. —Era preciso actuar con la máxima discreción.

Siguió un breve silencio.

—No hay problema, pero ¿no preferiría usted hablar con él en persona? Seguro que Inès no pondrá ninguna objeción.

—Es preciso que se presente cuanto antes en la gendarmería. Como bien sabe usted, yo estoy de vacaciones y no me encargo de ninguna investigación. —Aquella afirmación resultaba demasiado grotesca, así que Dupin se apresuró a añadir—: Ninguna investigación de tipo oficial.

—Entonces podría usted hablar con él de forma extraoficial.

—Señora Riou, si quiere ayudar, informe de esto a la gendarmería sin pérdida de tiempo. Y ahora, lo siento, tengo que irme.

—Lo entiendo. Es una cuestión de prioridades. De hecho, usted también podría hablar más tarde con mi cliente. Yo...

—Hasta luego, señora Riou.

Dupin puso fin a la conversación.

Fuera o no una investigación oficial, había que hacer lo mismo: las vendedoras del pan, los carniceros, el jefe del puerto, el peluquero, el médico, el conserje, los propietarios de los quioscos... Había que hablar con ellos, valorarlos y comprenderlos de forma natural. Sin ellos, la labor policial era impensable. Eran fundamentales. Y siempre lo serían. A pesar de todos los logros tecnológicos. En ese sentido, Dupin admitía ser tremendamente anticuado.

El señor y la señora Bellet lo habían oído todo. Los dos estaban tan cerca que incluso era muy posible que hubieran escuchado todas y cada una de las palabras de la señora Riou.

En la cara de la señora Bellet se reflejaba una mezcla de emoción, curiosidad y preocupación. La de su marido era pura consternación.

—Bueno, entonces la desaparición de la señora Durand es un caso de verdad. A pesar de que no sea el cadáver de la cantera. ¡Se ha fugado con otro hombre! ¡Eso es lo que ha pasado! —La señora Bellet estaba casi fuera de sí.

—Si eso fuera cierto, señora Bellet... —Dupin se esforzó por adoptar un tono prudente. Era preciso aplacar la inquietud en cuanto asomaba—. Si la persona que fue vista en el bar con el señor Chastagner era en realidad la señora Durand, eso no significa necesariamente que se haya fugado con él. Por otra parte, suponiendo por un momento que tal cosa fuera así —se sintió obligado a decir—, lo cual a estas alturas es pura especulación, entonces no sería asunto de la policía, sino una cuestión privada de los Durand.

El rostro de la propietaria del hotel reflejaba una profunda decepción.

El señor Bellet guardaba silencio, lo cual, por otra parte, no era propio de él.

Dupin se puso en pie.

—¿Han visto ustedes al señor Durand esta mañana? —les preguntó a los dos.

—Sí. Ya se ha marchado —respondió el señor Bellet—. Tenía que ir a la gendarmería. Para firmar unos papeles. Ha confirmado que de momento se queda aquí. Sigue convencido de que su esposa regresará. Hoy parecía muy abatido.

—¿Y cómo pasa las horas del día?

—Habla con Inès varias veces para mantenerse al corriente de lo que ocurre. Pasea. Y trabaja. Para distraerse. Según él, es lo mejor. Dice que en esta situación se siente incapaz de estar de vacaciones. El viernes, cuando empezó el buen tiempo, alquilaron una barca para toda la semana. Él es un amante de la pesca. Tras la desaparición de su esposa devolvió la

embarcación. Pasa la mayor parte del tiempo en su habitación. Habían reservado nuestra única *suite*. Últimamente es ahí donde toma el desayuno y la cena. Solo. No tiene ganas de compañía. —El señor Bellet parecía sentir una gran compasión.

Dupin había sacado la Clairefontaine del bolsillo y apuntó un par de cosas.

—Me habían dicho que usted siempre lleva una libreta roja —objetó el señor Bellet.

Dupin no respondió.

—¿Y el Mercedes de los Durand? ¿Lleva todo el tiempo aquí?

La señora Bellet lo miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto. Está en el aparcamiento del hotel, entre las rocas.

—¿Vieron ustedes alguna vez a la señora Durand abandonar el hotel después de cenar, o ya de noche? ¿Tal vez sola, en coche?

—No. Pero eso no significa nada. Por la noche estamos siempre ocupados hasta la una y media y no nos habríamos dado cuenta de eso. Además, la *suite* tiene una escalera estrecha, de caracol, que da al exterior y baja directamente al jardín. Podría haberla utilizado en cualquier momento.

—Así pues, las posibilidades de que la señora Durand saliera de noche del hotel sin que nadie reparara en ella son bastante grandes.

—Así es. De todos modos, seguro que su marido lo habría notado.

Dupin hizo ademán de marcharse.

—Tengo algo de prisa. Tengo cita con el peluquero.

Solo entonces ambos se apartaron unos pasos de la mesa.

—En tal caso, mucha suerte, señor comisario.

Dupin se alejó a toda prisa.

La peluquería se encontraba entre la panadería y un bar de aspecto acogedor llamado Ty Breizh, en la plazoleta de la capilla. Era un bonito edificio de piedra de dos plantas y con un tejado en punta de pizarra oscura.

—Ah, señor comisario. —Un hombre entrado en carnes salió a recibirlo en cuanto entró en el local; tenía el pelo espeso, elegante, entrecano, y vestía una camisa ancha de color negro y tejanos azul oscuro—. Élodie Riou me acaba de llamar. Es para mí un honor poder ayudarle en sus investigaciones. —Su tono no era, en absoluto, irónico.

—Yo no estoy haciendo ninguna investigación.

—Lo sé —dijo guiñándole el ojo de forma elocuente. Su cara, las mejillas marcadas, igual que la barbilla y el cuello, eran prueba de que le gustaba comer y acompañar sus comidas con una copa de buen vino—. Inès está muy ocupada. —Unas arrugas de preocupación le asomaron en la frente—. Pobrecita. En fin, como ve, uno nunca se aburre en Trégastel. Ah, por cierto, ¿ha hablado ya con el señor Quilcuff?

—No. ¿Quién es?

—En el pueblo se ha corrido la voz de que usted está aquí. No se tome demasiado en serio a ese anciano caballero; está algo confuso, pero es buena gente. Ya ha cumplido los noventa y cuatro. Lleva años observando que las baguettes del señor Nolff son cada vez más pequeñas mientras que los precios suben. El señor Nolff lo niega rotundamente. Es la panadería que hay junto a los bomberos. El señor Quilcuff tenía la intención de ir al hotel para verlo a usted.

Dupin no iba a meterse en ese asunto.

—En fin. A ver ese pelo. —El peluquero giró alrededor de Dupin—. No hay mucho que hacer, así que está claro que tiene que haber un motivo oficial para que usted haya venido. Los Bellet ya me han puesto al día. —Otro guiño—. Así pues, para empezar, le lavaremos el cabello a fondo y luego le aplicaremos un excelente tratamiento que lo protegerá de los rayos ultravioleta y del agua salada. Basta con un par de días de vacaciones junto al mar para que el pelo se estropee. Además, mi compañera —dijo señalando con la cabeza a una joven que estaba junto a la caja— le hará un masaje capilar relajante.

Dupin jamás se había sometido a un tratamiento capilar; de hecho, ni siquiera sabía en qué consistía. Pero si había algo que no podía soportar eran los masajes. Y menos aún los capilares.

—Solo cortar, por favor. Ni tratamientos, ni masajes. Nada. —Y añadió rápidamente—: Con estas temperaturas, cualquier centímetro de menos es motivo de alegría.

El señor Julien arqueó las cejas con asombro.

—¿En serio? —Se interrumpió un momento y luego sonrió con un gesto de entendimiento—. ¡Ah, claro! —Los ojos le brillaban—. El engaño tiene que parecer auténtico.

Dupin no contestó.

—¿Es usted consciente de que, cómo decirlo, llevará usted el cabello realmente corto?

—No hay problema.

—Bien. Pues, en ese caso, manos a la obra.

El señor Julien sacó una fina capa de color negro y la se colocó hábilmente a Dupin; luego cogió las tijeras y el peine.

—Siéntese y relájese.

Era una butaca de barbero antigua, muy acolchada. El cuero estaba gastado y tenía un color marrón descolorido. Dupin obedeció. El asiento era cómodo.

—Y ahora vamos a lo que nos ocupa. ¿Qué quiere usted saber? Ya ha oído lo de la señora Durand y Chastagner en el bar. Sobre el cadáver de la mujer en la cantera no hay novedades. Pero seguro que aún no conoce el dato más reciente. —Hizo una pausa dramática—. Uno de los dos tractores que bloqueaban la entrada a la casa de la diputada el día de la protesta es propiedad de una granjera de Trégastel, Maïwenn Guichard. Toda una belleza.

—Ya me han hablado de ella.

Como obedeciendo a una señal, Dupin había sacado la libreta del bolsillo del pantalón y la puso encima de la capa.

—Entonces sabrá usted también que su marido mantuvo una relación con la diputada. La señora Rabier está soltera. Y también es muy atractiva.

—Ese rumor también me ha llegado.

—Ya le digo yo que eso es más que un rumor.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé y punto. Y sospecho que esa relación continúa.

Aquel asunto ya había dado que pensar a Dupin el día anterior por la noche. Si lo de la relación era cierto, Maïwenn Guichard tenía un motivo para la agresión.

—¿Qué grado de certeza tiene usted?

—El suficiente.

Al peluquero no pareció importarle la vaguedad de esa respuesta.

—La cuestión del tractor de la señora Guichard, ¿lo sabe ya el comisario de Lannion?

—Desde ayer por la noche. Uno de los hoteleros de la playa Coz Pors fue quien se dio cuenta. Pero no lo comunicó hasta ayer. Pierrick Desespringalle se ha presentado hoy a primera hora de la mañana en casa de Maïwenn Guichard. —El señor Julien sacudió la cabeza con un gesto de preocupación—. La policía sigue sin saber con certeza si fue un ataque o un simple y trágico accidente. El comisario Desespringalle estuvo ayer a última hora en el lugar de los hechos y volvió a verificarlo todo con los expertos de la

científica. Comprobaron si habría sido posible distinguir a alguien que estuviera justo detrás del cristal.

—¿Y bien? ¿A qué conclusión llegaron? —interrumpió Dupin con impaciencia. Eso también era una novedad. El señor Bellet no lo había mencionado; sin duda porque aún no se habría enterado.

—Vieron con dificultad a la persona que hizo la prueba vestida de un modo similar a la señora Rabier. Hicieron una simulación muy precisa. Así pues, los indicios apuntan más a un accidente.

Dupin no lo creía.

—De todos modos, los resultados no fueron del todo concluyentes —relativizó el peluquero.

Le habría gustado saber a qué hora había llamado la diputada al comisario de Lannion. Era posible que lo hiciera esa misma mañana. De lo contrario, Desespringalle no habría tenido motivos para llevar a cabo esa acción.

—¿Alguien del pueblo ha expresado alguna sospecha concreta sobre la autoría de la pedrada?

—La mayoría de la gente piensa que fue por error. Que uno de los agricultores lanzó la piedra, pero sin intención de dar a la señora Rabier.

El peluquero pasó a dedicarse a la nuca de Dupin, que observó sorprendido una gran cantidad de pelo en el suelo.

—¿Hay más conflictos entre la granjera y la diputada?

—Docenas, desde hace tiempo. Y la agricultura es un tema candente en la política bretona. Y la cuestión se está agravando; si las cosas siguen así, los agricultores acabarán iniciando una nueva revolución. Luchan por su supervivencia. Bueno, ya habrá escuchado de sus protestas. Sin embargo, en este conflicto los políticos de la región no son el objetivo adecuado. Hoy los agricultores bloquearán los aparcamientos de las grandes superficies.

—¿Qué significa esto? ¿De qué va realmente el asunto?

—De la producción de leche y de sus precios. A nivel europeo. Pregunte al señor Bellet, él sabe mucho sobre este tema. En todo caso, la señora Guichard es la portavoz de la protesta. Y sabe hablar muy bien.

—Y a usted, ¿qué le parece, señor Julien? ¿La cree capaz de eso? Hipotéticamente, se entiende. ¿Le parece que ella atacaría de manera intencionada a una diputada?

—Una cosa está clara: puede llegar a ser implacable. Lleva su granja con solo dos empleados. La verdura, los cerdos, las gallinas... Es mucha faena. Su marido trabaja en la empresa que estudia el gigantesco parque eólico en alta mar que se está proyectando frente a la bahía de Saint-Brieuc; es el científico

jefe. Así pues, dejando de lado las... cuestiones personales, de vez en cuando también tiene que relacionarse profesionalmente con la señora Rabier, que aboga de manera decidida por el parque eólico. Por otra parte, dicho sea de paso, Maiwenn Guichard está en contra del parque, a pesar del destacado compromiso de su marido con este proyecto. Es por sus efectos desastrosos en el mundo submarino. El señor Guichard está a menudo en Rennes, que es donde tiene la sede su empresa.

Dupin tomó notas con todo detalle. Tenía la libreta cubierta de pelillos cortos.

—Pero usted, ¿la cree capaz de ese ataque?

—No.

Un no rotundo.

—Me da que para usted esa pedrada no fue un accidente —comentó el peluquero dando un paso atrás para contemplar a Dupin—. Parece que da por hecho que fue un ataque, ¿verdad?

—Yo no doy nada por hecho; solo intento hacerme una idea de lo ocurrido.

El peluquero se volvió a acercar a Dupin y empezó a trabajar los lados.

—Ese tal Chastagner. ¿Qué conflictos tiene él con la diputada?

—Es algo serio. El negocio con el granito rosa se ha vuelto complicado; China lo vende por una quinta parte de su precio, con entrega gratuita, a todas partes. Chastagner se vio obligado a aumentar la producción para seguir siendo rentable. Sin embargo, la ampliación choca de frente con la protección medioambiental. El eterno problema. —Raphaël Julien empleaba un tono lo más neutral posible—. Para los propietarios de las canteras es una cuestión de supervivencia. La señora Rabier se manifestó contraria a la ampliación. En una entrevista afirmó que, si todos los sectores lo pudieran ampliar todo, en unos años habríamos acabado con el planeta. En los últimos meses la disputa se ha acentuado.

—¿Ha habido amenazas?

—No sé nada de amenazas. Pero sí ha habido disputas muy agrias. Ofensas, humillaciones. Chastagner reparte fuerte. Pero, como ya le he dicho, la señora Rabier es un hueso duro de roer.

—Hay quien dice que Chastagner ha ampliado la cantera de forma ilegal.

—Eso lo sabe todo el mundo. Pero hasta ahora nadie lo ha podido demostrar ni ha habido denuncia.

—¿Las autoridades se han ocupado de ello?

—No que yo sepa. El otro conflicto entre Chastagner y Rabier gira en torno a la sede de la empresa de él.

—Algo me han dicho.

—Entonces ya conoce los dos asuntos candentes de los últimos meses.

—¿Y ese caso también se ha agravado?

—Desde luego. Chastagner concedió una entrevista en la que echó pestes de la señora Rabier. Para él es una cuestión muy sensible, se lo ha tomado muy a pecho.

—¿La señora Rabier contraatacó?

—Ella emplea otros métodos.

—¿Qué quiere decir?

—Cuanto más agresivo se ponía Chastagner, más decididamente ha procurado ella que todos los esfuerzos de él fracasasen por completo.

El señor Julien se colocó frente a Dupin, le miró la cabeza y luego dio la vuelta a su alrededor en silencio.

—Quedan aún un par de detalles —informó.

—¿La diputada es clienta suya?

El peluquero lo miró con sorpresa.

—Por supuesto.

—¿Y la señora Guichard, la granjera?

—Sí.

—¿Y el señor Chastagner también?

—Pero ¿cómo se le ocurre? Él jamás pondría un pie en un salón tan «modesto».

—¿Qué clase de persona es ese Chastagner?

—Quiere a toda costa, cueste lo que cueste, jugar con los mayores. No hay que subestimarle. Tiene muchísimo éxito con su empresa de maquinaria agrícola, sobre todo con las cosechadoras integrales y las abonadoras. Las exporta a muchos países. Tiene su propio modo de hacer las cosas. No le importa dejar cadáveres a su paso si es necesario, aunque en realidad prefiere dárselas de campechano y hacerse pasar por compañero o patrocinador.

—¿Eso significa que lo cree capaz de atacar a la diputada?

El señor Julien se tomó su tiempo para responder; al parecer, antes quería sopesar su respuesta.

—Creo que sí. De todos modos, a quien tampoco debería perder de vista usted es al diputado del otro partido, Hugues Ellec.

El día anterior, la señora Rabier lo había mencionado de pasada.

—Él también mantiene desde hace años disputas con la señora Rabier. Son opuestos en casi todo; tienen siempre opiniones contrarias, y no solo porque pertenezcan a partidos distintos. Aunque yo coincidí en todo con la señora Rabier —afirmó con cierto orgullo—, en muchas cosas son idénticos. Bueno, claro, son políticos. Cuando es necesario, son muy calculadores. Pero a Ellec le falta empatía. Y las posiciones correctas. —Un resumen categórico—. Si quiere verlo, Élodie le dirá cuándo suele pasarse por el quiosco para recoger la prensa.

—¿Cuáles son los puntos de fricción concretos entre la señora Rabier y ese tal Ellec?

No estaba de más poner encima la mesa todos los temas sobre los que podría ir el asunto. A veces, proceder de manera sistemática resultaba muy útil.

—La manera de superar la profunda crisis de la agricultura, si mediante regulaciones de orden europeo y nacional, o mediante el juego, lo más libre posible, de la oferta y la demanda. Eso en cuanto a medidas políticas. Y está también el tema de las subvenciones. Y el del parque eólico: ella a favor, él en contra. O el gran proyecto para la bahía de Lannion el año próximo. Ahí, pese a las enormes protestas y advertencias por parte de los científicos, se ha autorizado la explotación de un banco de arena submarino, irremplazable desde el punto de vista ecológico. En ese asunto, él estaba a favor y ella claramente en contra.

Dupin dio un respingo. Ese era el proyecto contra el que Nolwenn había protestado de forma enérgica. Durante meses, en la comisaría ese había sido «el tema». De hecho, en el curso del último caso, uno especialmente agotador, Nolwenn había participado en varias manifestaciones. Hasta ahora, esa cuestión era una línea roja para su secretaria. Una derrota amarga. Nolwenn se lo había tomado muy a pecho.

—¿Y dice usted que Ellec estaba a favor?

—Sí, se aplicó con todas sus fuerzas. Esto lo hizo muy popular en París. La señora Rabier lo acusó de dejarse comprar. Lo dicho: es una lucha feroz.

—¿Y por quién se deja comprar?

—Por empresas, personas poderosas, el gobierno de París... No necesariamente con dinero, pero sí con «compensaciones» y otras bonificaciones. Incluso asuntos personales. Acuerdos ventajosos. Ya sabe lo que quiero decir.

—¿Por ejemplo?

—De pronto, el año pasado obtuvo un permiso para construir una casa en un terreno situado junto al mar. En Ploumanac’h, arriba, en la punta, a pesar de que la ley de costas lo prohíbe y hace diez años que ya no se conceden permisos de ese tipo. El terreno pertenece a su familia desde hace generaciones. De repente resultó que hacía años que la máxima autoridad había concedido un permiso especial que hasta el momento la familia no había hecho valer.

—Entiendo.

—Evidentemente, Rabier y Ellec se enfrentan también por la ampliación de la cantera de Chastagner.

El método sistemático tenía el inconveniente de que surgían muchos temas. Pero daba igual: Dupin siguió tomando notas en su libreta.

—Yo...

—Señor Julien, al teléfono. Para usted. Personal.

La señora de la caja se les acercó con el aparato en la mano.

—Un momento, señor comisario. Ahora mismo estoy con usted.

Desapareció detrás de una cortina ondulante situada al final de la sala.

Aquello era mucha información, y muy interesante. Estaba satisfecho de su visita al peluquero, pero todavía tenía más preguntas.

Dupin se limpió las gotas de sudor de la frente. Los rayos de sol se desplomaban sin piedad contra el gran ventanal de la peluquería. Como era de esperar, allí no había aire acondicionado. A mediodía, en el local reinarían unas condiciones prácticamente insoportables. El calor sofocante y el elevado grado de humedad se mezclarían con el olor a laca y los perfumes de los champús.

—Era mi sobrina. —El peluquero ya estaba de vuelta—. El caso de la desaparición de la señora Durand vuelve a ser de su competencia exclusiva. Desespringalle lo ha abandonado oficialmente. No le ve relación con el cadáver de la cantera.

A Dupin estuvo a punto de escapársele una observación mordaz; a estas alturas él no habría descartado alguna relación. De todos modos, el cadáver de la cantera era la cuestión más importante.

—¿Tiene usted idea de qué puede haber ocurrido en el asunto del cadáver de la cantera?

—La verdad es que no. Aunque desde ayer por la noche y hasta esta mañana el teléfono no ha dejado de sonar, nadie sabe nada. Inès dice también

que, de momento, no hay nada a lo que agarrarse y que Desespringalle está dando palos de ciego. Según ella, sus ocurrencias son de lo más descabelladas. Por ejemplo, que esa muerte tenía que ver con el caso, no resuelto, de la muerte de una trabajadora de Chastagner hace siete años, la Muerta rosa.

—¿Le parece que esa relación está fuera de lugar?

—Ya que me lo pregunta, me parece una solemne tontería. Las investigaciones se prolongaron durante dos años y no hubo nada que indicara otra cosa que no fuera un accidente; algo que, por otra parte, fue una gran decepción para la mayoría, que habría preferido un caso más emocionante. Sin embargo, fue un asunto de lo más normal: según se demostró, ese día la mujer, que trabajaba como administrativa, quiso ir a recoger a su marido, un operario de la cantera. Se habían conocido en una fiesta de la empresa y apenas llevaban medio año casados cuando se produjo el accidente. Se partió de la suposición de que él le había mostrado la cantera contraviniendo las prohibiciones y que eso provocó el accidente. Él lo negó con contundencia, pues corría el riesgo de ser multado por imprudencia grave. En fin, sea como fuere, todos los testigos afirmaron que eran un matrimonio feliz. Al final no se presentó ninguna denuncia y el hombre se marchó de aquí.

Por lo tanto, no había nada que comprobar. Una conclusión que, como siempre, Dupin consideró con especial escepticismo. De todos modos, también era posible que todo hubiera ocurrido de ese modo.

—Pero, en fin —resumió el peluquero—. ¿Qué relación podría haber? De haberla, sería realmente lóbrega.

—¿Qué quiere decir?

Dupin dejó que el señor Julien hiciera sus cábalas con libertad.

—Puestos a especular, se podría decir que tal vez con ese «accidente» Chastagner se libró de su empleada, que sabía algo de alguno de sus negocios turbios. Tal vez la muerte de ayer forme parte, de algún modo, de ese contexto. ¿Y si hubiera descubierto algo? ¿De ese caso antiguo, quizá? ¿Y si sabía que había sido un asesinato?

—Pero, de ser así, ¿no le parece que la mujer debería ser conocida en la zona?

—Justo por eso todo esto me parece absurdo.

En ese momento, el móvil de Dupin les interrumpió. Tras una ligera vacilación, lo sacó con cierta incomodidad.

—Es la señora Riou —explicó.

Raphaël Julien asintió con gesto comprensivo y volvió a desaparecer detrás de la cortina.

Dupin descolgó.

—Señor comisario, sé que está usted en medio de una conversación muy importante. —Dupin se apretó el teléfono contra la oreja derecha; no podía ponerse de pie—. Tal como acordamos, he hablado de nuevo con mi cliente. Aunque apenas oyó fragmentos de la charla, él sostiene que Chastagner y la señora Durand flirteaban sin tapujos. Ella sobre todo. Enseguida se lo comunicará a Inès.

—¿Flirteaban sin tapujos?

—Eso es. Nada de sutilezas. No sé si me entiende. Según él, ella pretendía, y cito textualmente, «llevárselo al huerto».

—¿Tuvo esa impresión?

—Exacto. Eso es todo... Vaya, ahora llega el reparto. Con Clairefontaine nuevas. Tengo que colgar.

La conversación había terminado.

Al poco, el señor Julien regresó muy animado.

—Esto ya está, pero haré como si estuviera cortando aquí y allá. Así podemos seguir charlando un rato. ¿Qué quería Élodie?

Dupin resumió aquella breve llamada con la misma brevedad. En realidad, no le apetecía nada llevar a cabo una especie de investigación en grupo, pero era consciente de que, de todos modos, el peluquero lo acabaría averiguando por su sobrina.

Se dispuso a abordar otro de los puntos que se había fijado.

—La señora Durand estuvo aquí en dos ocasiones para... —No tenía ni la menor idea de por qué alguien podía acudir al peluquero dos veces en tan poco espacio de tiempo—. ¿Vino a la peluquería a peinarse?

—Así es, pero solo para lavar, acondicionar y peinar.

—Hábleme de ella.

—Es de origen humilde y se da muchos aires por haber cazado a un buen partido. Muy ingenua, si quiere saber mi opinión. Intenta ser sofisticada, pero a veces puede resultar muy vulgar, y ni siquiera se da cuenta. Aunque creo que, pese a esa pose estúpida, tiene buen corazón. —El señor Julien dijo esa última frase con una compasión casi conmovedora. Un juicio diferenciado.

—Esas peleas de las que le habló... ¿mencionó qué las provocaba?

—Dinero. Por lo menos, en el caso de una de las disputas. Un asunto absolutamente trivial. Su marido le había amenazado con bloquearle las tarjetas de crédito. Ella estaba indignada. —El señor Julien ahora tenía las

tijeras detrás de las orejas de Dupin—. Dejó escapar unas cuantas palabras malsonantes. —Sopesó un instante la conveniencia de repetirlas—. Le ahorraré el oírlas. Al final dijo: «De todos modos, no lo hará. Me ha amenazado miles de veces con lo mismo».

—¿Y eso fue durante su primera visita?

—Durante la segunda. La primera fue la tarde del jueves, el día después de llegar; la segunda, el sábado por la mañana. He mirado expresamente la agenda para comprobarlo. —Hizo un gesto vago con la cabeza en dirección hacia la caja—. Temía mucho por su cabello, por la sal, el sol y esas cosas.

—¿Qué más le contó? ¿Habló de algún suceso en particular?

—Lo cierto es que no. Solo dijo que durante las vacaciones las riñas eran tan insoportables como en casa. Puede que también por culpa de esa habitación tan pequeña. Así llamaba ella a la *suite*. Además, comentó que no soportaba la pesca, y que ella y su marido se habían pasado toda la tarde del viernes navegando en una barca alquilada. Tan pronto como salió el sol después de dos días de mal tiempo. Temía que a partir de entonces salieran a pescar cada día.

Dupin se dijo que en cuanto tuviera ocasión preguntaría a Bellet si la *suite* tenía camas separadas.

—Aseguró que, si de ella dependiera, se marcharían ya mismo. En su opinión, eso no eran unas vacaciones. «Con ese idiota». De todos modos, sonó como ya le he dicho. Quiero decir, que parecía fruto de su rabia, no como si de verdad hubiera planeado huir.

Dupin no pudo evitar sentir cierto afecto por la señora Durand. Sin duda, a causa de la antipatía espontánea que sentía por su marido.

—Así pues, ¿le parece poco probable que ella se marchara sola?

—Lo cierto es que sí. Pero ¿quién sabe? Tal vez esté en casa de su mejor amiga. Para esquivar al marido. Ella mencionó una «mejor amiga».

—¿Le pareció que esas peleas eran poco frecuentes en la pareja?

—No, la verdad. Yo no lo soportaría, pero conozco parejas que lo necesitan.

El señor Julien conocía bien la naturaleza humana.

—¿Qué me dice de posibles relaciones extramatrimoniales? ¿Lo cree plausible?

—No sé qué decirle, nunca se sabe. A veces, los que en apariencia son más atrevidos en realidad son los más comedidos, y los que parecen muy correctos y proclaman a voces su moralidad, son los peores. He visto de todo... Solo la señora Durand conoce la verdad. Por otra parte —añadió

sacudiendo la cabeza—, por lo visto salía de copas con otros hombres. Por lo menos con Chastagner. En cierto modo... —Él vaciló y se interrumpió.

—¿Qué iba a decir?

—Que no me acaba de cuadrar.

También Dupin tenía esa sensación, pero era cierto lo que afirmaba el peluquero: nunca se sabe. Muchas veces la gente hacía cosas de las que otros dirían que no se ajustaban para nada a su modo de ser.

—Sea como sea, a Chastagner le encantan las mujeres. —El señor Julien pasó los dedos por el cabello de la sien izquierda—. Siempre está listo para cualquier aventura. En eso no tiene escrúpulos.

—¿Mencionó ella el nombre de su amiga, o dónde vive?

—No.

—Vaya. —Dupin se pasó la mano por el pelo. El tacto era muy distinto.

—Inès se sintió tan decepcionada como usted. Por cierto, a mi sobrina le pareció usted muy simpático.

—¿Yo? ¿Simpático?

No tuvo esa impresión durante su charla en la playa. De todos modos, si tal cosa era cierta, era una ventaja.

—No se preocupe por ella. Está al corriente del, llamémosle, «estado» de sus investigaciones.

Sin quererlo, Dupin se sobresaltó. Hasta ese momento lo sabían al menos cuatro personas: los Bellet, la señora Riou, el señor Julien... y ahora, la gendarme. Ese asunto amenazaba con escapársele de las manos. Claire, Nolwenn, el comisario de Lannion, asuntos internos, el prefecto... No podía decir qué sería peor si sus investigaciones clandestinas salían a la luz.

—Inès no soporta a Desespringalle. Le parece un fanfarrón y un arrogante. Además, ella considera que Trégastel es su territorio. En eso no le falta razón: debemos solucionar nuestros asuntos entre nosotros; no se les ha perdido nada aquí a los de Lannion. He recomendado encarecidamente a Inès que trabaje en estrecha colaboración con usted. —Un llamamiento inequívoco—. Los Bellet adoran a Nolwenn y, por lo tanto, a usted también. Aunque no es de aquí, usted ya es casi de la familia.

Una lógica bretona perfecta. Y siempre y en todas partes: ¡Nolwenn!

—Como le he dicho, a mi sobrina usted le parece muy simpático. ¡Igual que a la señora Riou!

—Me parece que la señora Riou y usted son buenos amigos.

—Fuimos juntos a la escuela. Aquí, en Trégastel.

—¿Y con los Bellet también?

—Incluso a la misma clase.

¿Cómo no?

Raphaël Julien se colocó ante Dupin con un espejo:

—Bien, mírese ahora de lado y por detrás. Aquí también he cortado mucho para que se pueda apreciar el cambio. Como usted quería.

Dupin se estremeció. Había estado tan sumido en la conversación que hasta entonces no se había mirado de verdad al espejo.

Llevaba el pelo muy corto. Un corte preciso, casi militar. Atroz.

—Le da una imagen enérgica. —El peluquero inclinó la cabeza a un lado y contempló a Dupin, a saber por qué, desde esa perspectiva—. Raparse tanto siempre es una decisión muy atrevida.

Volvió a dar la vuelta en torno al comisario.

Dupin se dijo que tenía que ser justo; al fin y al cabo, él había preferido el corte de pelo al masaje capilar.

—Recomiendo usar gel fijador; así al menos el flequillo no se le levantará tanto.

Dupin nunca había usado ese producto y no tenía ninguna intención de empezar ahora con eso.

El señor Julien no había esperado a oír la respuesta de Dupin y tenía ya el producto en las yemas de los dedos.

—Se hace así. Fíjese. Así queda mucho mejor.

Dupin apenas advirtió un mínimo cambio.

—Le recomiendo llevarse un tubo.

El señor Julien le pasó un cepillo ancho por la nuca y luego le retiró la capa.

Se levantó.

—Yo...

Otra vez el móvil.

Lo sacó del bolsillo.

Claire.

Dio unos pasos a un lado y respondió.

—Georges, ¿dónde te has metido?

—Ahora mismo estoy en la peluquería, a punto de pagar.

—¿Aún estás en la peluquería? ¿Qué te han hecho? ¿Trencitas?

—Me han hecho un tratamiento capilar.

Contempló la sonrisa pícaro en la cara del señor Julien.

—Y me han puesto fijador de pelo.

Pronto lo vería.

—¿Un tratamiento? ¿Fijador?

Su tono de voz no parecía precisamente divertido.

Él contestó lo más bajo que pudo.

—Ha sido un tratamiento ligero y el fijador solo en la parte de delante.

—Esta mañana me he levantado algo más temprano. Ya he desayunado. Me gustaría ir a la playa. ¿Tienes ya la comida?

—La tengo. Voy de inmediato, Claire.

Durante esas últimas horas felices, Dupin casi se había olvidado de la playa. El plan del día era permanecer tumbados allí hasta las dos y media y luego «la pequeña excursión».

Debía apresurarse. Aún no tenía la prensa. Ni agua, ni vino rosado, ni bocadillos. Nada.

—Nos vemos en la toalla, Claire.

—Vale, Georges. ¡Hasta ahora!

Su voz parecía de nuevo tranquila.

—Señor Julien, debo irme de inmediato. Muchas gracias. Por todo.

—¿Dispone usted ya de la información más importante? ¿Sabe lo que quería saber?

—Creo que sí.

—Si se le ocurre alguna otra cosa, venga sin más. Le diré a mi ayudante que le dé cita de inmediato en cualquier momento. Oficialmente, yo le arreglaré un poco el corte.

Reparó en la mirada de espanto de Dupin.

—Tranquilo, puedo fingir que lo hago. ¡Ah! Le daré el número de teléfono de Inès: tal vez quiera usted discutir algún asunto directamente con ella.

Esa era una buena idea.

El peluquero fue hacia la caja.

—Serán veinte euros por el corte y diez por el fijador. Es un excelente tratamiento y de gran calidad. Con aloe vera. Su mujer sabrá lo que es.

Dupin sacó la cartera. El señor Julien dejó una tarjeta de visita junto a la caja.

—¿Y qué hay de la desaparición de la figura de santa Ana? ¿No va usted a investigarlo, señor comisario?

El peluquero había bajado un poco el tono de voz.

—Claro, claro. Solo ha quedado algo apartado de los focos. Pero ayer mismo hablé con el señor Bellet al respecto.

—Por desgracia, no hay ningún avance. Excepto por la segunda declaración de la enfermera que fue a poner una vela.

—Ah, ¿sí?

—Ayer le vino a la cabeza que al salir de la capilla había visto que se acercaba a la figura un hombre algo mayor, de unos setenta años según ella, pero con el pelo aún oscuro. No le dio la impresión de que quisiera solo admirarla. Por desgracia, no pudo dar más detalles. Ni siquiera fue capaz de describirlo de forma aproximada. A Inès esa información no le ha servido de mucho. Pero tal vez a usted sí.

Dupin había vuelto a sacar su Clairefontaine. Encontró de inmediato lo que había escrito al respecto.

—Eso fue sobre las cuatro y cuarto —murmuró.

—Así es. ¡Oh, por cierto! —Al señor Julien se le había ocurrido otra cosa—. Élodie ha hablado con un famoso marchante de arte de Rennes para averiguar el valor aproximado de la estatua de santa Ana. Le dijo que se podrían sacar entre setecientos y ochocientos euros, no más. Sin embargo, le contó que existe una antigua historia que dice que en una de las estatuas de la capilla está escondido el legendario rubí *Côte-de-Bretagne*. Se trataría de una piedra preciosa en forma de dragón que estaba engastada en el Toisón de Oro. En su tiempo perteneció a Ana de Bretaña, pero desapareció sin dejar rastro.

Dupin no estaba dispuesto a meterse en este tipo de historias.

—Y hay algo más que debería usted saber. —Parecía como si al señor Julien le acabara de venir a la cabeza—. Ayer y anteayer hubo otras dos denuncias por robo.

—¿Cuáles exactamente?

—La viuda de noventa y seis años del que fuera jefe del puerto ha denunciado la desaparición de un candelabro dorado; jura que siempre ha estado en la mesa del comedor. —El señor Julien lo dijo con mucha seriedad—. Y la motocicleta vieja de un agente de seguros muy desagradable. Aunque eso ha ocurrido en Perros-Guirec.

Dupin conocía el fenómeno. En las semanas siguientes a la notificación de un robo «desaparecían» todo tipo de objetos.

Tenía aún la libreta y el bolígrafo en la mano.

—¿Alguna novedad sobre el incidente de la casa Eiffel?

—¿No le ha informado nadie? Pero si se lo conté ayer por la tarde a los Bellet y a Élodie.

—¿Qué les dijo?

Dupin era todo oídos.

—Ayer el alcalde recibió una carta de cuatro excursionistas desde los Pirineos.

—¿Y...?

—Se han disculpado y han enviado un cheque.

Dupin miró al peluquero sin entender nada.

—La tarde del miércoles de la semana pasada cayó una tormenta monumental, con una caída de la temperatura de diez grados y relámpagos por todas partes. Saltó de repente; fue muy rápida. Duró dos días.

—¿Y...? —Dupin se impacientaba.

—Ellos estaban en la GR 34, el legendario camino que recorre la Bretaña, y fueron sorprendidos por la borrasca. Forzaron la puerta con una tarjeta de crédito. Buscaban refugio. Esos del sur no saben lo que es un auténtico cambio brusco del tiempo. Dos horas más tarde se marcharon al ver que el cielo empezaba a clarear, pero tuvieron que apresurarse para llegar al objetivo que se habían marcado ese día. Así que ni siquiera dejaron una nota. Cuando regresaron a su casa, escribieron de inmediato al alcalde. Algo es algo.

—¿Y ya está? ¿Esa es la explicación del caso de la casa Eiffel?

Dupin se restregó las sienes. En efecto. Esa debía de ser la explicación. Ese caso no había sido más que una fantasía. El peluquero no hizo el menor ademán por añadir algo más. Dupin volvió a meterse la Clairefontaine en el bolsillo del pantalón.

—En fin, me marcho ya.

Dupin asió el tirador de la puerta.

—Que tenga usted unas felices vacaciones, comisario —exclamó el peluquero con tono alegre a su espalda.

Por desgracia, en la tienda de Rachid ya faltaban algunas cosas. Los *pans bagnats* se habían terminado. Y las minipizzas también. Tuvo que improvisar.

En cambio, el quiosco estaba vacío; Dupin se alegró de que Élodie Riou no estuviera, porque no tenía mucho tiempo. Junto a la caja había un joven pálido.

Aunque se dio prisa, tardó bastante en llegar por fin a la playa.

—Aquí estoy —anunció casi sin resuello.

Claire estaba tumbada bocabajo con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia el mar. No se movió. Quizá estuviera dormida.

Después de esa mañana no iba a ser sencillo volver a la tranquilidad de la toalla. A las vacaciones. Por fin las últimas horas habían sido normales: un caso, declaraciones.

—¿Dónde estabas?

Así pues, no dormía. Pero no se movió.

—En el quiosco. —Era el único sitio por el que no había dicho que pasaría—. Había un lío tremendo. No me explico por qué. A esta hora suele estar siempre vacío.

No podía descartar que alguna vez Claire le acompañara a esa hora.

—¿A qué hora te has levantado?

—No lo sé con certeza. El aire era maravilloso. He salido a pasear y luego he desayunado.

Claire no objetó nada.

En cambio, se dio la vuelta.

De pronto se incorporó.

—¿Qué te ha pasado en el pelo?

Dupin casi lo había olvidado. Borrado de la mente.

—Créeme, con este calor resulta mucho más cómodo.

Se esforzó en adoptar un tono convincente. No fue fácil.

Mientras iba de la peluquería a la playa había caído en la cuenta de que un pelo tan corto le protegía muy poco frente a ese sol ardiente. Esto significaba una cosa: tendría que llevar aquella gorra tan odiosa.

—Lo llevas corto. Muy muy corto.

Con su tono de voz dejó clara su opinión sobre ese nuevo peinado.

Entretanto, ella se había sentado sobre la toalla con las piernas cruzadas, una posición que adoptaba a menudo. Para Dupin eso era todo un arte. Él se sentó a su lado.

—He traído cosas muy ricas: ensalada *niçoise* y pan plano con tapenade de aceitunas. No había *pans bagnats*.

Claire seguía mirando con horror la cabeza de Dupin.

—He comprado ese caso de Sherlock Holmes. —Había tenido suerte. La tienda de la señora Riou estaba bien surtida—. Y dos más. A ti te he traído una edición especial del *Journal de la Science* que acaba de salir. Se titula: «¿Y si la ley de la gravedad no fuera universal?».

Como profano, a Dupin esa pregunta le resultaba algo inquietante. El otro título de la revista le provocaba incluso una desazón mayor: «La memoria es sensacional: ¡tiene diez veces más capacidad de lo que se pensaba!». Sin duda, un hallazgo fantástico, considerando que Dupin tenía la impresión de retener solo la décima parte de lo que retenía el resto de la gente...

—Y *Bretagne Cuisine*. El último número. Productos de culto. La reinterpretación de la Bretaña.

Claire se tomó su tiempo antes de reaccionar.

Entonces sonrió. Sin decir ni una palabra. De repente, dibujó una sonrisa amplia.

Dupin se sintió extrañamente incómodo. Abrió el periódico con rapidez. Lo mejor era cortar la conversación.

En la página que tenía abierta destacaba el test bretón del día: «Sabes que eres bretón cuando: Por principio, te cuesta un poco relacionarte con los ingleses. / No te parece que la *andouille* huele a rayos. / Solo bebes sidra seca y dejas para los normandos la más suave. / Incluso dormido eres capaz de dar datos exactos sobre las cantidades de lluvia de más de las regiones sureñas de Francia respecto a las de la Bretaña: en Biarritz, por ejemplo, 1450 milímetros al año, y en Niza, 769. En Rennes, en cambio, solo 694 milímetros».

El modo en que el acuario se encontraba incrustado y rodeado de un montón de enormes bloques de granito rosa era sin duda espectacular. Una idea atrevida. A pesar de que la propia naturaleza había creado esa instalación, esa obra imponente parecía también obra de un arquitecto o un artista temerario. Caminos serpenteantes, escaleras y pasillos comunicaban de forma desconcertante las salas y las piletas. Era un laberinto perfecto. A cada momento surgían nuevas perspectivas: las casas blancas, los tejados, el mar... Siempre pequeños fragmentos; era como estar sumergido dentro de un cuadro cubista. Desde las rocas más altas se podía contemplar toda la zona: Trégastel, la costa, el Atlántico, las Sept-Îles... Las piletas poco profundas se encontraban en el exterior, entre los colosos rosados de piedra; las de mayor tamaño se habían horadado en las cavidades de granito.

Dupin adoraba los acuarios.

Por supuesto, claro está, el Oceanópolis de Brest, donde se encontraban sus pingüinos favoritos; pero también los demás. Siempre que iba de viaje, si había uno cerca buscaba tiempo para visitarlo. Frecuentaba también el de Concarneau, que estaba justo delante de su casa. No se cansaba jamás de las formas, casi infinitas, tan divertidas y absurdas, ni tampoco de los colores de los habitantes del mar que la naturaleza había creado. Había monstruos pequeños y grandes que superaban con mucho la fantasía empleada en las películas de ciencia ficción; ante esas criaturas, los alienígenas resultaban insulsos. Bastaba con contemplar los lumpos adultos, que podían ser de los colores más variados, o las legendarias nueces de mar, las medusas o incluso las ofiuras. Eran unos animales hermosísimos, pero a la vez resultaban

amenazadores, inquietantes, terroríficos. Y, sobre todo, absolutamente salvajes.

—¡Increíble! —Claire estaba entusiasmada—. ¡Nació en 1624 y sigue con vida! ¡Lleva casi cuatrocientos años vagando por nuestros mares! Cuando nació, Europa estaba sumida en la carnicería de la guerra de los Treinta Años. Ha asistido a todos los grandes acontecimientos desde entonces. Nos podría contar cosas sobre Luis XVI, la Revolución, Napoleón... Se calcula que la especie en sí tiene más de cien millones de años...

La exposición temporal se titulaba *Tiburones boreales: los depredadores marinos superlativos*. Además de numerosos cuadros explicativos, había una reproducción a tamaño natural del «Tiburón boreal n.º 28», conocido también como «Mandy». Cinco metros. Cuerpo en forma de torpedo. Marrón grisáceo, verde oliva.

Dupin estaba de pie ante a él. Claire, al otro lado, junto a los cuadros explicativos. Estaban solos en la sala; con ese tiempo, el acuario estaba casi vacío. La gente disfrutaba de las elevadas temperaturas veraniegas en las playas.

—Un *Somniosus microcephalus*. Ningún otro vertebrado alcanza un tamaño tan grande ni tanta edad. Es muchísimo más viejo que las tortugas. Cuando no están devorando comida, se deslizan con lentitud por los mares; también se le conoce como «el tiburón dormilón». Pero eso no nos debe llevar a engaño: son unos excelentes depredadores cuya dieta no difiere en esencia de la de otro miembro de su familia, el tiburón blanco. —Claire se encontraba frente al cuadro explicativo principal—. Entre sus presas están también los grandes peces óseos, todos los mamíferos marinos, las focas, los delfines y también los pingüinos.

Eso último hizo que Dupin dejara de ver con buenos ojos al tiburón boreal.

—¿Habita en las aguas árticas?

—No solo ahí; su área se extiende desde la zona occidental del Atlántico hasta el cabo Cod y, en la zona oriental del mismo, hasta la costa norte portuguesa. En una ocasión se avistó un ejemplar en la costa de Carolina del Sur.

Por lo tanto, en opinión de Dupin, el nombre de tiburón boreal llevaba a engaño. Carolina del Sur se encontraba claramente más al sur que la Bretaña.

—Pero supongo que viven en alta mar.

Por fortuna, desde la conversación del día anterior se había olvidado de los tiburones al salir a nadar.

—Hay de todo. Algunos incluso retozan en aguas poco profundas. — Claire seguía con la mirada clavada en el cuadro informativo—. Sin embargo, por lo que se sabe hoy en día, la mayoría vive en alta mar, en el Atlántico norte.

Bastaba con que hubiera uno en las superficiales aguas bretonas, se dijo Dupin. Tal vez, pensó, debería plantearse la posibilidad de limitar la natación.

—Empecemos el recorrido, Claire. No olvides que también queremos dar un paseo hasta el castillo.

Aunque habían salido a la hora prevista, el tiempo hasta la cena no era infinito.

—Me gustaría leer los demás cuadros explicativos. Ve pasando tú con tranquilidad.

En realidad lo que él quería era visitar el castillo, pero esa invitación de Claire le vino de perlas. Tenía que hacer unas llamadas y varias cosas pendientes.

—En ese caso, nos vemos en una de las cuevas.

Dupin miró a su alrededor. Unas discretas señales marcaban el recorrido por el acuario.

Muy pronto se encontró ante una de las primeras piletas, con una magnífica puesta en escena. Las salas del acuario eran grutas de granito desnudo; el ambiente era oscuro, iluminado solo por la luz amarilla y verdosa de las piscinas, que confería al rosa del granito un tono violáceo.

Dupin casi tocaba el cristal con la nariz. Ante él flotaban crías de caballitos de mar, unos hilillos fugitivos y transparentes que tenían ya la postura propia de estos animales. Nunca había visto algo así. Eran como apariciones sobrenaturales.

Aquello bastaba para poder entablar una charla sobre el acuario con Claire. Buscó la salida. Rodeó una piedra inmensa. Desde ahí ya no podía ver la pileta.

Entonces se sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

Tenía una idea que esperaba que fuera buena; se le había ocurrido esa misma mañana.

Aunque no se veían a menudo, sí al menos una o dos veces al año. Congeniaban desde que coincidieron en la escuela de policía. Tan solo el azar había impedido que su amistad fuera aún más cercana. Jean Odinet. A pesar de su carácter rebelde, él, a diferencia de Dupin, había hecho carrera dentro de la Policía Nacional de París hasta alcanzar el rango de inspector general.

Juntos habían pasado por varios casos muy delicados, que les habían unido mucho.

—¡Hola, Jean!

—¡Hola! ¿Georges, eres tú?

Su voz había sonado algo desabrida. Al fondo se oían unas voces fuertes y animadas.

—Me llamas en mal momento. Estoy en la Brasserie Dauphine, hoy sirven liebre asada en salsa de mostaza. —En su momento había sido también uno de los asadores habituales de Dupin—. Hay mucho jaleo y solo tengo un cuarto de hora.

Aunque Jean era más o menos igual de alto que Dupin, estaba bastante más delgado.

—Seré breve. Necesito que busques algo sobre una persona. Un par de datos.

—¿Quieres decir de forma extraoficial?

Se echó a reír. Conocía bien a Dupin.

—Eso mismo.

—¿Ahora te dedicas a investigar por tu cuenta en un caso que ni siquiera es tuyo? —Jean no parecía en absoluto sorprendido. Era consciente de las numerosas notas en el expediente de Dupin—. Bueno, sabes que no debería ayudarte. —Se interrumpió—. Pero vamos, dame el nombre...

Como siempre, sentía curiosidad.

—Gilbert Durand. Un tiburón inmobiliario de París. Casado con Alizée Durand. Si además pudieras averiguar algo sobre ella...

—Entiendo, también te interesa. Vale. Oye, la liebre me llama.

—Por favor, contacta conmigo solo por móvil. O puedes dejarme un mensaje en el contestador. No siempre puedo ponerme.

—Ya veo. Así que ni siquiera tu famosa secretaria está al corriente de esto.

—Gracias, Jean.

—Ya te diré algo. —Colgó en cuanto hubo pronunciado la última sílaba.

Genial. Dupin se sintió satisfecho. Había ido rápido. Eso le daba tiempo para la siguiente acción, aunque esta sería muchísimo más complicada.

Dupin volvió a pegarse el teléfono a la oreja.

Pasó un buen rato hasta que Nolwenn descolgó.

—Señor comisario, ¿acaso esta tarde no tenía usted previsto visitar el acuario?

Dupin había desactivado la función de geolocalización del móvil durante las vacaciones. Eso significaba que Nolwenn solo podía saber aquello por Claire, o por los Bellet, y ambas posibilidades era escenarios muy poco tranquilizadores. Sin embargo, había asuntos más importantes que tratar. Por otra parte, su secretaria jamás revelaba sus fuentes.

—Esta mañana he ido a la peluquería. —Dupin había tenido esa magnífica ocurrencia, ese plan, tenía que admitirlo, tremendamente péfido, cuando regresaba del salón del señor Julien—. Una auténtica peluquería de playa. —Era mejor no detenerse mucho en este aspecto—. La sobrina del peluquero... —Por desgracia, debía desvelar esta parte, aunque le habría gustado no tener que hacerlo— resulta que es la gendarmerie local y...

—Sabe que de este modo atenta usted contra todas las normas y que...

—Se dice que el diputado —Dupin sacó su libreta— Hugues Ellec toma decisiones políticas en beneficio de patrocinadores generosos a cambio de algunas ventajas para sí mismo. Que incluso ha llegado al soborno. —Tenía que decirlo de forma clara, inequívoca—. ¿Y sabe usted en qué asunto fue, entre otros?

Un silencio breve. Nolwenn no parecía saber cómo reaccionar. Esa situación era inusual.

—En la explotación del banco de arena submarino de la bahía de Lannion.

Un silencio prolongado. Y luego:

—¿De veras? —Dejó oír una especie de siseo—. ¿Ese hombre está metido en eso?

Dupin podía percibir su rabia a través del teléfono.

—Eso parece.

—¡Qué infamia! —Estaba fuera de sí. Perfecto. La primera parte del plan marchaba viento en popa—. ¿La gendarmerie de Trégastel tiene indicios consistentes? ¿Una sospecha fundada de que Ellec metió sus zarpas en esa decisión?

—No sé hasta qué punto son consistentes. Pero es lo que me ha parecido entender. —Un silencio prolongado. Luego siguió en tono tranquilo—. Ya sabe que no podemos investigar de ningún modo. Sin embargo —Dupin llegó al punto fundamental de su maniobra—, tal vez usted podría hacer algunas investigaciones en la sombra.

La respuesta llegó en décimas de segundo.

—¡Señor comisario! Sabe usted perfectamente... —De pronto, Nolwenn recobró la serenidad en la voz. Serenidad y una severidad inflexible—. Eso, ni pensarlo.

Dupin no podía creer lo que oía.

—¿No quiere investigar este caso?

Estaba convencido de que su plan era casi infalible.

—Por supuesto que no. Los compañeros ya están en ello. Así pues, señor comisario, que pase un feliz día de vacaciones. Va-ca-cio-nes.

La conversación finalizó.

Estaba pasmado.

Entonces oyó el eco de unos pasos que se aproximaban rápidamente.

Regresó a toda prisa al recorrido que llevaba a la siguiente vitrina.

Falsa alarma: en lugar de Claire, se encontró con una señora pálida vestida con un abigarrado vestido veraniego y que le dirigió una mirada de indignación.

Claire se dedicaba con tanto detalle a las exposiciones... Dupin recordó las largas visitas al Louvre, al Museo d'Orsay y al Centro Pompidou. Seguro que acababa de llegar a los caballitos de mar.

Dupin entró en la segunda cueva; se detuvo un instante frente a una pileta y se marchó; de este modo se aseguraba de llevar una buena ventaja a Claire y podría realizar sin problemas otras dos llamadas. Por el rabillo del ojo vislumbró un pez araña en el suelo arenoso. Uno de sus peores enemigos. El año anterior, en una playa de Tahití, había pisado uno de esos siniestros peces de espinas venenosas. Pocas veces en su vida había sentido un dolor tan atroz. Por suerte, su amigo Henri se ocupó con pericia de su pie al instante, quemándole el punto afectado con un cigarrillo. Dupin no protestó: lo único que quería era que ese dolor cesara.

De nuevo salió del recorrido marcado y deambuló entre dos rocas elevadas y grandes.

Sacó el móvil. Este empezó a sonar cuando ya lo tenía en la mano. De forma demasiado estridente. Un número anónimo. Respondió.

—Señor Dupin. —Reconoció al momento esa voz—. Espero no molestarle.

La diputada Rabier.

—No, para nada.

—Me han contado lo del cadáver de esa mujer en la cantera. Es tremendo.

—Silencio breve—. ¿Cree a usted que está pasando algo... serio?

Aún tenía la voz bastante débil.

—Por desgracia, seguimos dando palos de ciego. ¿Conoce algún motivo que pueda relacionar ese suceso con el ataque contra usted?

—No sabría decirle cuál.

—¿Ha hablado ya con el comisario de Lannion?

—Sí, esta mañana a las ocho. Ayer me resultó imposible. Le ha afectado mucho encontrar indicios para pensar que podía ser un ataque. Como usted ya me dijo, me ha asegurado que la policía procederá con total discreción. Por el momento, se guardará para sí la información, pero enviará a un policía de paisano para vigilar el hospital.

—¿El comisario le ha comentado alguna de sus sospechas?

Ella vaciló antes de responder.

—Recela de una granjera —dijo al fin con voz dudosa—. Me ha dicho que le parece muy sospechosa. Maïwenn Guichard. Esta mañana ha ido a su casa para tomarle declaración. Según él, gracias a su intensa labor investigadora ha logrado averiguar que uno de los dos tractores que había apostados frente a mi casa el día de la protesta es propiedad de la señora Guichard.

Otro procedimiento incomprensible para Dupin: comunicar a una víctima especulaciones muy vagas. Por otra parte, el comisario de Lannion se arrogaba el mérito del trabajo de otros.

—¿Y usted qué piensa?

—Yo... —Ella se interrumpió y pareció coger fuerzas—. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí.

—Seguimos viéndonos —prosiguió—. Su marido va a abandonarla. Él ya se lo ha dicho.

La señora Rabier parecía triste, y eso que era la supuesta vencedora en esa historia.

—¿Para estar con usted?

—No lo sé. Creo que ni siquiera él lo sabe. De momento, quiere quedarse en Rennes; allí está la empresa encargada de los estudios para el gran parque eólico marino. Supongo que es lo más conveniente. Le vendrá bien separarse.

Parecía aún más abatida.

—Usted se lo había imaginado todo de otro modo.

—Sí. Desde luego.

—Y la señora Guichard la hace a usted responsable de su separación, y no a su marido. ¿Es así?

—Sí. Y eso que yo siempre intenté ser muy discreta, sobre todo al principio. —Su tono de voz dejaba entender que le alegraba poder hablar de eso—. Él me dijo que su matrimonio ya hacía aguas antes de conocerme.

—¿La señora Guichard la ha amenazado alguna vez?

—No, jamás. Aunque sin duda me habrá maldecido miles de veces. De vez en cuando no tenemos más remedio que vernos, es inevitable. Me lanza unas miradas asesinas. A veces discutimos en público sobre cuestiones agrícolas; hace dos semanas, en un encuentro importante con los agricultores del Trégor.

—¿Qué le dijo?

—Que yo los estaba arruinando, destruyendo... A ella y a los demás agricultores. Y eso que, de hecho, defendemos las mismas ideas.

La señora Rabier parecía estar exhausta.

—¿Alguna vez ustedes han hablado de... —Imposible dar con la palabra adecuada— este asunto?

—No. Nunca. —Ella cada vez arrastraba más la voz—. Me gustaría poder decirle que no todo es culpa mía. Yo... —Se interrumpió—. Tengo que volver a acostarme, señor Dupin.

Él tenía una pregunta que hacer:

—Usted me dijo que había empezado a documentar las ampliaciones ilegales de la cantera del señor Chastagner.

—En efecto, con mi secretario.

—¿Cree que podría echar un vistazo a esos papeles?

—¿La situación ha cambiado? ¿Acaso está usted en la investigación?

En la pregunta se adivinaba un atisbo de esperanza.

—En absoluto, señora Rabier. No tengo nada que ver con el caso. —Esa postura era importante, por grotesca que pareciera.

—Entiendo. Y sí, claro. Vaya a ver a mi secretario. Aiméric Janvier. El señor Bellet tiene su número de teléfono.

Dupin anotó el nombre.

—¿Podría contarme algo sobre los «tratos» del diputado Ellec en su propio beneficio? ¿El asunto del solar?

Pasaron unos instantes antes de que ella respondiera.

—Está usted muy bien informado. Nosotros, Janvier y yo, también... investigamos un poco al respecto.

—Tanto mejor. —Dupin empleó un tono de voz que resultaba inapropiadamente alegre—. Muchas gracias, señora Rabier. Espero que pronto se recupere.

—Eso intento. *Au revoir*, señor Dupin.

La diputada colgó.

Le hubiera gustado pedirle el número de teléfono. De todos modos, se dijo, hablaría con su secretario.

No esperaba esa conversación tan fructífera.

Dupin casi había olvidado dónde se encontraba. Sin darse cuenta, mientras hablaba, había ido desplazándose por el laberinto de bloques de granito. De algún modo, de repente todos los bloques le parecieron iguales. Además, curiosamente, no se oía ningún ruido. El silencio era absoluto. La piedra amortiguaba cualquier sonido. Giró a la izquierda, luego a la derecha y después de nuevo a la izquierda. De pronto se encontró ante un enorme muro rosado. Vislumbró una rendija estrecha que logró atravesar con dificultad. Detrás había un largo pasillo flanqueado por unas paredes elevadas.

—No puede ser —maldijo Dupin.

¿Qué tamaño podía tener el acuario? Por fuerza tenía que encontrar de nuevo las señales del recorrido.

Se apresuró hacia el final del pasillo. De nuevo vio una rendija estrecha. Se volvió bruscamente a la derecha y dio con una especie de cueva: suspendida sobre varias piedras ovaladas simétricas, como guijarros gigantes perfectos pulidos, había una gran roca plana y alargada de unos diez metros. Parecía una tapa. Las piedras, claro está, no cerraban por completo la cueva, y en las cavidades dejaban entrever superficies de color azul intenso provocando un extraño efecto bidimensional, carente de profundidad; al mirarlo no se podía pensar de inmediato que era el cielo, aunque eso es lo que era. Dupin examinó la gruta. No tenía salida.

Había perdido el sentido de su posición y de la orientación.

Fue presa de un extraño malestar.

Se dijo entonces que lo mejor que podía hacer era regresar por donde había venido.

Dio la vuelta y, al cabo de unos segundos, llegó al largo pasillo; sin embargo, esta vez, la única rendija por la que creía haber pasado se encontraba a la izquierda, y no delante. ¿Acaso aquel laberinto provocaba ilusiones ópticas? Atravesó la rendija y se encontró en un espacio que medía diez por diez metros. ¿Cómo era posible que hubiera de pronto tanto espacio libre?

Sacó el móvil. Aunque resultaba ridículo, decidió ampliar un mapa de la zona para averiguar dónde se hallaba y poder orientarse.

No había cobertura, ni una rayita. Nada.

De pronto oyó algo. Unas palabras sueltas, musitadas. Susurros.

Una voz de mujer.

—... Yo diría que sí, absolutamente... Sí...

Dupin la reconoció al momento. Era Claire. Estaba hablando, posiblemente por teléfono. No podía estar muy lejos. Tal vez al otro lado de la pared de piedra. ¿Por qué ella tenía cobertura?

—... La aorta izquierda. Ahí... con mucho cuidado... Un *stent*, sí, no hay otro modo... No tengo más tiempo. Debo irme, de veras.

No había duda. ¡Claire estaba hablando con el hospital!

Entonces todo cobró sentido. Dupin lo entendió de golpe. El sobre, el mensajero. Las llamadas. El móvil sobre la toalla. ¡Había recibido documentación del hospital! Y ahora estaba operando a distancia.

—... Hasta hoy sobre las seis... Sí, en cuanto pueda. Intentaré ser puntual. ¡Hasta luego!

Increíble. ¡Qué ganas tenía de oír sus explicaciones!

En cualquier caso, al menos no estaba perdido en el laberinto.

Un minuto más tarde, tras dos giros bruscos a la derecha y regresar al recorrido marcado, Dupin alcanzó la última cueva. Curiosamente, no vio Claire en todo el trayecto.

No salía de su asombro. Ya durante ese minuto se le habían ocurrido docenas de formas de sacarle el tema a Claire.

Para entonces había llegado ante una de las piscinas de la «zona baja y costera». Era grande y contenía prácticamente todo lo que le gustaba. Inconscientemente, y a pesar de que apenas había echado un vistazo por encima, salivó: percas, salmonetes... y en el suelo, un rodaballo y un rémol. También había un bogavante grande.

—La última vez que estuvimos en el Amiral comimos uno de esos —oyó decir Dupin a sus espaldas.

Claire estaba justo detrás de él, señalando entusiasmada al rémol, que los bretones consideraban como el «primo pequeño» del rodaballo, pero con un sabor incluso más delicado.

Parecía de muy buen humor.

—¿Tú sabes la de cosas que se pueden hacer con una vieira? Es uno de los instrumentos más valiosos de la ciencia. Permite observar con precisión el cambio climático año tras año, mes a mes. Los árboles fosilizados o las burbujas de aire encerradas en el hierro solo lo pueden hacer en escalas de miles de años. ¡Las vieiras, en cambio, son muchísimo más precisas!

Dupin había decidido abordar el asunto de frente.

—Yo, bueno, estaba detrás de una piedra y...

De pronto se interrumpió.

Acababa de tener una idea mucho mejor. A duras penas era capaz de disimular una sonrisa de picardía.

Claire lo miró con asombro.

—¿Qué has hecho?

—Oh, nada, nada.

Era una idea genial.

No diría nada. Ni una palabra. Ni siquiera insinuaría que había oído algo. Ni que conocía sus «actividades».

Simplemente la dejaría seguir. Tenía varios motivos para hacerlo. Si Claire continuaba con su «trabajo», seguro que le interesaría mucho tener tiempo para ella. Por otra parte, a partir de ahora él podría continuar con sus pesquisas sin ningún remordimiento. Además, de este modo siempre tendría algo de lo que echar mano si era descubierto. Un as en la manga.

—Pero decías que...

El móvil de ella hizo un ruido suave y flojo. Lo sacó del bolso con gesto experto.

—Es un número de por aquí —comentó aliviada.

Se apartó unos pasos.

—¿Dígame?

Dupin se quedó quieto sin saber qué hacer.

Durante un buen rato, Claire se limitó a escuchar.

Luego le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Quiere usted hablar con mi marido?

Él la miró sin entender.

—No. Sí, claro. Está aquí, a mi lado. —Vaciló un momento—. Ahora le pongo con él.

Le pasó el móvil a Dupin de mala gana.

—¿Sí, diga?

El señor Bellet habló con voz agitada:

—La fallecida se alojaba en el hotel Castel Beau Site, en Ploumanac'h. Prácticamente aquí al lado. Raphaël Julien me acaba de llamar; ha intentado hablar con usted hace unos minutos y no ha podido, y yo tampoco...

—¿De quién se trata?

—Se llamaba Virginie Inard.

—¿De dónde era?

—Dio una dirección de Burdeos.

—¿De Burdeos?

—Eso es.

—¿Viajaba sola?

—Sí. Hace tres meses reservó una habitación por internet para una semana.

—¿Qué más se sabe de ella?

Claire se le había acercado mucho.

—Hasta ahora, nada. Ya se ha dado aviso a la policía de Burdeos. Y Desespringalle está en el hotel tomando declaraciones.

Dupin estuvo a punto de soltar «Estaré ahí en unos minutos». En instantes como ese, su posición dentro de la investigación era muy deprimente. No podía hacer nada. Solo actuar de forma indirecta.

—¿Se sabe algo de la noche del martes? ¿A qué hora salió del hotel? ¿Tenía algún plan? ¿Qué...?

—Lo siento, señor comisario. Tengo que salir a comprar. Hasta ahora solo sé lo que le acabo de contar. Y también que Virginie Inard esa noche no regresó al hotel. Le llamaré si hay novedades. O tal vez Raphaël.

—Bien, hasta luego.

Tras guardar de nuevo el móvil, Claire miró fijamente a Dupin.

—Ese cadáver no es tuyo. Tú no te vas a ocupar de ninguno de estos casos.

¡Qué interesante! Esas frases, ante las que Dupin tuvo que contenerse para no replicar, sonaban ahora algo más mecánicas que antes. Claire regresó junto a la piletta mientras hablaba.

—Pobre mujer —dijo de un modo algo extraño, sacudiendo la cabeza—. Qué asunto tan terrible. Pero ahora —prosiguió, de nuevo con voz animada— vamos a ocuparnos de esta exposición tan magnífica.

—Claire, debo ausentarme un momento. Enseguida vuelvo.

Dupin sonrió para sus adentros. Era fabuloso no tener remordimientos.

—Vale. Entonces nos encontramos fuera, delante del acuario.

Dupin sabía lo que eso significaba. Ella iba a retomar su llamada de teléfono. ¡El plan había surtido efecto! La estrategia funcionaba. Por mal que le supiera no decirle nada, el premio merecía la pena.

Salió de la cueva y recorrió el camino hasta la entrada siguiendo con atención la ruta indicada. Se sirvió un café doble en el expendedor automático que ya había visto al entrar y se apostó sin más al otro lado de la calle; así vería a Claire en cuanto saliera.

Se tomó el café con dos sorbos enérgicos y al momento se llevó el aparato a la oreja.

La gendarme respondió de inmediato.

—¿Dígame?

—Le habla Georges Dupin.

—Entiendo.

—Me acaban de informar de la identificación del cadáver.

—No puedo decirle más de momento. De hecho, el caso no es competencia nuestra.

Si, como afirmaba su tío, ella sentía una simpatía especial hacia él, la verdad era que no se le notaba en absoluto.

—¿Le parece bien que nos veamos? Yo podría pasarme por la gendarmería.

—Por mí no hay problema. Mi tío tiene un interés especial en que colabore con usted.

Ese era un comentario más o menos aséptico.

—Intentaré ir hoy a última hora de la tarde. Si no puedo, entonces mañana a primera hora.

A pesar del cambio de situación, las citas seguían siendo un problema.

—De acuerdo. Hay una novedad. Es sobre la desaparecida.

Vaya, al fin una señal de cooperación.

—¿De qué se trata?

—He hablado con Chastagner. Ha admitido sin rodeos que estuvo la noche del domingo con la señora Durand en el bar de Paimpol. Y también que se fue con ella en coche. Pero no ha querido decir nada más.

—¿Cuándo y cómo la conoció?

—El domingo, sobre las dos y media, en una cafetería de la playa de Coz Pors. La señora Durand ocupaba la mesa vecina y empezaron a charlar.

—¿Así, sin más?

—¿Y cómo, si no? Luego quedaron para salir por la noche.

—Es decir, que se conocen tomando un café y quedan para esa noche a pesar de que ella estaba de vacaciones con su marido. —A Dupin no le interesaba tanto Chastagner como la señora Durand—. ¿Se cita con un desconocido en un bar y luego se marcha en coche con él?

—Chastagner dice que pasaron tres cuartos de hora en la cafetería.

Dupin supuso que no había oído bien. Algo no encajaba. Objetivamente, era plausible, esas cosas ocurrían a menudo, el mundo estaba lleno de historias de ese tipo. Sin embargo, aquello no se ajustaba a la imagen que se había formado de la señora Durand; había algo que no alcanzaba a entender. De todos modos, claro está, él no la conocía.

Dupin intentó concentrarse.

—¿La señora Durand le contó algo al señor Chastagner que pudiera ser un indicio de su desaparición?

—Según él, nada en absoluto.

—¿Le habló de alguna disputa especialmente desagradable con su marido? ¿De algún incidente?

—No. Parece que mencionó que estaba casada, pero que no era problema para estar ahí sentados.

—¿Dijo que «no era problema»?

—Eso mismo. Es lo que dice Chastagner.

—Por lo tanto, que sepamos, Chastagner es, aparte del marido, la última persona que habló con ella antes de desaparecer.

—El lunes, antes de la cena, ella también habló con el señor Bellet. Él dice que fueron unos diez minutos, en el bar del restaurante.

—¿Estuvo charlando con el señor Bellet? ¿Diez minutos? ¿La noche que desapareció?

El señor Bellet no había mencionado esta conversación.

—Solo sobre el tiempo, la playa. Cosas intrascendentes, según Bellet. Nada que pudiera guardar relación con su desaparición.

De todos modos, Dupin se dijo que iba a hablar al respecto con el señor Bellet. ¿Por qué se lo había guardado para él? Le quedaba aún otra pregunta importante, a la que había estado dando vueltas en el curso de la charla con la señora Riou:

—¿Ha hablado usted con el señor Durand de la escapada de su esposa a Paimpol? ¿Él lo sabía?

—Se ha limitado a decir que ella a veces hace estas cosas. Que le gusta la vida nocturna, aunque a él no. Ella es veinte años más joven y él no tiene nada en contra. Parecía bastante tranquilo.

—¿De veras?

—Sí.

—Vale. —Otro indicio de que la pareja mantenía una relación muy especial—. Más tarde me pasaré por ahí.

—Como quiera. —La voz denotaba una indiferencia absoluta.

—Otra cosa, el expediente sobre la muerte de esa mujer hace siete años ¿está en la comisaría de Lannion?

—Pedí a mis contactos que me enviaran una copia.

—¿Por qué?

—No lo sé. Todo esto me resulta extraño. Puede que solo se trate de una casualidad. Aun así... Hace siete años yo todavía no era gendarme.

Aquel caso no le competía a ella, pero había tenido la misma idea que Dupin.

—¿Ha encontrado algo raro?

—No.

—¿La versión del accidente le parece plausible?

—En principio sí, pero eso no significa nada.

Tenía razón.

—Me gustaría echar un vistazo a ese expediente.

—De acuerdo.

Todo estaba resultando más sencillo de lo que Dupin había imaginado. De algún modo, ella lo había integrado en el equipo de Trégastel. Si eso salía a la luz, la joven gendarme estaría en un auténtico atolladero. Incluso por el mero hecho de hablar con él de estos asuntos... De todos modos, no parecía preocuparle en absoluto. Dupin presentía que debía aprovechar esa buena predisposición, esa ocasión que se le había presentado.

—Por otra parte —prosiguió—, me gustaría hablar con usted sobre la granjera Guichard y el diputado Hugues Ellec.

—Vale.

Asombroso. Realmente su tío había hecho un gran trabajo.

La gendarme colgó sin más.

Mientras hablaba por teléfono, Dupin había ido deambulando de un lado a otro, sin perder de vista los grandes ventanales del pabellón de entrada con la tienda del museo. Todavía no había ni rastro de Claire. La imaginó escondida en algún lugar del laberinto, hablando con el hospital.

Dupin estaba muy contento.

Sacó su libreta y constató satisfecho que había podido llevar a cabo la mayor parte de lo que se había propuesto. Las redes que estaba tejiendo eran cada vez mayores y, a la vez, más estables. En algún momento algo quedaría enredado en ellas. Con todo, se dijo, tampoco tenía motivos para volverse loco de alegría. En principio, la investigación indirecta era una labor complicada, y había muchos puntos oscuros.

Tomó un par de notas sobre la conversación.

De pronto vislumbró a Claire. Estaba en la tienda del museo hojeando un libro. Luego se dirigió hacia la salida. Justo en ese momento sonó el teléfono de Dupin.

Se suponía que no debía contestar. Pero, claro, podía tratarse de un asunto urgente.

Dupin descolgó con presteza y empezó a deambular por la calle sin perder de vista a Claire, que todavía no lo había visto.

—¿Diga?

—Al habla el comisario Desespringalle. Se lo advertí. Informaré a mi prefecto, a su prefecto y a asuntos internos.

El comisario de Lannion.

—¿Y por qué? —espetó Dupin, aunque conocía muy bien la respuesta.

—Solo quería prevenirle.

Claire ya lo había visto.

—Muy bien.

—¿No tiene nada que decir? —Desespringalle parecía a punto de estallar.

Claire se acercaba a él con paso rápido.

—Perfecto. Entonces todo vuelve a funcionar. Genial. Muchas gracias.

Colgó.

Claire estaba justo delante de él.

—El calentador del agua ya está reparado.

Se esforzó por dibujar una sonrisa de alivio. Esa frase arruinaba de forma definitiva el potencial de esa excusa.

—¿No te parece que es un acuario fabuloso? Ha sido una visita muy agradable. —Miró a Dupin con una sonrisa—. ¿Aún tienes ganas de dar ese paseo hasta el castillo?

—Por supuesto.

La advertencia del comisario de Lannion le preocupaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Podría ser que Desespringalle solo se estuviera tirando un farol. De hecho, le iba a resultar difícil demostrar que había estado haciendo averiguaciones, y además, Dupin lo negaría con énfasis.

Aprovecharon la marea baja para caminar sobre el fondo marino de la Baie de Sainte-Anne, por debajo de la Île Renote, con los zapatos en la mano y en dirección hacia al castillo de cuento del cual los árboles altos solo dejaban ver una parte del tejado. Antes, Claire quiso detenerse un momento en el hotel, que les quedaba de camino. Dupin la esperó fuera.

A pesar de todos los pensamientos que se le pasaban por la cabeza, Dupin estaba fascinado por el paisaje. Era embriagador. Una extensión fabulosa de piedras rosadas. Cientos, miles y miles. El mar de piedras se perdía hasta el

horizonte. Incluso el fondo marino tenía la arena gruesa del granito rosa. Sobre él, un tapiz de algas de color verde intenso y textura blanda, esponjosas, cubierto a su vez por algas sueltas de color oscuro, casi negro. Por todas partes había charcos de un azul plateado y boyas de un blanco reluciente repartidas aquí y allá. En algunos puntos se veían incluso grandes regueros de agua.

Había también extensas superficies de limo que refulgían en tonos metálicos bajo la luz del sol y que ellos sortearon dando un gran rodeo. Ahí donde la arena estaba completamente seca, esta brillaba con un intenso color rosa pálido. Diseminados con generosidad, como si los hubieran colocado a propósito, unos botes, veleros en su mayoría, pero también barcas de pesca, descansaban perezosos a un lado. En lo alto, el inmenso cielo azul y su intensa luminosidad. El aire estaba impregnado de un olor acre y fuerte a algas marinas, sal y yodo.

A Dupin le encantaba pasear sobre el fondo marino cuando la marea estaba baja.

—Mira, la Oreja de Ratón. ¡Ahí!

Claire la había visto primero. Un punto para ella.

—Y ahí, la Cabeza de la iguana triste.

Dupin señaló una formación rocosa que tenían delante.

—Hace falta mucha imaginación —admitió Claire con generosidad—. Tú siempre ves más de lo que hay.

Tras dar un gran rodeo en torno a un brazo de mar poco profundo, se acercaron al castillo, que ahora les quedaba delante.

De hecho, la isla no era sino una gran acumulación de rocas de granito apiladas, excepto por el pequeño y espeso bosque de coníferas que se elevaba justo en el centro, por encima del granito. El castillo, por su parte, se erguía desde el corazón del bosque, tal y como sin duda había sido la intención de quien lo ideó. Una composición bien pensada. Desde allí se podía admirar en su totalidad.

Un castillo de cuento era la descripción más apropiada; era una fantasía improvisada, extrañamente romántica y construida, cómo no, con la maravillosa piedra rosa. Dos torres elevadas y circulares con tejado cónico de pizarra y muchas ventanas; un señorial edificio principal, con ventanas de arco resaltadas por el uso de una piedra de color más claro. En sí, el castillo daba la impresión de estar concebido de un modo bastante laberíntico. El acceso al terreno de la edificación se hacía a través de una pequeña torre de piedra con arco de medio punto. Toda la isla estaba resguardada por una

muralla rocosa que confería al conjunto un aire de fortaleza. Un caminito serpenteante llevaba al castillo partiendo desde el fango del fondo marino, pasando junto a la pequeña torreta y desapareciendo después por detrás de la muralla.

—«El castillo Costaérès, en bretón *kastell Kostaerez*, es una edificación neogótica».

Claire se había traído el librito de las excursiones. Su bolso, que contenía una cantidad increíble de objetos, contravenía, todas las leyes físico-espaciales. Leía en voz alta sin dejar de caminar. Tomaron el caminito.

—«El edificio más representativo se construyó entre 1892 y 1896 para ser residencia del matemático, ingeniero electrónico e inventor Bruno Abdank-Abakanowicz. Se diseñó en el estilo neogótico propio del historicismo, y se inspira en el modelo de los castillos medievales. Fue lugar de encuentro de muchos emigrantes polacos, e incluso el premio Nobel de Literatura Henryk Sienkiewicz pasó por aquí. De hecho, su novela *Quo Vadis*, publicada en 1895, se gestó en el castillo de Costaérès». —Se volvió hacia Dupin—. ¿Me estás escuchando? ¡Lo que no se sabe, no se ve! —Prosiguió—: «En 1988 se convirtió en la segunda residencia de un actor alemán muy famoso que lo mandó restaurar siendo fiel al original, antes de que Jérôme Chastagner lo comprara en el año 2008». No está mal, ¿eh?

A Dupin le parecía mejor conocer nuevos paisajes y lugares disfrutándolos sin más.

—Fascinante.

—Podríamos...

El estrépito de un motor los interrumpió. Ambos se giraron de manera instintiva. Un vehículo se acercaba. Iba a una velocidad excesiva. Un SUV voluminoso. Blanco nacarado y sucio de barro. Cristales tintados.

Claire había salido del camino y se había encaramado a una piedra.

—Menudo chiflado.

Dupin se limitó a seguir avanzando con tranquilidad.

En el último momento, el conductor pisó los frenos y soltó un estridente bocinazo.

El coche se detuvo a medio metro de la espalda de Dupin. Entonces este se giró despacio.

El cristal del lado del conductor se deslizó hacia abajo y dejó ver un rostro moreno con un pelo pajizo un poco largo. Una sonrisa desenfadada. Dupin esperaba encontrarse con un rostro rojo y colérico.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó el conductor con una inesperada amabilidad.

Aunque tenía delante a Dupin, el hombre se dirigía solo a Claire. Ni siquiera parecía verle a él.

Claire también estaba perpleja.

—Solo queremos visitar la isla y ese castillo maravilloso.

—Soy el propietario de ambas cosas. Jérôme Chastagner. Por desgracia, señora, esta isla es privada. —Aún no había dirigido ni una sola mirada a Dupin—. No está abierta a las visitas.

Chastagner. El fabricante de maquinaria. El propietario de una cantera. Un encuentro del todo inesperado. Si a Dupin no le fallaba la memoria, la señora Riou había dicho que ese hombre volvía siempre de Saint-Brieuc los jueves a última hora de la tarde.

—En tal caso, señor Chastagner —comentó Dupin sin ocultar su irritación—, nos limitaremos a dar un paseo por la isla. Seguro que eso no está prohibido.

—Mientras no entren en el recinto del castillo, no hay ningún problema.

Por primera vez dirigió la mirada hacia él, aunque solo fue un vistazo fugaz.

—Ha sido un placer —dijo. Luego, volviendo otra vez la vista hacia Claire, añadió—: *au revoir*, señora. Encantado de conocerla.

El motor volvió a rugir. Subió la luna del cristal.

Dupin se hizo a un lado.

Chastagner aceleró. El coche salió disparado por el caminito que subía entre los bloques de piedra de granito; luego rodeó una piedra especialmente grande y desapareció.

Dupin se quedó inmóvil, paralizado.

—Había alguien más en el coche. ¿Tú también la has visto?

—¿Una mujer? ¿Quién? —Claire estaba confundida.

—Una silueta. Una mujer. Pelo largo. En el asiento trasero. Una... La he visto una milésima de segundo a través de los cristales tintados en cuanto se ha marchado. Estoy —vaciló por un instante— casi seguro.

—Pues yo no he visto a nadie. Y eso que al estar sobre la piedra tenía mejor perspectiva que tú.

—Estaba en el asiento posterior izquierdo. Con la cabeza agachada.

—Georges, ves cosas donde no las hay. Seguro que solo es imaginación tuya.

—Créeme.

La mente de Dupin se agitó. Por supuesto. Esa podría ser una explicación. Una posibilidad.

—Además, ¿y si lo fuera? ¿A ti qué te importa? ¿Acaso no puede ir en coche con su mujer o con su novia?

—No está con nadie.

—¿Y cómo lo sabes?

—El señor Bellet —improvisó Dupin con maestría— me ha contado esta mañana que el castillo pertenece a un solterón empedernido, un auténtico *playboy*.

—Entonces sería una de sus amantes.

—¿Y por qué estaba sentada en el asiento trasero del coche?

—No había nadie, Georges.

Era mejor ceder.

—Debo habérmelo imaginado. Tal vez solo era el reposacabezas.

Claire no tenía ni idea del alcance que podía tener ese hecho. ¿Y si la mujer del asiento trasero fuera la señora Durand? ¿Y si estuviera escondida en casa de Chastagner, su nuevo amante? Pero... ¿esa historia era plausible? Dupin tenía sus reservas al respecto. Además, tal vez sus sentidos le habían confundido. El sol deslumbrante, las lunas reflectantes y tintadas, las gafas de cristales oscuros...

Claire lo miraba con recelo.

—No importa. —Dupin optó por la huida hacia delante—. ¿Qué te parece? ¿Damos una vuelta por la isla?

—La verdad es que se me han quitado las ganas, Georges. ¿No preferirías ir a algún sitio a tomar algo fresquito?

Vaciló. Ahora el paseo alrededor de la isla le parecía interesante.

—El señor Bellet me ha hablado de una cafetería, un hotel en realidad, que se encuentra junto a la playa de Ploumanac'h; debe de estar ahí delante. —Claire se había dado la vuelta y se había puesto en marcha sin esperar su respuesta.

Dupin lo comprendió de inmediato. El señor Bellet era un cómplice excelente. La cafetería que había recomendado a Claire tenía que ser, sin duda, el hotel donde se había alojado la fallecida. De hecho, ese era un lugar que Dupin quería visitar, pero hasta el momento no había encontrado ninguna excusa para hacerlo. ¡Era fantástico! Además, no podía estar lejos. Trégastel, Ploumanac'h y Perros-Guirec, situadas todas en un gran saliente escabroso que se adentraba en el mar, se sucedían la una a la otra. El castillo formaba

parte de Trégastel, pero la orilla más cercana a él, esto es, el extremo oriental de la bahía, ya pertenecía a Ploumanac'h.

—Me gustaría tomar algo dulce, un trocito de *gâteau breton*. ¿Qué te parece?

—Perfecto. —Dupin estaba a dos pasos de ella.

—Ah, lo olvidaba. —Claire se volvió hacia él—. Todo el mundo habla muy bien del centro de talasoterapia que hay junto a la playa principal. Por lo visto dan unos masajes fabulosos. Se llama Forum. He llamado y casualmente hoy a las seis tenían una hora libre.

—Por supuesto. Buena idea. Te vendrá muy bien.

Apenas podía creer en su suerte. Durante la última hora había estado cavilando sobre la excusa que le podía dar para marcharse un buen rato. Tenía que hacer dos visitas importantes: ir a la gendarmería y reunirse con el secretario de la diputada. Ahora, al menos podría hacer una; con suerte, incluso las dos.

Claire tenía una expresión satisfecha.

—Luego nos podríamos encontrar para tomar el aperitivo en...

El móvil de Dupin la interrumpió.

El peluquero. La cuestión debía de ser urgente.

El momento no podía ser más inoportuno.

De todos modos, respondió a la llamada.

—¿Diga?

El señor Julien fue directo al grano:

—Fue estrangulada. La muerta de Burdeos. Con una cinta blanda, una toalla o algo parecido. Es decir, la arrojaron ahí estando muerta.

El peluquero hizo una pausa. Saltaba a la vista que esperaba una reacción por parte de Dupin. Esta se hizo esperar un poco. Era, sin duda, una noticia importante. Realmente nunca había creído que se tratara de un accidente, pero ahora quedaba confirmado. Estaban ante un caso de asesinato.

—Muchas gracias, señor Julien. Es usted muy amable por llamar. ¡Qué torpe he sido! La tarjeta de crédito. Luego pasaré a recogerla. ¿Qué horario tienen?

El señor Julien necesitó un momento para comprender.

—¡Ah, vaya! No puede hablar. —El peluquero tuvo el acierto de bajar la voz—. No hay ninguna denuncia de desaparición en Burdeos que coincida con la descripción de la fallecida. Y todavía más raro —Dupin aprovechó que tenía que sortear una pileta de agua poco profunda para apartarse al menos dos metros de Claire; seguía apretándose con fuerza el aparato a la oreja,

hasta el punto de hacerse daño—: No consta en la dirección de Burdeos que indicó en la reserva online. Allí no vive ninguna Virginie Inard. En esa casa solo viven tres familias. Y no falta nadie. Nunca han oído ese nombre.

—No, no. Llevo suficiente efectivo. No se preocupe. —Tenía que colgar de inmediato; la situación empezaba a no parecer creíble—. Luego me pasaré por ahí un momentito. —Hizo una pausa y dijo—: A las siete, antes de que cierre. No, no. No es ninguna molestia.

En ese momento pensó que podía aprovecharse de esa pequeña artimaña para conseguir algo más de tiempo.

—¡Hasta luego, señor Julien! Y muchas gracias.

Colgó.

Claire lo miró con curiosidad.

—He sido tan tonto que me he olvidado la tarjeta de crédito en la peluquería.

—Ya veo.

—He quedado en que iré a recogerla antes de que cierre la peluquería.

Por algún extraño motivo, Claire no insistió más en ese asunto.

Mientras se iban acercando, Dupin, que no dejaba de cavilar sobre la última noticia, decidió que Ploumanac'h y la terraza del Castel Beau Site iban a formar parte de la lista de sus lugares favoritos.

Ploumanac'h era una pequeña localidad con un encanto extraordinario; en ella imperaba un ambiente relajado incluso en temporada alta. Estaba formada por hermosas casas de piedra inclinadas por el viento y arriates de coloridas flores silvestres dispuestas de forma irregular. Era aún más pequeña que Trégastel. Aunque carecía de una playa salvaje, extensa y solitaria como la de esa localidad, contaba con una playa pequeña muy bella. Saltaba a la vista por qué Ploumanac'h había sido elegido como el «pueblo más hermoso de Francia». Era ahí, recordó Dupin, donde residía el diputado Hugues Ellec.

La cuestión seguía siendo si el asesinato de la mujer de Burdeos tenía algo que ver con el ataque contra la diputada. En ese caso, tenía que tratarse de algo muy grave. Por supuesto, era posible que no guardaran relación, pero la coincidencia en el tiempo era enorme. Esos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Dupin desde la llamada del peluquero.

Durante el cuarto de hora que tardaron en llegar a la playa de Ploumanac'h, Claire había leído en voz alta el librito de las excursiones, así

que Dupin apenas tuvo ocasión de abrir la boca excepto para exclamar «¡Eso pinta bien!» o «¡Qué interesante!».

Al final, él se había adelantado un poco; le preocupaba que hubiera algún coche patrulla apostado en el hotel. Para su alivio, no vio ninguno. Tal vez durante la temporada alta actuaran de forma más discreta. Con todo, por si acaso, condujo a Claire directamente hacia la terraza, lejos del ala del edificio donde se encontraban la entrada principal y el aparcamiento.

El Castel Beau Site se encontraba junto a la playa, aunque ocupaba una posición algo más elevada; su ubicación era inmejorable. Era un edificio de piedra antiguo, elegante y de forma alargada; como no podía ser de otro modo, era todo de granito rosa, pero tenía también toques de granito gris y marrón, lo cual confería un atractivo especial al inmueble. Era una construcción alta, de cuatro plantas. Tejado de pizarra, curvo. Balcones estrechos en todas las habitaciones. Barandillas de color negro, con barrotes finos, iguales a las que rodeaban la terraza, hecha de tablones de madera desgastados.

Se sentaron junto a una de las mesitas bajas de color beis que había en primera línea. Butacas oscuras y confortables. Macetas con magníficos oleandros. Ambiente relajado, como en un salón.

—¡La vista es inigualable!

Claire tenía razón. Era impresionante.

Aquella era una bahía pequeña en forma de hoz, incrustada dentro de otra más grande. De arena blanca, con un leve tinte rosa, al cabo de cuarenta o cincuenta metros se perdía en el fondo marino y acuoso; boyas de color rosa, amarillo, blanco. Unas dispersas moles de piedra rosa, de todas las formas y los tamaños imaginables, bañadas por el delicado azul del agua durante la marea baja.

El paisaje resultaba mucho más pintoresco todavía gracias a la bahía, la cual, como si alguien hubiera querido ribetearla del modo más bello posible, lucía enmarcada por unas agrestes lenguas de tierra que descendían suavemente a ambos lados. Dispuestos a la perfección sobre ellas crecían pinos y otras coníferas de aspecto desgreñado. En el centro, el toque maestro de aquella fabulosa puesta en escena paisajística: la Île de Costaérès. Y unas gaviotas que cruzaban el azul inmaculado del cielo.

La mirada de Dupin fue de la playa al hotel. La orientación de la terraza era ideal, perfecta para admirar el asombroso paisaje desde la mejor de las perspectivas.

—*Bonjour*. —Un joven, casi un muchacho, apareció ante ellos. Vestía camisa blanca y pantalones de tela negros. Era de una pulcritud casi excesiva—. ¿Qué les puedo ofrecer?

—Una botella grande de agua, por favor. —Claire tomó la iniciativa—. Dos Breizh Cola y, para mí, un *gâteau breton* con caramelo. —Dirigió luego una mirada expectante hacia Dupin.

—Para mí, un pastel de frambuesas. Y un café.

—¿Querrá además la Breizh Cola? —quiso saber el solícito y amable joven.

—Sí, la Breizh Cola también. Que esté muy fría, si es posible.

El joven se marchó.

En el hotel, o por lo menos ahí, en la terraza, todo parecía haber recuperado el ritmo normal.

—Enseguida vuelvo.

Ambos se levantaron a la vez, diciendo exactamente la misma frase en el mismo momento. Se echaron a reír.

—Ve tú primero, Georges.

Claire volvió a tomar asiento.

Era una situación curiosa. Dupin se estaba aprovechando, y mucho, de las actuaciones secretas de Claire. Y, de hecho, ella también de las de él.

Dupin se dirigió hacia la entrada de la terraza del hotel.

Primero había que pasar el bar. Desde allí podía verse aquella misma panorámica maravillosa. Entre una imponente colección de *whiskies* vio a Claire sentada a la mesa. Su postura evidenciaba que estaba hablando por teléfono. Era increíble: no había tardado ni unos segundos.

Dupin salió del bar. Desde ahí llegó a la recepción, que se encontraba en la entrada principal, situada a un lado del edificio.

Saludó a las dos empleadas del hotel con amabilidad y, sobre todo, con naturalidad para que no se les ocurriera hacerle ninguna pregunta. Con esta misma actitud se acercó a la escalera, que se encontraba a unos metros. Subió los escalones de forma decidida, pero sin demasiada prisa; abandonó la escalera al llegar a la primera planta y echó un vistazo por el largo pasillo.

No vio a nadie.

Subió entonces hasta el segundo piso. En el extremo izquierdo del corredor había un carrito con toallas limpias y productos de limpieza.

Era lo que buscaba.

Tenía que darse prisa. No tenía mucho tiempo.

—¿Hola?

Se acercó a una habitación que tenía la puerta abierta.

La camarera se le acercó. Era una mujer frágil, pequeña, de poco más de veinte años; llevaba el cabello negro recogido y tenía una sonrisa franca.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Yo...

Era tan natural que, en el curso de una investigación, él se pudiera presentar a cualquier hora en cualquier lugar y hacer preguntas a cualquiera que no había pensado en cómo debía comportarse en su situación actual.

—Estoy investigando el caso de Virginie Inard. —Era la manera más eficaz, pero también la más arriesgada. En cualquier caso, no le quedaba otra opción. Tenía que avanzar. Hizo el gesto de ir a sacarse la identificación del bolsillo, pero luego siguió hablando sin más, como si ya la hubiera mostrado—. Quisiera hacerle un par de preguntas.

—¡La de policías que trabajan en este caso! —respondió la chica con coquetería—. Han estado por todo el hotel. De hecho, hay dos que están siempre. A mi compañera ya la han interrogado tres veces.

—¿Y a usted?

—Yo acabo de llegar; hoy tengo turno de tarde. Pero uno de sus colegas me llamó a casa. —Debió de pensar que esa información era digna de mención—. Aunque fue muy breve.

—Lo sé. —Dupin respondió con una mentira; esperaba salir bien parado de todo aquello—. ¿Me podría explicar qué impresión le dio la señora Inard?

Las camareras de habitación eran, en principio, una de las mejores fuentes de información.

—Usted no tiene aspecto de policía.

Se lo decían con frecuencia, incluso cuando estaba de servicio.

—Eso es un alivio. Dígame, ¿qué puede contarme sobre la señora Inard?

—Era muy tranquila y, aunque no era antipática, hablaba poco. Como mucho un saludo. Parecía tener siempre la cabeza en otra parte.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé. Lo que le he dicho. Su compañero también me lo preguntó.

—¿Alguna vez la vio con alguien más?

Entretanto, Dupin había sacado su libreta.

—No, nunca. Siempre iba sola. La verdad es que no daba la impresión de estar de vacaciones. Aunque, por otra parte, tampoco tenía aspecto de ser una mujer de negocios.

—¿Qué le hace pensar que no había venido aquí de vacaciones?

—No lo sé. Es así. Me dio esa impresión. —La camarera puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo se registró en el hotel?

—Llegó el martes de la semana pasada. Por la tarde. Durante los primeros días pasó mucho tiempo en su habitación y tumbada en el balcón. La semana pasada yo tenía el turno de mañana y es cuando la vi. Lo mismo que las compañeras de la tarde.

—¿Qué hacía en la habitación?

—Ni idea.

—¿Le llamó la atención alguna cosa especial de ella?

—Todas las personas tienen algo especial, ¿no cree?

Dupin estaba absolutamente de acuerdo con eso, pero no respondió. La camarera siguió:

—No parecía asustada, ni nada por el estilo, si es a eso a lo que usted se refiere. Tampoco inquieta. Más bien, indiferente. No daba la impresión de estar preocupada por algo en particular, ni que creyera que podía ser asesinada. —Hizo una mueca y siguió hablando—. Quiero decir, que estuviera en peligro. Llevaba ropa elegante.

—¿Qué habitación ocupaba?

—Una *suite*.

—¿Cuánto cuesta?

—Doscientos ochenta euros la noche.

Todo indicaba que el dinero no era un problema para Virginie Inard.

—Había hecho la reserva para una semana. ¿Estaba previsto que se marchara el martes?

—Eso debería preguntarlo usted en recepción.

—Pero ni el lunes por la noche ni el martes por la mañana había hecho las maletas, ¿verdad?

—No. Nada.

—¿El miércoles por la mañana las cosas de la señora Inard seguían en su habitación? ¿Faltaba algo? ¿La habitación estaba distinta?

No tenía mucho tiempo. Dupin aumentó el ya de por sí ritmo rápido de sus preguntas.

—Estaba todo ahí. Como el día anterior. Todos ustedes preguntan lo mismo. ¡No se ha coordinado usted nada bien con sus compañeros! —Ella le dirigió una sonrisa que no pretendía ser impertinente.

—Hacemos las preguntas de forma independiente entre nosotros. Así no estamos condicionados. Y siempre empezamos por el principio. —Pronunció

esa frase tan absurda con determinación—. ¿La señora Inard tenía algún objeto que fuera desacostumbrado?

—No. Solo lo normal.

—¿Sabría usted decirme —se le acababa de ocurrir la pregunta— a qué hora del martes por la noche se marchó del hotel?

—Sobre las diez. Eso es lo que dijeron en recepción.

—Bien. ¿Y seguro que luego nadie más la vio?

—No. Ayer por la mañana vimos que la cama estaba tal y como yo la había dejado el martes por la tarde. La compañera informó de ello a recepción. Cuando vimos que a mediodía seguía sin aparecer, se lo comunicamos al propietario del hotel. Todo el mundo se había enterado de lo del cadáver en la cantera.

Dupin tomó nota de todo. Aquello significaba que Virginie Inard había encontrado la muerte poco después de haber abandonado el hotel.

—¿Estaba ella en la habitación el martes, cuando usted lo preparó todo para la noche? —Dupin se esforzaba por no atropellarse al hablar, pero tenía mucha prisa por hacer las preguntas.

—No.

—¿Habló con ella los días anteriores?

—Apenas un par de palabras. Nos saludamos y hablamos del tiempo. Nada más.

—¿Tenía acento? ¿Del suroeste? ¿Burdeos?

—Ni idea. Más bien parecía de París.

—¿París?

—Sí, pero no pondría la mano en el fuego. En todo caso, no era muy elegante. Pero apenas intercambiamos un par de palabras sin importancia.

—Muchas gracias, señorita... —Dupin sonrió a la camarera.

—Señorita Fleur.

—Muchas gracias, señorita Fleur. Su información es muy valiosa. Ha sido usted de gran ayuda.

Dupin se dio la vuelta para marcharse.

—¿Quiere que le diga una cosa?

Se giró.

—Creo que alguna noche ella no durmió aquí.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El domingo por la mañana vine a hacer la cama y tenía el aspecto de una cama deshecha para hacer creer que alguien ha dormido en ella, cuando en realidad no lo ha hecho.

—¿Podría afirmar eso con seguridad? —Ella lo miró con indignación—. Ha dicho usted varias noches.

—Del sábado hasta el lunes.

—¿Dos noches?

—Sí.

—¿No dijo nada de eso en recepción?

—No. En recepción no lo sabían. ¿Es importante? ¿Eso de que no durmiera aquí esas dos noches?

—No sabría decirle.

Eso era cierto.

Dupin lo había anotado todo minuciosamente.

—¿Le contó esto también al policía que la llamó?

—No. —Saltaba a la vista que eso la incomodaba—. Pero lo habría hecho. Me dije que antes tenía que asegurarme bien. Y entonces repasé a fondo mis recuerdos.

—Bueno, en cualquier caso, ahora la policía ya está avisada. No le dé más vueltas. Y de nuevo muchas gracias, señorita Fleur.

Con un poco de suerte —Dupin no quería ni imaginarse la otra posibilidad—, nadie volvería a interrogar a la camarera. Y nunca sabrían de esa conversación.

Al cabo de un minuto atravesó el bar y salió a la terraza. Antes hizo una llamada rápida al señor Bellet para pedirle que avisara al secretario de la señora Rabier de que iría a visitarlo; en cuanto al motivo por el cual el señor Bellet no le había mencionado la charla con la señora Durand, Dupin prefería preguntárselo en persona.

Al pasar por recepción se asustó al ver en la calle dos coches patrulla. Y dos hombres, uno vestido de uniforme y otro de paisano, que se acercaban a toda prisa al hotel. El hombre vestido de civil —alto, pelo rizado y oscuro con un ligero toque rojizo, cara estrecha y una llamativa cicatriz en la mejilla izquierda— podría ser el comisario de Lannion. El hecho de que uno de los coches fuera un Renault Talisman reforzaba aún más esa sospecha.

Dupin se refugió en el bar. Las recepcionistas, que hasta el momento parecían confiadas, lo miraban ahora con el ceño fruncido; Dupin las saludó con especial amabilidad.

Por la ventana del bar se dio cuenta de que Claire ya no hablaba por teléfono. Se había reclinado en la butaca y se había puesto cómoda. Estaba muy relajada —o lo fingía a la perfección—, y tenía la mirada clavada en el horizonte. Daba la impresión de llevar una eternidad ahí sentada.

—Un lugar fascinante, ¿no te parece? —Dupin optó por un tono informal—. He estado echando un vistazo. —Aquello sonaría más o menos creíble, ya que era una costumbre suya—. Este hotel sería una buena opción para nosotros.

Se sentó.

Claire ya se había bebido el agua y la Breizh Cola y tenía pinchado en el tenedor el último pedazo de *gâteau breton*. Dupin se dispuso a tomar su café. Se había enfriado un poco. Daba igual.

—¡He pensado lo mismo hace un momento! Este sitio tiene mucho encanto. Tal vez podríamos ir a ver el monumento dedicado a san Guirec; según dice la leyenda, aquí es donde ese santo bajó del barco procedente de Gran Bretaña. —Claire parecía muy divertida—. El libro habla de dos costumbres graciosas: durante siglos, las muchachas del lugar que querían casarse metían una aguja en la nariz de la estatua; de hecho, muchas lo siguen haciendo hoy en día. Si la aguja se clava en la nariz, significaba que encontrarían marido antes de fin de año. La otra costumbre es la de las madres jóvenes, que besan los pies del santo para que sus hijos empiecen a caminar cuanto antes.

—Yo... Bueno, lo siento, pero creo que deberíamos irnos. —Dupin miró la hora—. Son las cinco. A las seis tienes masaje y seguro que antes querrás ir al hotel.

—Sí, desde luego.

Dupin se metió un gran pedazo de pastel en la boca, empujó con un sorbo de refresco de cola y sacó la cartera.

—Ya he pagado. —Claire se levantó.

—¿No querías...?

El hombre uniformado y el que iba vestido de paisano se acercaban por la derecha.

Demasiado tarde para emprender la huida y abandonar la terraza a toda prisa. Se imponía la improvisación.

—Yo... —Se calló un instante, pero luego habló con decisión. No se le ocurrió nada mejor para captar toda la atención de Claire hasta que no hubiera moros en la costa—. Me gustaría pedirte una cosa. Siéntate un momento.

Claire arrugó el ceño.

—¿No nos íbamos ya? Podemos hablar mientras andamos.

—Es una cuestión que deberíamos hablar sentados.

Pero ¿qué estaba haciendo?

—¿Y no podríamos hacerlo durante la cena?

—Creo que el momento adecuado es aquí y ahora.

Sus palabras parecían cada vez más absurdas. La expresión de Claire mostraba una enorme perplejidad. Y preocupación.

—Vale.

Ella se volvió a sentar. Dupin cambió de asiento —antes estaban casi al lado— para verla de frente. Se inclinó hacia ella con la espalda vuelta hacia la terraza. De este modo los policías no podrían reconocerlo.

—¿Y bien?

—Paul —el propietario del Amiral, que hacía ya tiempo que era también un amigo— me habló de una casa en Concarneau, en la Corniche, justo frente a la playa Mine, ya sabes, esa playita tan agradable. Desde mi apartamento, a la derecha, a unos cuatrocientos metros. En el bulevar Katherine Wylie, una de esas casas fabulosas. A apenas diez metros del mar. —Se dio cuenta de que se estaba expresando muy mal—. Una de esas casas que tanto te gustan. Esa de color azul claro con unos enormes arbustos de hortensias delante.

Dupin se interrumpió y volvió la cabeza a un lado, con la máxima discreción. Los dos hombres estaban de pie en la terraza, a unos cinco metros de ellos.

—... Pero tiene que haber ocurrido en algún sitio... —oyó decir al hombre alto de la cicatriz. No habría podido afirmar con certeza que esa fuese la voz del comisario de Lannion que había oído por teléfono. Habían hablado poco y por teléfono sonaba de forma distinta—... hemos inspeccionado... Nada...

—¿Quieres mudarte? —Claire parecía sorprendida.

—¿Sabes de qué casa estoy hablando?

—Sí, creo que sí.

—Es una casa grande.

La habían admirado en el transcurso de muchos paseos.

—¿Qué estás queriendo decir exactamente?

Al asombro de Claire se le había sumado la curiosidad, y ahora, además, la impaciencia.

—Me gusta mucho mi piso, pero he pensado que, pudiendo vivir junto al mar... Desde esa casa se puede salir a nadar por la mañana, justo después de despertarse... ¿No te parecería fantástico?

Dupin llevaba seis años viviendo en un apartamento de Concarneau situado frente al acuario; Claire se había mudado el año anterior de París a Quimper, lo cual había sido un gran paso para ambos.

—Por supuesto. ¿Y está en alquiler? Si es así, hazlo. Me parece genial.

—Ya lo he hecho.

—¿Cómo?

—En estos últimos días he resuelto un par de detalles y por fin me he comprometido.

—Bueno, pues estupendo. —Claire sonreía complacida; su rostro reflejaba una auténtica alegría, aunque también parecía algo confundida—. Es magnífico. Enhorabuena.

—La casa está totalmente renovada. Muy bien decorada. Seguro que te gusta.

—¿Ya la has visitado?

—Dos veces. Además, la agencia inmobiliaria me ha enviado un plano. Te lo enseñaré, aunque en el móvil todo parece muy pequeño.

Claire no dijo nada.

Dupin volvió a oír las voces de los policías. Sonaban más cerca.

—¡Nada! ¡Nada de nada! ¡Maldita sea! —El alto parecía enojado.

Si eso podía resumir de algún modo el estado de la investigación, entonces es que la policía todavía estaba a oscuras. Dupin reprimió un asomo de sonrisa y luego pasó a concentrarse por completo en la conversación con Claire. Si no, lo echaría todo a perder.

—Había pensado... —Esa era la cuestión más importante, lo que llevaba tiempo cavilando—. Pensaba que tal vez podría ser nuestra casa.

—¿Nuestra casa?

—Claire, si quieres, podría ser nuestro hogar. De los dos.

—Yo... —Claire se interrumpió.

Su expresión y su postura resultaban difíciles de interpretar.

Se quedó mirando a Dupin durante un buen rato.

Luego sonrió. Una de esas sonrisas tan de Claire, en efecto, aunque había algo más, algo que él no acertaba a saber.

—... Es de locos. Pero es un problema... La señora Guichard... —En ese momento los dos hombres pasaron por detrás de Dupin.

—Creo que deberíamos irnos, Georges. —Claire usó un tono cariñoso. Se puso de pie mientras hablaba—. Ya lo hablaremos con calma. Quizá en la cena.

Una cosa estaba clara: de momento ella no iba a decir nada.

Dupin era incapaz de recriminárselo. La charla no había ido muy bien. Él no había sido hábil. No debería haber planteado una cuestión así con prisas y en unas circunstancias tan complicadas. Le había dado muchas vueltas a este asunto, y cada vez estaba más seguro de que estaba haciendo lo correcto.

—Sí, vale. Lo hablamos luego con calma.

Dupin se atrevió a echar un vistazo a un lado, esta vez a la derecha.

Los dos hombres se dirigían directos a la entrada del bar.

Al poco rato habían desaparecido dentro del hotel y el peligro había pasado.

Dupin se levantó.

Claire dio unos pasos. Luego se giró y se acercó a él.

Le besó.

Tal vez no había ido tan mal. Además, de esta manera la situación no se había vuelto patética, que era algo que antes le había horrorizado.

—¡Es una noticia espectacular, señor comisario! ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Estrangulada! ¡Y luego arrojada a la cantera! ¿Quién es capaz de algo así?

Habían llegado al hotel a las seis menos diez; al cabo de un instante, Claire se marchó para someterse a su sesión de masaje. Dupin se acomodó en el balcón. «Oficialmente», poco antes de las siete debía ir a la peluquería para recoger su tarjeta de crédito. Esperó cinco minutos después de que Claire abandonara la habitación y se aseguró de que todo estuviera despejado. Luego bajó deprisa a recepción en busca del señor Bellet.

—El lunes —le dijo cuando lo encontró—, a última hora de la tarde, usted mantuvo una charla con la señora Durant. Esa noche, ella desapareció.

Dupin dejó caer sin más esas frases, que pronunció de forma solemne. Tenía mucha curiosidad por saber lo que diría el señor Bellet.

—Yo... bueno, no fue una charla. Apenas unos minutos... —El hombre parecía tan azorado como inseguro—. En los días anteriores había visto muy poco a la señora Durant y nunca había hablado con ella. Solo nos habíamos dicho «buenos días» y «hasta luego».

—Usted declaró que fueron unos diez minutos. ¿De qué hablaron? ¿Por qué no me lo dijo?

—Esa tarde pasé un rato sentado en el bar. Solo. Como acostumbro a hacer cada día sobre las seis de la tarde, antes de que empiece el ajetreo; me estaba tomando un *pastis marin*. Ella de pronto se me sentó al lado y pidió un Martini con vodka. Entonces empezamos a charlar.

Dupin ya había sacado su libreta Clairefontaine y empezó a tomar meticulosas notas.

—¿Sobre qué?

El señor Bellet abrió mucho los ojos; se sentía muy incómodo.

—Sobre el tiempo. Hablamos del formidable verano que estamos teniendo. Ese tipo de cosas...

Aquella respuesta no disipó su malestar.

—¿Y sobre qué más?

—Sobre lo bonito que es todo esto.

—¿Y sobre qué más? Señor Bellet, usted me está ocultando algo.

Dupin adoptó una actitud algo desabrida. No tenía mucho tiempo, apenas una hora y media. Tenía que sacar el máximo provecho de ese tiempo libre.

El señor Bellet vaciló. Luego dijo:

—Ella era muy... simpática. ¿Me entiende?

—¿Muy simpática?

—Sí. Ella... —Bellet titubeó un poco—. Bueno, en cierto modo, flirteó conmigo.

—¿La señora Durand? ¿Con usted? —Eso había sonado mal—. Lo que quiero decir, señor Bellet, es si está seguro de eso.

Saltaba a la vista que esa conversación estaba siendo tremendamente embarazosa para el hotelero.

—Bueno, mientras hablamos me puso ojitos varias veces. —Miró a su alrededor antes de pronunciar esas palabras. Dupin supuso que no quería que su esposa le oyera—. Además, incluso me preguntó si conocía algún bar agradable.

—¿Un bar? ¿Para ir con usted?

—No fue tan explícita.

—¿Y cómo lo preguntó entonces?

—Fue el tono de voz que utilizó. —Bellet casi parecía indignado—. Aunque ya no soy joven, no soy tonto, y reconozco ciertas situaciones, señor comisario. Lo dijo como si quisiera decir «un bar para que podamos seguir con nuestra charla».

—Entiendo. ¿Y usted le indicó alguno?

—No. Cambié de tema.

—¿Ella insistió?

—No. —Dupin no tenía ni la más remota idea de qué hacer con esa información—. Luego le dije que debía seguir trabajando, me disculpé y me fui.

—Y durante los días anteriores usted nunca se la había encontrado a solas.

—No.

Curioso.

—¿Notó algo distinto en ella esa tarde?

El señor Bellet lo miraba con cierta aprensión.

—No. Solo eso. Quiero decir, solo lo que le acabo de explicar.

—Bien. —Dupin tenía que apresurarse—. ¿Ha podido hablar con el secretario de la señora Rabier?

—Así es. —Bellet parecía aliviado con el cambio de tema—. Le está esperando. En la rue du Roi Arthur, número 47. Justo detrás de la Grève blanche, nuestra playa más famosa. Si quiere descansar un poco del rosa, allí encontrará la arena blanca más fina que existe. Aquí lo tiene todo marcado. —Le entregó a Dupin un pequeño mapa callejero. Más tarde, el comisario pasaría esas indicaciones al suyo—. También le he apuntado los nombres completos y los datos de contacto. La gendarmería se encuentra justo en el centro. Se lo digo para su charla posterior. —Guiñó un ojo—. Está en la place Saint-Anne, casi delante de la capilla, al otro lado del quiosco de prensa, pegado al bar Ty Breizh. Está a un tiro de piedra. Es la ventaja de los pueblos pequeños.

Era curioso que a Dupin le hubieran llamado la atención todos los edificios de esa plaza excepto la gendarmería.

—¿Cómo sabe que luego iré a la gend...? —No acabó la frase. Claro, la información se desplazaba siempre en ambos sentidos.

El señor Bellet sonrió.

—¿Me podría decir en qué lugar de Ploumanac'h exactamente está la casa de ese tal Ellec, el diputado?

—En el *chemin de la Pointe*. Es una «casa de autor», grande y de arquitectura moderna, situada al final de esa calle sin salida. Un edificio nuevo. —Bellet hizo un gesto despectivo con la mano—. No pasa desapercibida. Está justo al lado del mar.

Dupin lo anotó.

—¿Conoce usted a los propietarios del Castel Beau Site?

—¿A Christelle y Pierre? ¡Por supuesto! Christelle es la mejor amiga de la hermana de mi esposa.

Genial.

—¿Podría averiguar con exactitud qué días tenía reservada la habitación Virginie Inard? ¿Una semana? De ser así, se habría ido el martes. A ver si prolongó su estancia.

Al señor Bellet le brillaban los ojos. Una misión. Parecía muy halagado.

—¡Por supuesto! Obtendré esta información de inmediato. ¿Desea algo más?

—Pregunte también si les llamó la atención alguna cosa de la señora Inard. Si estuvo en contacto con alguien. Y si el diputado Ellec, o la granjera —Dupin echó un vistazo a su libreta— Maiwenn Guichard, o Jérôme Chastagner, estuvieron en algún momento en el hotel, en el restaurante, en el bar o donde sea.

—Cuenta con ello.

—O tal vez la señora Rabier antes de ese, digamos, incidente.

Dupin eligió expresamente un término neutro.

—¿La diputada? ¿De veras?

—Y si además pudiera no decirles que...

—... Que estoy haciendo averiguaciones para usted. Por supuesto, no hace falta que lo diga. —Bellet parecía ofendido—. Ya sabe usted que...

—Una cosa más. —Dupin bajó la voz, algo absurdo ya que estaban a solas—. ¿La *suite* de los Durand es de dos camas? ¿Sabe usted si dormían en camas separadas?

—Sí. —Bellet frunció el ceño—. Aunque no puedo comentar este tipo de cosas. Solo se las cuento a usted. Por cierto, su nuevo peinado es muy moderno.

—Hasta luego, señor Bellet.

Miró la hora.

Pasaban nueve minutos de las seis.

Dupin recorrió a toda prisa el fabuloso camino que discurría junto al mar. Pasó muy cerca del centro de talasoterapia donde en esos instantes Claire estaba disfrutando de su masaje, atravesó la lengua de tierra agreste y escabrosa que quedaba entre las dos playas y alcanzó Grève Blanche.

En torno a la playa se alzaban unas dunas enormes, cubiertas de una vegetación arbustiva brillante que caían casi a plomo sobre ella. El agua las había arrastrado en parte. Había unas piedras inmensas que parecían haber sido acarreadas hasta allí a toda prisa para evitar lo peor. A principios de año las portadas del *Ouest-France* y el *Télégramme* habían mostrado fotografías espectaculares: una tremenda tormenta de invierno se había combinado con una marea más alta de lo habitual y había asolado la tierra, llevándose consigo enormes cantidades de arena y también algunas barcas. De no haber sido por la inmensa duna, esa parte de Trégastel habría quedado expuesta y sin protección frente al océano furioso. Todo aquello resultaba inimaginable en

un día tan apacible y veraniego como aquel, donde el mar se ondulaba tranquilo.

La arena era, en efecto, de un blanco cegador; la playa, mucho más grande que a la que solían ir Dupin y Claire, hacía honor a su nombre. Dibujaba una curva suave hasta convertirse en una lengua de arena y piedras que enlazaba con la Grève Rose, situada en dirección sur. La guinda del pastel era el curioso islote de granito rosa situado en el extremo exterior de esa lengua de tierra. La Grève Blanche, la playa blanca, era considerada, y con razón, como uno de los arenales más bellos de la Bretaña.

A ambos lados el agua era poco profunda, clara y nítida, y mostraba tonalidades caribeñas: azul claro primero, luego verde esmeralda y, a continuación, turquesa; poco a poco iba adquiriendo un color verde azulado y, por fin, se volvía azul oscuro. El islote, de unos cien metros de largo y rodeado por infinidad de otros más pequeños, parecía un pez gigantesco en medio del mar. Entre el granito rosa asomaba el verde intenso de la vegetación en un contraste alocado.

Aunque el colorido predominante era el mismo que el de la bahía resguardada de Ploumanac'h, aquí la sensación era absolutamente diferente. La playa, el paisaje, todo, estaba expuesto al mar abierto y resultaba más agreste, más salvaje. Incluso las tonalidades ya no resultaban cálidas y afables, sino nítidas e intensas, como si también a ellas la brisa marina las fustigara sin descanso.

Dupin escrutó la duna para buscar un acceso a la playa; tras encontrarlo, se detuvo un momento y echó un vistazo al mapa.

La rue du Roi Arthur tenía que estar ahí mismo.

Dos minutos después se encontró frente al número 47. Un edificio nuevo. Anguloso, de tres plantas, tejado plano, sin volutas.

«Viviane Rabier. Miembro Electo del Consejo Regional de la Bretaña». Un letrero discreto. Tercer piso. El último.

Dupin había subido por la escalera en vez de utilizar el ascensor. Un hombre joven, de no más de treinta años, salió a recibirle al pasillo. Iba despeinado, con las puntas del pelo, rubio oscuro, apuntando en todas direcciones. Camisa de color azul claro arrugada. Parecía como si acabara de despertarse.

—Buenos días, señor comisario. Soy Aiméric Janvier.

Hablaba en voz baja, casi conspirativa, y miraba intranquilo el pasillo desnudo.

—Sígame.

Entraron en la oficina, que tenía la puerta abierta.

—Como usted sabe, la señora Rabier me ha informado de que...

El teléfono de Dupin. Llevaba mucho rato en un silencio desacostumbrado.

—Discúlpeme un momento. —Regresó al pasillo.

Un número oculto.

—¿Diga?

—¡Ha ido usted demasiado lejos, Dupin! ¡Esto es demasiado!

Reconoció la voz al momento. El comisario de Lannion estaba fuera de sí. Por el modo en que hablaba, parecía referirse a un hecho en concreto.

Dupin se mantuvo lo más calmado que pudo.

—Me encuentro en estos instantes admirando la Grève Blanche, una extraordinaria...

—¡No me venga con eso! —le interrumpió Desespringalle con tono abrupto—. Yo...

—¿De qué está usted hablando, querido colega? —A Dupin tampoco le costaba levantar la voz. Ni interrumpir al otro.

—¿Que de qué estoy hablando? ¡Ha ordenado a su secretaria que husmee por ahí! ¡Se está haciendo pasar por veraneante y me cree tan tonto como para pensar que no me doy cuenta!

Aquello era cada vez más raro.

—¿De qué me está usted hablando? ¿A quién dice que he ordenado investigar?

—A una tal Nolwenn. ¡Su secretaria! ¡Y no diga que no sabía nada!

Dupin no sabía nada.

—Está haciendo averiguaciones sobre Hugues Ellec en su nombre. La trabajadora con la que ha hablado su secretaria en la oficina del catastro lo ha consultado con su superiora, porque no sabía si dar o no información a la comisaría de Concarneau. ¡Por casualidad, la directora de la oficina es una buena amiga mía!

¿Nolwenn estaba investigando? ¿A sus espaldas? ¿En el caso del diputado? ¿Por lo del banco de arena y los posibles tratos de favor? De hecho, era propio de Nolwenn que hubiera contactado directamente con la funcionaria responsable; por lo general, en sus investigaciones ella nunca se dirigía a ningún superior.

—Yo, bueno, pues muchas gracias. Es usted muy amable —dijo Dupin, y colgó.

Era increíble. Claire y Nolwenn lo habían condenado a unas vacaciones estrictas, a la abstinencia total de trabajo, y le habían prohibido inmiscuirse en los incidentes ocurridos en Trégastel. Y ahora una trabajaba casi tanto como en una jornada diaria en el hospital y la otra investigaba con afán a sus espaldas y, además, en casos sobre los que ella misma le había dicho que no eran de su incumbencia.

Sintió ganas de agarrar el teléfono y llamar a Nolwenn, pero por un lado le aguardaba una conversación urgente y, por otro, era más inteligente pensar con calma cómo aprovechar esa circunstancia a su favor, igual que había hecho con Claire.

Ahora no tenía tiempo. Más tarde se ocuparía de eso.

Cruzó la puerta abierta con paso enérgico, todavía un poco indignado. Se encontró en una oficina espaciosa, elegante, de decoración moderna, aunque sin excesos; muebles claros de madera, estanterías, aparadores. Un ventanal amplio, panorámico, frente al cual había una mesita y cuatro cómodas butacas. Fotografías impresionantes en blanco y negro colgadas en la pared. Paisajes bretones.

—Aquí es donde recibimos a las visitas. En la sala contigua hay dos escritorios y también disponemos de una pequeña sala de reuniones.

Un buen equipamiento.

—La señora Rabier —Dupin tenía que ir al grano— me ha dicho en confianza que está usted documentando varios asuntos delicados.

Utilizó a propósito ese término tan general.

—No sé si la palabra «delicados» es la más apropiada. —El joven tenía una voz débil, parecía temeroso—. Tiene una connotación de peligro.

—Muéstreme lo que tiene.

Aiméric Janvier cogió una carpeta de plástico azul que había sobre un amplio aparador.

—Aquí tiene copias de los documentos relacionados con la licencia de obras de la familia Ellec. Y también las que se refieren a ampliaciones ilegales de la cantera.

Se la entregó a Dupin. Janvier lo tenía todo bien preparado.

—¿Son copias de sus copias?

—Sí.

—¿Y tiene también los originales?

El joven parecía inseguro.

—No —respondió, revolviéndose incómodo—. La señora Rabier ha dicho que los documentos no pueden salir de esta sala. —Tenía la vista clavada en

el suelo—. Por eso le pide que los lea aquí mismo.

—¿Ha documentado usted otros asuntos relacionados con el señor Ellec?

—De forma sistemática, solo esto.

—¿Qué quiere decir?

—Hace tiempo que se oyen quejas desde muchos lados. Pero todo es siempre muy vago. Nosotros preferimos centrarnos de forma sistemática en un asunto en concreto.

—¿Cuándo son las próximas elecciones?

—El próximo año. Pero esta cuestión va más allá de las elecciones.

Dupin cogió la carpeta azul, se acercó a una butaca y se acomodó. Había dosieres de plástico verde y rosa marcados con unas etiquetas adhesivas: CHASTAGNER y ELLEC.

Dupin empezó con el diputado. No podía apartar la mente de Nolwenn. ¿Por qué no le había avisado?

Colocó la primera hoja sobre la mesa.

El secretario de Rabier tomó asiento a su lado.

—¿Qué piensa usted? ¿Quién cree que fue el autor del ataque a su jefe?

—Ellec. —No había ni un asomo de duda en su voz.

Los ojos de Dupin recorrieron el primer documento.

—¿Tiene algún indicio?

—No. Pero odia a la señora Rabier.

—No parece ser el único. Al menos en esto coincide con el señor Chastagner y con Maïwenn Guichard. —Dupin hizo este comentario con tono despreocupado.

Contempló el plano a escala de una propiedad junto al mar. Sobre la lengua de tierra de Ploumanac'h, a apenas trescientos metros de la playa, frente a la que antes habían estado sentados. En la parte superior del documento, escrito en una caligrafía temblorosa: «Terreno B 7102/12: Familia Ellec». Cinco mil trescientos metros cuadrados. Docenas de indicaciones técnicas, abreviaturas que Dupin desconocía. No había duda de que se trataba de una ubicación privilegiada.

—¿Quién encontró y copió todos estos documentos?

—Yo.

—¿Sin ser visto?

Una vacilación.

—Eso espero.

—Así pues, no está seguro.

—Creo que sí.

En todo caso, no podía descartarse que alguien hubiera visto a Janvier y luego hubiera tomado alguna medida contra la señora Rabier.

Dupin examinó las otras hojas. Unas quince, tal vez. Hasta que llegó al plano de un arquitecto.

—El documento decisivo es el último.

Dupin lo hojeó.

—Exactamente aquí. La autorización especial que la familia Ellec sostiene que obtuvo hace doce años del antiguo alcalde, que murió hace ya tiempo. Aquí se dice —el joven señaló la hoja— que esa autorización especial se realizó de conformidad con el prefecto.

Dupin leyó el breve texto. A primera vista todo parecía correcto.

—Está muy bien hecho. El alcalde está muerto y el prefecto, jubilado. Este último afirma que no se acuerda de este proceso, pero que podría ser posible. Hablé personalmente con él. Me dijo que el pueblo está en deuda con esta familia. Una serie de comentarios muy vagos. Sin embargo, sabemos que el alcalde de entonces había seguido una política muy restrictiva en lo referente a la protección de las superficies costeras no urbanizadas. Una autorización de este tipo no es propia de él.

—Así pues, usted considera que este documento es una falsificación.

—Estoy seguro de ello.

—Es posible que al antiguo prefecto, con el que usted habló, le extrañara su interés por este asunto. Sobre todo si él estuvo implicado. Incluso aunque no fuera así. Por lo tanto, por lo menos él sabe que usted está haciendo pesquisas.

Aquel era el segundo hecho por el que alguien habría podido enterarse de la investigación de Rabier y la aprovechara a su favor. Y, seguramente, habría más; de hecho, eso ocurría siempre que alguien se creía capaz de averiguar algo en secreto.

Aiméric Janvier no dijo nada y siguió cabizbajo.

—Supongo que el documento original se encuentra en la oficina del catastro.

—Sí. Y esa oficina está en el edificio del ayuntamiento. Por desgracia, no me pude llevar el original. Y eso es justo lo que necesitábamos. —El joven parecía desesperado—. Creo incluso que el papel del documento era auténtico. Parecía viejo. Aunque eso, en sí, no es un problema: en los expedientes suele haber páginas vacías que pueden utilizarse. Si además se emplea una máquina de escribir antigua, todo resulta de lo más convincente.

Y, por supuesto, las firmas se pueden falsificar. Sin embargo, esto solo se podría demostrar analizando el original.

—¿Y el documento apareció el año pasado?

—En marzo, de repente.

—¿Qué dijo el alcalde al respecto?

—Según se dice, se quedó perplejo. De todos modos, no se ha ocupado mucho de ese asunto.

—¿Ha hablado usted con él?

—No. Me pareció demasiado arriesgado.

Eso era cierto.

Dupin miró el reloj. Faltaban veinte minutos para las siete.

—¿Y las otras investigaciones? ¿Sobre Chastagner?

—En ese caso lo sorprendente no es que haya un documento, sino la falta de uno de ellos, en concreto el que autoriza la ampliación de la cantera, algo que él ha ido haciendo poco a poco. En un plano a escala puede usted ver la última autorización oficial de ampliación, del año 2000. En cambio, no hay ninguna que cubra los actuales límites de la cantera.

—¿Cómo ha podido usted acceder a esta documentación?

—Se encuentra en el Registro mercantil. La señora Rabier les dijo que estábamos sopesando la opción de ampliar las tres canteras y que queríamos conocer el estado actual. Ella fue allí en persona.

Desde luego, una acción poco encubierta. También en este caso era posible que alguien se hubiera dado cuenta de ello. Los tres propietarios de las canteras. El alcalde y el consejo municipal.

—Luego, en abril usamos un dron para tomar unas instantáneas que demuestran que en muchos puntos al oeste Chastagner ha explotado hasta cien metros más de lo acordado en el año 2000. Él afirma que dispone de todos los permisos, pero que no ve ningún motivo para dar a conocer «secretos de empresa». Nuestra intención es presentar en breve una solicitud oficial al consejo municipal.

—¿Sobrevolaron la cantera con un dron?

Dupin, entretanto, había sacado las hojas del dossier. Buscó las fotos. En efecto.

—No es gran cosa. Hoy en día es posible obtener una calidad aceptable por unos pocos cientos de euros.

—Puede que alguien fuera testigo de esta acción. Tal vez incluso Chastagner en persona.

—Lo hicimos al atardecer —explicó Janvier con orgullo—. De hecho, lo que nos interesaba no eran tanto los detalles como la extensión real. Y en esta se aprecia con precisión.

El atardecer no era tampoco una protección fiable.

—¿Han anunciado ustedes en algún lugar la presentación de esta solicitud?

La señora Rabier no había mencionado a Dupin nada en ese sentido.

—No, claro que no. De haberlo hecho, los demás se habrían preparado. La intención es que les pille por sorpresa.

—¿Cuándo tienen previsto hacerlo?

—En cuanto empiecen las sesiones, después de las vacaciones de verano. Entre mediados y finales de septiembre.

Todo aquello parecía mucho más concreto que la primera impresión que Dupin había tenido.

—Muy bien. —Se levantó de forma brusca—. Me llevaré la carpeta.

Se puso en marcha.

El joven lo siguió nervioso.

—Pero la señora Rabier ha dicho expresamente que no...

—Ya se lo explicaré a ella.

Dupin ya había alcanzado la puerta. Se dio la vuelta.

—No se preocupe. —La cara de Janvier reflejaba claramente su nerviosismo—. Asumo toda la responsabilidad.

Dicho eso, abrió la puerta y salió al pasillo.

Ya tenía lo que necesitaba.

La gendarmería resultó ser un edificio de piedra de aspecto pobre, estrecho y discreto; era una construcción hecha de granito marrón rojizo y sucio, algo retirada, metida entre el bar y una pastelería de magnífico aspecto. El rótulo gris mate del edificio, donde se podía leer «Gendarmería de Trégastel», era muy discreto. Los cristales de las ventanas inferiores estaban tintados, por lo que su interior era invisible desde la calle.

Mientras se dirigía hacia allí, Dupin había estado dando vueltas al modo de encarar las «investigaciones encubiertas» de Nolwenn. Al final había optado por el abordaje calculado: intentaría sacar el máximo provecho para él y sus operaciones.

Al salir del edificio situado detrás de la Grève Blanche se había producido una situación curiosa. En un Peugeot blanco aparcado casi delante de la

oficina de la diputada había visto a un hombre hablando por teléfono. Dupin no pudo distinguirlo bien, pero tuvo la impresión de que lo estaba vigilando. El comisario tenía una intuición excelente para estas situaciones; aun así, no estaba seguro. Tal vez solo se lo había figurado.

Dupin llamó al timbre de la oficina, que tenía una forma alargada. Era el mismo modelo de la comisaría de Concarneau. Levantó la cabeza hacia la cámara robusta que había sobre la puerta, que también era el mismo modelo.

Al cabo de unos instantes, se oyó un zumbido bastante estridente.

Empujó la pesada puerta de entrada. Daba a un pasillo estrecho. Delante se veía una puerta con la inscripción «Damas/Caballeros» que conducía directamente a los lavabos.

A la derecha, una puerta abierta invitaba a pasar a la zona de oficinas cuyas ventanas tintadas daban a la calle. Junto al dintel era difícil no ver una flecha naranja impresa en papel. Aquella era una invitación inequívoca para la ciudadanía.

Dupin entró en la sala, que era tan discreta como el resto del edificio. El mobiliario debía de tener décadas de antigüedad, de cuando la formica aún estaba de moda. El aire estaba algo viciado y lleno de polvo; le pareció percibir además el olor, insoportablemente intenso, del mismo detergente que en su comisaría. Tenía la convicción de que era el limpiador estándar de toda la administración francesa, aunque puede que solo fueran imaginaciones suyas, pues nadie en Concarneau, excepto él, lo notaba. Se dijo que no aguantaría allí más de cinco minutos.

A ambos lados de la sala había unos escritorios de color beis, cada uno con una silla de oficina y dos más delante para las visitas. La pared de la derecha estaba totalmente tapada por unas estanterías, también de triste formica beis, atestadas de carpetas y montones de papel.

A la izquierda había un enorme tablón de anuncios, seguramente también de la misma época que la formica, y un banco más largo que no invitaba a sentarse.

Inès Marchesi ocupaba el escritorio de la izquierda, no muy lejos del tablón de anuncios, y escribía. Tenía delante una pantalla enorme y un amasijo de cables. Sobre su mesa había también montones de documentos en un precario equilibrio. Los papeles que se encontraban más abajo tenían los bordes amarillentos.

Marchesi no hizo el menor ademán de levantarse. Saludó con un breve asentimiento de cabeza y, por la expresión de su cara, parecía molesta, cuando

Dupin se le acercó. De nuevo fue incapaz de entrever la simpatía que, al parecer, ella sentía por él.

Dupin tomó asiento en una de las sillas para las visitas.

—Muchas gracias por dedicarme un rato.

Sería mejor empezar con amabilidad.

—Me gustaría... —El móvil de Dupin.

De nuevo un número oculto. De nuevo, un momento inapropiado.

—Le ruego que me disculpe, pero me temo que debo responder.

No era un buen comienzo.

Marchesi se encogió de hombros con indiferencia y siguió escribiendo en el teclado de su ordenador.

Dupin se puso de pie y regresó al pasillo que se abría frente a los lavabos; mientras lo hacía, respondió a la llamada.

—¿Dígame?

—He vuelto a recibir otra amenaza —le susurró una voz. Dupin la reconoció al momento. La señora Rabier—. Otra carta. Hace media hora. Yo...

—¿Qué dice?

—Apenas unas palabras: «Sabemos que ha hablado con la policía. No vuelva a hacerlo, o de lo contrario tendrá que asumir las consecuencias».

—Podría ser un farol.

Era posible, sí. Pero Dupin no estaba convencido.

—¿Eso cree usted, señor comisario?

En esa pregunta había esperanza. No debería haber dicho nada.

—Yo no creo nada. Solo pienso que es bueno considerar todas las posibilidades. ¿Han vuelto a enviar la carta desde el buzón del hospital?

Dupin supuso que el comisario de Lannion habría encargado la vigilancia de la entrada y del buzón; cualquier otra cosa habría sido una negligencia.

—No. Esta vez ha llegado por correo. Sellada ayer por la tarde en la oficina de correos de Trégastel. La policía ya lo está investigando.

—¿Qué ha dicho el comisario de Lannion?

—En cuanto he recibido la carta, he llamado al comisario Desespringalle. Se ha quedado en silencio un buen rato. No ha sido muy tranquilizador, pero me ha dicho que estaban realizando importantes avances.

—¿Ha dicho que estaba avanzando?

—Sí.

—¿El comisario de Lannion mide aproximadamente un metro noventa y es muy delgado? ¿Tiene una cara enjuta con una cicatriz que llama la

atención?

—Sí. ¿Por qué?

Entonces era él. Hacía un rato, sus comentarios no parecían demasiado esperanzadores. O había mentido a la diputada, o en ese escaso espacio de tiempo se había producido un giro realmente sorprendente, lo cual era una suposición poco menos que improbable.

—¿Ha dicho o insinuado por qué?

—No. Pero me ha dicho que no debería tener miedo. Que reforzará la vigilancia junto a mi habitación y en el hospital. También en la calle. Y en el prado que hay enfrente. Mi habitación está en la tercera planta. Además, ha pedido refuerzos. Quiere retenerme en el hospital el máximo tiempo posible, hasta que la situación se haya aclarado y no corra ningún peligro.

Sobre el papel, no era una mala ocurrencia. Aquel era el lugar más seguro.

—¿Podría decirme dónde se encuentra actualmente su... bueno, el marido de la señora Guichard?

—Sigue en Rennes. El parque eólico. —El controvertido proyecto—. Desespringalle lo... está vigilando. —Daba la impresión de que le resultaba embarazoso.

—Eso está bien.

Dupin lo decía en serio. Por supuesto, vigilarlo era lo correcto. Aunque solo fuera para descartarlo como sospechoso.

—¿No creerá que él podría tener algo que ver con la pedrada y las amenazas?

—Nunca está de más tenerlo todo en cuenta. Por cierto, acabo de entrevistarme con su secretario. Una cosa importante, señora Rabier: aparte de las dos investigaciones que conozco, ¿hay alguna otra en curso? ¿Sobre otras personas? De ser así, debería decírmelo.

—No. Se lo aseguro.

Su tono de voz era convincente.

—En estos dos casos, ¿hay algún otro asunto?

—Si lo hubiera, se lo diría. —Su voz adoptó un matiz suplicante—. En realidad, esas, digamos, «actividades» de Ellec se deberían investigar muy a fondo. Hay algo ahí que huele a podrido. Pero no parece que nadie quiera encargarse de ello.

—Por lo tanto, no hay ningún otro documento respecto a otros hechos, ¿verdad?

Dupin debía tener la certeza.

—No. —También esa respuesta sonó decidida y clara.

—No deje entrar en su habitación a nadie, excepto a la policía y a los médicos, señora Rabier. A nadie.

Dupin era consciente de que aquella no era una frase que sirviera para levantar el ánimo.

—¿Ni siquiera a mi secretario?

—Ni siquiera a él. Evite las visitas. Hágalo todo por teléfono.

—¿Cree usted que Aiméric... —se interrumpió— es sospechoso? El comisario Desespringalle me ha dicho que puedo ver a las personas en la que confío plenamente.

—Por el momento no tengo ningún sospechoso. Es solo una simple medida de precaución.

—Lo entiendo. —Por su voz, parecía algo más aliviada—. Gracias, señor comisario.

—Hágame caso, señora Rabier.

—Lo haré.

La diputada colgó.

Dupin se volvió y regresó al escritorio de la gendarme.

Fuera lo que fuese lo que ocurría en Trégastel y sin tener en cuenta de cuántos casos se tratara, la cuestión se estaba agravando.

Inès Marchesi seguía tecleando a una velocidad impresionante. No parecía haberse percatado del regreso de Dupin. Él volvió a tomar asiento.

—Aquí tiene. —De pronto, ella agarró una carpeta muy gruesa de cartón gris y se la entregó a Dupin—. Copias del expediente de la investigación sobre el cadáver de la mujer encontrada hace siete años en la cantera. Sin embargo —añadió mirándolo con severidad—, no pueden salir de aquí.

—Vale —murmuró Dupin.

La gendarme siguió escribiendo.

—¿Y si yo...?

—No.

Necesitaba demasiado a Marchesi como para enfrentarse a ella.

—¿Y usted no ha encontrado nada especial?

—Hasta ahora todo es de lo más normal.

—Tal vez podría venir otra vez para mirarlo con calma. Hoy, por desgracia, apenas tengo tiempo —dijo Dupin consultando el reloj. Debía estar en el hotel poco después de las siete—. ¿Qué le parece mañana antes del mediodía?

—Como quiera. —Ella siguió tecleando.

—¿Conoce al secretario de la señora Rabier, Aiméric Janvier?

Ella levantó un momento los ojos.

—Un poco. ¿Por qué?

—¿Cuánto hace que trabaja con la diputada?

—Voy a consultar lo que hay sobre él.

De nuevo se oyó el ruido de las teclas.

Dupin dirigió la mirada hacia el tablón de anuncios. Llamadas a la «colaboración ciudadana» para delitos locales. Un caos de papeles de dos y hasta tres capas en algunos puntos. Impresionante. Casi una instalación. La mayoría de los anuncios eran antiguos, y tenían el color marrón anaranjado de los ácidos del papel; algunos eran de los ochenta y de los noventa; el 2 de marzo de 1983 un Citroën 2CV había sido incendiado en el centro de la ciudad; apenas un año después pasó lo mismo con un granero. No parecía que nadie se ocupara de mantener el orden de forma sistemática en ese panel.

Casi en el centro del tablón descubrió el anuncio de la muerte de la empleada de la cantera. La Muerta rosa. Dupin alargó el cuello y leyó las escasas líneas. Una fotografía gastada de la fallecida. Una imagen ajada de la cantera. La llamada a informar de «todo cuanto de algún modo pueda guardar relación con el suceso».

La desaparición de la estatua de santa Ana también se había hecho un hueco en el gran tablón de anuncios, igual, cómo no, que la de la señora Durand y la pedrada contra la señora Rabier; esos eran los anuncios más recientes y, por algún motivo, estaban colgados en la parte inferior izquierda. Aquel tablón era la crónica fiel, y posiblemente completa, de toda la historia criminal de Trégastel en las últimas décadas. A Dupin esa idea le gustó.

—Veamos. —Marchesi le sacó de sus cavilaciones—. Ese joven parece muy discreto. Nació en Perros. —Su tono era como si estuviera diciendo «en el Ártico»—. Estudió ciencias políticas en la École Normale Supérieure. Proyecto de fin de carrera titulado *Las regiones europeas en el proceso de unificación progresiva*. Luego regresó. Su empleo con la señora Rabier es su primer trabajo. Empezó hace tres años, en enero. Sus padres todavía viven en Perros. El padre trabaja para el ayuntamiento, en la oficina de turismo. La madre es maestra de primaria.

Dupin estaba impresionado. En ningún sitio se podía encontrar tanta información junta. La gendarme debía de haber buscado a toda velocidad.

—¿Novia?

—Siempre lo he visto solo. Pero eso no significa nada.

Esa parecía ser su expresión favorita. Y no le faltaba razón.

—¿Alguna relación con Chastagner, Ellec o la granjera?

Tal vez alguien ya se lo habría mencionado, pero, aun así, él prefirió preguntar, por prudencia. Aquel era un lugar donde al final todo el mundo estaba relacionado o emparentado con todo el mundo.

—No que se sepa. —Ella arqueó un poco las cejas—. ¿Cree usted que podría ser el responsable de la agresión contra la diputada? ¿Es él quien la amenaza? ¿Es él solo o actúa por orden de otra persona?

—¿Está usted al corriente de lo de las amenazas?

Marchesi dibujó una sonrisa casi imperceptible.

—¿Cómo lo ha sabido?

Por lo tanto, el comisario de Lannion no lo había mantenido en secreto.

De nuevo esa sonrisa. Ella no lo admitiría, pero a Dupin no le cabía ninguna duda: sabía lo de las cartas. Por imposible que pareciera, Inès Marchesi era muy hábil. Dupin no habría sabido decir si él le caía bien a ella, pero de una cosa estaba seguro: que a él, ella le caía fenomenal.

—¿A qué se refiere?

—A nada. Creo que es bueno tener en cuenta a todo el mundo, sin excepciones.

—¿Y si los dos han urdido esta trama y quieren ocultarlo? —Marchesi formuló esa pregunta casi sin entonación y sin apartar los ojos de la pantalla—. Podría ser una maniobra de distracción. Para ocultar otra cosa. Tal vez ella quiera dirigir las sospechas hacia Ellec, su competidor. ¿Es posible que solo quiera sacarle ventaja a su rival? De todos modos, bien mirado, la que peor lo tiene es Maïwenn Guichard. Es posible incluso que la responsable de todo sea la mismísima diputada.

—¿Cómo se explicaría entonces la grave lesión que sufrió con la pedrada?

—Una consecuencia desgraciada de su propia maniobra.

Dupin ya había pensado un par de veces en ello, pero no había ahondado mucho en esa posibilidad.

Había algo que quería saber:

—¿Por qué ha dicho que la que peor lo tiene es la granjera?

—Bueno, por la pista de la tierra en la piedra.

—¿Qué pista? ¿Se refiere a la piedra que se arrojó contra la ventana?

—Hace una hora que lo he... —Parecía buscar la palabra adecuada— averiguado. Los análisis de los restos de tierra que había en la piedra señalan un suelo con una proporción orgánica bastante elevada, algo propio del suelo del valle del Traouiéro y su frondosa vegetación.

—¿Cómo? —Dupin ni siquiera sabía que la policía se había estado ocupando de la piedra—. Y las tierras de Guichard —siguió diciendo para sí

— están en ese valle.

—En el lado oriental del valle. La pedanía donde tiene su granja es Ker Gomar. De todos modos —la agente inclinó la cabeza con ademán pensativo—, también podría ser una maniobra para dirigir la atención sobre ella.

—Es posible.

La gendarme Marchesi desplazaba el ratón de un lado a otro; Dupin no sabía con qué fin.

—La cantera está a trescientos metros en línea recta desde la granja.

—¿Tan cerca?

Dupin había guardado el mapa en la parte posterior de la libreta. Lo desplegó. En él había marcado la ubicación de los puntos importantes, pero ese detalle se le había pasado por alto.

—Es cierto. —Había localizado las dos cosas: la pedanía y la cantera de Chastagner. La *carrière rose*. Desde luego, era innegable que había cierta proximidad.

El valle se encontraba en la lista de excursiones imprescindibles; ahora esa visita se había vuelto más apremiante. Sin embargo, las posibilidades de convencer a Claire para ir al día siguiente eran escasas. Ella querría ir a la playa; según los pronósticos del tiempo, aquel anticiclón tan poco habitual se prolongaría aún unos días. Con todo, se dijo Dupin, quizá mañana necesitara otra vez un poco de «tiempo solo para ella». Tal vez él sí podría hacer alguna cosa.

—Yo...

De nuevo le sonó el móvil.

¡Era Claire! Faltaban unos pocos minutos para las siete.

Dupin se puso de pie, miró un instante a Inès Marchesi, que apenas se encogió de hombros, y se encaminó hacia el corto pasillo. En teoría, él tenía que ir a recoger su tarjeta de crédito.

—Hola, Claire, ahora voy a...

—Georges, ha sido fabuloso. Esos masajes son una delicia. Una auténtica fuente de juventud. —Esa era una expresión que ella nunca usaba—. ¿Te molesta si me quedo un poco más? Así podría hacer una sesión de tratamiento con piedras calientes. La fisioterapeuta me lo ha recomendado encarecidamente.

—Por supuesto, tranquila. ¿Cómo va a molestarme? ¡Qué cosas! —Había que ir con cuidado y no responder con un entusiasmo excesivo—. Luego nos encontramos en el jardín para tomar el preaperitivo.

—¿Y no te aburrirás?

—Ahora mismo iba a recoger mi tarjeta de crédito. Y luego me tomaré una cerveza en el bar de la plaza Sainte-Anne.

—Bien hecho. Claro. ¡Tengo ganas de que llegue la cena! Y también de verte.

—Yo también.

Totalmente cierto.

—Hasta luego, Georges.

Aunque no ocurría a menudo, a veces las cosas salían a pedir de boca. El destino podía ser realmente generoso. Por lo común, la vida actuaba a la inversa: de improviso echaba por tierra de forma arbitraria los tiempos felices y creaba enredos complicados. Sin embargo, ahora todo eran coincidencias afortunadas.

Dupin regresó al asiento para las visitas.

—¿Hay alguna novedad sobre el cadáver de la cantera? ¿Alguien ha denunciado alguna desaparición?

—No. Y todos los datos sobre ella que se han podido comprobar han resultado ser falsos.

Eso era un misterio. Dupin se anotó mentalmente tratar una cuestión sobre este asunto con Jean, su amigo de París.

—Por cierto, también se ha registrado su habitación en el hotel. No se ha encontrado nada que fuera mínimamente interesante.

—¿Y qué hay de Chastagner? ¿Qué se sabe de él?

—¿A qué se refiere? ¿A la agresión o al cadáver de la cantera?

—A ambas cosas.

—Aún no hay novedades.

—Usted también investiga estos dos casos de forma activa, ¿verdad? Quiero decir, de espaldas al comisario.

En realidad, él ya conocía la respuesta a esa pregunta.

Ella levantó un momento los ojos del monitor.

—Pues claro. Todas esas cosas han ocurrido en Trégastel. —Lo dijo como si dijera «me pertenece».

—¿Sabe algo de las coartadas de Chastagner, Guichard y Ellec para la noche del martes, a la hora en que Virginie Inard fue asesinada?

—No. Por desgracia no puedo interrogarles. —Estaba, por lo tanto, en la misma y frustrante situación que Dupin—; mi fuente en la comisaría de Lannion aún no me ha podido informar de nada al respecto.

Dicho esto, volvió a teclear.

—Yo... —Dupin tenía alguna duda sobre si debía proseguir, pero decidió que sería bueno mostrar a las claras su voluntad de cooperación. Por otra parte, confiaba en ella—. Dispongo de ciertos documentos y fotografías que demuestran que Chastagner ha ampliado su cantera sin permiso.

Entonces colocó la carpeta sobre el escritorio.

—Aquí encontrará también la copia de la autorización especial que surgió de la nada a favor del señor Ellec y que le permite construir una mansión fabulosa junto al mar. Hay dudas sobre la veracidad del original, se...

Ella volvió la mirada hacia Dupin.

—Estoy al corriente de ese permiso especial. Por la opinión que Ellec me merece, tiene que ser, sin duda, una falsificación, pero será difícil demostrarlo. Haré una copia de todo.

Se levantó mientras hablaba. Se acercó a la pared del fondo, junto a la que había una fotocopidora anticuada. Dupin se dio cuenta entonces de que el tóner tóxico contribuía a la extraña mezcla de olores de la sala. Al poco, esta se llenó de los ruidos típicos de la máquina. Luego Marchesi volvió a ocupar su sitio junto al escritorio. Con todo, cuando volvió a dejar la carpeta musitó, casi de pasada, un «gracias».

—Si lo de la ampliación es cierto, habrá una denuncia inmediata. Es un asunto grave. Las leyes de protección del paisaje y la naturaleza son muy severas.

Dupin reflexionó.

—Yo, por ahora, lo retendría un poco. No nos conviene espantar a Chastagner antes de tiempo. Podría sentirse aún más en el punto de mira y modificar su conducta. Podremos activarlo en cuanto llegue el momento oportuno.

Siempre era bueno guardarse un as en la manga.

Marchesi asintió con un ademán breve. Todo indicaba que aceptaba sin protestar el «nosotros» que Dupin había empleado de forma estratégica.

—Por cierto, he intentado obtener una orden de registro para el castillo de Chastagner. Ha sido en vano.

—¿Para comprobar si la señora Durand está ahí?

—Eso también.

De nuevo, ella había tenido la misma idea que él.

—He visto a Chastagner en su coche, justo delante de su castillo. Me ha parecido ver la silueta de una persona en el asiento trasero, pero no estoy seguro.

—Cristales tintados, ¿verdad? Lo sé.

—De hecho, Chastagner siempre regresa de Saint-Brieuc los jueves a última hora. En cambio, hoy ya estaba aquí a primera hora de la tarde.

—Estoy al corriente. Dijo que tenía una cita en Trégastel. Privada. No hay nada que hacer.

En efecto. Una lástima.

—¿La autopsia del cadáver de la cantera ha desvelado alguna pista que pudiera señalar al culpable? —Dupin preguntó por prudencia, aunque sabía que, de haber algo, Marchesi ya se lo habría contado. Sin embargo, con los indicios descubiertos en los restos de tierra de la piedra, él se había dado cuenta de que no le llegaba toda la información; al menos, no de forma automática.

—No. Y tampoco se ha determinado aún dónde se produjo el asesinato.

Ella tenía la mirada clavada en la pantalla, con actitud reflexiva.

—¿Se conoce alguna relación de la fallecida con la señora Rabier? ¿O con Chastagner, Guichard o Ellec?

—Hasta ahora no veo ninguna. Y Desespringalle y su equipo, tampoco. Pero eso no significa nada.

—¿Está segura? ¿Y de que el comisario también está en blanco en este punto?

Ella asintió. Brevemente, pero con decisión.

—Sobre la desaparecida, la señora Durand. —Dupin todavía tenía un par de puntos pendientes en la lista—. Ella mencionó a su tío a una «mejor amiga» que...

—Ya pregunté sobre eso al señor Durand. Ayer hablé por teléfono con esa amiga; y también con otras dos que el señor Durand conocía. Él me dio sus nombres y teléfonos. Todas estaban al corriente de la desaparición de Alizée Durand y afirmaron no saber nada. No tienen ni idea de dónde podría estar.

Tampoco el señor Bellet ni el peluquero le habían contado esto. No era bueno que la cadena de información no funcionara bien.

—El señor Durand llamó a esas amigas el mismo día de la desaparición. Ellas lo confirmaron. Dicen que él estaba muy preocupado. —La mirada se le ensombreció—. En sí, estas declaraciones no sirven de nada.

—¿Por qué?

—Si Alizée Durand estuviera escondida en casa de una de ellas, la amiga se lo habría negado al señor Durand; y, en caso de duda, también a mí. Además, la señora Durand podría no haber ido justo donde su marido supondría que estaría. Puede que el señor Durand no nos haya dado el nombre de todas las amigas. Tal vez —siguió con un tono tranquilo— él no quiere

que encontremos a su esposa. También es posible que el asunto sea absolutamente distinto.

—Desde luego es posible —confirmó Dupin—. ¿Qué más dijo su amiga?

—Que no se lo explica. Dijo que las discusiones entre Alizée y su marido eran habituales. Que siempre había sido así. De todos modos, admitió que en el último año eran más frecuentes. Excepto en las semanas previas a las vacaciones; afirmó que se habían aplacado un poco; de hecho, ella había llegado a pensar que tal vez la señora Durand tendría unas vacaciones felices.

Dupin escuchaba con atención.

—¿Dijo eso exactamente?

—Exactamente.

—¿Le importaría que yo tuviera ese número de teléfono? —Así, él podría hablar con esa mujer personalmente.

Inès Marchesi hizo unos cuantos clics con el ratón. De repente, la impresora que tenía al lado se sacudió y se puso en marcha con estrépito.

—Nombre y número. Aquí tiene.

Le pasó una hoja a Dupin.

—Gracias.

Él dobló con cuidado el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Sin duda, usted ya habrá hablado con el señor Durand de lo que estuvieron haciendo los dos entre el jueves y el lunes.

Ella cogió una libreta de notas de color marrón que tenía junto a la pantalla, y en la que Dupin no había reparado hasta entonces, y la hojeó.

—¡Aquí tiene! —Marchesi abrió una página doble y deslizó la libreta hacia Dupin.

En ella se podía ver una especie de cronograma. Arriba se indicaban los días. Debajo, las actividades de ambos. La letra era muy menuda y a Dupin le costó leerlo todo. No era una caligrafía esmerada, pero tampoco unos garabatos imposibles como los suyos.

—Puede apuntárselo, si quiere.

Dupin quería.

Según Durand, el jueves y el sábado habían desayunado en la habitación, mientras que el viernes, el domingo y el lunes lo habían hecho en la terraza. El jueves, sobre la una y media, fueron a Morlaix porque hacía mal tiempo; ahí habían ido de compras (en la libreta ponía: «dos tejanos para la señora Durand») y luego habían cenado; regresaron al hotel sobre las once de la noche. El viernes a mediodía fueron a Saint-Brieuc; esa misma tarde, al comprobar que el cálido verano empezaba de pronto, habían alquilado un

barco (una lancha motora de 6,80 metros de eslora) y salieron a navegar por primera vez. Durante los días siguientes, después del desayuno, iban a la playa Grève Blanche y sobre la una y media o las dos tomaban un ligero almuerzo en algún restaurante. Por la tarde salían en la barca a pescar; más tarde, sobre las siete, regresaban a su habitación en el hotel.

Durante esos días, el señor Durand había tenido que trabajar de vez en cuando: largas llamadas, correos electrónicos, una conferencia telefónica (el domingo a primera hora de la tarde); en esas ocasiones, a veces la señora Durand había salido sola. Por ejemplo, el domingo después del almuerzo se marchó a tomar un café en la playa Coz Pors (donde había coincidido con Chastagner). Según las anotaciones de Marchesi, habían cenado siempre sobre las ocho en el hotel, excepto el jueves y el sábado (que habían tomado un pícnic a bordo con champán y langosta). El jueves por la mañana (a las once y media) y el sábado por la mañana (a las diez y media) Alizée Durand había ido a la peluquería.

—Muchas gracias. —Dupin había terminado; con su letra había tenido que emplear una página para cada día y, aun así, le había faltado sitio—. Yo...

Entonces estalló un enorme estrépito. Sonaba tan fuerte que le costó un rato identificarlo como un timbre.

Era el teléfono del escritorio de Marchesi. Igual que los que había en la comisaría de Concarneau. Dupin tenía la versión «ejecutivo», con más botones, aunque nunca los había utilizado.

—¡Gendarmería de Trégastel! —Marchesi respondió con tono desenvuelto.

Era una voz femenina. Estridente. Aunque, por desgracia, no tanto como para enterarse de todo.

Marchesi escuchó con tranquilidad, sin demostrar la menor reacción.

—Un robo. Entiendo. Sí.

Respuesta al otro lado de la línea.

—De acuerdo. Voy para allá.

De nuevo la voz de la mujer.

—Ahora mismo voy para allá, sí.

Marchesi puso fin a la llamada. No parecía dispuesta a aclarar nada al respecto.

Dupin la miró con sorpresa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es Amorette Abbott. Un robo en su casa. Se han llevado la batidora.

—¿Me toma usted el pelo?

—Ocurre cada poco tiempo. Alguien entra en su casa y le roba algo. Tiene noventa y seis años. Por cierto, también vive en el valle del Traouïéro. Está sola. Su marido murió hace tres años.

—¿Me está usted diciendo que ella cambia de sitio las cosas y luego piensa que alguien se las ha robado?

—No. Sabe perfectamente dónde tiene sus cosas. Jamás ha sufrido un robo y nadie ha entrado en su casa.

—¿Y eso qué significa? —Dupin estaba atónito.

—Que no tiene a nadie. Está sola. Y cuando la situación le resulta demasiado insoportable, llama y denuncia un robo.

—Y entonces, ¿qué?

—Yo voy allí y charlamos un poco. Siempre denuncia el robo a última hora de la tarde; así yo tengo tiempo. Luego cenamos juntas. Yo me marcho cuando ella se va a acostar.

Dupin se restregó las sientes. Era increíble. Y fabuloso también. Una de esas historias curiosas, tan absolutamente bretonas que le tocaban la fibra. Historias propias de películas o de libros.

—No tiene hijos. Me cuenta cosas del pasado, de su marido, de sus amigas y hermanos. Ya se han ido todos.

La gendarme contaba esa historia tan enternecedora de forma desapasionada, como todo lo demás.

—A veces también llama a Desespringalle.

—¿Cómo? —Dupin no pudo evitar su sorpresa—. ¿Y él se aviene a ese juego? ¿Pasa tiempo con ella?

—Esa es la única cosa que habla bien de él. Y tal vez —pareció sopesar sus siguientes palabras— el mal momento que está pasando.

—¿Qué quiere decir?

—Una separación. Una tremenda batalla legal. —No podía expresarse de un modo más indiferente.

Dupin habría preferido no saber eso. Ninguna de las dos cosas. Cuando no se sentía simpatía por alguien —y desde luego Dupin tenía excelentes motivos para no sentirla por ese comisario—, le resultaba difícil conceder a esa persona alguna característica «humana». Como algo emotivo. Y algo tan triste como eso.

—Por cierto, ¿cómo está el asunto de la figura desaparecida? —preguntó para pensar en otra cosa.

—¿Sabe usted lo de la furgoneta?

—No.

De nuevo otro dato que no le había llegado.

—Se lo expliqué a mi tío. La enfermera que fue a poner la vela para su prima recordó luego haber visto una furgoneta blanca en la calle. Justo delante de la entrada. Le hemos mostrado distintos modelos. Es posible que fuera una Citroën Jumper o una Renault Kangoo.

—¿Y estaba aparcada frente a la puerta?

—Sí.

—¿Tiene algún indicio de que pudiera tratarse del vehículo del ladrón?

—No. Pero creo que ahora también debería ocuparme de ese robo.

Marchesi tecleó un par de comandos en el teclado. A Dupin le hubiera encantado saber lo que ella estaba haciendo mientras él estaba sentado ahí delante. El ordenador, un modelo antiguo, dejó oír unos ruidos extraños, posiblemente el disco duro, y el ventilador restalló. La gendarme se puso de pie.

—Tal como le he dicho, las copias del expediente de la investigación se quedan aquí.

Se había dado cuenta de cómo Dupin, que también se había puesto de pie, miraba la carpeta.

Él sopesó la posibilidad de intentar convencerla, pero desistió.

En general todo había salido a pedir de boca. Más allá de la cuestión de la simpatía personal, había surgido una sólida relación profesional y no estaba dispuesto a ponerla en riesgo.

—Tal y como hemos quedado, mañana por la mañana volveré a pasarme por aquí.

—Como quiera —respondió ella encogiéndose de hombros—. Estará aquí mi compañero Alan.

Todavía tenía unas cuantas llamadas importantes que hacer.

Terminó la primera, a la propietaria del quiosco, la señora Riou, en medio minuto. Solo quería anunciarle que estaría allí al día siguiente a primera hora. Su intención era encontrarse con la granjera. Dupin también le preguntó por Ellec; sus ganas por conocerle ya eran apremiantes. Ellec acudía al quiosco «todas las mañanas puntualmente» a las nueve. El comisario estaba satisfecho: con eso había quedado definido su plan para empezar el día.

Decidió regresar por el camino junto al mar en lugar de por el pueblo. Daría un rodeo sobre la península Renote. Había oído decir que, desde el

extremo más al este, la panorámica sobre la Île de Costaérès con el castillo de Chastagner era excelente; seguro que eran unas vistas fabulosas, con una visión general de toda la zona. En torno a las ocho, o tal vez un poco antes, estaría de vuelta al hotel. A tiempo para el primer aperitivo en el jardín.

Tras salir de la gendarmería y cruzar al otro lado de la calle, Dupin se encontraba ya a la altura de la capilla de Sainte-Anne cuando, de pronto, como movido por una intuición, se volvió bruscamente y descubrió el Peugeot blanco destartado que antes había visto apostado frente a la oficina de Rabier. El vehículo estaba a unos veinte o treinta metros detrás de él, con el intermitente derecho parpadeando, como si estuviera buscando aparcamiento.

Dupin se quedó quieto un instante, intentando ser discreto. No había duda: era el mismo coche.

Por supuesto, también podía tratarse de una casualidad. Pero Dupin no lo creía en absoluto. Eso solo podía significar una cosa: que alguien lo estaba siguiendo. El hombre del Peugeot iba tras él.

Dupin consideró la posibilidad de saltar a la calle y correr hacia su perseguidor.

Sin embargo, si se equivocaba, el espectáculo sería muy lamentable; era más inteligente vigilar al hombre en secreto. Averiguar quién era y qué quería.

Dupin escrutó la acera haciendo como si hubiera perdido algo, se inclinó, volvió a enderezarse y siguió su camino. No volvió a girarse hasta que llegó al camino peatonal situado al borde de la bahía. Sin embargo, una vez ahí, se detuvo y fingió admirar las vistas. Miró hacia la derecha, en dirección a Ploumanac'h, y luego hacia la izquierda, echando entretanto un vistazo por encima del hombro.

Nada.

El Peugeot había desaparecido.

Examinó la zona de forma sistemática. Buscó el coche o al hombre que pudiera ser su conductor. En vano.

Tal vez se había confundido. O tal vez el tipo se había dado cuenta de que Dupin lo había visto y se había marchado. O quizá ahora actuaba de forma más prudente.

Dupin sacó el móvil.

Tuvo que aguardar un tiempo extrañamente largo hasta que Nolwenn le contestó.

—¡Señor comisario! Supongo que acaba de abandonar la playa y que ha disfrutado de la calma reflexiva en la toalla.

Era admirable cómo se hacía la inocente.

La conexión telefónica no era demasiado buena.

—Así es, Nolwenn. Así es.

De fondo se oían coches. Alguien había hecho sonar un claxon. El rumor de un motor. Nolwenn iba conduciendo.

—¿Y adónde se dirige usted en esta fabulosa noche de verano?

Dupin había adoptado un tono animado, algo raro en él. Tenía curiosidad por ver si ella dejaba entrever alguna cosa.

—¡Oh, no haga como si no se acordara! ¡Llevo semanas hablando de ello!

Dupin no tenía ni idea de a qué se refería.

—El festival.

Lo había olvidado por completo.

—¡Ah, sí!

Le Festival des Vieilles Charrues. Nolwenn iba hacia el mayor festival bretón de música. Más aún: el mayor festival de música de Francia y uno de los mayores de Europa, con trescientos mil visitantes y con una versión del mismo en Nueva York. Un acontecimiento con reminiscencias de Woodstock que, desde 1995, se celebraba todos los años en pleno verano, en medio del páramo bretón, en Carhaix. Bob Dylan, Sting, The Cure, Neil Young, Phoenix, Santana, Bruce Springsteen, Joan Baez, Blues Brothers, Patti Smith, ZZ Top, Bryan Ferry, Deep Purple... Todos habían participado en él. ¡En la Bretaña! Además de artistas nuevos y jóvenes, y *la crème de la crème* de la música celto-bretona.

—En este contexto, decir «¡Ah, sí!» me parece poco apropiado, señor comisario. ¡Voy a escuchar a Alan Stivell y a The Celtic Social Club! —Dos de las bandas favoritas de Nolwenn. Y siguió—: El año que viene va a venirse usted conmigo. —Nolwenn no esperó respuesta. De hecho, tampoco aquello había sido una pregunta. Luego cambió de tema con rapidez—: ¿Qué delicias ofrece el menú de hoy?

Todo indicaba que ella no imaginaba ni en sueños que Dupin se hubiera enterado de sus investigaciones encubiertas. Pero, por otra parte, tenía que saber que había cometido un error. Nolwenn no debería haber dicho su nombre en la oficina del catastro, aunque tal vez ese era el único modo de obtener información. Con toda seguridad habría dicho que estaba investigando el asunto de hacía un año y se habría inventado algo inteligente.

—Nolwenn, ¿ha reconsiderado que tal vez deberíamos interesarnos por Hugues Ellec? —Dupin estaba disfrutando muchísimo de esa situación—. Los dos, usted y yo. Aunque solo sea para tantearlo un poco. Quizá la autorización para destruir el banco de arena sea impugnable.

Dupin ni siquiera sabía si tal cosa era posible.

—Usted está de vacaciones, y punto. No tenemos nada que ver con eso.

Dupin tuvo que reprimirse para no soltar una de las múltiples observaciones mordaces e irónicas que se le pasaron por la cabeza. Aquel era el inconveniente de su estrategia.

—Y ahora debería concentrarme en la carretera; voy detrás de un tractor y el tráfico en sentido contrario es bastante denso, pero tengo que adelantar a esa monstruosidad.

Dupin oyó el rugido del motor; Nolwenn había cambiado de marcha y se preparaba para la maniobra. Antes de que él pudiera añadir algo, ella ya había colgado.

No pudo contener la sonrisa.

Marcó entonces el siguiente número de teléfono. Confiaba en que Jean, su amigo policía de París, hubiera podido averiguar algo.

Pasó un buen rato hasta que Jean descolgó.

—Georges, acabo de llegar a casa. Hemos tenido un pequeño problema en el metro. Tuvimos que...

—¿Tienes algo para mí?

—Espera que me quite los zapatos.

Un par de ruidos difíciles de interpretar. Una especie de gruñido agradable, unos pies arrastrándose. El crujido del suelo de *parquet*.

Entretanto, Dupin había llegado a la altura de la Île Renote, que tenía una playa hermosísima en esa parte, al sureste, en dirección a la gran bahía por cuyo fondo marino Claire y él habían paseado ese día. La Ti Al Lia. Estaba bordeada por los obligados colosos de piedra rosa que, apilados de forma temeraria, afianzaban la península, que en ese punto no sobresalía más de un metro y medio por encima del mar. Unos pinos altos, poderosos y desgredados por el viento, se levantaban en la parte resguardada rodeados por una hierba arbustiva de intenso color verde. La mayor parte de los bloques de piedra armónicamente redondeados que había sobre el fondo del mar —una variación interesante que Dupin no había visto hasta ahora— estaban cubiertos por algas de un negro intenso.

—Hola. —Jean había vuelto al aparato—. Acabo de sacar una cerveza de la nevera y he abierto la ventana. En el piso hace un calor asfixiante. ¿Tú

sabes la temperatura que hace en París? Anne todavía no ha regresado. — Anne, su fabulosa mujer—. Georges, ¿dónde estás?

—Estoy dando un paseo.

—¿Tú estás dando un paseo? —Dupin no respondió—. No importa. Vamos a ver: Visions. Agencia inmobiliaria. Así se llama la empresa de Durand. Fundada en 2003. Tiene un negocio considerable. Veinticuatro empleados. Inmuebles de alto nivel, aunque pocas veces son de auténtico lujo. En los últimos años se ha especializado en promociones de obra nueva y ha creado otras empresas para ello, al igual que para remodelaciones de fincas antiguas. Se trata de estructuras empresariales complicadas o, como se dice en el argot, fiscalmente optimizadas. Son unas dieciséis firmas, la mayoría registradas hoy en día a nombre de la esposa, que no actúa nunca en el ámbito comercial. No me preguntes cómo sé todo esto, he...

—¿Así que la mayoría de las empresas pertenecen legalmente a su esposa?

Hubo una pausa. Dupin supuso que era un sorbo de cerveza.

—Es una treta legal habitual. Una de las más simples y antiguas.

—¿Tienen contrato matrimonial?

—Lo más seguro. Con esos patrimonios, todo el mundo lo tiene.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Ni idea.

—¿Dónde tiene la oficina?

—En el Distrito XV. En el número 33 de la rue Frémicourt. La dirección del matrimonio figura en la rue du Théâtre, justo en la esquina.

Una zona excelente.

—He hablado con otro agente inmobiliario del mismo barrio que conoce un poco a Durand. Me debía un favor.

El viejo truco de los favores. No había nada más fiable para la labor policial.

—¿Has oído algo del matrimonio?

—Ese agente dice que son una pareja de lo más extraña y belicosa, nada más.

Eso no era de gran ayuda.

—¿Y sobre la señora Durand en particular?

—Nada. Ni siquiera tiene ficha policial: es una hoja en blanco. Lo mismo se puede decir, por cierto, de Gilbert Durand. Jamás ha llamado la atención, ni como individuo ni como empresario. En fin, no tengo nada más para ti. Y se me ha acabado la cerveza.

—¿Tienes modo de averiguar si las empresas fueron a parar a la señora Durand desde el principio y cuánto tiempo llevan casados?

Era muy probable que Inès Marchesi lo supiera, pero de ser así solo sería por boca del señor Durand. Dupin prefería tener información contrastada.

—¿Cómo se supone que puedo hacer tal cosa? No tengo ningún motivo para solicitar esa información. Va mucho más allá de mis atribuciones.

Dupin no dijo nada. Se produjo entonces una pausa algo más prolongada. Jean suspiró. Conocía la obcecación de Dupin.

—Si lo consigo, estarás en deuda conmigo, Georges. Es más, sé incluso qué será.

—¡Lo que quieras!

—Tenemos un caso absurdo, y una de las pistas apunta hacia vosotros, los del fin del mundo. En concreto, a Forêt de Brocéliande. Habrá que tomar un par de declaraciones. Y no tengo ganas de viajar a las provincias solo para eso.

—La próxima semana seguiré de vacaciones.

—No es urgente, Georges. ¡Puedes hacerlo después!

Tan complicado no sería; aquel bosque legendario estaba a mitad de camino hacia Rennes.

—De acuerdo.

—Muy bien. Me ocuparé de esas cuestiones. Te llamo.

—Una cosa más. El cadáver de la mujer que se encontró aquí, en una cantera... Se llamaba Virginie Inard y se dice que podría ser de Burdeos. Sin embargo, no está empadronada ahí. Me gustaría saber si en París alguien ha denunciado su desaparición.

A Dupin no se le había ido de la cabeza el posible acento parisino que había mencionado la camarera.

—En las páginas del *Ouest-France* y el *Télégramme* encontrarás una fotografía reconstruida de su cara. Bien entrada en los treinta. Metro setenta de altura, pelo oscuro y largo.

—¿Hay alguna otra pista?

—No. —Era muy poca cosa.

—A cambio, redactarás también el informe sobre las tomas de declaración. Y me deberás una.

Dupin suspiró.

—De acuerdo.

—Voy a tomarme otra cerveza. Hasta luego, Georges.

Dupin se volvió a meter el móvil en el bolsillo del pantalón.

La franja de arena rosada de la playa Ti Al Lia que había estado recorriendo se había estrechado y ahora había llegado a su fin.

Dupin tuvo que abrirse camino entre los enormes colosos rosados para llegar al punto más alto de la isla, situado a tres o cuatro metros de altura. Los bloques de piedra estaban más juntos entre ellos y formaban una pared ancha hasta el terraplén. De hecho, esas rocas parecían inofensivas, pero después de perderse en el acuario ese mismo día a primera hora de la tarde, estaba escarmentado. El sol aún se veía al oeste y quedaba una amplia franja sobre el horizonte; sin embargo, esos gigantes de granito ya habían empezado a arrojar unas sombras alargadas. El lado soleado del gigante brillaba y refulgía con millones de cristales, un brillo intenso adiamantado.

Dupin buscó el camino más sencillo. Pasó junto a uno de esos colosos rosados. Al llegar al final solo había una posibilidad: doblar a la derecha. Se dirigió hacia una piedra alta y deforme que, por un lado, formaba una especie de cubierta con el bloque siguiente de piedra de cantos afilados y permitía un paso de poca altura. Vaciló; luego se aproximó y se inclinó. Parecía un portal. El camino seguía por detrás. Entró y se encontró de pronto dentro una gran cavidad de piedra de suelo rocoso que no se podía ver desde el otro lado. Imposible seguir recto.

Dupin se detuvo. Sintió un escalofrío extraño. De repente, aquel laberinto de piedras ya no le pareció tan inofensivo. Se estremeció. Aquello era ridículo. ¡Menudo numerito estaba montando! Era el mundo real y no tenía más que sortear unos cuantos bloques de granito. Aunque su aspecto era imponente, al final no dejaban de ser cuatro peñascos tumbados en la playa. Nada más.

De pronto vislumbró un paso estrecho casi delante. Habría jurado que antes no estaba. Sin vacilar, se abrió paso a través de él y se encontró en un camino de tierra más seguro que continuaba empinado entre la maleza espesa hacia la parte más alta de la isla. En diez metros llegaría a la cima.

En la cara norte de la isla había, además de unos grandes arbustos hirsutos de flores blancas, extensos campos de helechos que le llegaban al pecho. En el centro de ellos, la hierba de intenso color verde formaba una especie de misteriosas lagunas verdes en las que tal vez habitaban elfos de la altura de un pulgar. Aquí y allá asomaban entre ese verdor montículos de piedras rosadas.

Ya en lo alto, Dupin contempló los bloques de granito en la playa a través de los que había conseguido abrirse paso.

Suspiró aliviado.

Al instante siguiente contuvo el aliento. Había vislumbrado algo entre los bloques de piedra. Movimiento. Algo blanco. Algo que se deslizaba rápidamente detrás de una roca inmensa. También un sonido, pero muy débil.

Sin pensarlo, se llevó la mano a la cadera derecha. En vano. Estaba de vacaciones. No iba armado.

Dupin se detuvo y clavó la mirada en el bloque de granito de la playa.

Pasó medio minuto. Un minuto. Dos. Estaba seguro: ahí detrás había alguien escondido. No se lo había imaginado.

Debía de ser el hombre del Peugeot. Llevaba algo blanco, una camisa, o tal vez una camiseta.

Pasaron más minutos. Si era cuestión de perseverar, llevaba las de ganar. Sin embargo, también era posible que esa persona, ese hombre, se hubiera alejado y que hubiera girado hacia la izquierda. En ese caso, Dupin se quedaría ahí parado como un idiota, inmóvil, y con la vista clavada en una piedra, mientras su acosador quizá se aproximaba a él desde otro punto. Tal vez estuviera aguardando con el agua hasta las rodillas, en dirección hacia la cima de la isla, y desde ahí treparía por las rocas.

Dupin apartó la mirada y escrutó con atención la costa hacia el final de la isla, que no era más que un tosco amasijo de rocas. Una de esas formaciones le recordó a la gigantesca cabeza de un dragón.

Aguardó unos minutos más.

Luego reemprendió la marcha. Vigilante. Con cierta aprensión. Si alguien quería hacerle daño y además iba armado, él estaba totalmente expuesto, ya que no había nadie a la vista en leguas a la redonda. Aunque podía ser que solo fueran figuraciones suyas.

Dupin continuó andando por el camino de tierra, que parecía trazar un arco en torno al caos de piedras del final de la isla, para acabar en el camino que llevaba a la playa que él frecuentaba.

Avanzó con paso decidido. No quería aparentar la menor inseguridad. Al mismo tiempo, estaba preparado para ofrecer resistencia. Era corpulento y, además, muy rápido y ágil.

A cada paso Dupin se sentía más aliviado. Pronto estaría sentado en el jardín con Claire.

Sacó el móvil y el papel impreso con el teléfono de la amiga de la señora Durand. Era un número de móvil.

Intentó concentrarse en las preguntas que quería hacer mientras escudriñaba su alrededor.

Alguien respondió al momento:

—¿Dígame?

—Buenos días, señora. Ya sé que ayer estuvo hablando con la gendarme Marchesi; acabamos de comentarlo en la comisaría. —Dupin dio todo ese rodeo para insinuar que era policía; si todo iba bien, no necesitaría decir su nombre—. Me gustaría preguntarle algunas cosas más sobre la desaparecida señora Durand. —Lo dijo con cierta brusquedad, con la esperanza de que ella renunciara a plantearse nada.

—¿A mí? —Por un instante pareció sorprendida—. Ya se lo conté todo ayer a la policía. ¿Qué más quieren saber?

La estrategia de Dupin había funcionado.

—Solo un par de cosas. Según nos consta, su amiga y su marido discutían con frecuencia.

Dupin detuvo la marcha y se giró sobre sí mismo de repente. No vio nada sospechoso.

—Ya se lo dije a su compañera. Su relación ha sido así desde el principio. Pero eso no significa que no se quieran.

—¿Diría que Alizée Durand quiere a su marido?

—Él es un completo idiota y no me explico por qué, pero sí. Ella lo ama.

—No parece usted sentir un gran aprecio por el señor Durand.

—No lo soporto.

—¿Y cree que él quiere a su amiga?

—No sabría decirle. Yo siempre le digo a Alizée que él solo se interesa por sí mismo. Pero he terminado por aceptarlo.

—Le comenté a mi colega que en las últimas semanas parecía que no se peleaban tanto. A pesar de que durante este año habían discutido mucho más que antes.

—Es posible.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Últimamente hemos comido juntos en dos ocasiones. Una vez salimos los tres; hará unas seis semanas. Y otra, los cuatro, hace un mes. Y es fácil darse cuenta de estas cosas.

—¿Y en esas veladas las riñas disminuyeron?

Por algún motivo, ese asunto preocupaba a Dupin.

—Sí, de algún modo así fue.

—¿Comentaron algo al respecto?

—No. Oiga, ¿con quién estoy hablando exactamente?

Al final no había funcionado. Dupin tuvo que improvisar.

—Soy el compañero de Inès Marchesi.

—¿Y cómo se llama usted?

¿Por qué se había vuelto tan desconfiada de repente? Él sacó a toda prisa su Clairefontaine y la hojeó.

—Alan Lambert. De la gendarmería de Trégastel.

Dupin había adoptado un tono formal. Y además, lo dijo a toda velocidad; en el mejor de los casos, ella no se acordaría de su nombre. Luego continuó hablando. No debía hacer ninguna pausa.

—¿Alizée Durand ha engañado alguna vez a su marido? ¿Ha tenido alguna relación extramatrimonial?

Hacerse pasar por el compañero de Marchesi era una maniobra muy arriesgada. Pero no se le había ocurrido nada mejor.

—Ya se lo dije también a su compañera. —Parecía indignada, aunque se había dado por satisfecha con la respuesta de Dupin respecto a su identidad—. ¡No! Ella no es así. —Vaciló un instante—. Aunque puede dar una impresión equivocada. Quiero decir, por su aspecto. Por el modo en que viste. Siempre le ha sido fiel. Es una mujer decente.

—¿Flirtea de vez en cuando? ¿Por diversión?

—No.

—Señora, debe decirnos la verdad. —Dupin adoptó un tono de voz grave, penetrante—. ¿Podría ser que la desaparición de su amiga tuviera algo que ver con una relación, con un posible amante?

—No. —Aunque su tono era exasperado, no pudo ocultar cierta preocupación.

—Este asunto es muy delicado. Y no descartamos que se haya producido un asesinato. Si se guarda alguna información para sí, o hace declaraciones falsas, se convierte en cómplice.

Dupin era consciente de que estaba recurriendo a medidas demasiado extremas. Pero había mucho en juego. Tal vez esa mujer solo quisiera proteger a su amiga.

Mientras tanto, Dupin había alcanzado el camino circular. Pronto vería a la derecha la playa a la que Claire y él iban siempre.

—Alizée no tiene otro hombre, ni lo busca.

—Alguien la vio con un *playboy* en un bar, de noche, antes de desaparecer. Y ambos flirteaban sin tapujos.

Un silencio prolongado.

—Ella no tiene ninguna aventura —repitió con voz firme.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Cinco años. Fue dicho y hecho. Se habían conocido pocos meses antes. Él se la quitó a uno de sus mayores competidores, un agente inmobiliario del Distrito VII con el que Alizée estuvo muy poco tiempo. Para Durand, ella es como un trofeo.

—¿Sabía que algunas empresas de Gilbert Durand pertenecen a su esposa?

—Esas cosas no me interesan.

—¿Lo sabía?

—Jamás hablamos de los negocios de su marido. A Alizée no le interesan esas cosas. Y la verdad es que a mí tampoco.

—¿Nunca lo ha mencionado?

—No. —Por la voz parecía irritada.

En unos minutos Dupin llegaría al hotel. El mundo granítico a su alrededor había adoptado esa tarde un encendido tono anaranjado.

—¿Y el señor Durand? ¿Él tiene aventuras? —También tenía que considerar esa posibilidad—. ¿Sabe si hay alguna otra mujer?

—Alizée nunca me ha comentado nada. Y, créame, lo haría. Si fuera el caso, entonces es que ella no se ha enterado. Yo creo que lo mataría.

—Bien —decidió Dupin—. ¿Se le ha ocurrido alguna otra cosa después de hablar por teléfono con mi compañera Marchesi?

Cualquier detalle, incluso el más insignificante, podría ser de importancia.

—No.

—En tal caso, muchas gracias, señora. Ah, permítame aún una última pregunta. —Cuando antes hablaban de eso, ella lo distrajo—. ¿Sabría decirme cuál de los dos era el responsable de que en las últimas semanas discutieran menos? Por lo que observó en esas dos veladas con ellos.

La mujer reflexionó. Tardó unos instantes en responder.

—Tal vez fuera cosa de él. Dejó de darle tanta importancia a las cosas, en cierto modo. Pero no estoy segura.

—Eso resulta de gran ayuda. Por cierto, ¿tiene alguna idea sobre el actual paradero de Alizée Durand?

—No, ninguna.

—Muchas gracias de nuevo. *Bonsoir*, señora.

—*Bonsoir*.

Dupin recorrió la suave pendiente que ascendía hasta lo alto de la duna que separaba las dos playas, la «suya» y la siguiente. Al final, esa cumbre

formaba una especie de pared de arena a través de la cual se había abierto un camino detrás de las playas.

La bahía era de arena blanca y fina y apenas había piedras de color rosa. En cambio, estaba rodeada por formaciones de roca imponentes, como el famoso Montón de Crepes, que en verdad tenía esa apariencia y en la que Claire había contado hasta seis crepes.

Faltaba muy poco para las ocho. Dupin llegaría puntual.

Apretó el paso, en parte porque estaba deseando tomarse una copa de Quincy bien frío, y también porque de repente se dio cuenta de que estaba hambriento. Seguramente a Claire le pasaría lo mismo.

Dupin estaba a punto de abandonar la pequeña bahía con la hermosa playa de arena cuando tuvo una idea. Aquel terreno era idóneo para una maniobra de ese tipo.

Iba a comprobar si en realidad sus sentidos le habían jugado una mala pasada o si de verdad alguien le seguía. De este modo, por fin podría estar seguro.

Dio un gran salto y salió corriendo en diagonal por la playa hacia el Montón de crepes.

Llegó sin aliento. Se ocultó detrás. Desde allí se veía toda la bahía.

Clavó la vista en el camino abierto en la duna.

Y, en efecto, al cabo de un instante lo vio. A unos setenta metros.

Un hombre con camiseta blanca, de complexión fuerte. Pelo negro muy corto. Miraba hacia delante y luego por el camino. Aceleró el paso al no ver a nadie. Las últimas dudas de Dupin se disiparon: aquel hombre lo estaba siguiendo.

Entonces echó a correr hacia el desconocido.

El hombre necesitó un instante para reparar en su presencia y lanzarse también a la carrera.

Dupin se esforzó al máximo. Tenía que atraparlo.

Sin embargo, había demasiada distancia.

El hombre ya corría en dirección al paseo de Coz Pors. Los hoteles, los bares, los restaurantes, el centro de talasoterapia...

Dupin lo siguió a toda prisa.

Abandonó cuando dejó atrás las cuatro casetas de venta de pasajes; lo había perdido. Las terrazas y el paseo estaban repletos de gente. La zona carecía de visibilidad. Había docenas de posibilidades para ocultarse.

Dupin no tenía opción.

—¡Mierda!

Maldijo en voz alta. Dos matrimonios mayores y de aspecto distinguido que estaban ensimismados con aquel fabuloso ambiente vespertino, caminaban tranquilos por el paseo, dieron un respingo y lo miraron con espanto.

Era verdad. Alguien lo vigilaba. No eran imaginaciones suyas.

Enojado y maldiciendo en voz baja otros improperios, Dupin siguió el camino de vuelta al hotel.

Dos hombres lo abordaron cuando ya veía la entrada que daba al jardín del hotel. Atuendo de Goretex beis oscuro, gorras de sol de colores y mochilas a juego; uno alto y espigado, otro rechoncho y bajito; los dos con prismáticos colgados al cuello.

—¡Oh, qué alegría! ¡Nuestro compañero ornitólogo! Esto es lo que ocurre en el pequeño mundo de la pasión que compartimos; a la fuerza tenemos que encontrarnos una y otra vez. ¡La ruta de los paraísos de las aves!

Dupin tenía la frente empapada de sudor y aún resollaba. No tenía ni idea de qué hablaba aquel hombre, el más bajo de los dos, y saltaba a la vista que había estado demasiado tiempo al sol. Sin embargo, tuvo la impresión de haberlos visto antes. El hombre apenas cabía en sí de emoción.

—¿Ha visto ya los alcatraces? ¡Increíble! ¡16 745 parejas! Todo el mundo quiere ver frailecillos, pero los alcatraces son las verdaderas estrellas. Hay una isla repleta de ellos. Es curioso, son aves monógamas. Y pueden precipitarse en las aguas con sus alas de dos metros desde alturas vertiginosas; se sumergen hasta quince metros de profundidad y pescan los arenques por debajo. ¡Por debajo! Le recomendamos la *Fanfan*, una barca pequeña, especial para locos como nosotros. —Le hizo un guiño de complicidad—. Parten desde ahí un poco antes de la puesta de sol. Y esperan tanto tiempo como se quiera. Pero, claro —se echó a reír con un tono extrañamente grave—, seguro que ya lo sabe.

Eso eran muchos datos y muy abstrusos.

De pronto, Dupin se acordó. Eran los ornitólogos del caso de la sal. Los había conocido en el curso de la investigación en el golfo de Morbihan. Ya entonces lo habían abordado sin más, hablándole de carádridos y alcas. Sin pausa y sin descanso. Como ahora. Eran ellos. Sin duda.

El bajito se restregó la frente, contento.

—¡Usted andaba buscando pequeños pingüinos! ¡Eso es! ¡Ya me acuerdo! Seguro que ya hace días que ha ido a las Sept-Îles a ver sus aves preferidas. —Entonces el hombre adoptó una expresión seria—. De no saber que los amantes de las aves somos gente tranquila y amable, habría que preguntarse

por qué anda usted siempre donde se cometen los mayores crímenes. ¡Eso es muy sospechoso!

Soltó una risa grave mientras su acompañante asentía.

—Desde luego, sería un caso emocionante. Un ornitólogo que aprovecha sus salidas para cometer asesinatos. ¡Es la tapadera perfecta! —De pronto abrió mucho los ojos, como si aquel pensamiento le hubiera asustado—. Bueno, nosotros tenemos que proseguir —añadió, esforzándose por recuperar la sonrisa—. Hoy todavía nos quedan por ver algunos cormoranes espléndidos.

El hombre alto asintió con entusiasmo. Seguía sin decir palabra.

De repente, parecían tener prisa.

—En fin, nos vemos.

Un instante después habían desaparecido.

Dupin se estremeció.

Luego se puso en marcha muy despacio. Inspiró y espiró profundamente. Se sosegó.

Cruzó la entrada a paso tranquilo y avanzó por el serpenteante camino privado que llevaba al hotel.

Algo le estaba inquietando desde que habló con Nolwenn; y cayó ahora en la cuenta de lo que era: ¿por qué había permitido que ella lo engañara? ¿Cómo había sido tan ingenuo?

Solo sería un minuto.

Sacó el móvil y se apoyó en uno de los grandes bloques de granito del jardín.

Tuvo que esperar un poco hasta que el inspector respondió.

—Jefe —saludó con un tono de voz compungido—, ya sabe que no puedo hacer nada por usted.

—Le Ber, ¿dónde está Nolwenn?

—¿Nolwenn?

—Sí, hace un rato que se ha marchado en coche. ¿Adónde?

—¡Si ya lo sabe usted! ¡Al festival! Actúan sus bandas preferidas y...

—¿De verdad está yendo hacia allá? ¿Seguro?

—Sí. ¿Cree que ella dejaría escapar una ocasión como esa? ¿Qué le hace pensar eso? —Le Ber parecía realmente confundido.

—¡Estoy hablando en serio! ¡Dígame de una vez la verdad!

El inspector estaba siendo convincente. Aun así...

—Yo... le estoy diciendo la verdad. Es todo lo que sé.

—¡Ajá! —exclamó Dupin con tono triunfante—. Entonces lo que ocurre es que, en realidad, usted no sabe lo que ocurre.

—Se lo juro. —La voz de Le Ber revelaba auténtica desesperación—. Lo único que sé es que se ha marchado a Carhaix.

Dupin reflexionó. Creía a su subordinado. Nolwenn estaba actuando por su cuenta. Tenía que ser así. Se dirigía a Trégastel sin habérselo dicho a nadie. A investigar. Se había impuesto una misión y era capaz de cualquier cosa. Podía ser también, y esa posibilidad ya la había considerado, que él estuviera exagerando y en efecto sufriera de alucinaciones. ¡De todos modos, no se había imaginado al perseguidor!

—¿Y qué tal las vacaciones, jefe? ¿Ha tenido ocasión de estudiar las extraordinarias características de las piedras que lo rodean? Hay muchas cosas que contar al respecto.

Dupin supuso que era la clásica maniobra para cambio de tema. Le Ber no sabía qué debía decir o hacer, por lo que afloró su reflejo primario, tan genuinamente bretón, de contar historias:

—No solo del granito rosa, en absoluto. La parte de la tierra en la que usted se encuentra es, de largo, la más antigua de Francia. Más de dos mil millones de años de antigüedad. ¡El primer suelo francés fue bretón! Todo empezó en la Bretaña.

Por supuesto, eso era siempre lo principal. Al escuchar esas palabras, Dupin no pudo evitar ponerse casi sentimental. Con esos complicados sucesos echaba de menos a su inspector, su apoyo y, también, por raro que fuera, sus largas divagaciones.

—Los cinco puntos por los que surge la tierra primigenia se encuentran al norte —continuó Le Ber—. El punto Trébeurden-Trégastel es uno de ellos. Pero también el resto es antiquísimo. El macizo armoricano, que se extiende desde Normandía hasta mucho más allá de la Bretaña, es, con más de nueve mil metros, más alto que el Himalaya y tiene seiscientos millones de años de antigüedad. ¡La que seguramente fue la montaña más alta de todos los tiempos es bretona! Y en la costa del granito rosa se nos brinda uno de los fenómenos más espectaculares: hace trescientos millones de años, unas poderosas placas magmáticas empujaron hacia lo alto tres bloques gigantescos de un granito rosa sin igual. Con la erosión de las montañas del macizo, estos bloques asomaron a la superficie. Y ahora están ahí. El bloque de granito de Ploumanac'h, que se extiende a lo largo de más de ocho kilómetros, es el más destacado de todos.

Le Ber se interrumpió, como si esperara que Dupin fuera a decir algo. Había hablado con voz insegura y su entusiasmo parecía algo contenido.

Dupin, en cambio, había atendido muy poco a sus explicaciones. No dejaba de pensar en Nolwenn. Se preguntaba si su sospecha era fundada y qué podía, o debía, hacer para averiguarlo.

—Por cierto, ese color excepcional —siguió hablando Le Ber— se debe a la elevada proporción, superior al cincuenta por ciento, de cristales de feldespatos de intenso color rosado, casi siempre de granulado grueso; el resto es cuarzo de color gris intenso u oscuro y mica oscura, un mineral máfico que aumenta aún más el contraste y el efecto con el rosa. Obsérvelo con detenimiento cuando pasee, note... —Le Ber se interrumpió. Sin más—. Nolwenn me ha dicho —dijo con voz afligida— que, si usted me llamaba, le contara historias largas; que así no me sentiría tan presionado. —Parecía avergonzado—. Pero no estoy de humor. Por cierto, el comisario de Lannion se puso en contacto con Nolwenn y le dijo que usted está llevando a cabo investigaciones por su cuenta y que piensa informar de ello al prefecto.

El pulso de Dupin se aceleró.

—¿Que el comisario se ha quejado de mí? ¿Y de Nolwenn, no? ¿Es eso lo que ella le ha dicho a usted? ¿Solo de mí?

Le Ber no tenía modo de saber lo que Dupin quería decir.

—Sí. Y según ella, si yo le ayudaba, empeoraría aún más la situación. Que al final le perderíamos, porque podría tener como consecuencia su suspensión.

Eso era artillería pesada. Era tremendo el modo como Nolwenn había presionado al inspector. Ella, no él. De todos modos, no andaba desencaminada del todo al valorar las posibles consecuencias.

—Está bien, Le Ber. Ya entiendo.

No quería poner en más aprietos a su inspector.

—¡Hasta pronto!

—¡Hasta pronto, jefe! ¡Ándese con ojo!

Dupin se apartó de la piedra contra la que se había apoyado. Cincuenta por ciento de feldespatos. Ahora ya lo sabía.

Miró la hora. Las ocho y veinte.

Era tarde.

—¿Qué tal las piedras calientes, cariño?

Claire estaba en la tumbona amarilla. Junto a ella, sobre un pequeño taburete, una copa de cóctel de pie largo vacía. Y dos cuencos con restos de patatas fritas.

Tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente.

Dio un pequeño respingo cuando Dupin le habló.

—De fábula. Las piedras calientes después del masaje fueron un gran consejo; jamás había tenido la nuca tan suelta. —Como para demostrarlo, movió despacio la cabeza de un lado a otro. Dupin vio unas manchas muy rojas a la izquierda y la derecha de la nuca de Claire. Era evidente que se había sometido al tratamiento con piedras, pero seguro que no sin haber llamado antes al hospital.

—¿Qué le apetece, señor?

Una de las amables camareras había aparecido a su lado y recogía la copa de cóctel vacía y los cuencos.

—Una botella de Quincy muy frío. —Dupin echó un vistazo al taburete—. Y dos raciones más de patatas fritas. Y aceitunas.

—Perfecto, señor.

—Y también un poco de pan de baguete, por favor.

—Yo tomaré otro Manhattan —se apresuró a pedir Claire—. Luego ya nos sentaremos a la mesa.

Miró a Dupin y sonrió.

—Me muero de hambre. ¿Has recuperado la tarjeta de crédito?

—Mi... —Dupin se interrumpió—. Pues claro, sí, mi tarjeta de crédito. Sí, sí ya la tengo.

Aquel había sido un paso en falso muy peligroso. ¿Cómo había podido ser tan tonto?

—¿Has tomado algo en el bar?

—Sí. Ha estado bien. Me he tomado un café solo —dijo, y miró a Claire directamente a los ojos—. Y una cervecita también. Luego he regresado paseando por la Île Renote. Ha sido magnífico.

Le resultó sospechoso que ella no insistiera más con sus preguntas.

—Mientras esperaba para el masaje he leído un artículo en una revista sobre la desaparición de las bebidas clásicas y me he acordado del Manhattan. Antes lo tomaba mucho. —Claire se estiró—. Qué día tan fantástico, ¿no te parece? Hemos visto muchas cosas. ¡Esta zona es maravillosa! —Por el modo en que habló, dio la sensación de que iba a decir algo más. Claire dejó esas frases suspendidas en el aire un rato. Luego prosiguió—: Pero mañana

necesitaré disfrutar de un largo día de playa. De lo contrario, las vacaciones se convertirán en algo cansado.

Qué astuta. Claire sabía que él no soportaba estar en la toalla mucho rato. Y que eso le permitía pasar tiempo sola en la playa. Con una excelente cobertura del móvil.

—Suenan bien —respondió él, entrando en el juego.

—Así podrás volver a hacer esas pequeñas excursiones tuyas y dedicarte a tus cosas.

Ella sonrió. Le pareció que era una sonrisa maliciosa.

De todos modos, eso le alarmó. ¿Qué sabía exactamente de las cosas a las que él se dedicaba? ¿Lo había dicho para que los dos pudieran hablar por teléfono sin tapujos? ¿Cada uno por su lado?

—Aquí tienen.

La camarera se había dado prisa. Dejó con habilidad una bandeja pequeña con lo que habían pedido.

Claire se hizo con su nuevo cóctel a una velocidad impresionante.

—¡Por nosotros! ¡Por nuestras vacaciones! ¡Por el descanso, Georges!

La copa estaba helada. Él no podía esperar a dar el primer sorbo.

—Por nosotros. Por nuestras vacaciones. Por el descanso.

Repitió el brindis de forma literal, con un tono de voz neutro.

Claire, por lo tanto, había decidido seguir manteniendo la situación en suspenso. Y él no estaba del todo de acuerdo con esa decisión.

Al brindar, las copas dejaron oír un tintineo. Discreto y prometedor.

Claire se reclinó y tomó un sorbo de su bebida.

Dupin la imitó y se acomodó en la tumbona. El Quincy era fantástico. Maravillosamente fresco, con un regusto a mandarina y pistachos.

Cerró los ojos al dar el siguiente sorbo.

Claire, el vino, ese jardín paradisíaco... A pesar de la intensidad del día y de la persecución de un hostigador que él no se había inventado, en ese momento se sintió muy lejos de todo eso.

Al cabo de doce minutos exactos, en concreto después de dos cuencos de patatas fritas, uno de aceitunas, algunos trozos de pan de baguete y de otra copa de Quincy, Claire y él estaban ya sentados a la mesa de esa fabulosa terraza. Durante su persecución, el caos casi infinito de piedras rosas le había parecido una amenaza sombría, pero ahora que rodeaban el hotel y su jardín eran un refugio de calma, una fortaleza luminosa. Y, además, un precioso escenario. Sin duda, un cambio brusco del efecto que causaban que Dupin ya

había experimentado varias veces. Aquella era una característica misteriosa propia de esas piedras tan curiosas.

También el menú evocaba imágenes soberbias: de aperitivo, terrina de coliflor y *foie gras*; gambas de la costa con mayonesa casera a modo de entrante, y luego, pechuga de pato salvaje a la parrilla. La guinda final, unos profiteroles con frambuesas frescas.

—Oye, ¿Nolwenn te ha llamado? —A Dupin se le acababa de ocurrir—. Quiero decir, en estos últimos días.

Tal vez Nolwenn había puesto a Claire sobre aviso, aunque esa posibilidad no le parecía muy plausible.

—*Et voilà!*

La camarera apareció ante ellos con el aperitivo.

Al instante, Dupin clavó el tenedor en las capas cremosas. No recordaba haber tenido jamás tanta hambre.

—Georges, lo de la casa junto al mar que has encontrado —Claire no contestó a la pregunta acerca de la llamada de Nolwenn—, ya lo hablaremos. Cuando llegue el momento.

Hizo esa observación, sobre un tema tan importante para Dupin, con cierta despreocupación. No quedaba nada claro lo que quería decir con eso. Podía significar cualquier cosa. Él bajó el tenedor.

—De acuerdo. —Escrutó la mirada de Claire con atención—. Yo solo quería...

—¡Señor Dupin! ¡Señor Dupin!

El señor Bellet. El hombre intentaba en vano adoptar una apariencia tranquila y mostrarse dueño de la situación. Estaba apenas a medio metro de su mesa. Era un *déjà-vu*.

Claire tenía aún el primer bocado de la terrina en la boca; lo miró como si fuera una aparición.

—Una llamada. Para usted. —El señor Bellet todavía no había recuperado del todo la compostura—. Es su madre. Desde Tahití.

—¿Mi madre? ¿Desde Tahití? ¿No querrá usted decir Jamaica?

Ahora era el señor Bellet el que miraba confuso a Dupin.

—¿Jamaica?

Dupin tenía que poner fin a aquello de inmediato. Se puso de pie con rapidez.

—Ahora vuelvo. Tengo el móvil apagado. Por eso habrá llamado por la línea fija.

Un argumento demasiado frágil.

Claire no parecía muy interesada en las explicaciones precavidas de Dupin.

—Vamos, te está llamando desde Jamaica. Eso va a costarle una fortuna.

Instantes después, tras dirigir una mirada lastimera a la terrina mientras abandonaba la mesa, Dupin se encontró en el pasillo estrecho con el señor Bellet, que casi lo arrastró hasta la recepción.

—¡Tahití! ¡Jamaica! ¿Qué diferencia hay? ¡Han detenido a Maïwenn Guichard! —espetó sin más—. Hace media hora.

—La señora Guichard —murmuró Dupin.

Aquello no le sorprendía. Ante el agravamiento de las amenazas contra la señora Rabier, y si la investigación del comisario de Lannion estaba tal como había oído decir esa tarde y como Marchesi le había confirmado, aquella era una de las escasas opciones que le quedaban al comisario. Era, sin duda, una medida muy tosca, pero una medida al fin y al cabo. Aquello le daba un poco de aire: a buen seguro, todo el mundo le estaba exigiendo «resultados» y que «actuara» con rapidez. Dupin conocía la situación. De todos modos, también podía ser que el comisario dispusiera de nueva información que le hubiera llevado a dar ese paso tan drástico.

—¿Adónde se la llevan? ¿A Lannion?

—Ya debe estar allí. Inès ha llamado a su tío, y luego él a mí, solo para que usted esté al corriente.

—¿Ella ha dicho que era «para que yo esté al corriente»?

—Sí.

Muy bien. Dupin estaba satisfecho.

—¿Qué le parece, señor comisario?

En la pregunta del señor Bellet asomaba una franca curiosidad.

—No me parece nada.

No tenía intención de especular.

—¿Marchesi no ha comentado si han surgido nuevos datos?

—No.

Era una comunicación indirecta y eso generaba siempre cierta incertidumbre.

—Mmm. ¿Eso es todo? ¿La llamada de mi madre era para esto?

—Sí.

El señor Bellet parecía decepcionado. Seguramente se esperaba una reacción distinta.

—¿No le parece que esto es un avance relevante? Por otra parte, ya he hablado con nuestros amigos del hotel Castel Beau Site. No ha sido fácil dar

con ellos. La fallecida, la señora Inard, había reservado la habitación para ocho días. No para siete. De todos modos, en esos casos se habla de una semana.

—Así pues, todo normal, ¿no?

—Sí. Su partida estaba prevista para el miércoles. Esto es, ayer. Pero no lo hará. —Una observación lacónica—. En cuanto a las otras cuestiones sobre el Castel Beau Site: ni el señor Ellec, ni Maïwenn Guichard, ni tampoco Jérôme Chastagner lo han frecuentado en las últimas semanas. Y la señora Rabier tampoco. Los dueños afirman, además, que estas personas nunca se citaron con la señora Inard. Por lo demás, no hubo nada especial que les llamara la atención.

—Si me lo permite, ahora voy a volver con mi terrina —rezongó Dupin. No quería sonar antipático, pero el hambre le volvía gruñón.

—Es una lástima que usted no haya podido encontrarse con Maïwenn Guichard esta mañana a primera hora.

El señor Bellet parecía muy preocupado.

Había corrido la voz sobre la llamada de Dupin a la propietaria del quiosco. Hacía tiempo que el comisario había dejado de sorprenderse por ese tipo de cosas.

Al cabo de medio minuto volvía a estar sentado a la mesa.

—¿Qué se cuenta tu madre? ¿Le ha pasado algo?

—Todo va bien. Está muy contenta.

Por fin Dupin pudo disfrutar del aperitivo. Aunque no era un apasionado de la coliflor, la combinación era excelente.

—¿Y para qué te ha llamado?

—Bueno, pues para decir que está bien.

—Vaya, creía que era ella la que había dicho que no quería llamar.

Maldita sea. Otro paso en falso. Dupin tomó un buen sorbo de vino. Hizo una señal a la camarera para que les sirviera otra botella.

—¡Bueno, eso da igual! Lo importante es que todo vaya bien —comentó Claire por sorpresa.

Dupin se reclinó en su asiento; el primer bocado lo había dado casi sentado al borde de la silla. Su expresión empezó a relajarse. Y notó el efecto del vino. Muy claramente.

—Por cierto, un tal señor Quilcuff te ha estado buscando esta tarde —anunció Claire de repente—. La señora Bellet me ha contado que ha venido aquí expresamente «para hablar con el comisario». Es por las baguetes de la panadería que hay junto al parque de bomberos. Al parecer, cada año que pasa

son más pequeñas y los precios más altos, algo que el panadero del establecimiento niega en redondo. El hombre quiere probar el engaño. Creo que deberías aceptar este caso. —No pudo evitar soltar la carcajada que intentaba contener desde que comenzó a hablar—. Ha dicho que volverá a pasarse.

Entonces fue él quien se echó a reír.

—¡Señor Dupin!

Otra vez tenían al señor Bellet delante de la mesa.

—¡Su madre de nuevo!

La situación era demasiado chocante.

—¡Qué extraño! —comentó Dupin mientras volvía a levantarse. Claire lo miró intrigada.

Aún no habían llegado a la recepción cuando el señor Bellet ya le estaba susurrando con nerviosismo:

—No han detenido a la señora Guichard. Solo la están interrogando. El primer aviso que ha recibido Marchesi era un error. Es decir, no está detenida, solo se la han llevado a comisaría para tomarle declaración.

—Entiendo.

Entonces llegaron a la recepción.

—¿Es eso todo?

—Es una noticia importante, ¿no le parece?

—Por supuesto, señor Bellet.

Sin duda, un interrogatorio en comisaría era algo muy distinto a una detención.

—Señor comisario, no piense que le informo de forma inexacta. La propia Marchesi dio por sentado que se trataba de una detención con la primera información que recibió; ahora acaba de saber que la granjera será puesta en libertad después del interrogatorio.

—Está claro.

—¡La buena noticia es que, al final, mañana por la mañana podrá usted encontrarse con Mäiwenn Guichard!

Dupin se dio la vuelta para marcharse. Necesitaba más vino.

—Señor Bellet, esta noche cierre bien el hotel.

No se giró de nuevo y no pudo ver el terror escrito en el rostro del hotelero.

Ya en la mesa, se sentó sin decir palabra y cogió la copa con la máxima tranquilidad de que fue capaz.

—Mejor no quieras saberlo —murmuró.

No se le había ocurrido nada. Ninguna buena excusa. La única cosa cierta era que, curiosamente, el vino se le había subido a la cabeza. Hacía poco había visto una película sobre la jungla jamaicana, con papagayos descarados y monos traviesos. Se los imaginó colgados de los hombros de su madre, que les prohibía enérgicamente...

Claire levantó su copa de vino.

—¡Por nuestras vacaciones, Georges! ¡Por otro día de relax!

Ella sonreía.

Dupin se esforzó por seguirle el juego:

—¡Por otro día de tranquilidad!

Era asombroso cómo Claire había zanjado el asunto. En ese instante, casi se podía creer que no había ocurrido nada. ¡Nada en absoluto! Eso le infundía un profundo respeto.

—Por cierto, en Plestin-les-Grèves, muy cerca de aquí, el domingo por la noche celebran la trigésimo séptima edición de la *Nuite de la saucisse*. ¡La noche de las salchichas! Habrá especialidades de los embutidos del norte. ¡Y se puede probar todo! Y también habrá música.

Aquello parecía interesante.

—¿Y recuerdas el *whisky* que tomamos anteayer? ¿Ese bretón? Armorik. ¿Te acuerdas? Estaba muy bueno. Lo consideran el agua de la vida de los celtas.

—Por supuesto.

—Su destilería está en Lannion. Es el primer *whisky* destilado en la Bretaña. Hace unos años, en el concurso mundial de *whiskies*, ganó la distinción al mejor *whisky* europeo de una sola malta, el *Best European Single Malt*.

Dupin no tenía muy claro el interés de Claire por el *whisky*, pero eso le daba igual. La cuestión era que ella no se había interesado por «la segunda llamada de su madre». Eso era lo principal.

—La destilería se llama Warenghem. He traído un folleto que había en el centro de talasoterapia. Solo usan agua pura que extraen de su propio manantial. Además, producen también el Elixir de Bretagne y el tradicional *chouchen*. ¡Una bebida que nunca me has ofrecido! ¡Qué mal bretón eres! Aquí pone que se hace con agua, miel y tiempo. Lleva fabricándose según la misma receta desde hace mil quinientos años. Es original de los celtas. ¡La inventaron los druidas!

Dupin tuvo que admitir que él aún no había probado el *chouchen*, lo cual era un fallo muy grave, incluso a ojos de Nolwenn. Sin embargo, eso de tomar

agua y miel fermentada exigía cierto hábito. De todos modos, oyendo las explicaciones de Claire, a uno casi le entraban ganas de probarlo.

—Lo mejor será que empecemos esta misma noche y lo probemos todo.
—A Claire no había quien la parase.

La noche tendría un final un poco tonto. Fantástico. Dupin estaba absoluta y completamente de acuerdo. Les vendría bien: a fin de cuentas, ese día los dos habían trabajado muy duro.

Viernes

Eran las 6.17.

Se habían acostado agotados y felices a las doce y media de la noche. Dupin sucumbió al instante en un sueño profundo. Al final de la velada se habían bebido casi tres botellas de Quincy, un par de Fines de Bretagne y varios Elixirs d'Armorique. Con todo, a las tres de la madrugada él se había despertado y no había dejado de dar vueltas en la cama. Sobre las cinco sopesó la posibilidad de levantarse, pero entonces consiguió conciliar el sueño.

Unos ruidos indefinidos le despertaron.

Se incorporó en la cama e intentó orientarse. El día empezaba a clarear con timidez.

Oyó entonces un golpecito suave en la puerta. Era muy claro. Le pareció oír también un «hola, hola» apagado.

Otra vez.

¿Estaría soñando?

—¡Comisario!

Eso había sonado algo más fuerte.

No. No era un sueño. Era el señor Bellet. Dupin reconoció su timbre de voz.

Salió de la cama con cuidado.

Claire se movió un poco.

Recorrió la habitación de puntillas.

Solo esperaba que el señor Bellet tuviera un buen motivo para molestarles a una hora tan temprana.

Abrió un poco la puerta sin hacer ruido. El pasillo estaba a oscuras. Al menos, Bellet había tenido la precaución de apagar la luz.

—¿Qué ha ocurrido que sea tan urgente? —gruñó Dupin en voz baja.

—Otro asesinato.

—¿Cómo?

Dupin se despejó al instante. Su réplica había sonado demasiado fuerte y brusca. Miró hacia Claire por instinto. Esta ni se movió.

—Un hombre. Un taxista.

—¿Un taxista?

—Lo han encontrado en el suelo, junto a su taxi.

—¿Dónde?

—En un solitario camino forestal que parte del Chemin des Kergoumar. Al final del valle del Traouïéro. Un granjero iba con su tractor a uno de sus campos en el borde del valle. Con el alba. Ha llamado al instante a la policía.

Otra vez el valle del Traouïéro.

—¿Cómo ha sido asesinado?

El señor Bellet se mantenía discretamente apoyado a la pared y por educación mantenía la vista apartada de Dupin, que llevaba muy poca ropa.

—De una pedrada. Han encontrado la piedra no muy lejos del cuerpo.

Era la segunda vez que una piedra intervenía de forma decisiva. De todos modos, en esa zona eso no era tan sorprendente.

—¿Cuándo ha ocurrido?

Todavía era pronto para tener una respuesta. Dupin lo sabía, pero no pudo evitar formular la pregunta.

—No lo sé. Quiero decir, la policía aún no lo sabe. Inès me ha llamado hace cosa de dos minutos. Acababa de llegar al lugar; Desespringalle está en camino.

—Quiero hablar con ella directamente.

—Como quiera —empleó un tono un tanto ofendido.

—Muchas gracias por informarme tan pronto.

—Faltaría más. —El señor Bellet ya parecía más satisfecho.

—Me vestiré en un momento.

Dupin cerró la puerta en silencio y se puso el polo y los tejanos.

Apenas un minuto más tarde volvía a estar en el pasillo ante el señor Bellet.

—Usted ya tiene su número de móvil.

—Sí, lo tengo.

Dupin se acercó a la escalera. Bellet lo siguió.

Al cabo de un instante, salió a la terraza, bajó por la escalera y se encontró en el jardín. El señor Bellet le seguía los pasos con rapidez y agilidad.

En realidad, a Dupin le hubiera gustado hablar por teléfono a solas. Sin embargo, no podía ofender al hotelero ya que, a fin de cuentas, dependía de

él; además, saltaba a la vista que el hombre consideraba ese asunto como algo de los dos.

Dupin se apostó junto a la isla de hortensias y marcó el número.

—Diga. —Marchesi parecía algo huraña.

—Aquí Dupin. Solo quería saber si ha habido alguna novedad.

—¿En los últimos doce minutos?

—¿Qué aspecto presenta el cadáver? ¿Es reciente?

—No.

—¿Cuánto tiempo le calcula usted?

—Nunca había visto un cadáver. Este es el primero.

—¿Y?

—Yo diría que hace tiempo que está aquí tirado.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso?

—El color de la piel. La impresión general. Todo lo que me han enseñado.

Es imposible que sea reciente.

—¿Ha llegado ya el comisario?

—Sí. Y la policía científica. Y el forense también.

—¿El forense ha dicho algo?

Una pregunta inútil. Nunca lo hacían. El colega del norte no iba a ser una excepción.

—Apenas nada. Está haciendo unas pruebas y quiere llevarse cuanto antes el cuerpo a su laboratorio de Morlaix.

Otra de las expresiones estándar de los médicos forenses.

—¿El comisario ha asumido el caso?

—Por supuesto. —No podía ser de otro modo. Luego prosiguió—: Por cierto, ya le he dicho que tengo pruebas que demuestran que la ampliación de la cantera por parte de Chastagner es ilegal. Desespringalle las quiere.

Aunque la idea no le agradase, Marchesi había obrado correctamente.

—¿Conocía usted al taxista?

Una de las preguntas más lógicas.

—No personalmente. Era Pierre Séchard. Soltero. Sesenta y pocos. Un tipo algo extravagante. Vehículo propio. Vivía en un lugar apartado, en dirección hacia Guingamp.

—¿Nadie lo ha echado de menos hasta ahora?

—Eso parece.

—¿Qué más sabemos de él?

—Nada, en realidad. Se le veía de vez en cuando por Trégastel.

—Pero supongo que Trégastel tiene su propia empresa de taxis, ¿no?

—De hecho, hay dos. Cada una con un coche.

El señor Bellet estaba apenas a medio metro de él y escuchaba con atención. Eso le ahorraría tener que hacerle el resumen.

—¿A qué distancia de la cantera está el lugar donde se ha encontrado el cadáver?

—A unos cuatrocientos o quinientos metros en línea recta.

—Así que tampoco está lejos de la granja de la señora Guichard.

—No.

Eso no podía ser casual. Tampoco la proximidad respecto a la cantera. Tenía que verla. Visitar toda la zona. Y, en la medida de lo posible, el nuevo escenario del crimen. A pesar de la presencia policial, encontraría el modo.

—Sobre todo, debemos saber la hora de la muerte.

—Le llamaré en cuanto tenga alguna novedad.

—Hágalo incluso si el forense indica una primera aproximación.

—Ya veremos.

La gendarme puso fin a la llamada.

—Esto está adquiriendo unas dimensiones increíbles —comentó el señor Bellet mientras asentía—. Empezó de forma inocente y ahora esto.

Dejando de lado el aspecto macabro, Bellet estaba en lo cierto. Todo aquello era tremendo.

—¿Conocía usted al taxista?

Él se encogió de hombros.

—No era de aquí. ¿Qué va a hacer usted?

Dupin echó un vistazo al reloj.

—Regresar a la cama.

—Pero ahora no puede acostarse. Se ha producido otro asesinato en Trégastel.

—Me duele la cabeza.

Era cierto. Le dolía la cabeza. Se acababa de dar cuenta. El vino era excelente, pero las cantidades ingeridas habían sido excesivas.

—Me tomaré una pastilla.

En realidad, Dupin no tenía intención de volver a la cama. Pero quería estar solo. Y, sobre todo, necesitaba un café.

Se acercó a la escalera de la terraza.

—Muy bien. —De nuevo tenía al señor Bellet a su lado—. Recuerde que su primera cita es a las ocho y media. ¡Ah, por cierto! —Su voz cambió y arrugó la frente—. ¿Por qué ayer por la noche me dijo que cerrara bien? Bueno, es lo que hice, pero ¿por qué? ¿Teme algo en concreto? ¿Estamos en

peligro? No le dije nada a mi esposa. No habría podido pegar ojo. —Se interrumpió—. De hecho, yo no he pegado ojo.

—Hizo usted lo correcto. ¡Ya lo ha visto! No ha pasado nada.

Ya habían llegado a la terraza. Al pasillo.

Dupin se dirigió con gesto enérgico a la escalera.

—Hasta luego, señor Bellet.

—Le avisaré si hay novedades.

—Sí, hágalo.

Bellet aún parecía aturdido.

Dupin se detuvo ante la puerta de su habitación.

Se dijo que aprovecharía las dos horas siguientes para reflexionar sobre esa tremenda y brutal novedad y analizaría sistemáticamente sus notas. Quería crear un cronograma preciso de los acontecimientos, algo que había querido hacer ayer pero no tuvo ocasión. Analizaría todos los días a partir del primer «suceso» ocurrido allí, en Trégastel. La pregunta era: ¿cómo conseguir un café?

La máquina de la habitación despertaría a Claire; y abajo, en el hotel, el señor Bellet querría hacerle compañía.

¡El Ty Breizh! El bar del que le había hablado a Claire el día anterior. Además, estaba a unos pocos metros del quiosco.

Dupin se deslizó dentro de la habitación, cogió su cartera, su libreta Clairefontaine y se marchó de nuevo.

Claire dormía profundamente.

—Un café solo, un café con leche y dos napolitanas de chocolate, por favor.

Tenía ante él a un hombre despeinado, que olía a humo de cigarrillo, con los tejanos desgastados y camiseta negra. Dirigió a su cliente una mirada de sorpresa, en el mejor de los casos.

Dupin se dijo que primero, antes de nada, se tomaría el café solo y luego mojaría las napolitanas en el café con leche. Tenía esa costumbre desde que era niño y la seguía poniendo en práctica siempre que no se sentía observado: le gustaba bañar la masa hasta que las dos tiras de chocolate empezaban a fundirse. La mezcla de café, leche, masa blanda y mantecosa y chocolate negro era divina.

Disfrutaba del día a primera hora de la mañana. El aire era fabuloso, fresco y, sin embargo, cálido. La temperatura rondaba los diecisiete grados; no creía que hubiera bajado más durante la noche. Los primeros rayos del sol

calentaban la atmósfera poco a poco. Por todas partes se empezaban a oír los ruidos del nuevo día.

En el interior, junto a la barra, ya había una docena de personas; en el local reinaba un ajeteo intenso: la gente acudía allí para tomar un café a toda prisa antes de ir al trabajo o hacer los recados del día. La mayoría dejaba unas monedas sobre el mostrador para el periódico, que cogían de un montón apilado a un lado. Dupin compró el *Ouest-France* y el *Télégramme*. En la calle solo había otras dos mesas: en una había una mujer algo mayor y en la otra, una parejita con cara de sueño. La gente que se pasaba por ahí a esa hora no solía quedarse mucho rato. Aquellos eran los lugares que le gustaban; sitios en los que se desarrollaba la vida de verdad.

Sacó su libreta de notas y la dejó sobre la mesa junto a los periódicos. La abrió. Estaba escrita casi hasta la mitad, repleta de garabatos. Empezó anotando los últimos acontecimientos. El segundo y atroz asesinato. Aquel agravamiento de la situación cambiaba sin duda la perspectiva de todo. Fuera lo que fuese lo que ocurría, había acabado con otra vida.

El hombre despeinado que atendía la barra tal vez no fuera muy hablador, pero sí rápido, lo cual era mucho más importante. Sin decir palabra, dejó en la mesa el pedido de Dupin, junto con un cuenco pequeño y desgastado con la cuenta, y se marchó.

El café era estupendo. Dupin dejó la libreta a un lado y abrió el periódico.

Las preguntas del test del día «¿Eres bretón?» le parecieron especialmente difíciles: «Sabes que eres bretón cuando: Conoces las tres palabras bretonas más importantes, a saber, *bara* (pan), *gwin* (vino) y *bizh* (besito). / Sabes qué es un *chemin des lapins*, es decir, el camino que uno toma de noche tras salir de copas. / Sabes que el número de pueblecitos bretones que empiezan por “*Plou*” (que significa “pueblo”) es 179».

Le sonó el móvil justo cuando tenía la primera napolitana en la mano.

Inès Marchesi.

—¿Diga?

—Mínimo cuarenta y ocho horas. —Dupin supo al momento a qué se refería—. Estuvo en el suelo frente a su taxi por lo menos cuarenta y ocho horas. Por supuesto, y cito textualmente, se trata solo de un dato «provisional y no concluyente». El cadáver va camino del laboratorio. Desespringalle le habrá sonsacado ese dato al forense; de lo contrario, no lo habría dejado partir.

En eso el comisario de Lannion había obrado muy bien.

—¿Y cuánto tiempo como máximo?

—No ha dicho nada al respecto.

—¿La policía científica ha encontrado algo?

—Examinarán la piedra con la que atacaron al taxista. El camino donde se encuentra el taxi es pedregoso y está lleno de hierba. Está todo muy seco. Hasta ahora no han logrado hallar ninguna pista relevante. Tampoco en el vehículo. El móvil, claro está, ha desaparecido. Dos colegas han ido a casa de la víctima a echar un vistazo.

—¿Qué hacía ese hombre al final del valle? ¿Había llevado a alguien hasta allí en su taxi? ¿O iba a recoger a alguna persona? —Dupin pensaba en voz alta—. ¿Por qué siempre aparece el dichoso valle?

—No lo sé, pero sospecho que el cadáver lleva ahí desde la noche del martes.

Ese había sido también el primer pensamiento de Dupin. Marchesi le relató el posible escenario:

—Virginie Inard abandona el hotel sobre las diez de la noche. Nadie sabe adónde va. Es asesinada sobre las diez y media. Luego la arrojan a la cantera, que está a apenas medio kilómetro del punto donde se halla el cadáver del taxista. Tal vez ella había llamado a un taxi para que la llevara al punto de encuentro con la persona que acabó con su vida. —Marchesi narraba esa aventurada reconstrucción de los acontecimientos de un modo absolutamente sobrio. Su lógica era aplastante. Su atrevimiento alcanzó el punto culminante —: Por algún motivo, esa persona luego mató también al taxista. Tal vez porque este vio algo.

—También es posible que el asesino fuera hasta allí con un taxi. Para no ser visto con su propio coche.

—¿Y Virginie Inard?

—Tal vez llegó a pie. O en un coche que luego el asesino hizo desaparecer.

—Por lo que sabemos, ella no tenía coche. Por lo menos, nadie del hotel vio que tuviera. Y ninguna empresa de alquiler de vehículos de la zona le alquiló uno. He hablado con todas. ¿Todo el recorrido a pie? En teoría es posible, sería cosa de unos treinta minutos, pero ¿a oscuras? Esos caminos no están iluminados.

Dupin ya había dado varias vueltas a la cuestión de cómo se había desplazado Inard y, sobre todo, cómo había llegado a Trégastel.

—¿Y si el taxista estuviera implicado de algún modo en la historia?

En principio, esa posibilidad no se podía obviar.

—Podría ser. Como tampoco podemos excluir que Virginie Inard matara al taxista.

Dupin también había pensado en ello, pero no le parecía una opción plausible.

—En fin. Hasta luego. —La gendarme terminó la conversación de un modo que a Dupin le pareció muy brusco.

Juntó las manos en la nuca.

—¡Vaya mierda!

Todo aquello era un auténtico misterio.

Aquel nuevo asesinato tenía que ver con uno de los casos, seguro, pero ¿con cuál y por qué? Dupin, de hecho, aún no podía decir cuántos casos había. ¿Y si al final solo fuera uno? Eso significaría que la desaparecida señora Durand no solo tenía algo que ver con el ataque contra la diputada y con la muerte de la cantera, sino también con el taxista asesinado. Era demasiado grotesco. Este hecho, a su vez, reforzaba la posibilidad de que se tratara de varios sucesos independientes.

En todo caso, lo cierto era que había una nueva víctima. El balance era cada vez más abrumador. Dos asesinatos: el de una desconocida forastera y el de un taxista de la zona; una agresión, quizá incluso un intento de asesinato, a una diputada y dos cartas anónimas con amenazas contra ella; la desaparición de una huésped en un hotel; una posible falsificación grave de documentos; una aventura extramarital con final trágico y acompañada de una separación dramática; la ampliación ilegal de una cantera; el robo en una capilla de una estatua con valor histórico; un perseguidor que acechaba a Dupin desde ayer por la tarde... y eso solo por mencionar los sucesos más graves.

De todos modos, por el momento esa mañana Dupin aún no había visto al hombre que le perseguía. De camino al bar lo había comprobado desde los puntos estratégicos más favorables, como le habían enseñado. O el hombre había abandonado la persecución o, desde lo ocurrido ayer por la noche, se había vuelto más discreto. Invisible para Dupin.

Bañó el bollo de chocolate en el café con leche, a pesar de no poder concederle toda la atención que merecía.

Aún era pronto. Se dijo que antes de ir al quiosco podía pasarse por la gendarmería. De hecho, aquello era algo que tenía programado para más adelante esa misma mañana. Alan Lambert estaría de guardia y Dupin podría dedicarse con tranquilidad al expediente de la Muerta rosa. Era una buena idea. Por otra parte, no debía olvidarse de que luego, en el momento oportuno —un momento que no era nada fácil de calcular—, debía llamar a Claire. Las

felices coincidencias del día anterior, que le habían concedido durante un buen rato la más maravillosa libertad para investigar, y el hecho de estar ya en marcha desde primera hora del día le hacían tener la sensación de estar enfrascado en una investigación normal. Sin embargo, eso no era así, en absoluto; no se podía permitir perder la cabeza y tensar demasiado la cuerda. Estaban de vacaciones, y además juntos. Eso no debía olvidarlo nunca.

Echó un vistazo al reloj. Aún tenía tiempo para elaborar la secuencia temporal de los acontecimientos, algo que también se había propuesto hacer.

Al cabo de quince minutos ya había terminado.

Había esbozado la sucesión de los acontecimientos en una sola hoja doble. Empezaba con la llegada de los Durand y seguía un orden cronológico, con total independencia de las posibles relaciones entre los casos, evento a evento, con una secuencia temporal precisa. Había utilizado abreviaturas y una caligrafía minúscula que resultaba ilegible. Solo él podía saber lo que decía el papel.

Aunque ese ejercicio no le llevaba a ningún resultado en la investigación, y sabía exactamente lo mismo que antes, aquello le hacía sentirse mejor.

Entretanto había pedido un tercer café, que le fue servido en ese instante.

Dupin se reclinó en su asiento y tomó un sorbo.

En la última media hora, el tráfico en la calle había aumentado mucho. La plaza Sainte-Anne era el punto neurálgico del lugar.

De pronto, Dupin dio un respingo.

Ese coche de ahí... El Citroën C3 azul, el del guardabarros abollado. ¡Lo conocía!

Dupin se puso de pie. El vehículo se encontraba a la entrada de la rotonda desde la cual la calle principal conducía a las afueras del pueblo. Estaba a veinte metros. No veía quién estaba sentado al volante.

Aun así.

Dio un salto y echó a correr.

El coche entró decidido en la rotonda y giró a un lado de inmediato.

Si la sospecha de Dupin era cierta, era algo inaudito.

No hizo el menor ademán de seguir corriendo, habría sido una tontería. Dupin se detuvo. El vehículo aceleró. Dupin regresó a toda prisa al bar, cogió el móvil y marcó el número.

Contestaron enseguida.

—Buenos días, señor...

—¡Tenga cuidado! Está a punto de llegar a la segunda rotonda, no vaya usted a tomar por error la carretera que lleva a Perros-Guirec.

Por un instante reinó el silencio.

—Vale, muy bien, ya lo sabe —dijo a continuación—. ¿Y qué? —Increíble: lejos de sentirse culpable, ¡era ella la que estaba enojada!—. El señor Bellet me ha dicho que había vuelto a la cama.

—Acaba usted de pasar en coche por delante de mí.

—Seguro que está en el bar de la plaza entregándose a su vicio.

Tal vez ese pequeño ataque sí denotaba cierto sentimiento de culpabilidad.

—Explíquese, Nolwenn.

Dupin se temía lo peor.

—Llega usted tarde, voy a demostrar la culpabilidad de un político criminal que no merece otra cosa. —También eso parecía más un ataque que una defensa—. Es mi obligación, él...

—¿Qué ha hecho?

—Después de la actuación de Alan Stivell fui en coche de Carhaix a Perros-Guirec. He pasado la noche Les Costans, un fantástico hotel familiar —parloteó en un tono alegre y provocador—. Muy recomendable. Debería ir alguna vez con Claire...

—Siga, Nolwenn.

Increíble.

—Un buen amigo del señor Bellet trabaja de bedel en el ayuntamiento. Esta mañana, a primera hora, poco antes de las siete, mientras él hacía su primera ronda, yo... cómo decirlo, me he colado hasta la oficina del catastro. Poco después el supuesto original de la autorización especial de construcción de Ellec ha ido a parar directamente a mi bolso. He localizado en Concarneau a un experto independiente que va a analizarlo.

Aunque le hubiera gustado intervenir con vehemencia en algunas partes de ese pequeño resumen, Dupin no lo hizo; por un lado, todo aquello le resultaba increíble y, por otro, prefería escuchar la historia hasta el final. Aquello era el colmo de todas las acciones «poco convencionales» que Nolwenn había perpetrado, y desde luego eran unas cuantas. Bien mirado, tampoco era extraño; a fin de cuentas, se trataba de Nolwenn. Y él, además, la había provocado. Por otra parte, sentía una satisfacción tremenda: él tenía razón. ¡No se había equivocado! Nolwenn había mordido el anzuelo, aunque había actuado de un modo absolutamente distinto a como él lo había planeado. Lo cierto era que a ella no le había quedado más remedio que morder el anzuelo. El cebo era demasiado atractivo.

—¿La ha visto alguien?

En realidad, eso era lo más importante. De ser así, cualquier reflexión sobre lo que se suponía que él debía hacer estaría de más.

—Nadie. Todo ha ido como la seda —afirmó ella de buen humor y con tono triunfante.

En cuanto al señor Bellet... También eso era infame. El propietario del hotel no solo lo sabía, sino que además lo había propiciado. Él era cómplice de esa acción ilegal. Sin olvidar al bedel. Si eso salía a la luz, las consecuencias para todos ellos serían tremendas. Dupin no quería ni pensarlo.

—Alguien tiene que haberla visto.

—He aparcado el coche lejos, junto a la playa. Me he puesto un abrigo largo, peluca y unas gafas de sol. He entrado y salido por la puerta de atrás. Nadie me ha visto.

Dupin estaba impresionado.

—Además, he acordado con el bedel que yo lo había planeado todo minuciosamente y he conseguido colarme sin que él se diera cuenta. Solo por si acaso.

Dupin no estaba seguro de que eso pudiera ser de ayuda.

—Todo ha salido perfecto —concluyó Nolwenn—. Tenemos el documento y atraparemos a Ellec. Tal vez incluso sea responsable de más cosas, ¿quién sabe?

—Yo... —¿Qué se suponía que debía decir? Aquella acción había sido muy arriesgada—. ¡Fantástico!

Lo cierto era que, de otro modo, nunca hubieran podido estar en posesión del documento. Además, él no era la persona más adecuada para reprender a Nolwenn por sus investigaciones dentro de «zonas grises».

—¡Gracias! —Su voz dejó oír un orgullo sincero.

—Pero ¿por qué no me informó? —Eso todavía le molestaba.

—¡Usted está de vacaciones! —exclamó Nolwenn, indignada.

Era ridículo. Había que poner fin a eso.

—Voy a proponerle un trato: olvidaremos los métodos, digamos, dudosos que ha utilizado usted para hacerse con el documento y, a cambio, a partir de ahora, vamos a colaborar. Yo le daré toda la información que tengo sobre Ellec y la que me llegue en adelante. Y, si quiere, también sobre todo cuanto ocurre por aquí.

Tal vez se había excedido. Hablaba como si ambos fueran detectives privados rivales que se estorbaran el uno al otro y que de pronto hicieran causa común.

Siguió un silencio prolongado, algo muy raro en Nolwenn. Parecía debatirse consigo misma.

—De acuerdo.

Lo dijo sin demostrar demasiada emoción. Para Dupin, en cambio, aquel era un gran momento.

—Sin embargo —ahora vendrían las condiciones de Nolwenn—, esto tendrá que quedar entre nosotros. No se lo contará a nadie. Ni a Le Ber, ni a Labat, ni al señor Bellet, ni al doctor Pelliet. ¡Tampoco a Claire! Nunca. Me comprometí a que usted estaría de vacaciones y nada más que de vacaciones.

—Estoy de vacaciones y nada más que de vacaciones —respondió Dupin, satisfecho.

Comprendía su postura. En muchos aspectos, aquello sería una comedia llena de absurdos. Aunque la actual situación ya lo era de por sí.

—Muy bien. Así pues, señor comisario, cuénteme. He activado el manos libres y tengo dos horas. Creo que hoy llegaré a la oficina un poco más tarde de lo habitual. Pero bueno, al fin y al cabo, estuve en las *Vieilles Charrues*.

Al parecer, el señor Bellet solo la había ayudado en aquel asunto. De lo demás no le había contado nada. Eso estaba bien.

—A las ocho y media debo acudir al quiosco para encontrarme con la señora Guichard, la granjera, cuyo marido tiene una relación seria con la diputada. Me gustaría poder hablar con ella. Pero antes me pasaré por la gendarmería para consultar un expediente de hace siete años, sobre una empleada de Chastagner que murió al precipitarse por la cantera.

—Ya veo.

Dupin se dijo que era mejor no decirle que también tenía previsto encontrarse con Ellec, porque Nolwenn era capaz de acompañarle.

—De acuerdo, comisario. Póngame el corriente. Lo más importante primero. Sobre todo, lo que sepa sobre Ellec.

En el rostro de Dupin asomó una sonrisa pícara. Estaba contento. Muy contento. Ahora todo volvía a ser como siempre. Como tenía que ser. Nolwenn formaba parte del equipo. Así las cosas, las vacaciones ya podían durar lo que quisieran.

El breve informe de Dupin —centrado estrictamente en lo más relevante— duró catorce minutos. De hecho, Nolwenn se limitó (casi) a escuchar. Quedaban aún varios asuntos que tratar, pero Dupin debía marcharse y acordaron hablar por teléfono más tarde.

El expediente sobre la Muerta rosa resultó ser soporífero. Constaba de muchos, muchísimos documentos; Dupin hojeó la mayoría de ellos, aunque se detuvo solo en unos pocos. Lo único que le hubiera sido útil habría sido tener una charla con el marido de la víctima. Y también, claro está, con Chastagner. De todos modos, no había indicios de que la víctima se hubiera interesado por los negocios de Chastagner, ni por las ampliaciones ilegales de la cantera.

Dupin se puso en camino para llegar al quiosco cuando faltaban un par de minutos para las ocho y media. Marchesi se había puesto en contacto con él. Los colegas de Perros habían examinado la casa del taxista y habían conseguido las últimas llamadas efectuadas a su móvil y al fijo. El teléfono del taxi tenía registrada una llamada el martes a las nueve y media de la noche. Un número oculto. Fue la última que atendió. Eso corroboraba la sospecha de que todo, los asesinatos de Virginie Inard y del taxista, había tenido que ocurrir la noche del martes. Por lo tanto, la reconstrucción de los hechos de aquella noche iba avanzando. En cambio, seguía sin resolverse la cuestión sobre quién había llamado al taxista, si la víctima o el asesino. Un detalle importante: en ninguno de los dos teléfonos había registrada ninguna llamada de Ellec, Chastagner, Guichard ni Rabier.

Dupin abrió la puerta del quiosco y saludó a la señora Riou, que le dirigió una mirada de complicidad y desapareció con rapidez en la trastienda. Él se quedó plantado delante de una estantería al azar. Hojeó una revista. *La pêche et les poissons*.

Eran exactamente las 8.30.

8.35.

8.40.

Entretanto, él repasaba ya la sexta revista sobre pesca, *Toute la pêche*. Al lado, *Pêche record* y *Partir pêcher*. Si Ellec llegaba a las nueve, tendría poco tiempo para la señora Guichard.

8.45.

La señora Riou se aproximó y le hizo una señal para que la siguiera. Abrió una puerta muy estrecha que daba a un pequeño almacén. Apoyadas en las paredes había unas estanterías metálicas abarrotadas; en el suelo se amontonaban varias cajas apiladas.

—Acabo de llamar a la señora Guichard. Por si quería que le guardara los periódicos. O por si pensaba venir más tarde. Hoy no vendrá. Es lo que ha dicho. —Esas frases cortas, tan propias de ella—. El interrogatorio de ayer tarde la ha afectado un poco. Es mi impresión. ¡Qué lástima! Pero Ellec viene seguro. Y el señor Bellet ha llamado preguntando por usted. El señor Durand

ha anunciado que hoy regresa a París. Y además ha habido un incidente en el hospital. La diputada...

Dupin dio un respingo.

—¿La señora Rabier? ¿Qué le ha ocurrido?

—Inès ha intentado hablar con usted, pero comunicaba todo el rato. Nada malo. Bueno, según Inès, nada realmente malo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Al parecer, un objeto ha chocado contra la ventana de su habitación.

—¿Qué objeto? ¿Está herida?

—Ella está bien. Aún no se sabe qué ha sido. Una piedra tal vez. O quizá solo un pájaro. Esas cosas pasan.

Pero las implicaciones serían muy diferentes.

La señora Riou prosiguió:

—Cuando el impacto, había una enfermera en la habitación. Así pues, no es una invención histérica de la señora Rabier.

Era preciso lanzar con fuerza y puntería para acertar en un cristal en concreto de la tercera planta. Pero todo era posible.

—¿El cristal ha resultado intacto?

—Según parece, no tiene ni un arañazo. De todos modos, el comisario ha solicitado el traslado de la diputada a otra habitación. Y la policía científica está investigando. Eso es todo lo que sé.

La señora Riou parecía satisfecha.

—Debo regresar. —Un instante después estaba de vuelta en la tienda.

Dupin aguardó un momento para recobrar de la impresión y salió del almacén.

Al hacerlo, chocó contra un hombre que se acercaba a paso rápido por la derecha.

—Perdón, señor. Lo sien...

Dupin se interrumpió.

Era Chastagner. El señor de la isla, el heredero de la cantera, el fabricante de maquinaria. El acompañante de la señora Durand la noche de su desaparición. Y el que había ampliado su terreno de forma ilegal. El que, en realidad, solo acudía al quiosco los sábados.

—Oh, vaya, el bravucón de ayer, aunque hoy sin su hermosa amiguita. ¡Qué lástima! —Chastagner sonrió con aire de superioridad—. Soy consciente de que los turistas se piensan que todo está permitido, pero creo que debería usted respetar un poco a la gente de aquí. Debería vigilar que...

Dupin le interrumpió:

—«Vigilar» es una buena palabra, porque es usted quien debería hacerlo. —La voz de Dupin se convirtió en un susurro y adquirió un tono cortante, una señal de extrema prudencia—. Vigilar que no le llegue una denuncia por ampliaciones ilegales de su cantera. Unas ampliaciones que han sido documentadas. Con fotografías.

El rostro de Chastagner había pasado varias veces del rojo al blanco. Apretaba los dientes, se le marcaban las venas en las sienes y, a la vez, parecía absolutamente confuso e incrédulo viendo a un completo desconocido increpándole en público sobre ese tema.

Dupin echó más leña al fuego:

—Ya solo por ese grave delito es usted uno de los principales sospechosos del atentado contra la diputada Rabier. Usted sabía que ella tenía conocimiento de las ampliaciones. Además, también es el principal sospechoso de los dos asesinatos. Una víctima fue hallada en su cantera, igual que la mujer de hace siete años; y el taxista, muy cerca de allí. Por si fuera poco, le vieron flirteando con la señora Durand en un bar la noche de su desaparición... ¿Y si todavía la tiene en su casa?

—¿Quién diablos es usted? —De esa frase se desprendían varios sentimientos a la vez: rabia, ira, desesperación, incredulidad y, lo que más interesaba a Dupin, miedo—. ¿Es policía?

El aire de superioridad de Chastagner se había desmoronado por completo.

Eso era algo que Dupin hacía a veces: ir directo a la línea de flotación, de forma brutal, sin ningún respeto y sin el menor asomo de diplomacia, pero con una fría intención investigadora. Una táctica en apariencia desprovista de estrategia. Sin embargo, en esas ocasiones él solía ser el comisario al cargo de la investigación de un caso que era de su absoluta competencia. En cambio, ahora la situación era distinta.

Aunque en ocasiones esa táctica le había dado unos resultados sorprendentes, se preguntó si había sido inteligente utilizarla. Pero ya había empezado y no podía hacer otra cosa más que seguir y provocar la máxima inquietud. Si Chastagner era el personaje que parecía ser —en más de un sentido—, se pondría nervioso. En el mejor de los casos, entraría en pánico. Y cometería errores. Cuanto más explícito y más franco fuera Dupin al abordarle, menor riesgo habría de que Chastagner acudiera a la policía para quejarse sobre un turista infame.

Dupin siguió hablando en voz muy baja, apenas se le oía, lo que obligaba a Chastagner a escuchar atento, sin moverse.

—En cuanto a mi persona, lo único que debe saber es que cuanto más me interese yo por usted, más peligro correrá.

De las múltiples emociones de Chastagner ahora solo quedaba una: la estupefacción.

Dupin tenía todavía algunas frases en la punta de la lengua, pero se contuvo. Su «intervención» había calado. Entonces se dio la vuelta con brusquedad y se dirigió hacia la salida.

A continuación, cruzó la calle en dirección a la capilla y se apostó en la entrada de un domicilio, de forma que Chastagner no pudiera verlo cuando saliera de la tienda.

Miró un instante la hora y volvió a fijar la mirada en el quiosco.

9.02.

Por desgracia, no había tenido ocasión de encontrarse con la señora Guichard. Sin embargo, Dupin ya tenía una idea de cómo lograrlo más tarde. Aquello encajaría a la perfección con la excursión a la cantera que tenía planeada.

Observó a Chastagner saliendo a la calle y mirando a su alrededor. A la derecha, a la izquierda, y otra vez a la derecha. Parecía abatido. Perfecto.

Al final giró hacia la izquierda y se alejó a paso rápido.

Dupin sacó el móvil y se apartó de la entrada.

Marcó el número de Marchesi.

Habló muy deprisa:

—Aquí Dupin. Es hora de utilizar los documentos contra Chastagner. De inmediato. Déselos al comisario.

Decidió no contarle el encontronazo que había tenido con el propietario de la cantera. Tampoco tenía tiempo para ello.

—Vale. —Como siempre, la voz de la agente sonaba del todo indiferente—. De hecho, Desespringalle lo ha citado en la comisaría a las diez. Aunque Chastagner ya esté incriminado, seguro que el comisario se alegra de tener la documentación. Por cierto —añadió—, no se ha encontrado ninguna piedra frente a la ventana del hospital donde está la señora Rabier. Tras examinar con detenimiento el cristal, no se aprecian arañazos ni nada sospechoso. Tal vez sea una falsa alarma.

—Ya se verá.

—Otra cosa más. Mi contacto en el *Ouest-France* me ha llamado. Alguien ha filtrado al periódico de forma anónima la relación sentimental entre el marido de la señora Guichard y la diputada. Le he pedido que retengan esa información.

¿De quién podía venir aquello? ¿Qué significaba eso?

—¿Cumplirán con su palabra?

—Creo que sí.

—Bien.

Dupin se había alejado un poco de la entrada del quiosco y había apoyado la espalda contra la pared de una casa.

—La piedra con la que fue atacado el taxista —informó Marchesi— está en el laboratorio, junto con las demás pruebas tomadas en el lugar. Aunque todavía no han efectuado ningún análisis preciso, lo más probable es que proceda del entorno cercano. Y por último —siguió con rapidez, aunque no resultaba abrumadora—, ni Chastagner, ni la señora Rabier, ni tampoco Ellec tienen una coartada irrefutable para la noche del martes. Ni el secretario de la señora Rabier, por cierto. —Tampoco en esa frase se advertía ningún tipo de inclinación. Era una simple constatación—. Le he puesto vigilancia.

A Dupin no le pareció mala idea.

Hugues Ellec. Era él. Venía por la izquierda.

Dupin lo reconoció al momento. Lo había visto en internet. Saltaba a la vista que le gustaba que le fotografiasen, porque había un número impresionante de imágenes suyas.

—Tengo que colgar. Yo... —Dupin se frotó las sienes. Se le acababa de ocurrir algo—. Otra cosa más: ponga a alguien en el ayuntamiento para vigilar si Ellec se acerca a la oficina del catastro para echar un vistazo a sus documentos.

—¿Por qué?

—Luego se lo explico. ¡Pero hágalo!

Dupin colgó.

En ese preciso instante volvió a sonar el móvil.

Nolwenn.

Imposible. Iba a tener que aguardar unos minutos.

Rechazó la llamada.

Luego se acercó a toda prisa al quiosco, recobró la compostura y entró.

Ellec se encontraba en la sección de revistas de política.

Por lo que Dupin podía ver, estaba muy tranquilo.

En una cesta tenía un pequeño montón de revistas; en ese instante estaba añadiendo *Le Point*. No parecía darse cuenta de la gente que había a su alrededor. Dupin se puso justo delante de él, al otro lado del expositor.

Lo observó unos instantes.

Estatura media; barriga incipiente sin estar gordo; traje azul oscuro elegante, zapatos marrones muy brillantes, camisa blanca, gemelos de plata. Llevaba la corbata azul, algo más clara que el traje, y con el nudo un poco suelto, un pequeño defecto que, sin embargo, no desmerecía la cuidada apariencia general. Cabello corto, oscuro y bien cortado; patillas plateadas, orejas algo despegadas; arrugas marcadas en la frente, pero, por lo demás, rasgos suaves. Dupin había oído hablar mucho de él. Todo encajaba. Lo que veía era una escenificación del poder y la arrogancia de ese hombre.

Ellec había desplegado *L'Observateur*.

Dupin se colocó a su lado.

—La autorización especial es una falsificación, señor Ellec. Lo sabemos. Y, como en muchos de sus asuntos, detrás hay una maniobra de manipulación y abuso de poder. —Dupin habló con jovialidad, pero en voz baja.

El sistema le había funcionado con Chastagner. ¿Por qué no probarlo de nuevo? A fin de cuentas, no podía someterlo a un interrogatorio de verdad.

Cuando Dupin había empezado a hablar, Ellec dio la impresión de que seguía leyendo sin inmutarse. Solo al oír la palabra «falsificación» se había estremecido un poco y había vuelto la cabeza hacia Dupin. Su mirada no dejó traslucir la menor reacción, y su expresión tampoco. Luego volvió a interesarse por la revista, como si no hubiera pasado nada. Dupin estaba casi impresionado; no cabía duda de que Ellec tenía una enorme capacidad de autocontrol.

—La señora Rabier le ha seguido la pista. Algo que, sin duda, usted ya habrá notado. —Dupin lo miraba sin ningún disimulo, concentrado en advertir cualquier emoción.

Seguía sin reaccionar.

Ellec dejó tranquilamente el *Nouvel Observateur* sobre el montón de revistas. La señora Riou tenía la vista clavada en los dos y parecía ajena al anciano de la caja que quería pagar.

—No sé quién es usted —espetó Ellec de repente—, ni me interesa. Pero sobre todo no me interesa nada de lo que dice. ¡Que tenga un buen fin de semana!

Tomó su montón de revistas y se dirigió hacia la caja.

Ellec era bueno. Resultaba evidente que estaba acostumbrado a las disputas verbales enconadas. Pero no era solo una cuestión de experiencia. Era una persona fría.

—Le deseo lo mismo. —Dupin perseveró también en su papel hasta el final.

Pasó junto a Ellec, hizo un gesto de saludo y abandonó el quiosco muy erguido.

La situación se estaba agravando. Se notaba. Dupin conocía esa fase intranquila y febril de las investigaciones.

Ahora debía proceder de manera sistemática. Tenía que pensar de forma integral. Tener en cuenta todos los aspectos.

Posiblemente Claire aún dormía. No era buena idea despertarla. Y menos sin tener una buena excusa preparada. Debía pensar qué iba a contarle. Necesitaba a toda costa un poco más de tiempo para él. La lástima era que su excursión podía prolongarse hasta el mediodía. Si Claire dormía hasta las once, cosa que podía ocurrir, tal vez bastaría con decirle que acababa de salir a comprar la prensa y la comida. Otra cosa era si llamaba pronto. Entonces tendría que improvisar.

Dupin se orientó. Caminó hacia la izquierda, en dirección a la bahía.

En realidad, aunque había sacado un instante el mapa que llevaba metido en su Clairefontaine, era muy fácil: bastaba con seguir la bahía hacia Ploumanac'h, llegar a la lengua de tierra que había entre Trégastel y Ploumanac'h y continuar por el camino hasta que este volviera a dirigirse hacia el mar. Justo ahí, debajo de un puente, el arroyo del Traouiéro desembocaba en el Atlántico formando un pequeño lago en la cara del puente que daba a la tierra. Allí empezaba ese valle legendario.

Dupin decidió tomar el camino que llevaba a lo largo del lado este del valle. El que conducía directamente a la granja de Maïwenn Guichard.

Se puso en marcha.

Lo primero que debía hacer era hablar de nuevo con Inès Marchesi.

Marcó su número.

—¿Sí?

—¿Ha puesto a alguien en el ayuntamiento? Acabo de tener una especie de charla con Ellec.

—Alan está allí, de incógnito. ¿Qué debe hacer si lo ve llegar?

Buena pregunta.

—Solo debe informarle a usted. Y usted decírmelo a mí. Luego...

Dupin se interrumpió. Las prisas le habían impedido pensar en una cosa: en realidad, era preciso poner a Marchesi en antecedentes; es decir, Dupin tenía que hablarle de la... cómo decirlo... «retirada» del documento por parte de Nolwenn. Pero Marchesi no podría dejar de comunicárselo al comisario de Lannion. Y eso, a su vez, pondría en un grave aprieto a Nolwenn. Además, el comisario querría ver el documento original como prueba, y en ese preciso

instante se encontraba en el coche de la secretaria de Dupin, para a ser sometido a un análisis por parte de un experto de Concarneau.

—Verá, de un modo que no viene al caso, ha llegado a mis manos el documento original. En cualquier momento —añadió Dupin mirando el reloj— va a ser entregado a un experto de Concarneau para que certifique si realmente se trata de una falsificación. Mi secretaria lo ha dispuesto todo.

Por primera vez, Marchesi vaciló antes de responder.

—Vale. —Hasta cierto punto, aquello había sonado bastante neutro.

—Debería asegurarle al comisario que ha sido usted quien ha conseguido el documento. Gracias a una formidable labor de investigación. —Era la única solución que se le había ocurrido a Dupin, aunque, desde luego, eso exigía mucho a Marchesi.

—Su secretaria lo ha conseguido gracias al bedel, ¿verdad? ¡Ese que es amigo de señor Bellet!

Se había dado cuenta de todo.

—Yo habría hecho lo mismo. Yo... —Se interrumpió—. Alan está llamando a la puerta, será mejor que vaya a abrir.

A Dupin le habría gustado responder con un «por supuesto», pero para entonces ella ya se había despegado del aparato.

Entretanto, él había llegado a la fina línea de playa que había al final de la bahía.

Caminó por la arena. Aquella investigación era muy de su gusto, al aire libre, en el lugar de la acción, con gente, en la naturaleza. La marea estaba casi en su punto más alto. El agua entraba con fuerza. Las masas y las corrientes eran gigantescas, aunque la superficie del agua estaba lisa. En cambio, las quillas y los cascos de los veleros sí lo notaban, y se balanceaban inquietos de un lado a otro, algo que no acababa de encajar con la tranquilidad de aquel día de pleno verano. Al fondo de la playa se veían las barcas de colores con las que los dueños de los veleros llegaban a sus embarcaciones.

No pasó mucho rato hasta que Marchesi volvió al aparato.

—Ellec acaba de entrar en el ayuntamiento. Tal y como usted suponía. —Dejó entrever un mínimo soplo de emoción—. Eso, en sí mismo, ya es un indicio. ¿Para qué ver el documento original después de hablar con usted si de verdad fuera auténtico? Seguramente querrá destruirlo.

—En cualquier caso, eso significa que Ellec va a darse cuenta de que no está.

—No creo que lo denuncie a la policía. Ni tampoco al catastro. No querrá llamar la atención al respecto. ¿Qué puede hacer? —Marchesi había

recuperado su tono desapasionado. Ella tenía razón en todo—. Yo ahora me voy a casa de Fabien Delroux, un joven granjero que acababa de llamarme. Quiere hablar conmigo de forma urgente.

Tal vez fuera también un corazón solitario.

—Bien, entonces hasta luego.

A Dupin le encantaba cuando un plan funcionaba.

Por supuesto, aquello era un indicio. Ese documento, la autorización especial, tenía que ser una falsificación. Quizá un favor a cambio de algo. Nolwenn se lanzaría sobre ello como un perro rabioso hasta descubrirlo todo. Dupin no pudo evitar una sonrisa.

Decidió telefonarla.

—Ahora mismo iba a llamarle, comisario. El documento ya está siendo analizado. Desde hace cinco minutos. Y me he informado sobre las decisiones políticas importantes que se tomaron en la región cuando «apareció» de pronto esta autorización especial. Yo...

—Debo ponerla al corriente de los últimos acontecimientos.

Dupin resumió el nuevo suceso relacionado con Ellec.

—Ya veo. Por cierto, el motivo por el que antes le he llamado. Por desgracia, es un asunto incómodo. El prefecto de Côtes d'Armor ha intentado ponerse en contacto con Guenneuges. Para hablar sobre usted. Ha hablado con la secretaria de Guenneuges, quien, a su vez, de forma extraoficial, me lo ha contado a mí. Esta mañana el prefecto tenía una cita con el médico.

Así pues, el comisario de Lannion había cumplido sus amenazas. En ese instante, todo asomo de compasión por ese hombre se desvaneció.

—¿Ha informado a asuntos internos?

Dupin no sabía qué sería peor.

—De momento, no.

Eso era un alivio.

Había llegado hasta el final de la franja arenosa, a la lengua de tierra que se metía en la bahía. Tomó el camino que discurría junto a la carretera y siguió andando.

—Después de negociarlo, la secretaria de Guenneuges y yo hemos acordado que, como algo excepcional, en esta ocasión ella no lo llamará: se limitará a enviarle un correo electrónico pidiéndole que se ponga en contacto con su colega.

Aquello no podía ser de gran ayuda.

—Me asegura que, como muy pronto, él no leerá el correo hasta la una o las dos.

Dupin cayó entonces en la cuenta. Nolwenn era genial. Eso le daba tiempo. Un tiempo que, con suerte, podía ser valioso.

—Y hasta entonces ya se nos ocurrirá algo.

Era fabuloso sentir que Nolwenn volvía a estar a su lado.

—Muy bien. En ese caso, hasta luego.

Dupin colgó.

Soltó un respingo cuando, al instante, el teléfono volvió a sonar.

Jean.

—¿Qué me cuentas?

—Conocemos la identidad de la fallecida.

Dupin se detuvo de repente, como alcanzado por un rayo.

—En realidad se llamaba Marlène Mitou. Parisina. Treinta y seis años. Ayer se denunció su desaparición. El dueño del bar en el que llevaba trabajando cuatro años ha informado a la policía de que no había aparecido por el allí ni el miércoles ni el jueves, y que no había podido contactar con ella de ningún modo. Acabo de hablar por teléfono con él. Parece una persona formal. Y también he hablado con una amiga suya; el propietario tenía su número. Le hemos mostrado la fotografía de la fallecida. Es ella.

Dupin recordó entonces a la camarera del hotel que mencionó el acento parisino. Eso había sido una buena pista.

—¿Qué más has averiguado?

—Empezó los estudios para ser actriz, pero los abandonó antes de terminar. Fue trampeando con distintos trabajos. De vez en cuando se presentaba a algún *casting*, pero sin suerte. Vivía en un piso diminuto en Sèvres, al suroeste. No tenía mucho dinero. La amiga me ha contado que, por lo que sabía, ella era la persona más cercana a Mitou. Se veían más o menos cada quince días. Según parece, llevaba una vida bastante solitaria. De todos modos, la amiga no descarta que pudiera haber otras personas en la vida de la chica de las que ella no tuviera noticia. No hablaba mucho sobre historias con hombres y no daba la impresión de tener pareja estable. Un compañero mío se dirige ahora mismo al bar Aux Folies, y otros dos van hacia su piso. Antes de que me lo preguntes, sí, yo también examinaré personalmente su casa.

Lo primero que pensó Dupin fue que nada de aquello indicaba que la mujer pudiera permitirse una *suite* en el Castel Beau Site. Ni tampoco toda esa ropa tan cara.

—¿Le has preguntado al propietario del bar y a la amiga si Mitou tenía alguna relación con la Bretaña y, en particular, con Trégastel?

—Nada. No conocían ninguna conexión, ni ella les habló nunca sobre la Bretaña. De vez en cuando viajaba al sur, cerca de Béziers. Su familia era de allí, aunque sus padres ya han fallecido. La amiga sabía de una hermana que vive en algún lugar en las Cevénnes, pero con la que no mantenía contacto.

Era muy extraño. Aunque era un avance importante, no arrojaba ninguna luz al caso; de hecho, hacía que el asunto resultara aún más misterioso. ¿Qué podía significar aquello?

—Preguntaré a la amiga y al dueño del bar directamente sobre las personas que te interesan. Tal vez les suene algún nombre. Por cierto, tampoco tenía ninguna relación con Burdeos.

—¿La amiga ya sabe que ha fallecido?

—Todavía no.

Dupin se había vuelto a poner en marcha.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace cuatro semanas.

—¿Mitou le dijo al dueño del bar o a la amiga que tenía previsto hacer un viaje?

—No. Se limitó a tomarse una semana libre. Envió un SMS a la amiga diciéndole que necesitaba unos días de descanso.

—Entiendo.

—Por cierto, voy a tener que ponerme en contacto con el comisario de Lannion. No puedo retener esta información. Es su caso.

Por poco que le gustara la idea, era inevitable.

—Georges, dame el nombre de las personas por las que crees que debería preguntar.

Dupin le citó a las personas que consideraba relevantes.

Por supuesto, los posibles vínculos podían ser muy intrincados; de hecho, era lo habitual. Sin embargo, Marlène Mitou debía de haber caído de algún modo en aquella trampa mortal. A través de alguien.

—Muy bien. Anotados. Ah, por cierto, los datos que me pediste sobre los Durand. Casados por lo civil hace cinco años. Apenas seis semanas después de la boda, dos empresas pasaron a nombre de Alizée Durand. Luego, en los años siguientes, seis empresas inmobiliarias más. Así pues, legalmente le pertenecen ocho empresas. La última se inscribió a su nombre hace dos años; después no hay más.

—¿Hubo contrato prematrimonial?

—No lo sé. No he oído nada de eso. Bueno, Georges, ya tienes toda la información. Yo ya he cumplido mi parte del trato.

Dupin sabía a lo que se refería.

—Ahora llamaré al comisario de Lannion. Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga más novedades sobre Mitou. ¡Por supuesto, tú siempre primero!

—Muchas gracias, Jean.

Dupin se guardó el móvil. Todavía le quedaban algunas llamadas que hacer. Pero antes tenía que recuperarse de la impresión.

Ya conocían la identidad de la víctima. Pero no tenía sentido. No se le ocurría de qué modo, por extraño que fuera, podía relacionar a las personas que había conocido hasta el momento para intentar resolver el caso.

Dupin había llegado al puente que cruzaba el Traouiéro; a la izquierda quedaba la pintoresca bahía, con las vistas sobre Ploumanac'h y el agradable puerto; a la derecha del puente se abría el pequeño lago en el que el agua penetraba con la marea.

El camino que debía tomar doblaba en ese punto hacia la derecha. Luego discurriría en paralelo en dirección al valle, hasta llegar a la granja de la señora Guichard. Dupin calculó que serían unos dos kilómetros.

Detrás del lago, el follaje verde, espeso y selvático impedía la visión. Allí empezaba el valle.

Al principio encontró algunas casas que bordeaban el camino; conforme avanzaba, el paisaje se volvía cada vez más solitario y silvestre. El camino, que dejaba a la derecha el valle encantado, alternaba pequeños bosques con zonas yermas, salpicadas con bloques de granito rosa y helechos, hierbas altas y secas, maleza espinosa e islas de brezales lilas de entre las que asomaban grandes dedaleras. Un paisaje que poco tenía que ver con el mar, tan próximo.

Aunque solo eran las diez de la mañana, el sol veraniego ya era implacable. La temperatura parecía dispuesta a alcanzar valores récord. No corría ni la más ligera brisa para procurar cierto alivio.

El ambiente también iba cambiando conforme Dupin se adentraba en el interior. El aire olía a tierra agrietada, a bosque seco, al polvo que en esos días tórridos se posaba en todas partes. De tanto en tanto, cuando el camino serpenteante se aproximaba mucho al valle, se elevaba una oleada de aire procedente de las profundidades del terreno. Húmedo, mohoso, denso. Una mezcla curiosa.

Al poco rato, Dupin tenía la frente perlada de sudor. En ese momento le habría venido bien llevar la gorra y las gafas de sol.

No reparaba mucho en el paisaje. Tal y como había sido su intención al dar ese paseo, se encontraba en un estado de intensa reflexión.

Aquella actriz fracasada y camarera de París, cuyo nombre auténtico era Marlène Mitou, era, sin duda, una figura clave; tenía que estar implicada en lo ocurrido, fuera en una sola cosa o en varias. La cuestión era si el taxista también era cómplice en alguna de las historias, o si solo había sido una víctima inocente y casual. Alguien que estaba en el lugar y el momento equivocados.

Las ideas no tenían fin y no dejaban de revolotear en la cabeza de Dupin, hasta el punto de marearlo un poco. Unas veces llegaba a conexiones temerarias, y por unos instantes se dejaba llevar por la euforia; otras, no había nada que encajara en absoluto. Con todo, lo más incómodo era que esa mañana, en algún momento, aunque era incapaz de decir cuándo ni respecto a qué, había tenido una sensación extraña, como si, sin darse cuenta del todo, le hubiera invadido una intuición sombría. El esbozo de una idea que ordenaba todo lo ocurrido de forma distinta. Solo había sido un instante. Era para volverse loco. Se propuso no dar más vueltas a esa sensación y pensar en aspectos a los que pudiera dar nombre. ¿Y si tuviera la solución delante? ¿Y si ya se dejara entrever a partir de una idea que lo cambiaba todo?

De vez en cuando, mientras avanzaba, Dupin se volvía de repente y escrutaba a su alrededor. Quería comprobar si su perseguidor había vuelto. El hombre misterioso de la camiseta blanca. Aquello merecía también una reflexión más profunda: ¿quién podía ser? ¿Cuál era la hipótesis más probable? Entonces su mente saltaba al punto siguiente. Dupin se sentía como en el laberinto de piedras del acuario. Perdido. Extraviándose una y otra vez, fuera a donde fuese.

A derecha e izquierda del camino empezaron a asomar unos campos. Estaba cerca. La granja tenía que aparecer por la izquierda.

Mientras andaba sacó su Clairefontaine. Antes había anotado algunas especialidades agrícolas de la zona. En los últimos días había probado casi todas, por lo menos una vez. Quería estar preparado para su cometido.

De pronto oyó un coche. Se acercaba a toda velocidad. Había salido de detrás de un granero que Dupin vio a unos cien metros después de doblar una curva.

Un coche patrulla. Un Peugeot.

Dupin se detuvo al borde del camino.

Poco antes de llegar ante él, el vehículo frenó bruscamente. Tras el volante iba Inès Marchesi.

Se apeó con gesto resuelto.

—¿Un pequeño paseo en dirección a la granja de la señora Guichard? — Antes de que Dupin pudiera responder, ella prosiguió—: Vuelvo de hablar con Fabien Delroux, el granjero que me ha llamado antes. Su granja está ahí delante. —Hizo un gesto vago con la cabeza—. Acaba de declarar que fue él quien arrojó la piedra. No pretendía herir a la señora Rabier. No vio que ella estaba detrás de la ventana. Está aterrado. Tenía la esperanza de que todo se calmara y que la señora Rabier se recuperara pronto, pero cuando ayer supo que Maïwenn Guichard había sido detenida, decidió entregarse.

—¿Qué?

La noticia había tomado a Dupin con el pie cambiado.

—¿Cree que puede estar encubriendo a alguien?

—Conozco a Delroux. Me parece muy poco probable. —Marchesi se interrumpió—. De todos modos, no se puede descartar.

Desde luego.

—¿Ha sabido explicar cómo ocurrió todo?

—La descripción es plausible. Concuerda con lo que sabemos. Y además, coincide con el análisis de los restos de tierra de la piedra. Sus campos también están en el valle, un poco más arriba. —De nuevo ella señaló con la cabeza en la dirección de donde venía—. Y ha indicado con exactitud el lugar de donde cogió las piedras para la tractorada.

—¿Por qué no lo notificó antes? —preguntó Dupin restregándose la nuca.

—Era consciente de que eso tendría consecuencias graves. Si lo que dice es cierto, ha hecho una tontería. Pero es lo que hace la mayoría de la gente. Casi siempre.

—Así pues, ese asunto no es más que un trágico accidente.

—¿Y qué me dice de las cartas amenazadoras? —preguntó Marchesi—. Fabien Delroux no las escribió, de modo que no tienen nada que ver con el desgraciado incidente de la pedrada. Es posible que alguien haya querido aprovechar la situación a su favor. Para presionar a la señora Rabier. Tal vez porque conocía sus investigaciones... O solo para causar confusión.

El asunto se enredaba cada vez más. Aunque, según se mirase, también se simplificaba. Era evidente que esa posibilidad era cierta, Marchesi tenía buen olfato. Por otra parte, aún sin la pedrada, la situación se mantenía más o menos igual. Alguien se había aprovechado de que nadie se hubiera declarado autor de la agresión para amenazar a sangre fría a la señora Rabier. Tal vez para impedir que se investigara más a Ellec o a Chastagner. Esa suposición explicaría además por qué la carta llegó tan tarde respecto a la pedrada. En

ese sentido, las amenazas por carta contra la señora Rabier continuaban siendo un asunto muy grave, aunque el ataque hubiera sido un accidente.

—Debo irme.

—Una cosa. —Dupin no sabía cómo formularlo—. Mis... contactos me han informado de que ya se conoce la verdadera identidad de la fallecida. Es una desaparecida de París. Marlène Mitou.

Dupin resumió lo que Jean le había contado.

—La policía de París contactará de inmediato con el comisario de Lannion.

—De acuerdo.

Marchesi se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche.

Luego giró un momento hacia él:

—¡Ah! Desespringalle ha acompañado a Chastagner a la comisaría; han ido hasta su castillo en la lancha de la policía y lo han detenido; él acababa de regresar de Trégastel. Además, tienen una orden de registro del castillo y de la oficina central de sus empresas.

Para ser una noticia iniciada con un lacónico «¡Ah!» era una información bastante importante.

Abrió la puerta del conductor con gesto rápido y siguió hablando:

—Desespringalle considera las ampliaciones ilegales un motivo más que suficiente para la agresión, aunque ahora sepamos que no fue intencionada. No importa. No está mal apretar un poco las clavijas a Chastagner.

Una actitud pragmática.

Para Dupin, la forma de proceder del comisario no era muy elegante. Y le parecía que se estaba precipitando. De todos modos, en principio no era un error.

—¿El comisario está al corriente de la confesión del agricultor?

—No, pero pronto lo estará.

Aquello causaría al policía más confusión y angustia que Dupin. Sobre todo, después de haberse llevado a Chastagner a comisaría de un modo tan llamativo.

Marchesi se sentó tras volante y puso en marcha el vehículo. Con un arranque similar al de un *rally*, el coche salió despedido hacia delante y partió a toda velocidad.

Por una milésima de segundo, Dupin tuvo la impresión de vislumbrar de soslayo a alguien entre los árboles, por el lado que daba al valle. Sin embargo, cuando miró con atención no vio nada sospechoso.

Se giró con un gesto resuelto y prosiguió en dirección al granero.

A la izquierda asomó entonces una casa de piedra antigua y muy hermosa, rodeada de campos bordeados por bosquecillos espesos, arbustos desgredados y muros de piedra cubiertos de moho. Era la casa de Guichard. Un edificio sencillo de planta alargada, en granito rosa claro, restaurado con esmero y muy bien cuidado, con tejado de pizarra.

Junto a la casa había un bancal imponente, casi un campo, con un tamaño que doblaba la superficie de la casa y que estaba resguardado por un murete que llegaba hasta la cintura; al final del bancal había dos graneros con tejado de pizarra. Frente a la casa se alzaban tres palmeras frondosas, las típicas de la Bretaña.

Dupin vio una figura inclinada que estaba arrancando algo. Tenía una cabellera larga, brillante, de color castaño, recogida en una trenza que, por la inclinación del cuerpo, casi tocaba el suelo.

Dupin se acercó y abrió el portón de madera pintado de gris claro.

La mujer todavía no se había percatado de su presencia.

—¿Señora Guichard?

Ella se incorporó de un respingo. Llevaba en la mano una zanahoria de color violeta.

—¡Menudo susto me ha dado! —Sus palabras se convirtieron a continuación en una sonrisa amable y cálida. Aun así, se apreciaba en ella cierta tensión.

—Por favor, discúlpeme.

Lo que Dupin había oído decir de ella era verdad: la señora Guichard era una mujer de una hermosura excepcional. Con una imagen completamente opuesta al cliché de una granjera: tenía unos rasgos suaves y lucía un elegante bronceado que acentuaba aún más el brillo de sus ojos vivaces y de intenso color verde. Llevaba los labios pintados de rojo, pero, por lo demás, no parecía ir maquillada. Dupin observó la mano con la que ella se colocó la trenza en el hombro izquierdo: era delicada y estaba sucia de tierra. Llevaba unos tejanos desgastados que le quedaban demasiado grandes, así como una camiseta de un naranja intenso y unas botas de goma que le llegaban hasta la rodilla; todo estaba sucio, pero a la vez parecía un conjunto extravagante de un modisto de alta costura. El contraste era delicioso: una apariencia sublime, casi de artista de salón, con un atuendo muy práctico. Con todo, de algún modo, nada desentonaba.

La señora Guichard se dio cuenta de la mirada de Dupin; él se sintió un poco incómodo.

—Odio los guantes. Tengo que tocar la tierra y mis plantas.

—Entiendo. Es natural.

Una respuesta sin lógica alguna. Él no sabía nada de tierra, ni de plantas. Dupin estaba desconcertado.

—Soy de L'Île Rose; bueno, en realidad me alojo en el L'Île Rose. De vacaciones. El señor Bellet me ha dicho que usted vende fruta y verdura de la granja. Todo ecológico.

Esta vez había pensado ya una excusa para entablar una conversación; solo tenía que comunicarla de modo que resultara creíble.

—Mañana regresamos y nos gustaría llevarnos algo de la zona. —Dupin se interrumpió y, con un tono más bajo de lo que pensaba, apuntó finalmente —: Mi mujer y yo.

—¿Ha venido a pie a comprar verdura? ¿Sin bolsa ni mochila?

Un punto en contra de su historia.

—Luego vendremos con el coche. Estaba dando un paseo por el valle y he querido pasarme a ver lo que ofrece.

—Vaya con cuidado al descender por el valle del Traouïéro. Sobre todo, si pasa por el molino de agua. En el estanque de Le Lost Logoden, o cola de ratón.

La señora Guichard le dedicó una amplia sonrisa. Parecía muy tranquila. Saltaba a la vista que le había tomado por una persona extravagante, pero inofensiva.

—Es una de las muchas residencias del diablo, el cual gastó varias jugarretas a los pobres molineros. ¿Ha oído usted la historia de los bloques de granito voladores?

En los últimos días mucha gente le había contado historias, pero esa aún no. Dupin negó con la cabeza.

—Un hombre muy bravucón oyó contar historias horripilantes sobre el diablo y el molino. Obstinado como era, se mudó allí dispuesto a descubrir la farsa. En la primera noche, un ruido tremendo lo despertó en medio de la noche. Se le pusieron los pelos de punta. Unas enormes piedras empezaron a volar por el aire y a chocar entre sí con estrépito, como si saltaran al potro. Arremetieron también contra el molino, que se desmoronó al momento. El pobre infeliz aterrizó con su cama en una colina cercana. Se marchó corriendo y nunca más volvió a poner un pie en la zona.

—¿Vende usted esas alcachofas moradas? —A Dupin no se le ocurrió nada mejor para recuperar la excusa de su visita—. Las tomamos en el L'Île Rose.

—Cultivo las alcachofas en los campos de atrás, y también las de la especie *petits violets*. En este huerto solo tengo verduras antiguas, casi desaparecidas; la tierra bretona ofrece las mejores condiciones para ello. Distintas especies de nabos, chirivías, alcachofas chinas y algunos tipos de zanahorias poco habituales. —Alzó la zanahoria que tenía en la mano—. Esta se cultiva aquí desde hace cinco mil años. Las que son de color amarillo y morado contienen polifenoles, carotinoides, vitaminas A y K y ácido fólico. La zanahoria naranja normal, la que se puede comprar en cualquier sitio, es de cultivo industrial y no tiene más que agua.

—Seguro que nos llevaremos algunas.

A Claire le entusiasmaría. De pronto, Dupin pensó que iba a necesitar una buena explicación sobre cómo había ido a parar allí él solo. De todos modos, ya se ocuparía más tarde de esa cuestión.

Entonces se oyó un ruido fuerte y extraño; Dupin se sobresaltó. Lo escuchó de nuevo. Era una especie de gruñido. En ese momento, a medio metro de él, asomaron dos cerdos enormes. Rosados. Muy rosados. Como si la naturaleza lo hubiera querido asimilar todo con los gigantes de granito. Dupin, por instinto, retrocedió a un lado; un gesto que le avergonzó al instante.

—No tema, no hacen nada. Son Luis XVI y María Antonieta. Mis cerdos.

Dupin estaba tan estupefacto que no dijo nada. Desde hacía siglos, en la Bretaña rural los cerdos tenían una importancia especial, igual que los caballos. En ocasiones incluso eran tratados como un miembro más de la familia. Con todo, su presencia incomodaba al comisario. Eran inmensos. Y apestaban. Decididamente, los prefería en forma de embutidos, costillas o patés.

Uno de ellos, como si hubiera adivinado el pensamiento de Dupin, dio unos pasitos cortos hacia él a una velocidad sorprendente y le olisqueó la pernera del pantalón.

—¡Basta ya, María! Anda, volved a vuestro prado. ¡Hop, hop! En el bancal no se os ha perdido nada. ¡Fuera!

Los dos cerdos se dieron la vuelta con tranquilidad y se dirigieron hacia la puerta que Dupin había dejado abierta, sin levantar el hocico del suelo. Mientras lo hacían, dejaron oír un gruñido sordo que, en su opinión, denotaba cierto enojo.

—Crío unos cuantos cerdos. Hago unas *rillettes* fabulosas, muy cremosas, y también paletilla, panceta y jamón, que cuezo durante horas en la mejor de

las grasas. Y mi paté de algas tiene un ligero sabor a yodo, lo cual le aporta un frescor atlántico.

Maiwenn Guichard volvió a sonreír mientras se llevaba la trenza al otro lado.

—También nos lo llevaremos. Las dos cosas: el paté y las *rillettes*. —Se le hacía la boca agua.

—¿Qué más le interesa? —Dupin vaciló—. Quiero decir, ¿qué verduras y frutas?

—Ah, mejor que nos ponga un poco de todo. Una pequeña selección.

Se dijo que luego le bastaría con llamar y cambiar el día de recogida.

—¡Qué granja tan bonita tiene! —comentó Dupin mirando a su alrededor.

—Gracias.

—Y además su ubicación es excelente. —Observó fijamente a la mujer al pronunciar las siguientes palabras—: Junto a un valle de cuento, y a la famosa cantera.

Nada. Ni un respingo, ni un parpadeo. Ella también le miró a los ojos.

—Fue ahí donde días atrás encontraron a esa mujer muerta, ¿no? —se apresuró a decir Dupin, consciente de que no podría sostener mucho rato la mirada.

Ella, de nuevo, se mantuvo impassible.

—Así es, en la *Carrière rose*. Tremendo. Y muy misterioso.

—¿Misterioso?

—Todavía no se sabe nada. La policía da palos de ciego. —Su sonrisa se había desvanecido.

—¿Y qué cree que ocurrió?

—No lo sé.

Una expresión seria y sufrida. Era evidente que aquello la alteraba.

—Hace días que por aquí ocurren cosas raras. De hecho, una diputada también ha sufrido una agresión.

De nuevo, Dupin tenía la mirada clavada en el rostro de Guichard.

—Un acto atroz.

Parecía sincera. Pero tal vez fuera una actriz excelente.

—¿Es conocida suya?

Un intento más. Otra vuelta de tuerca.

—Sí, claro. —Por primera vez advirtió en su voz cierta desconfianza. Su mirada también cambió—. De acuerdo, señor. Le prepararé una caja. ¿Cuándo pasará a recogerla?

—Como turista, estos hechos resultan muy inquietantes.

Dupin se esforzó por demostrar cierta ingenuidad para tratar de mitigar la desconfianza.

Aquello le funcionó un poco.

—Es comprensible. Los días más bonitos del año —dijo con una sonrisa—, y sucede algo así.

Dupin oyó esa frase a medias.

Había vuelto a ocurrir: algo dicho, o tal vez pensado, había agitado la idea borrosa, confusa, de antes. Aquella «intuición sombría» seguía sin querer asomar de una vez por todas a su mente. Dupin conocía ese razonamiento que tenía lugar en su inconsciente y que más bien era una intuición extraña. A menudo le había ayudado a resolver un caso. Por desgracia, en esta ocasión no lograba penetrar en los rumores volubles que tenía en la cabeza.

—Voy a seguir ocupándome de las zanahorias.

—Por supuesto. Que sean muchas —dijo, y se apresuró a añadir—: Para la caja, claro.

—Hasta luego, señ...

La interrumpió el estrépito de una sirena. Una sirena estridente.

Dos coches patrulla se aproximaban a la granja a toda velocidad. Poco antes de llegar a la entrada frenaron con tanta fuerza que hicieron rechinar los neumáticos.

No cabía duda. Venían a ver a Maiwenn Guichard.

Y, desde luego, no era para comprar verdura.

Dupin solo sabía una cosa. Tenía que desaparecer cuanto antes.

—Yo... —La señora Guichard parecía afligida—. Si me disculpa... Será mejor que llame antes de pasar a recoger la caja. Por si acaso. —Se acercó despacio al coche patrulla.

Dupin se apresuró hacia un camino que llevaba a uno de los graneros y, desde ahí, se perdía por un campo.

—Muchas gracias. ¡La llamaré! —exclamó, por encima del hombro.

Dio un par de zancadas hacia el granero. Al parecer, su extraño comportamiento no llamó la atención de la señora Guichard. Estaba demasiado inquieta por la presencia de la policía.

¿Qué es lo que pretendían? ¿De verdad iban a detener a la señora Guichard? ¿Con ese despliegue tan exagerado? ¿Y a pesar de que seguramente ya sabían que otra persona se había confesado culpable de la pedrada contra la señora Rabier? ¿Acaso el comisario de Lannion desconocía la declaración del granjero, o es que le parecía inverosímil? ¿Tal vez pensaba que había sido comprado? ¿Quizá por la señora Guichard? ¿O es que tenía

indicios o pruebas de que esa mujer tenía algo que ver con uno o los dos asesinatos? Unas pruebas de las que ni siquiera Marchesi tenía noticia. Lo que era innegable es que Guichard y Rabier estaban enfrentadas en una dramática disputa personal. Con heridas y afectos muy profundos. Y eso, en principio, hacía que todo fuera posible.

Dupin se ocultó detrás del granero para observar sin ser visto.

Los policías, cuatro en total, se apearon con rapidez.

También estaba ese hombre alto y enjuto con la cicatriz en la mejilla izquierda que Dupin había visto el día anterior en Ploumanac'h. El comisario de Lannion.

Este se dirigió con paso decidido hacia la señora Guichard. El resto de los policías iban detrás de él.

Era una escena ridícula.

El comisario se paró delante de la señora Guichard y le dirigió unas palabras. Por desgracia, Dupin no pudo oír lo que decía.

Luego, el comisario y los cuatro policías se dieron la vuelta y aguardaron a que la señora Guichard entrara en uno de los dos vehículos.

Entonces ella se detuvo.

Se produjo una breve discusión. Al final, el comisario asintió.

La granjera se dirigió deprisa hacia su casa. El comisario la siguió acompañado por dos policías, a los que hizo una señal.

Ella iba a llevarse algo de su casa. Tal vez el móvil y un par de cosas.

Aquello tenía toda la pinta de ser una detención, y esta vez de verdad. Primero Chastagner, y ahora la señora Guichard.

Dupin sacó el teléfono.

—¿Marchesi?

—Sí.

—Están deteniendo a Maïwenn Guichard. ¿Sabe usted si el comisario dispone de nuevos datos?

—No. Es solo que no se cree la declaración del joven granjero. Está convencido de que es una tontería. ¿Está usted en la granja de Guichard?

—Así es. ¿Y usted no sabía nada de esta acción?

—No.

—Téngame al corriente. —Dupin iba a colgar, pero entonces añadió—: Quiero decir que los dos nos tendremos al corriente de lo que ocurra.

Pero para entonces Marchesi ya había puesto fin a la conversación.

Un instante después, cuando Dupin aún tenía el aparato en la oreja, fue Nolwenn quien llamó.

Respondió al momento.

—¡Lo hemos pillado!

Una exclamación eufórica.

—¡Lo tenemos! En efecto, es una falsificación. Lo podemos demostrar. Aunque el papel es antiguo, de hace unos veinte años, fue escrito en una máquina de escribir hace apenas uno o dos años. El experto confirmará esta sospecha con otro método de análisis, pero está casi seguro.

—¿Casi seguro?

—Ya sabe usted cómo son los científicos. Es, por supuesto, una «conclusión preliminar». No sabremos si el prefecto estaba o no al corriente, pero no importa. La autorización especial es falsa. Y punto. Y no descansaré hasta demostrar que Ellec participó a favor de la destrucción del banco de arena porque había algún intercambio de favores. Puede que se tratara incluso de la aceptación tácita de este documento falsificado. ¡O incluso que él lo recibiera como «honorario» y no lo hubiera falsificado!

Ellec se enfrentaba a la rival más despiadada que uno pudiera imaginar. No tenía escapatoria.

—Nolwenn, ¿podría informar de ello a Inès Marchesi? Es posible que el experto pueda redactar un breve escrito con su conclusión provisional. Envíesela a la gendarme. Ella se la pasará al comisario. —Dupin se acordó entonces de otra cosa importante—: Por cierto, ¿podría evitar que aparezca alguna alusión a Concarneau? Sería mejor que en el encabezamiento solo constara el nombre y el título del experto.

—Lo haré. Pero en algún momento saldrá a la luz dónde se encuentra el experto. Como muy tarde, en el informe definitivo. De todos modos —Nolwenn estaba llena de júbilo—, para entonces ya habremos cerrado el caso.

Esa era también la esperanza de Dupin. Aunque no se hacía ilusiones: tarde o temprano todo se haría público: su «actuación», sus investigaciones... Había demasiada gente al corriente.

—Por cierto, con Marchesi puede hablar de todo. Confío en ella plenamente. Me ha ayudado mucho. No se deje engañar por su indolencia lacónica.

—Ahora usted ya vuelve a contar conmigo.

Aunque lo había dicho con buena intención, Dupin comprendió que era también un aviso muy claro.

—Muy bien, Nolwenn. Yo ahora...

Entonces notó algo junto a su pierna izquierda.

Luis XVI. A su lado. Y a su derecha, María Antonieta.

—¡Fuera los dos! ¡Largo! ¡A vuestro campo! ¡Hop, hop! —Como Dupin no podía hablar a gritos, para ayudarse señalaba el campo con el brazo izquierdo.

—¿Cómo dice? —preguntó Nolwenn, intrigada.

—Dos cerdos. Junto a la pernera de mi pantalón.

Y que además desoían por completo sus órdenes. Los animales seguían olisqueando con curiosidad.

—Entiendo. Dos...

—Hasta luego, Nolwenn.

Colgó.

Entretanto, la señora Guichard, el comisario y los dos policías habían vuelto al coche. La granjera llevaba una bolsa colgada del hombro.

Entraron en los coches y se pusieron en marcha de inmediato. No tomaron la calle hacia la derecha, en dirección a Ploumanac'h y Trégastel, sino que se marcharon por la izquierda, en dirección a Lannion.

Dupin esperó a que se hubieran alejado. Entonces se atrevió a salir del granero.

Detrás de él marchaban Luis XVI y María Antonieta.

—¡Fuera! ¡Al prado!

Esta vez dio la orden a gritos. Pero los cerdos no se mostraron nada impresionados. Tenían intención de acompañarle.

Dupin se encaminaba hacia la calle, pero se detuvo. Si su sentido de la orientación no le engañaba, el camino en el que se encontraba le llevaría, en sentido opuesto, hasta la *Carrière rose*. En realidad, desde ahí no podía haber más que unos pocos cientos de metros. El camino que había junto al murete de piedra iba a parar a un bosquecillo. Desde ahí se debía llegar al lugar donde habían encontrado el cadáver del taxista.

Dupin se había imaginado la cantera muy distinta. De algún modo, más organizada. Gracias al mapa había conseguido salir de un bosquecillo por el lugar adecuado, aunque con dos arañazos en el dorso de la mano infligidos por una zarzamora obstinada. Masculló entonces varios improperios en voz alta. Luis XVI y María Antonieta lo habían seguido durante un trecho del camino, alegres y campantes. Luego, en algún momento, se marcharon sin más.

De pronto se encontró frente a la cantera. Sin barreras. Sin vallas. Dupin se había figurado que al menos encontraría alguna advertencia. Era una

superficie grande, vacía y polvorienta con una caseta de chapa oxidada. En torno a ella, distribuidos en un amplio círculo, había trozos de hierro oxidados, restos de algún tipo de máquina que parecía haber explotado años atrás. No daba la impresión de que alguien hubiera puesto los pies allí desde entonces.

El sol era implacable. Reinaba una calma extraña. Calor tórrido, radiante. Sin brisa. Sin árboles. Solo polvo y piedras. Se secó el sudor de la frente. El ambiente era como el de una película de vaqueros. A cierta distancia se oían golpes y estallidos a intervalos regulares. A pesar del hallazgo del cadáver, la cantera seguía en funcionamiento. Tan solo se había acordonado la zona apartada donde se había encontrado a la muerta. Debía de estar muy cerca de ahí.

Dupin se encaminó hacia una gran pileta de agua cubierta con una lona de plástico de un color turquesa muy llamativo. Se veía hierba desgredada, seca y cubierta de polvo. De pronto, a su derecha, asomaron unos impresionantes bloques de granito, de unos dos metros y medio de largo por metro y medio de alto. Había docenas, dispuestos en filas, unos junto a otros, con una separación de un metro. Resultaba impresionante.

Dupin paseó junto a los bloques. Sabía dónde se encontraba. Ese depósito de bloques de piedra estaba marcado en el mapa; aunque había varios, este se identificaba claramente porque las piedras estaban colocadas formando un semicírculo. Solo tenía que doblar dos curvas, seguir luego un poco en línea recta y llegaría al lugar desde el que Marlène Mitou fue arrojada a la cantera. Por casualidad había tomado el mejor camino; al acercarse por la parte posterior del terreno, las posibilidades de no ser descubierto eran bastante altas.

También ahí el suelo era seco y polvoriento; de vez en cuando se veía una grúa. Por algún extraño motivo, el ruido de la explotación le llegaba amortiguado. Dupin se acercó a un seto alto que se extendía a lo largo y en el que había varios huecos. Ahí detrás tenía que estar la parte de la cantera que le interesaba.

Recorrió el seto con la mirada. Un poco más allá vislumbró el punto marcado con la cinta policial. Se acercó rápidamente y se agachó para pasar por debajo de la cinta. Casi delante de él se abría el precipicio. Con un borde muy afilado. El suelo se interrumpía de forma brusca y la caída estaba sin protección alguna. Le habían dicho que Marlène Mitou había caído desde cincuenta metros de altura. Parecía mucho más.

Era fascinante. Y aterrador. Un precipicio abierto. De un luminoso color rosa.

Dupin se aproximó con cuidado. Apenas un metro le separaba de la nada.

Se detuvo y miró alrededor.

A la izquierda de la cantera se encontraba el acceso del personal y los camiones; allí se distinguían varias terrazas y un camino que descendía hasta el fondo en sinuosas curvas cerradas. El suelo era irregular y había puntos todavía más profundos que aquel al que Marlène Mitou había ido a parar. Justo debajo de donde estaba Dupin se veía la cinta policial roja y amarilla. El lugar ya no tenía vigilancia.

En el mapa había encontrado otros dos caminos por los que era posible acceder en coche a esta parte de la cantera. Por lo tanto, el asesino habría podido llegar al lugar sin problemas, y dada la tremenda sequedad del suelo, no habría dejado ninguna pista aprovechable.

El efecto del tono de su móvil en medio de aquel silencio fantasmal fue tremendo. Dupin se sobresaltó.

Jean.

—¿Sí?

—Acabo de hablar en persona con la amiga de Marlène Mitou. Vive en la Gare de l'Est. El tráfico hasta allí ha sido infernal.

—¿Y bien? —El tráfico en París siempre era infernal.

—Lo de las vacaciones la sorprendió mucho. Según me ha dicho, Mitou no tenía dinero para marcharse. Y si lo hubiera tenido, la amiga supone que lo habría utilizado para la mudanza. La última vez que se vieron, Mitou le contó que había encontrado un piso nuevo, más céntrico, y que en septiembre se iba a mudar.

—¿Hay algo sobre posibles vínculos con la Bretaña?

—No le ha sonado ni un nombre. Nada de nada. Ninguno.

—Puede que la amiga no lo supiera todo.

—Es posible. No se veían ni hablaban a diario.

—¿Y es cierto que Mitou no le mencionó nunca a ningún hombre?

—No. La amiga sabía que de vez en cuando ella tenía relaciones, digamos, ocasionales. Pero no conoce ni los nombres, ni los detalles.

Eso era muy poca cosa. No era de ninguna ayuda para Dupin.

—Lo dicho —resumió Jean—, la amiga no entiende nada de lo ocurrido. Esa pista no lleva a ningún sitio.

—De todos modos, muchas gracias.

Habría sido demasiado fácil.

—Por cierto, he hablado con ese tal Desespringalle. Un colega desagradable.

—No es tan malo cuando se saben más cosas sobre él.

El comentario le salió sin pensar. Eso le incomodó. Aunque oculto en el fondo de su corazón, ese comisario podría tener un ápice de bondad y estar atravesando en esos momentos una situación personal difícil, lo que le llevaba a estar dispuesto a poner a Dupin en auténticas dificultades.

—¿Te ha contado algo de su investigación? ¿Tiene alguna sospecha concreta sobre el papel de Marlène Mitou en todo esto?

—Ni una palabra. De hecho, me ha escuchado sin abrir la boca, casi como si yo fuera su inspector. Mis dos compañeros han registrado un poco el piso de Mitou. No han encontrado nada que pueda resultar interesante. Ningún indicio sobre su viaje ni sobre sus relaciones en la Bretaña. El piso es un caos. Muy desordenado y, al parecer, diminuto. No han encontrado ni calendario, ni diario, ni nada similar. Ni siquiera un ordenador.

—¿Se puede descartar que alguien hubiera entrado en el piso antes que vosotros para eliminar pistas?

—Por lo que han visto los compañeros, sí. De haberlo hecho, esa persona habría sido cuidadosa al máximo.

—Es posible que alguien tuviera la llave.

—Puede ser.

—¿Y en el bar? ¿Mitou contó algo interesante al personal?

—He enviado a mi mejor hombre al bar. Ha hablado con el dueño y con el personal, cuatro camareras de entre diecinueve y cincuenta y seis años. Solo charlaba de vez en cuando con una de ellas; se fumaban un cigarrillo a última hora de la noche o se tomaban un *whisky*. Nada importante. Tampoco ella sabía nada del viaje.

Jean había ido hasta el fondo. Dupin lo sabía.

—Por el momento —siguió diciendo Jean— no hay ninguna pista que indique cómo se desplazó, esto es, cómo llegó a la Bretaña: si se marchó sola o acompañada, en tren o en un coche de alquiler. Desespringalle supone que llegó en el tren de París y que tomó el autobús desde Guingamp. Sin embargo, no hay ninguna reserva a su nombre en el TGV del martes de la semana pasada, ni tampoco en los días anteriores. Tampoco como Virginie Inard.

—Puede que utilizara otro nombre.

—Cierto. Bueno, ya veremos si encontramos alguna otra cosa. Te llamo.

—Hazlo, aunque sea una insignificancia.

—Lo sé, lo sé. Aunque sea la más insignificante de las insignificancias.

Jean puso fin a la conversación.

No había servido de nada, de nada en absoluto. Lo que Mitou estaba haciendo en la Bretaña seguía siendo un misterio. Y por qué ella había tenido contacto con alguien de ahí. Puede que todos, él incluido, estuvieran siguiendo una pista equivocada.

Dupin tenía la sensación de estar perdido, en todos los sentidos, en un gran laberinto de piedras. De vez en cuando aparecía un camino, recorría unos pocos metros y luego se cortaba y no había ningún punto de referencia para saber por dónde seguir.

Se descubrió contemplando el precipicio con fascinación y una fuerte atracción.

Se acercó más. Centímetro a centímetro. Se volvió a quedar quieto. Una tremenda sensación de vértigo se apoderó de él. Tuvo que dominarse.

Ahora, se dijo, saldría de la cantera y se dirigiría al lugar donde se había producido el segundo asesinato, aunque también podía ser el primero. Suponiendo que Marlène Mitou hubiera llegado hasta allí en taxi, era posible que hubiera sido estrangulada entre aquel lugar y ese mismo. De haberse producido así, el asesino habría necesitado un coche para llevarla hasta ahí.

Dupin se apartó del precipicio.

En ese mismo instante se oyó un fuerte crujido.

Alguien había pisado una rama de arbusto. Había sonado así. Era exactamente eso.

Dupin adoptó una actitud de ataque. Igual que el día anterior en Île Renote, su primer reflejo fue llevarse la mano a la cadera derecha donde, cuando estaba de servicio, llevaba la SIG Sauer.

Se dio la vuelta y escrutó el entorno.

Había alguien ahí. Detrás del seto.

No estaba solo.

Y él se encontraba en una posición muy inferior. A un solo y minúsculo paso de un precipicio de cincuenta metros.

Tenía que hacer algo.

Se giró de nuevo, como si quisiera contemplar otra vez la cantera. Sacó el móvil y empezó a hablar. Su voz era perfectamente audible.

—Nolwenn. —Tenía que parecer natural.

Hizo una breve pausa.

—Ya estoy en la cantera. Por el momento, todo está en orden. Solo me falta comprobar una cosa. Quería saber si ya tiene el informe del doctor Pelliet.

Tenía que resultar creíble. Volvió a hacer una pausa.

—Muy bien, eso es importante. ¿Puede leérmelo en voz alta? Aquí todas las palabras son decisivas.... Muy bien. Sí, la escucho.

Mientras hablaba, se fue moviendo muy despacio hacia la izquierda.

Un instante después salió corriendo a toda velocidad. Y del modo más sigiloso posible.

Era cuestión de segundos.

Recorrió el seto. El siguiente hueco no estaba lejos.

Lo alcanzó al cabo de unos metros.

Dupin se detuvo. Observó con atención el entorno alrededor del seto. Delante, unos bloques de piedra; detrás de ellos, unos arbustos y varios árboles.

Buscó con la vista, nervioso.

No se veía a nadie. Maldita sea.

Corrió a lo largo del seto, de nuevo hacia la cinta policial.

Fue entonces cuando lo vio.

Su perseguidor de ayer.

Todo fue muy rápido. Dupin arremetió contra él.

El hombre, asustado, se dio la vuelta y huyó preso del pánico.

Se dirigió al precipicio. Luego giró bruscamente hacia la izquierda.

Dupin fue más rápido. Con un salto poderoso se arrojó sobre él.

El hombre cayó al suelo. Dupin se le echó encima. Una nube de polvo espesa y blanca los rodeó. Rodaron sobre unas piedras angulosas hacia el precipicio entre ruidos ahogados. Sintió un dolor intenso en el cuello y en la mejilla derecha.

El forcejeo fue breve.

Logró tumbar al hombre bocabajo y le agarró los brazos por detrás de la espalda, usando una maniobra de seguridad de la policía.

El hombre no había ofrecido mucha resistencia. No importaba, Dupin estaba dispuesto a cualquier cosa. Si se optaba por luchar, era preciso dejar al adversario fuera de combate cuanto antes.

—¡Basta, basta! —gimió el hombre—. Soy policía.

—¿Quién es usted?

Dupin no se inmutó.

—Me llamo Thomas Lemercier. —Vaciló—. Yo... —Un gemido. Dupin había aplicado más fuerza al agarre— le estoy vigilando por orden del comisario Desespringalle. Soy miembro de su equipo.

—Desespringalle. —Dupin logró pronunciar ese apellido sin trastabillarse
—. ¿El comisario le ha ordenado que me vigile?

Al policía le temblaba la voz.

—Yo solo cumpla órdenes.

Eso era una vileza. ¿Cómo había podido ir tan lejos el comisario de Lannion?

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer a mediodía.

En ese caso, había sido testigo de algunas de las acciones de Dupin.

Aflojó un poco el agarre.

—Muéstreme su identificación.

Dupin le soltó el brazo derecho.

El hombre rebuscó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó algo.

—Déjelo en el suelo.

El hombre hizo lo que le había pedido.

Una identificación plastificada, clara, con fotografía.

Dupin soltó entonces el otro brazo y se levantó. Tenía la vista clavada en ese joven.

—Muy despacito.

Estaban aún al borde del precipicio. Un gesto en falso podría tener consecuencias fatales.

—Las manos detrás de la cabeza.

Dupin se colocó de espaldas al seto.

El hombre se levantó. Miraba a Dupin con inquietud. Este dejó pasar un largo y doloroso rato. El hombre se mantuvo inmóvil.

—¡De acuerdo!

El policía se movió, se sacudió un poco y se quitó el polvo de la camiseta, que llevaba rota a la altura del hombro.

Dupin notó algo caliente recorriéndole la mejilla. Se tocó. Era sangre. No era grave, pero iba a tener que pensar una buena historia para Claire.

—Muy bien. —Dupin habló con tono cortante y contenido—. Ahora usted hará lo siguiente: irá a ver a su jefe y le dirá de mi parte que espero que retire de inmediato sus reclamaciones en ambas prefecturas. Y que se olvide de la notificación a asuntos internos. ¿Me ha oído bien?

Era una pregunta retórica. El hombre seguía ahí plantado.

—Sí —contestó apocado.

—Perfecto. Si no lo hace, informaré de esto a los altos mandos. Diré que mientras estaba paseando por la cantera he estado a punto de caer al vacío por

culpa de su persecución. De hecho, toda esa vigilancia, la violación de mi intimidad... ¡Es un asunto gravísimo!

Era verdad. Pero sobre todo ¡era fantástico! El comisario de Lannion había cometido un error. Había ido demasiado lejos. De pronto, Dupin se había librado de todas sus preocupaciones.

—¿Yo?... Pero si...

—Usted irá ahora mismo a hablar con su jefe. Si no hace lo que le he dicho, actuaré de inmediato. No tendré compasión.

—Se lo diré.

—Entonces, en marcha. Largo.

El joven policía se marchó a toda velocidad, con el cuerpo encogido. Dupin casi llegó a lamentarlo por él.

Dupin inspiró y espiró profundamente. Anduvo unos metros. Se alejó del precipicio.

El teléfono volvió a sonar.

En ese momento, cualquier llamada podía ser decisiva. Dupin se lo sacó del bolsillo del pantalón. Ese modelo Outdoor era resistente de verdad.

Claire.

Esa llamada no podía ser más inoportuna. Sin embargo, tenía que responder.

—¿Georges?

—¿Cariño?

—¿Dónde estás?

Por la voz, a Dupin le pareció una pregunta absolutamente neutra.

—De camino al quiosco. He estado tomando un café en el bar. Me he levantado temprano, he desayunado y he estado leyendo en el jardín. Acabo de salir. Compraré unas cuantas revistas y la comida. —La explicación le pareció bastante plausible y además le permitía cierta flexibilidad temporal—. Yo...

—Tranquilo, Georges. ¡Estamos de vacaciones! Tómate tu tiempo. He dormido de maravilla. Ahora mismo estoy desayunando. Luego iré a la playa. Ya vendrás cuando termines.

La «playa». Qué irreal sonaba esa palabra en ese instante. Qué lejos quedaba todo aquello. La playa, la toalla, la obligación de no hacer nada...

Claire había reaccionado de un modo demasiado relajado. Tal vez volvía a tener otra operación a distancia.

—Quizá deberías llevarte algo de bebida. Y un cruasán, o una manzana, solo por si acaso...

—Buena idea.

—Entonces, hasta luego, Claire.

—Hasta luego, Georges.

Esa situación era grotesca. Pero, a la vez, fabulosa.

Dupin echó un último vistazo a la cantera y se puso en camino.

Ya había visto suficiente.

—Es concluyente. Según el forense, el taxista también murió el martes por la noche. Sobre las diez y media, como Marlène Mitou, una hora arriba o abajo. Quiere volver a comprobarlo, pero solo para confirmarlo.

Aquello era importante. Aunque no sorprendente. Esa había sido la suposición desde el principio. Con todo, era bueno tener la confirmación definitiva. Así pues, los dos asesinatos se habían producido la noche del martes sobre las diez y media de la noche. Y casi con toda probabilidad, donde Dupin se hallaba en ese momento.

—Muy bien.

—Por lo demás, no hay novedades. Todavía no hay pistas sobre el posible autor de las muertes.

Saltaba a la vista que el asesino había actuado con mucha cautela y habilidad.

—Su Nolwenn ha llamado. —Por su tono, Marchesi dejó muy claro que eso no le había gustado—. He recibido el informe provisional del experto de Concarneau. Sin las señas. Ya se lo he pasado al comisario. —Una vacilación—. No ha preguntado nada.

—¿Y qué ha dicho sobre ese asunto?

—Ha dicho que, al margen de que esté o no relacionado con las investigaciones en curso, es una bomba. Y que debemos actuar con extrema prudencia y pedir una segunda opinión.

—¿Una segunda opinión? Eso es una tontería.

Dupin se sintió irritado.

—A Nolwenn le parece bien.

—¿Cómo?

—Así el experto de Concarneau no será el foco de interés. He encontrado uno en Paimpol. El documento ya está de camino hacia allí; Nolwenn lo ha enviado con un mensajero.

Era increíble.

—¿Y el comisario no cree que esa «bomba» podría tener algo que ver con el caso? Desde luego, sería un motivo más que suficiente.

—No ha comentado nada al respecto.

—¿Y qué más hay?

—Chastagner ha hablado en comisaría de la noche que estuvo con la señora Durand.

A Chastagner no le había quedado más remedio. Los cargos que pesaban sobre él eran muy graves.

—¿Y?

—Dice que no pasó nada. Nada de nada. A pesar de que él admite haberse hecho alguna ilusión. Propuso a Alizée Durand ir después al castillo. En el bar, ella se mostró de acuerdo, pero luego, al abandonar el local, no quiso ni oír hablar de eso. Y él se marchó sin más en su coche. Y eso fue todo.

—¿Y el comisario le cree?

—Me parece que sí.

—¿Tiene alguna otra cosa contra Chastagner?

—¿Exceptuando las ampliaciones ilegales de la cantera y la intención de querer ocultarlo todo a cualquier precio?

—Eso es.

—Creo que no.

Aquello no tenía aspecto de ser un gran descubrimiento. Pero tal vez el comisario no se lo había revelado a Marchesi. Por lo general, Dupin no solía informar a nadie en los momentos clave de la resolución de un caso. Y si excepcionalmente lo hacía, entonces era a Nolwenn o a Le Ber.

—¿Y contra Maïwenn Guichard?

—¿Quiere decir que si él tiene algo que nosotros no sepamos?

Como siempre, Marchesi estaba en todo.

—Eso mismo.

—Sospecho que no.

—¿Alguna novedad sobre el joven granjero?

—No. ¿Por qué debería haberla?

Dupin no lo sabía. Si el hombre había arrojado la piedra, con lo que le había costado confesarlo no iba a retractarse ahora. Y si era una confesión comprada, en principio tampoco lo haría.

—Entretanto —continuó Marchesi— hemos hablado con todos los conocidos y amigos del taxista. Tampoco en este caso hay ningún indicio de que él tuviera algo que ver con las personas en cuestión.

—Muy bien.

—Mi compañero está intentando averiguar la identidad del remitente del correo electrónico que llegó al *Ouest-France* donde hablaba de la relación sentimental entre el señor Guichard y la señora Rabier.

—¿Sabe hacer esas cosas?

—Es *hacker* en su tiempo libre. Hace mucho tiempo que tiene esa afición.

—Alan, ¿el gendarme?

—El mismo.

Curioso.

—¿Y cómo están las cosas respecto a la señora Rabier?

—Todo tranquilo. Sigue en el hospital, que ahora está protegido como si fuera el Palacio del Elíseo. ¡Y es posible que a un coste igual de elevado!

—Y no hay nuevos resultados que...

De repente, Dupin se interrumpió.

Le acababa de venir algo a la cabeza. Al oír la palabra «coste». No era lo que le había estado inquietando todo el tiempo, ese pensamiento indefinido que pululaba en su inconsciente y que tal vez fuera solo una fantasía; era algo distinto, concreto. Algo de la conversación con Jean.

—Marchesi, la llamaré más tarde.

Dupin colgó en cuanto hubo pronunciado la última sílaba.

Se encontraba en una avenida bordeada de castaños. Justo delante, en el desvío de la calle, había una zona acordonada con la cinta reglamentaria de color amarillo y rojo. Estaba a unos cien metros del taxi; el camino que se abría ante él giraba hacia la derecha y se adentraba en un espeso robledal. El taxi estaba custodiado por dos agentes. Dupin echó un vistazo por la esquina. Era imposible que lo vieran.

Dupin recorrió la lista de llamadas del móvil y marcó un número.

—¿Jean?

—¿Sí?

—Solo una cosa. Sobre la mudanza que ha mencionado la amiga de Mitou. ¿Ha dicho algo más al respecto?

—¿De la mudanza?

—Sí. Marlène Mitou quería mudarse en breve.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿No te parece raro? La *suite*, la ropa cara y una mudanza. Son cosas bastante caras. —Aquello hacía todavía más acuciante la cuestión que se había planteado Dupin—. Por otra parte, si el piso era más céntrico, el alquiler tendría que ser mayor. ¿Por qué de pronto ella disponía de tanto dinero? ¿De dónde lo había sacado?

—¿Estás diciendo —Jean parecía pensar en voz alta— que alguien le pagó a cambio de algo? ¿Algo relacionado con los sucesos ocurridos en ese excitante pueblo turístico bretón?

—Eso mismo.

—Llamaré de nuevo a la amiga.

—Eso estaría genial.

—Hasta luego.

Dupin volvió a meterse el móvil en el bolsillo del pantalón.

Sin acercarse demasiado a los agentes, trató de reconstruir la noche del martes con la máxima precisión posible. Analizó todos los escenarios posibles, que eran varios. Además, intentó ver si alguna cosa especial le llamaba la atención.

Dupin abandonó el camino y atravesó un prado silvestre pasando junto al robledal. Aquel bosque era lo bastante espeso como para atravesarlo sin ser visto. Se propuso recorrer el perímetro del lugar que ocupaba el taxi describiendo un arco más amplio.

Diez minutos más tarde, Dupin ya llevaba recorrida la mitad del trayecto y no había obtenido ningún resultado. No sabía qué tipo de pistas esperaba descubrir de ese modo. Por otra parte, la policía científica ya lo había examinado todo de forma sistemática. Tal vez lo hiciera solo con la esperanza de sentirse mejor. No era el caso. Por algún extraño motivo, tenía la impresión de que el estado de su investigación iba a peor desde que había abandonado la cantera. Nunca había logrado meterse a fondo en la investigación y ahora intentaba compensarlo haciendo cosas sin sentido. Su ánimo se ensombreció. La euforia de la mañana se había desvanecido. Se sintió ridículo. Por otra parte, parecía haber agotado todas las posibilidades de las que disponía. Y, en cambio, no había logrado acercarse ni un ápice al meollo del asunto.

En medio de aquel desánimo, su móvil vibró. Le había quitado el sonido cuando decidió buscar pistas.

Nolwenn.

—¿Sí?

—Ha ocurrido un milagro.

Su voz sonaba relajada, feliz.

—Ha llamado la secretaria de Desespringalle; el comisario ya no desea hablar con Guenneugues. Acaba de enviar un correo electrónico a nuestro prefecto explicándole que la cuestión no tiene ninguna importancia. Ella me

ha pedido de forma expresa que le informe a usted cuanto antes. —Una pausa dramática—. Me pregunto qué puede haber ocurrido.

De hecho, eso eran buenas noticias. Aquel asunto podría haber terminado en un auténtico desastre. El cálculo de Dupin había funcionado a la perfección. Con todo, ni siquiera esa información logró levantarle el ánimo.

—Digamos que se ha producido un pequeño incidente. Ya le informaré más tarde.

—Por su tono de voz, parece de mal humor.

—Es que, ¿cómo se lo explico?, me he perdido en el laberinto.

—Solo necesita ganar algo de perspectiva, comisario. Tómese un café. Salga a nadar. Coma algo. Échese unas risas con Claire. O dé un largo paseo... Y luego repásele todo con tranquilidad.

Lo había repasado todo varias veces con toda la calma posible. Y había dado varios paseos. Justo ahora acababa de dar otro.

—Lo haré, Nolwenn —gimió.

—Ya sabe lo que decimos en la Bretaña: *Gant pasianted hag amzer – et veura ar mesper*. El níspero solo madura con paciencia y tiempo. Y también —a Nolwenn el estado de ánimo de Dupin le pareció tan grave que decidió echar mano de otro refrán—: *A van da van – e vez graet e vragoù da Yann*. Poco a poco, incluso a Yann se le cose el pantalón.

—Gracias. Por el apoyo. Se lo agradezco mucho.

Nolwenn adoraba los refranes. Los usaba sobre todo para animar en situaciones críticas. Siempre tenían un lado algo sombrío.

—¡Y no se olvide usted de su Clairefontaine! ¡Tal vez la solución lleve ya un rato ahí!

Tampoco se había olvidado de eso. Al contrario, la había consultado varias veces.

—Debo seguir, Nolwenn.

—Ánimo, comisario. ¿Es usted bretón o no? La perseverancia es la más noble de las virtudes bretonas.

Con esa frase, Nolwenn puso fin a la llamada. Como si quisiera asegurarse de que esas palabras encontraban el eco adecuado.

Dupin se pasó la mano por el cabello.

Estaba de pie junto a un bloque de granito grande y ovalado, que se elevaba del suelo casi en vertical y que le recordó a un menhir. Estaba cubierto de manchas amarillas, verdes y lilas. Era como si Nolwenn lo hubiera conjurado para recordarle a Dupin las consignas de firmeza, perseverancia y persistencia.

Por desgracia, eso no se ajustaba en absoluto a cómo se sentía por dentro.

Tal vez lo mejor fuera ir a la playa, sin más. Tumbarse junto a Claire en la toalla. Nadar. Disfrutar de las vacaciones. Tomar ese café que tanto necesitaba. Hacía horas que había tomado el último y, además, fue por trabajo. En esas condiciones, no era raro que la cabeza no le funcionara. Tenía la sensación de que era todo él, al completo, el que no funcionaba. Por otra parte, la refriega con su acosador le había restado energías.

Decidió abandonar esa búsqueda insensata de pistas.

Dupin consultó el mapa: el camino de vuelta más sencillo era atravesar el valle. Bastaba con cruzarlo en línea recta y tomar luego el camino junto a la bahía por el que había pasado al ir a ver a la señora Guichard.

Cruzó campo a través para llegar a un bosquecillo que formaba parte ya de las estribaciones del valle.

Jean no había tenido problemas para contactar con la amiga de Marlène Mitou. Por desgracia, ella no le había podido contar gran cosa sobre la mudanza; solo que le había dado la impresión de que era un piso más bonito. En cualquier caso, más céntrico. Para Dupin, eso convertía la cuestión del dinero en algo más relevante.

El mapa señalaba que en el bosquecillo en el que se encontraba había una entrada al valle; estaba un poco más al norte. Recordó que había siete en total. Observó un camino que venía de la izquierda. La entrada tenía que ser fácil de encontrar.

En efecto: al cabo de unos minutos llegó a un camino de tierra oscura que se desvanecía en el valle. Literalmente. De pronto, el ambiente se volvió oscuro, y la pendiente del camino se volvió casi vertical. Avanzaba a traspiés hacia las profundidades. Como si atravesara un portal mágico.

Cuanto más bajaba, más maravilloso se volvía el mundo. Fuera de allí era infinitamente seco; ahí dentro, en cambio, reinaba una humedad enmohecida. El suelo, los árboles, las rocas... todo parecía envuelto por ella. El mundo de ahí abajo era además silencioso. Un silencio blando, como de algodón, que parecía ahogar todos los ruidos. Los del bosque; los de los mares de helechos, también con helechos reales, según sabía Dupin; los del musgo; los ruidos de las hayas, los castaños, los robles, los alisos, que recordaban míticas criaturas primitivas en una mezcla desordenada; los ruidos de las ramas caídas y de la maleza; los de esas plantas de color verde claro parecidas a las lianas; los de la hiedra y el muérdago en lo alto; los de las muchas y diminutas flores de

colores intensos que había en suelo. Allí todo bullía, se solapaba, no había límites.

En el centro del valle, un arroyo —asombrosamente claro, nítido, como de cuento— serpenteaba temerario entre las piedras, los helechos y los árboles, penetrando en las intrincadas cuevas de piedra y pasando por encima de los árboles de la orilla y sus raíces embrolladas mientras gorgoteaba de forma apagada. En muchos puntos parecía como si hubiera desaparecido para siempre dentro de una piedra, pero luego, de pronto, volvía a asomar.

El camino discurría más o menos en paralelo al arroyo; de vez en cuando había que trepar y superar troncos y ramas.

Dupin giró la izquierda, en dirección al mar.

Allí todo era extraordinario, incluso los bloques de granito gigantescos con los que él ya estaba familiarizado de sobra. Aquellas piedras establecían un vínculo especial con el mundo exterior, pero aquí parecían dispuestas de un modo más caótico que en la Île Renote y creaban cuevas misteriosas. Aunque eran iguales, aquí resultaban más misteriosas, más insondables. Completa y absolutamente mágicas. Parecían animadas, unos seres latentes, unos colosos poderosos capaces de despertarse y levantarse en cualquier momento.

No se veía ni un trozo de cielo; el valle apenas estaba iluminado por una penumbra indirecta y fragmentada. En muchos puntos, el camino pasaba por debajo de alguno de aquellos gigantes de granito.

El aire despedía un olor extraño, estaba impregnado de aromas verdes y marrones de lo más variado. Olía a suelo húmedo y pesado, a musgo sobre las piedras y a arroyo.

Resultaba difícil decir si hacía mucho calor, porque sobre todo imperaba la humedad. Así se imaginaba Dupin la jungla amazónica.

El ancho del valle variaba; había puntos donde se estrechaba y otros en que se agrandaba, como si quisiera coger aliento, y parecía diez veces más ancho que poco antes.

Dupin quiso volver a llamar a Marchesi. Nolwenn tenía razón: debían mantenerse firmes, por difícil que resultara.

La pantalla del móvil no mostraba ninguna barra.

Una pasarela de madera podrida cruzaba el arroyo: era la tercera ocasión en que el camino cambiaba de orilla. En ese punto resultaba muy estrecho, y sobre el suelo yacía una gigantesca roca rosa en forma de pez. Recordaba una dorada. La cabeza, el vientre redondo, las aletas... Parecía obra de un artista. Dupin tenía la certeza de que Claire la habría visto antes que él y se habría

anotado un punto en su competición. Por segunda vez, el camino se bifurcaba a la derecha y a la izquierda, posiblemente hacia dos de las otras entradas al valle.

A la izquierda asomó entonces una cueva. Se podían ver unos metros de su interior; luego la oscuridad lo engullía todo. Tal vez aquella fuera la Cueva de los bandidos de la que el señor Bellet le había hablado en una ocasión entre murmullos. O la del leproso, o la de los piratas. O tal vez la Cueva de las sirenas. Todas existían. Había docenas de cuevas y docenas de leyendas referidas a cada una de ellas.

Un poco más adelante, Dupin llegó a un estanque de forma alargada y sinuosa. Dio con él en el último instante; de hecho, cuando lo tuvo enfrente. En él no veía el agua, sino solo el reflejo del bosque, imágenes invertidas de las ramas, troncos, hojas y helechos... Todo ese mundo singular de ahí abajo. Por algún motivo, el agua reflejaba las cosas con una intensidad mayor a la habitual. Confundía los sentidos. Dupin fue preso de un mareo similar al que había sentido antes, en el precipicio de la cantera.

Solo en su extremo final se podía ver que el agua estaba estancada. Luego vio unas piedras recubiertas de una capa vegetal, en la que hacía tiempo que habitaba la maleza. Probablemente se tratara del molino del que le había hablado Guichard. Esa historia tan disparatada.

El valle parecía un lugar encantado; Dupin había estado ya en muchos lugares fabulosos de la Bretaña donde no le habría sorprendido ver asomarse hadas, gnomos o elfos. Pero ahí, en ese valle, todo era distinto: ahí, aunque la ausencia de seres fantásticos era palpable, uno esperaba que aparecieran como la cosa más natural; de hecho, cualquier acontecimiento sobrenatural ahí abajo no habría sido para nada extraordinario.

Dupin notó que aquel paseo le estaba sentando bien. Tenía la sensación de que ahí abajo el modo y el tipo de reflexión eran diferentes; incluso el pensamiento tenía vida propia, como en un sueño.

También el tiempo transcurría de forma distinta. Dupin no habría sabido decir cuánto rato llevaba andando. No había consultado la hora cuando empezó el descenso. Sin embargo, intuía que pronto llegaría al mar.

Se detuvo y sacó el mapa. Buscó algunas referencias para poder orientarse. El estanque, por ejemplo, las ruinas del molino, las cuevas... Sin embargo, a excepción de la expresión «*Vallée des Traouïéro*», escrito en una tipografía grande e inclinada, no había marca alguna.

De todos modos, era muy simple. No podía perderse.

El valle terminaba en el puente junto al mar donde había estado antes.

A menos que alguno de los desvíos fuera, de hecho, el camino principal; como era de esperar, tampoco ahí había visto ningún indicador. En paralelo con el valle del Traouiéro, un poco más al oeste, había otro valle. ¿Y si el camino que había tomado era en realidad un desvío hacia ahí? ¿Y si estaba atravesando el valle equivocado? Aquello era imposible, porque por el medio pasaba el camino que había tomado para ir a la granja de la señora Guichard. ¿Y si iba en sentido contrario? Pero eso también era una tontería.

Volvió a guardar el mapa y siguió adelante. Con paso firme.

Diez minutos más tarde, se detuvo cuando se encontró un camino que llevaba a la derecha. Según el mapa, el camino del valle iba en línea recta. No podía haberse equivocado.

Por otro lado, llevaba demasiado tiempo andando. Algo no iba bien.

Se revolvió, nervioso.

Lo malo era que en ese valle todo era similar. Le daba la impresión de que cuanto más tiempo pasaba ahí, más parecido se volvía todo. La idea era propia de una película de terror: un valle en el que en cuanto uno entraba, no volvía a salir jamás porque se extendía sin fin, por mucho que uno anduviera.

Dupin volvió a agitarse.

—¡Eso no puede ser!

El valle engulló sus palabras. Con todo, hablar en voz alta le vino bien. Lo devolvió a la realidad.

—Ahora simplemente avanzaré hacia delante...

Dio un respingo. Como si le hubiera alcanzado un rayo.

¡Eso era! Similar. Parecerse.

Esa era la clave. Ese era el quid de aquella intuición indefinida que había sentido varias veces y que, a pesar de sus esfuerzos, no había logrado sacar a la luz. De pronto se había convertido en un pensamiento absolutamente nítido.

Ya la tenía. La solución del caso.

Estaba seguro. Se acordó entonces de otras palabras asociadas a aquella intuición sombría. Todas encajaban como piezas de un rompecabezas.

Si él estaba en lo cierto, se trataba de algo muy perverso. Una puesta en escena a sangre fría de un plan perfectamente ideado. Era una auténtica ejecución.

A Dupin no le quedaba mucho tiempo. Debía apresurarse. Tal vez incluso fuera demasiado tarde.

Sacó el móvil. El indicador de recepción de señal aún no mostraba ninguna barra.

No se paró a pensar y echó a correr.

No vio nada, no se dio cuenta de nada. Estaba absorto repasando los acontecimientos de la última semana, revisando todo lo ocurrido y cotejándolo con su descubrimiento. Siempre llegaba a la misma conclusión: encajaba a la perfección. Todo. De hecho, no se sorprendió siquiera cuando asomó de pronto la imagen despejada del puente y aquel bosque de cuentos funestos terminó bruscamente.

Solo se detuvo cuando llegó al puente. Ni siquiera reparó en los coches.

Ya tenía el móvil en la mano.

Marcó el número. Dijo unas pocas frases.

Al cabo de unos minutos, su cara dibujó una sonrisa diabólica.

Dupin miró a su alrededor, se orientó y se colocó en medio de la calzada gesticulando con fuerza. El primer vehículo que llegó por la derecha, un Peugeot 105, frenó de golpe y se detuvo apenas a unos centímetros de él. Una mujer mayor de pelo cano lo miraba con expresión de espanto.

Dupin corrió hacia el asiento del acompañante, abrió la puerta y, antes de que la anciana pudiera decir algo, él ya se había montado en el vehículo.

—Policía. Es una emergencia. Tiene usted que llevarme.

Dupin llegó antes que Desespringalle.

—No veo ningún motivo por el que deba encontrarme con usted —había rezongado el comisario de Lannion cuando Dupin lo llamó desde el puente.

Dupin volvió a llamarle. No se retrasaría; llegaría a tiempo por muy poco, pero llegaría. La mujer mayor, cuyo espanto al ver a Dupin dentro de su coche se transformó en una especie de excitación divertida, condujo a toda velocidad hasta la entrada del hotel y, al despedirlo, exclamó: «*Bon courage*».

Dupin recorrió a toda prisa el camino curvo que discurría entre los bloques de granito. A continuación, se apostó entre las hortensias y el arbusto de salvia que el señor Bellet cuidaba con tanto mimo, sin perder de vista la entrada del hotel y la salida a la calle.

No tuvo que aguardar mucho hasta que un coche patrulla se acercó a toda velocidad por la callejuela. Era el Renault grande.

El comisario de Lannion se apeó con rapidez y se dirigió a Dupin; estaba lívido y tenía el rostro enjuto deformado por la rabia.

—Si se ha creído usted que puede pasar por encima de mí de este modo y tratarme como a un idiota...

—Cállese y sígame.

Dupin no tenía ganas de disputa. Había cosas más importantes en juego.

Ya se había puesto en marcha. El rostro colérico del comisario había mudado del rojo al morado.

—Por aquí.

Dupin abrió la puerta que daba al hotel. Al hacerlo estuvo a punto de tropezar con el señor y la señora Bellet, que salían a toda prisa de la recepción.

—¡Rápido como un bombero! —exclamó el señor Bellet con admiración—. Debe de ser algo...

Se interrumpió al ver también a Desespringalle.

Dupin pasó junto a los Bellet sin decir nada y se dirigió a la escalera por el estrecho pasillo.

—¿Qué va a hacer ahora, señor comisario?

Desespringalle miró a su alrededor con enojo.

—Ahora no, señor Bellet. Luego. —Dupin subió el primer escalón. Se volvió hacia Desespringalle y le indicó—: Segundo piso.

A continuación, empezó a subir la escalera de dos en dos. Sin girarse, exclamó:

—Señor Bellet, vigile la escalera de incendios y llámenos si ve a alguien ahí.

De nuevo Desespringalle gruñó:

—Exijo saber inmediatamente lo que está ocurriendo aquí y...

—Sígame.

Al cabo de unos instantes, Dupin se encontraba delante de la puerta de la habitación. Aguardó hasta que Desespringalle llegó detrás de él con la respiración entrecortada.

—Ahora vamos a entrar aquí. Yo hablaré y usted escuchará. Así va el juego. Y ahora, en marcha.

Dupin llamó a la puerta de forma enérgica.

En el interior se oían algunos ruidos.

Dupin volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza.

—¡Abra!

Al instante, la puerta se abrió. Dupin irrumpió en la habitación.

El señor Durand se había echado a un lado. Su mirada era más penetrante que nunca, y su actitud, autoritaria. Se abrochó el botón superior de su chaqueta deportiva azul marino.

—¿Qué significa esto? ¿Qué quieren? —preguntó con tono cortante.

—Vamos a tener una pequeña charla, señor Durand.

Durand levantó la barbilla.

—No pienso hacerlo. Yo...

—Este es el comisario Desespringalle, de Lannion. Colabora con el inspector general Odinot de París.

Dupin enfatizó la palabra «París».

La habitación estaba repleta de equipaje. Había una cantidad impresionante de cajas de zapatos, chaquetas, bolsos, maletas, un equipo de pesca... El señor Durand había pedido al señor Bellet que le llevara el equipaje al coche. Eso había ocurrido hacía siete minutos, justo antes de que Dupin llamara al dueño del hotel. La situación era extraña y muy tensa. Seguían todos de pie bajo el umbral.

—Acompáñenos al balcón —ordenó Dupin—. Nos sentaremos ahí.

Los balcones solían estar desocupados a mediodía, ya que los huéspedes estaban almorzando o en la playa.

Desespringalle miraba con desconfianza, pero era evidente que se estaba conteniendo.

Dupin avanzó el primero con paso decidido. En el balcón, que era el doble de grande que el de su habitación, había una mesita redonda de color azul atlántico, dos sillas a juego y en el extremo derecho, dos tumbonas.

Dupin se apoyó en la barandilla. Ese era un lugar desacostumbrado para una charla tan importante, pero ya había tenido conversaciones importantes en lugares incluso más peculiares.

—De ningún modo —empezó a decir de nuevo el señor Durand— estoy obligado a obedecer orden alguna.

—No, en efecto. Pero si no lo hace, el comisario Desespringalle le llevará de inmediato a comisaría.

—¿Tendrían ustedes la amabilidad de decirme de qué va todo esto? —preguntó Durand, sentándose. Su tono de voz había cambiado, igual que la táctica que pensaba utilizar—. A las cinco tengo una cita en París y me gustaría marcharme ahora mismo.

Desespringalle también tomó asiento. El comisario y el señor Durand se sentaron de forma que tenían la mirada clavada en Dupin.

—Muy bien. Empezaremos por el principio.

Dupin se apartó de la barandilla y dio unos pasos de un lado a otro en el balcón.

—Intentaré ser breve. Señor Durand, hace unos años usted conoció a una joven atractiva, apasionada, un poco vulgar pero, en el fondo, encantadora, y se la arrebató a otro hombre que también la pretendía. Tal vez incluso llegó a sentir algo por ella, quién sabe, pero eso no importa. Al poco tiempo se

casaron. Entonces empezó a registrar algunas empresas a nombre de ella. Simples triquiñuelas fiscales. Hasta ahí, todo fue bien. Un día, pasado el primer encanto, esa mujer le empezó a resultar pesada y perdió todo interés por ella. Usted, claro está, se habría podido separar, pero una mujer como esa no habría accedido sin más. Habría sido un escándalo y, además, le habría salido demasiado caro. De hecho, le habría podido arruinar. A esas alturas, por desgracia, su esposa poseía una parte de su patrimonio y era la propietaria de varias empresas.

En el rostro de Durand había asomado una sonrisa despectiva. Pero mantenía la compostura.

—No sé adónde quiere usted ir a parar. Desde luego su historia es, en sí, ridícula.

—En fin, una separación era inconcebible. Así pues, necesitaba otro plan. Usted es una persona pragmática, un hombre de acción. Un día, en un bar, tal vez incluso en el Aux Folies, conoció a una joven, una camarera que... un momento. —Dupin se interrumpió—. Un momentito, por favor. —Sacó la Clairefontaine del bolsillo trasero del pantalón y empezó a hojearla—. Enseguida lo encuentro.

Tardó un poco.

—Aquí. Aquí está: el gendarme que encontró el cuerpo de Marlène Mitou en la cantera... —Dupin empezó a hablar más despacio; quería disfrutar de ese momento, por poco apropiado que resultara— pensó que se trataba de Alizée Durand. A pesar de las magulladuras y del pelo oscuro. Precisamente porque había visto la fotografía de la desaparecida.

Dupin se quedó de pie frente al señor Durand y lo miró a los ojos.

—Cuando supe del hallazgo del cadáver apunté esto: «El gendarme afirma haber reconocido a la señora Durand».

Era de locos. Dupin ya tenía escrita la solución del caso en la libreta la noche del miércoles, es decir, cuando se encontró el cadáver. Como había dicho Nolwenn, ¡había estado todo el tiempo anotada su Clairefontaine!

—Sigo. Usted, por lo tanto, conoció en el bar a una joven que, aunque con otro peinado, otro color de pelo y un aspecto diferente, guardaba un parecido extraordinario con su esposa. Con una constitución y una altura más o menos iguales. Una actriz fracasada. Ahí surgió la idea.

«Actriz», otra de las palabras clave que había despertado algo en Dupin. En los últimos días había aparecido en varias ocasiones.

La sonrisa de Durand se había convertido en una mueca burlona:

—Comisario, cuentacuentos... ¿quién lo hubiera pensado? ¡Tiene usted talento como cuentista! Sin embargo, por entretenido que sea escucharle, debo abandonar este pequeño evento espontáneo.

Se levantó.

Desespringalle se incorporó al instante e impidió el paso al señor Durand. Entre las caras de esos hombres, que más o menos eran de la misma altura, no había más de un palmo. Se miraron fijamente.

Desespringalle no dijo nada. Durand pareció sopesar lo que tenía que hacer.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Ya lo hará —repuso Dupin—, más tarde. Antes escúcheme.

Nuevamente, Durand pareció considerar la situación. Se volvió a sentar. Tras una leve vacilación, Desespringalle hizo lo mismo.

—Retomemos nuestra historia. —Dupin volvió a deambular de un lado a otro—. Usted descubrió que la mujer del bar no había tenido mucha suerte en la vida hasta el momento. Se enteró de sus sueños fracasados y de sus problemas económicos. No es que a usted le importara mucho, pero aquello le venía como anillo al dedo porque vio la posibilidad de cometer el crimen perfecto. Era la solución a todos sus problemas. Usted podría conservar para sí las empresas y el dinero. —Dupin se secó el sudor de la frente. El balcón estaba al sol—. La amiga de su esposa nos contó que en las últimas semanas antes de las vacaciones ustedes reñían menos que de costumbre. Sospecho que era porque ya tenía ese objetivo en mente.

El rostro de Durand era cada vez más inexpresivo; tenía la vista clavada en un punto vago del horizonte.

—La camarera que el cielo le había enviado se haría pasar por su esposa. —Dupin se interrumpió de nuevo; esta vez se giró hacia el mar, como si quisiera contemplar el paisaje—. Después de que usted hubiera matado a su mujer.

Durand permaneció inmutable en su sitio.

—No hay otro lugar mejor para deshacerse de un cadáver que el mar. Y en eso consistía su plan. —Ahora venía la parte más especulativa, aunque Dupin la explicó como si tuviera una certeza absoluta—. Me figuro que fue más o menos así: usted y su esposa llegaron el miércoles de la semana pasada. Con la excusa de salir a pescar, alquiló una barca. Por desgracia, durante los dos primeros días hubo tormenta. Sin embargo, el tiempo cambió la tarde del viernes y llegó el calor veraniego. Entonces salió a navegar por vez primera.

Para tantear la situación. El momento llegó la tarde del sábado: anunció un pícnic romántico en el barco y pidió champán y langosta.

Eso era lo que decía la tabla que había elaborado Marchesi; bien analizada, esa reconstrucción no era producto del azar: bastaba con combinar bien las piezas.

—Sospecho que se alejaron mucho de la costa. Una vez allí, usted la arrojó por la borda, o tal vez la estranguló, como luego haría con Marlène Mitou. Nadie lo vio. A partir de entonces, Marlène Mitou empezó a actuar como si fuera su esposa. Solo tuvo que equiparla un poco. Es fácil reproducir una peluca exacta. —Dupin recordó entonces la peluca que Nolwenn había usado para su actuación de incógnito en el ayuntamiento—. Fue muy astuto. Mucho. Tomó todas las precauciones posibles y enseñó bien a Marlène Mitou. Le dijo que debía flirtear un poco. Para dar una imagen de esposa veleidosa. Aunque quizá Marlène se excedió en esto.

Dupin se acordó de haber pensado varias veces que había algo raro en la conducta de Alizée Durand el domingo y el lunes. Aunque solo fuera un poco. Ahí tenía la explicación: era otra persona.

—Desde que llegaron al hotel, usted provocó varias riñas en público. Para que todo el mundo se diera cuenta. Y ahora —Dupin volvía a estar de pie frente a Durand— llegamos al clímax: el lunes por la noche interpretó una escena excelente con la falsa señora Durand. Una disputa durante la cena, a la vista de todo el mundo. Tal vez con la intención de que luego la gente pensara que era a causa de los flirteos y ese encuentro en el bar con el señor Chastagner. Terminó con la dramática salida de Marlène Mitou en el papel de señora Durand. Usted lo planeó para que todos viéramos que no salía en pos de su esposa y que permanecía todo el tiempo en la terraza. Un marido abandonado aguardando el regreso de su esposa. Algo casi digno de un caballero.

—Ridículo. Completamente ridículo. —Durand había sido más prolijo en los comentarios anteriores.

—¡Ah, sí! Me olvidaba. —Dupin volvió a apoyarse en la barandilla—. El motivo de Marlène Mitou. La razón por la que ella aceptó ese plan. Me figuro que usted le regaló un piso a modo de pago. Un piso bonito y confortable. El asunto tenía mucho valor para usted. Le mencionó a una amiga algo sobre una mudanza. Ese era el trato. Tras cumplir con su cometido, ella se mudaría allí. De hecho, tener piso en París es como ganar a la lotería. —Esas eran las conclusiones a las que Dupin había llegado en su paseo por el valle—. Por supuesto, lo que no puedo saber es si usted planeó de antemano matar

también a Marlène Mitou o si ocurrió algo durante esos días que le llevó a tomar esa decisión. Tal vez de pronto a ella el piso no le pareció suficiente, o puede que intentara chantajearle. No sé tampoco si usted compartió con ella sus planes para asesinar a su mujer. Sospecho que sí. En cualquier caso, también la mató.

Dupin se interrumpió. De nuevo había llegado al final del balcón. Por primera vez desde su paseo por el valle empezaba a tomar consciencia de lo que le rodeaba. Desde ahí se veía la playa. El lugar donde Claire estaba tumbada. Sonrió sin darse cuenta.

Se giró hacia Durand:

—Sin embargo, algo salió mal. Un imprevisto que usted no había contemplado. Marlène Mitou pidió un taxi para acudir al lugar de encuentro. Seguro que no había contado con eso. Tal vez el taxista le vio a usted, o a su coche. —Dupin tenía la vista clavada en Durand—. En cualquier caso, no le quedó más remedio que matarle también. Con el arma que tenía más a mano.

Nada. Ni un parpadeo. Ni un estremecimiento. Ni la más mínima reacción en la expresión de Durand. Pero tampoco negó nada. Dupin aguardó. Alargó el silencio de un modo insoportable.

Fue Desespringalle quien rompió aquel silencio atroz:

—¿Y qué hay de la cantera? ¿Por qué arrojó a Marlène Mitou por la cantera?

El comisario hablaba como si Durand no estuviera presente. Su voz carecía de cualquier resentimiento contra Dupin; hablaba con la curiosidad del investigador.

—También en este caso la casualidad favoreció a Durand. —Dupin se volvió hacia Desespringalle, como si ambos estuvieran solos en el balcón—. La mañana después de la desaparición de su esposa acudió a la gendarmería de Trégastel. Yo estuve sentado en el mismo lugar que había ocupado él, justo delante del escritorio de Inès Marchesi. Estando ahí reparó, al igual que hice yo, en el tablón de anuncios, en concreto en el informe del cadáver de la cantera de hace siete años. Planeado o no, cuando se vio obligado a asesinar a Marlène Mitou, aquello le vino a la cabeza. Fue una jugada astuta. Decidió arrojar el cadáver en la misma cantera en la que se había encontrado a la Muerta rosa.

Desespringalle siguió el hilo:

—Durand sabía que por fuerza se establecería una relación entre ambos casos. No podía ser una casualidad. Era la confusión perfecta.

—Sospecho que hizo lo mismo con las cartas de amenaza que dirigió a la diputada. —La conversación entre los dos comisarios era cada vez más animada—. También en este caso aprovechó las circunstancias: como nadie se había declarado culpable de la agresión, escribió una carta absolutamente vaga que podría valer para cualquier otro político. Provocó una confusión terrible. Por supuesto, al instante varias personas pasaron a ser consideradas sospechosas, personas que tenían conflictos, cuentas pendientes, con la señora Rabier. ¡Y todos caímos en esa trampa! Chastagner, Maiwenn Guichard y Ellec ocuparon el punto de mira. Se buscaron grandes conexiones y se sopesaron intrigas de lo más siniestras. Él contaba con que alguien tendría algún cadáver escondido en el armario... Nos tomó el pelo a todos.

Todo... Todo era un solo caso. El caso del señor Durand. Era de locos. Y el desenmascaramiento de los delitos de Ellec y de Chastagner había sido pura casualidad. Un efecto colateral. Algo secundario.

—¡Están ustedes delirando, los dos! —Durand de pronto pareció volver en sí—. Jamás podrán demostrar tal cosa.

Intentó dibujar una sonrisa burlona y de superioridad.

Pero tenía razón. De momento, no había más que indicios y una fabulosa hipótesis a partir de ellos. Pero era una hipótesis sólida; en cierto modo, perfecta.

—No se preocupe, señor Durand —comentó Dupin sonriendo—. Ahora que conocemos la historia sabemos exactamente dónde buscar. Encontraremos algo sobre el piso que usted había preparado para Marlène Mitou, aunque no haya tenido jamás la intención de regalárselo.

—Examinaremos a fondo su vehículo —prosiguió Desespringalle con tranquilidad—. El asiento de atrás, el maletero. Marlène Mitou, viva o muerta, estuvo en su coche cuando fue a la cantera. Lo analizaremos bajo el microscopio, milímetro a milímetro, y daremos con algo. De eso puede estar seguro. No se figura lo que se puede lograr hoy en día. Hasta entonces, una serie de indicios basta para mantenerle en prisión preventiva.

—En efecto —corroboró Dupin—. Y ahora, el comisario Desespringalle le acompañará a comisaría y emitirá una orden de detención.

Dupin se apartó de Durand y se volvió de forma ostensible hacia el comisario de Lannion dirigiéndole una franca sonrisa:

—Ha realizado usted una labor brillante. Gracias a su gran perseverancia ha logrado esta historia repugnante. —Era, en efecto, una historia repugnante. Dupin despreciaba a la gente que tomaba por tontos a los demás y creía poder librarse de cualquier cosa. Gente que perseguía sus intereses a cualquier

precio y para quienes cualquier medio estaba justificado—. Además, de paso, ha desenmascarado a Jérôme Chastagner y Hugues Ellec. —Dupin seguía sonriendo—. Y todo eso sin grandes alardes, de un modo muy eficaz y en un tiempo sorprendentemente breve. Sin duda es mérito suficiente para un ascenso o, por lo menos, para una condecoración.

Dupin había llegado a la conclusión de que lo mejor era marcharse en ese preciso momento, desvanecerse, como en un truco de magia. Además, también era bueno para él. De ese modo quedaría al margen de todo.

—Me descubro ante usted, comisario —añadió divertido.

Desespringalle estaba de pie, atónito. La expresión de su cara era de absoluta perplejidad. Durand tenía la mirada clavada a lo lejos, ausente.

—Pero... —Desespringalle iba a objetar algo—, yo...

—No sea tan modesto. Lo he visto todo. Y créame, soy un observador apasionado. Ha sido una labor de investigación extraordinaria.

La sonrisa de Dupin se hizo más radiante.

—Y ahora tengo que ir a la playa. Las vacaciones me llaman. Mi mujer me está esperando. Bocadillos suculentos. Un rosado frío. Si me disculpa, comisario. Señor Durand...

Con estas palabras se dirigió a la puerta que daba al balcón. Los dos hombres seguían sentados, inmóviles. Desespringalle no conseguía salir de su aturdimiento.

Dupin se giró un momento:

—¡Ha sido todo un placer, caballeros!

Y se marchó.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? ¿Durand tenía algo que ver con los asesinatos? ¿De qué han hablado?

Dupin acababa de bajar el último escalón cuando la señora y el señor Bellet se precipitaron hacia él; fue un milagro que no hubieran estado escuchando detrás de la puerta de la habitación del señor Durand.

No podía irse sin darles una breve explicación.

—El comisario Desespringalle ha resuelto el caso. Va a detener al señor Durand.

Ese era el resumen más breve posible.

—¿Al señor Durand? —La señora Bellet estaba indignada—. ¿Nuestro huésped? El señor Durand, ¿un criminal? ¿Un asesino? —Frunció el ceño—. ¿Hemos dado cobijo al mal?

—Así es, señora Bellet.

—Bueno... —La mujer reflexionó—. Es de París.

Ese dato tan decisivo pareció tranquilizarla. A Dupin le dio la sensación de que acababa de anunciar que aquel sería el último huésped de París que iban a tener.

—¿De qué delitos se le acusa? —El señor Bellet afrontó la situación de forma más realista—. ¿Asesinó a la señora de París? ¿Y al pobre taxista? ¿Tuvo algo que ver con el ataque a la diputada?

Miró expectante a Dupin.

—¿O tal vez mató a su esposa? ¿Acaso ella no solo ha desaparecido?

—Pronto lo sabrá, señor Bellet. —Dupin estaba de tan buen humor que se permitió añadir—: Es justo como usted dice. Pero esto —concluyó con un guiño— debe quedar estrictamente entre nosotros.

Los Bellet merecían estar informados. Le habían ayudado. De un modo peculiar, a ratos obstinado, sí, pero le habían ayudado. Le brindaron su apoyo y, sobre todo, le habían encubierto.

—¿Y cómo Durand...?

Se oyeron unos pasos en la escalera. Unos pasos pesados.

El señor Bellet se interrumpió.

—Tendremos tiempo de hablar —dijo Dupin bajando la voz—. Ahora debo ir con mi esposa. Discúlpenme. Señora, señor.

Los Bellet lo miraron dejándole entrever que le habían entendido. Se apartaron con rapidez. Como no podía ser de otro modo, estaban aún muy aturdidos, pero satisfechos.

Dupin se dirigió hacia la terraza. Tomaría el camino del jardín. Así no corría peligro de cruzarse con nadie.

Se dio cuenta de que, igual que le había ocurrido en el legendario sendero junto al mar, caminaba con paso relajado. Solo le faltaba empezar a silbar. Al poco rato se encontraba en la tienda de Rachid ante una selección de comida deliciosa. Dupin optó por los clásicos *pan bagnats*. Cuatro. Tenía hambre, y seguramente Claire estaría igual. Agua fría. Vino rosado.

De camino a la playa el humor de Dupin fue mejorando aún más.

Era un día precioso. No se cansaría de repetir que aquel rincón de la tierra era extraordinario. Miró a su alrededor. En ese momento, en la bahía donde el día anterior había atrapado a su perseguidor salía a navegar una escuela de vela infantil. A Dupin le encantaba ese espectáculo, visible también en otras partes de la costa: la pequeña lancha motora con el profesor delante y, detrás,

una docena de veleros en miniatura, como de juguete, atados todos entre sí por un cabo. Como perlas engarzadas en un hilo.

Mar adentro, los grandes veleros, majestuosos, blancos y elegantes, volando por encima de las aguas. Las Sept-Îles, claras y nítidas. Ese día se veían tan cercanas que incluso le parecía posible atisbar a los pequeños pingüinos con unos prismáticos desde tierra. Le ocurría en pocas ocasiones, pero a veces Dupin lamentaba mucho su escasa aptitud para la navegación. Estaba tan cerca de esos animales... Y, sin embargo, le resultaba imposible ir a verlos.

Claire lo distinguió desde lejos. Y, buena señal, le saludó con el brazo. Aunque Dupin no estaba seguro, creyó haberla visto un instante con el teléfono pegado a la oreja y que lo apartaba con un gesto rápido.

—Por fin. Tengo un hambre feroz.

Dupin estaba aún a unos metros, pero ella ya se había echado a un lado para desocupar la mitad de la toalla.

—Aquí está todo.

Dejó las dos bolsas de papel y la nevera portátil junto al borde de la toalla.

Claire no daba la impresión de querer hablar de lo que ambos habían estado haciendo en las últimas horas. De todos modos, él no contaba con ello.

—Vamos, siéntate.

Claire estaba impaciente.

—Un momento.

Dupin sacó el bañador de la bolsa de playa.

A fin de cuentas, estaban de vacaciones.

—Vale, ahora.

Se sentó junto a Claire, que estaba desenvolviendo los bocadillos.

Ella eligió un *pan bagnat* y lo mordió con ganas. Masticó ensimismada. Volvió a darle un bocado. Dupin también se puso a ello.

Contemplaron en silencio la bahía, ese paisaje fabuloso.

—¿No te parece que hace un día magnífico? —Acababa de asomar la típica sonrisa irresistible de Claire. Relajada. Serena.

Feliz.

—Tienes una herida en la mejilla. Un arañazo profundo.

Dupin lo había olvidado por completo. Entonces se le aceleró un poco el pulso.

—Bueno, son cosas que pasan. —Ella no pudo contener una sonrisa socarrona—. Por cierto, esta tarde Pierre estará de vuelta en el hospital. Me lo acaban de decir.

Ella lo dijo en tono animoso, sin ninguna malicia.

—Durante los próximos días solo quiero una cosa: ¡relax! Tumbarme en la toalla, leer, nadar, comer y dormir.

Para su propio asombro, Dupin no solo había pronunciado esa frase, sino que la había dicho desde lo más profundo de su corazón.

Era de locos. Después de la charla en el balcón, todo el caso, junto con esos brutales sucesos, había quedado replegado en la lejanía. Como no podía ser de otro modo, esos hechos le ocuparían aún algo de tiempo, tendría que intercambiar impresiones con Desespringalle hasta conseguir pruebas fundadas y meter a Durand entre rejas; igual que en la investigación de los asuntos de Chastagner y de Ellec. Sin embargo, en su fuero interno todo había pasado. El frenesí había desaparecido. Por fin iba a dedicarse en cuerpo y alma a las vacaciones.

—Pero aún nos quedan algunas excursiones por hacer. Hay muchas cosas que no hemos visto. Y que no se nos olvide... —Claire soltó una risa—. ¡El folleto del señor Bellet! ¿No te acuerdas? Buscar huevos de tiburón, los tatuajes, la destilería...

—Estoy listo para cualquier cosa —respondió Dupin, complacido.

—Y tenemos que proseguir la caza de nuevas formas en las piedras. Creo que te llevo bastante ventaja.

Los gigantes rosados que los rodeaban. Extraños, misteriosos y silenciosos. Por todas partes. Inamovibles, invencibles mientras el mundo exista.

De vuelta en Concarneau

Eran las ocho en punto de la tarde cuando Dupin apagó el motor de su viejo, más bien decrepito, Citroën, que desde hacía algunos años traqueteaba de forma alarmante. Había aparcado directamente junto al muelle, en primera línea de mar, en el puerto antiguo, entre la Ville Close medieval, en la isla de Moros, y el Amiral.

Todos los muelles estaban adornados con multitud de banderines azules y blancos, que lucían también en muchos mástiles. En el muelle grande de la izquierda había instaladas unas carpas inmensas, muy juntas las unas de las otras. Al día siguiente empezaba la Transat, la regata de veleros por el Atlántico más dura y peligrosa. Una prueba mítica. Con solo dos tripulantes en cada uno de los veleros pequeños —embarcaciones de diez metros, clase Figaro Bénéteau II—, las embarcaciones partían de Concarneau y debían llegar a San Bartolomé. Eran casi cuatro semanas de lucha ininterrumpida contra las aguas agitadas. A diferencia de otras regatas, en esta la clave no era la superioridad material, es decir, quién podía invertir más dinero, sino la capacidad de navegación de cada uno. *Être à armes égales*, batirse con las mismas armas, ese era su lema.

La noche anterior al inicio del Transat reinaba siempre un ambiente muy especial. Eran las horas previas y el aire estaba impregnado de una tensión alegre y ajetreada. Los quince veleros de la competición se encontraban amarrados en el muelle, uno junto al otro, mientras los patronos llevaban a cabo los últimos preparativos. Propios y extraños admiraban los barcos, charlaban y se tomaban una copa en alguno de los puestos de venta.

Claire y Dupin habían salido de Trégastel a las seis y cuarto y habían llegado sin problemas. Los señores Bellet habían salido del hotel para despedirles agitando los brazos.

Lo primero que había incriminado a Durand, que tras su detención lo había negado todo con arrogancia, fue la peluca. Durante los últimos siete días, Desespringalle y Jean se habían dedicado a buscar pruebas irrefutables de manera sistemática. Para cometer el delito, Durand había utilizado una

peluca profesional que reproducía fielmente el peinado de su esposa, el cual era su característica física más llamativa. No había muchos fabricantes de este tipo de objetos. Con todo, Durand, astuto como era, había tomado precauciones y había dado con una empresa extranjera, en concreto con un maestro peluquero español. De no haber preguntado allí —de hecho habían elaborado una lista de empresas de toda Europa— nunca hubieran dado con esa prueba. En principio, en la oficina y en el piso de Durand, así como en su ordenador y su móvil, no se había podido encontrar ninguna pista inculpatoria. Durand lo había borrado todo escrupulosamente. Igual que había ideado y planificado todo lo demás.

El segundo elemento que inculpaba a Durand —y que por sí solo era suficiente para acusarle—, era el piso de Marlène Mitou. A pesar de las reticencias de Durand, Marlène Mitou había insistido y el día 2 de junio él, acompañado de una «señora de pelo negro», había ido a visitar un hermoso apartamento en el Distrito VIII, cerca del bulevar Haussmann. Jean y su equipo, ayudados por dos colaboradores, habían buscado todos los inmuebles desocupados de la inmobiliaria y habían comprobado cada una de las propiedades en cuestión. Como era de esperar, en los expedientes no había ningún contrato de arrendamiento ni de compra a nombre de Marlène Mitou.

Sin embargo, los policías visitaron los pisos vacíos. En total eran seis. Hablaron con los conserjes, con todos los residentes e incluso, si los había, con los propietarios de las tiendas vecinas. Fue un matrimonio mayor, muy tranquilo, el que vio a Durand y Marlène abandonar juntos el apartamento. Los policías les mostraron una foto de Mitou y la reconocieron sin dudar. En la oficina de Durand nadie sabía nada de esa visita, ya que al parecer él solía ocuparse personalmente de los inmuebles mejor situados.

El día anterior, el fiscal había comunicado al abogado de Durand los cargos a los que se enfrentaba su defendido. Tras unas horas de reflexión, Durand, por consejo encarecido de su letrado, había terminado por confesar. Jean le contó a Dupin lo que el fiscal había anotado sobre la confesión: «Impasible, insensible y frío; planificado y ejecutado como si de un complejo proyecto inmobiliario se tratase. —Y añadía—: El acusado declaró: “Llegó un día en que solo quería librarme de Alizée, pero las empresas le pertenecían”». Aquella había sido la sospecha de Dupin. Aun así, se quedó sin aliento al oírlo. Aunque así eran por lo general los asesinos, fríos y calculadores. No eran psicópatas. Eran unos monstruos. Y había muchos.

Durand entonces lo contó todo, sin ningún reparo, con todo lujo de detalles, de forma casi meticulosa. La historia a grandes rasgos era muy

parecida a las suposiciones de Dupin. La explicación que él había dado a Desespringalle y a Durand en el balcón había resultado ser bastante acertada. Quedaba confirmado que no habían sido meras ocurrencias geniales surgidas de la nada, sino la secuencia correcta de pequeñas observaciones y conclusiones. Junto con la pizca necesaria de intuición.

Durand había escrito, en efecto, las cartas de amenaza.

También los asesinatos se habían producido tal y como Dupin se había figurado. El sábado, Durand salió con su esposa en barco para celebrar un pícnic en alta mar, al oeste de las Sept-Îles. Allí, él la estranguló con un pañuelo hasta dejarla inconsciente y luego la arrojó al mar. «Técnicamente», por tanto, había muerto ahogada. La corriente impediría recobrar su cuerpo. También estranguló a Marlène Mitou con un pañuelo; fue al final del valle. Dupin había dado por sentado algo equivocado: Durand no había desvelado sus planes a la mujer; quizá ella se lo imaginara, pero nunca hablaron de ello. Ni una sola palabra. Durand también admitió —otro error en la reconstrucción de Dupin— que había planeado desde el principio librarse de Mitou.

Como Dupin había supuesto, antes del asesinato de la joven parisina había surgido lo que Durand llamó una «complicación»: poco después de dejar a Marlène Mitou en un lugar solitario en medio de la oscuridad, el taxista regresó. Quizá le pareció raro. El taxista vio a Durand y amenazó con llamar a la policía, así que tuvo que «deshacerse» de él.

Durand no había corrido grandes riesgos; de hecho, se había acercado mucho al «asesinato perfecto». Solo había tenido mala suerte. Y Dupin, vacaciones.

En lo que Durand no había intervenido era en el robo de la estatua de santa Ana. Sin embargo, también ese incidente se había aclarado, aunque de un modo muy bretón. De pronto, la mañana del día anterior la figura había aparecido en su sitio. En perfecto estado. En realidad, mejor de lo que estaba. Desde hacía unos meses, el hombro izquierdo de madera de la estatua presentaba un arañazo profundo causado por una caída que requería una intervención. El restaurador de Paimpol, que se encargaba desde hacía décadas de la iglesia y la capilla de Trégastel, un hombre de más de setenta años, recibió el encargo y fue a recoger la figura a principios de agosto.

Aquello, algo del todo normal, lo había comunicado por correo electrónico a la secretaria del ayuntamiento, pero como ella también se había ido de vacaciones, y no se había suscrito ningún contrato ni había nadie que la sustituyera, nadie leyó el correo del restaurador en el que anunciaba una

recogida anticipada de la figura para la tarde del viernes. Por lo tanto, el restaurador llegó con su furgoneta blanca y, tal y como había afirmado la testigo, aparcó justo delante de la capilla. Ayer por la mañana el restaurador la había devuelto.

Por absurda que fuera la historia, era normal en la Bretaña.

—¿Lo ves? ¡Ya te dije que ves casos donde no los hay! —le había dicho Claire, medio en serio, medio en broma, cuando Marchesi llamó a Dupin mientras tomaban el aperitivo en el jardín—. No eran más que figuraciones tuyas. Un producto de tu imaginación desmesurada.

Dupin hubiera querido responder muchas cosas, pero no dijo nada.

El asunto del diputado Ellec y su autorización especial falsificada fue ampliamente difundido; los medios se habían lanzado a ello de inmediato y ahora, además de la policía, estudiaban todas y cada una de las decisiones que había tomado Ellec en los últimos años para intentar hallar algún «acuerdo ventajoso». Aún no se había encontrado ninguna relación directa con la decisión de aprobar la destrucción del banco de arena en la bahía de Lannion, pero Dupin estaba seguro de que el sueño de Nolwenn acabaría haciéndose realidad.

La prensa fue bastante indulgente con Chastagner, aunque eso fue solo porque Durand y Ellec habían causado una gran expectación. Sin embargo, el juez, que al final era quien tenía que tomar una decisión sobre la ampliación ilegal de la cantera, no lo iba a considerar una nadería.

Todas las sospechas contra Mäiwenn Guichard se habían desvanecido. Poco después de la detención de Durand fue llevada de vuelta a su casa. Claire y Dupin recogieron la caja de verduras de cultivo ecológico. El intento de filtración a la prensa de la relación entre el marido de Guichard y la señora Rabier había sido obra de Ellec, que pretendía vengarse de Rabier, pero Marchesi se encargó de que el artículo nunca saliera a la luz.

Lo que ya no interesaba a nadie era la pedrada contra la señora Rabier. Tras la resolución del caso, todo indicaba que la piedra la había lanzado el granjero. Sin intención ninguna de darle ni herirla. Había sido un accidente. Hacía ya dos días que la señora Rabier había salido del hospital.

Un par de días después de la «charla» decisiva y de la detención de Durand, Dupin había recibido una postal en el hotel, en la que se veía la piedra rosa conocida como el Sombrero de Napoleón. En ella solo se leía una palabra: «Gracias». Estaba firmada por Pierrick Desespringalle.

Por su parte, antes de partir, Dupin había ido a dar las gracias a Inès Marchesi.

—Y eso, ¿por qué? —había preguntado ella. Muy propio de Marchesi.

De hecho, la triste conclusión era que aquel había sido un caso banal. Un plan urdido de forma sofisticada, complejo, un caso abominable, sí. Pero banal.

Claire se acercó al borde del muelle y se quedó ahí quieta un instante. Dupin se colocó a su lado y la abrazó. El viento les hacía llegar los graves sonidos de la música de las carpas. A Dupin le gustaba la noche previa del inicio de la regata; en los últimos años siempre se había acercado a curiosear.

Claire se volvió hacia él.

—¡En marcha! ¡Los entrecots nos esperan!

Dupin se echó a reír.

Durante el camino de regreso habían llamado a Lily Basset para reservar.

Todavía cogidos del brazo, se dieron la vuelta.

Intuitivamente, Dupin echó un vistazo a su mesa de siempre. Estaba ocupada por dos hombres.

Eran sus inspectores, Labat y Le Ber. Los dos sonrieron contentos al ver a Dupin y Claire.

—¡Jefe! ¡Estamos aquí!

—No se preocupen. Ya los he reconocido.

Dupin estaba casi delante de la mesa.

—Hemos pensado —algo increíble viniendo de Labat— en pasarnos a saludar. A fin de cuentas, ha estado usted dos semanas fuera.

Tal como lo decía, parecía que hubieran sido dos años.

—Lleva el pelo muy corto. —Labat examinó con detenimiento la cabeza de Dupin. El comisario no quiso entrar en ese tema—. Y una herida en la mejilla —añadió. Dupin tampoco estaba dispuesto a hablar de eso—. ¡Qué moreno está!

Le Ber interrumpió la serie de observaciones de Labat.

—Nolwenn vendrá enseguida. Tenía que hacer un par de llamadas. Por el asunto Ellec. —Le Ber no parecía darle gran importancia a eso.

Se había puesto de pie y saludó a Claire con los besos obligados. Labat también se había levantado y dejado oír un *bonsoir* especialmente amigable. Esa noche estaba en plena forma.

Claire se sentó.

Dupin había planeado una cena para dos. Pero eso ya no se podía cambiar. Por fortuna, habían tenido cenas para dos durante catorce días seguidos. Además, se alegraba de ver a su equipo.

—Han ocurrido muchas cosas en el sitio en el que han estado, jefe.

Le Ber hizo esa observación con cautela. Como no podía ser de otro modo, Nolwenn ya había puesto en antecedentes a los inspectores. Pero Le Ber desconocía qué sabía Claire de la «participación» de Dupin en la resolución del caso. El comisario también desconocía lo que Claire sabía en realidad. De hecho, en los últimos siete días no había dicho nada que dejara entrever hasta qué punto estaba al tanto de las investigaciones de Dupin. Y eso a pesar de que los dos, como todo el mundo en Trégastel, habían conversado sobre las extraordinarias novedades y noticias, la detención de Durand, el asunto de Ellec y de Chastagner y la resolución de la pedrada. Dupin se había esforzado hasta el extremo en averiguarlo, pero le había sido imposible, ni con la mejor de sus intenciones, leer el pensamiento de Claire. Por su parte, él no había mencionado nada sobre el hospital y las operaciones a distancia, ni la más mínima alusión. Estaba muy conforme con ese acuerdo tácito, si es que alguna vez tal cosa había existido.

—Desde luego. —Dupin tomó asiento.

—¡Menos mal que había allí un comisario brillante! —comentó Claire entre risas. En voz alta y bastante animada.

—En efecto —se apresuró a decir Le Ber, aliviado aunque algo confuso—. Por suerte.

—Nolwenn dice que ha descansado usted mucho.

Dupin no sabía muy bien qué quería decir Labat con esa frase. Daba igual.

—He descansado muy bien.

Era cierto.

Era absoluta y totalmente cierto. Los últimos siete días habían sido una auténtica semana de vacaciones. Y, además, le habían sentado fenomenal. Dupin casi logró no hacer nada y alguna vez incluso llegó a dormir una hora entera en la toalla. Pero eso no hacía falta contárselo a nadie.

—Bueno, el doctor Pelliet estará contento. ¡Su terapia ha sido un éxito!

—Hemos vuelto cargados de energía renovada. —Claire sonrió de repente de un modo especial—. Nos vendrán muy bien para la mudanza.

Pronunció esa última frase con un tono despreocupado. Como si hablara del tiempo. Durante la última semana no había dicho nada sobre el asunto de la casa. Y Dupin no le había vuelto a preguntar al respecto.

—¿Mudanza? —Le Ber estaba perplejo. Y alarmado.

—Nos mudamos al bulevar Katherine Wylie. Georges y yo. Juntos.

Se volvió hacia Dupin para decirlo. Este necesitó un instante para recuperarse de la impresión.

—¿Georges no se lo ha contado? —preguntó ella con una mirada de reproche—. Pues va a ser muy pronto. Ya he contratado un camión para el traslado.

—Eso es fantástico. —En la voz de Le Ber se percibía una alegría sincera.

—Vamos a tener que brindar por ello —corroboró Labat.

Dupin y Claire no los oyeron. Dupin se inclinó hacia ella y la besó mientras le susurraba algo, a lo que ella también respondió con un susurro.

Lily Basset, la propietaria del Amiral, apareció de pronto junto a su mesa.

—He reservado cuatro entrecots para vosotros. De trescientos cincuenta gramos. En un momento estarán listos.

Llevaba en la mano una botella *magnum* de champán.

—¡Para celebrarlo!

Fue genial. Lily no podía ni imaginarse todo lo que había que celebrar.

—¿Qué tal las vacaciones?

—Fabulosas —respondió Dupin de corazón—, simplemente geniales. *La vie en rose!*